María Solar

Las malas ideas



CONTRALUZ

MARÍA SOLAR

Las malas ideas

CONTRALUZ

Envejecer es aprender a perder […].

Perder lo que te han dado, lo que te has ganado, lo que te merecías, aquello por lo que luchaste, lo que pensabas que nunca perderías.

DELPHINE DE VIGAN, *Las gratitudes*

O paso da vida
a froita madura
o aroma inmortal
o todo e a nada

GUADI GALEGO*, Pélago. Contos oníricos*

Detonaciones múltiples

El día en que murió su padre, Elías estaba desbordado a causa de la crisis desatada por unos váteres químicos. Ese había sido el motivo del mayor y más vergonzoso plante de un equipo técnico en la historia reciente de las series españolas, y tal vez europeas. Una producción parada un solo día, incluso unas horas, era como un patito de baño flotando al pie de un desagüe, un vórtice engullendo miles de euros cada segundo. Más, si el rodaje era en una isla extranjera con equipo desplazado; más aún, si ese día les habían aprobado un permiso especial para filmar en un espacio natural protegido, conseguido tras una ardua negociación; más incluso, si habían venido especialistas franceses para una secuencia peligrosa. Más, más y más. Una suma espantosa de factores que hacían de aquel día el peor para que el equipo se negara a trabajar porque no disponían de váteres químicos.

La bronca se desató de forma explosiva, y sin que un viejo zorro de la producción como Elías la viese venir. Había sido un auténtico imbécil y su error le detonó en la cara. Un error de bulto, impropio de un kilometrado productor como él. Sin duda, la noticia del plante corría como la pólvora de móvil en móvil y de rodaje en rodaje por todas las series del país. Elías sabía que sería el centro de la mofa de todos, desde los meritorios hasta los productores ejecutivos.

Había que intentar solucionarlo. Lo primero era ir en persona al set para hacerlos entrar en razón. Veinte minutos de conducción temeraria para llegar cuanto antes, prestando mínima atención a las enrevesadas carreteras de Madeira. Por algo la isla era el paraíso de los montañeros, aunque no había semana en la que no se despeñara

alguno de ellos por sus preciosos acantilados, barrancos o calderas. Para la serie había sido un infierno en todo lo relacionado con el transporte.

—*Na Madeira não existem maus condutores* —comentó la chofer del microbús que alquilaron la primera vez que la avanzadilla de los directores de equipo llegó a la isla—. *Eles estão todos mortos.* —Concluyó la frase y soltó una gran carcajada, que no fue compartida por los sudorosos miembros de la producción, quienes no quitaban ojo de los precipicios al borde de las ruedas en una carretera tan angosta.

Esa vez era diferente, y la angustia de Elías por llegar era tal que toda su atención se volcaba en las llamadas telefónicas que realizaba, una tras otra sin parar, a aquellos mismos jefes de equipo. Las ruedas pisaban muy cerca de los acantilados mientras él hablaba con la directora, con la primera de dirección, con el director de fotografía, con el jefe de eléctricos, con Nievesita —la *gaffer* y cabecilla de la sublevación— y, sobre todo, con Crisanto —jefe de su equipo de producción—, que, con voz atiplada por los nervios, le fue dando detalles del avance de la situación. Como intento desesperado les ofreció lanzaderas programadas hasta los váteres de un local que estaba a escasos quince minutos del set. Era una solución, si querían aceptarla. Pero no quisieron, estaban en su derecho de tener un váter a mano y disponer de él cuando lo precisaran. Y se plantaron.

Cuando por fin logró llegar al paraje en el que rodaban, ya estaba todo hablado. Solo pudo confirmar el plante, que el equipo escenificó en su presencia, permaneciendo todos sentados. Elías aguantó el tipo como pudo. Sabía perfectamente que vociferar y perder los papeles nunca solucionaba el cabreo de un equipo. Pero también sabía que lo de los váteres solo había sido la gota que colmaba el vaso, sumada a varias jornadas caóticas, a mal tiempo y mojaduras, a cambios de horario y planes de un día para otro, a muchos meses de trabajo fuera de casa, a jornadas sufridas e interminables, algunas de ellas mal planificadas; había que reconocerlo todo. Podían haber reventado por cualquier cosa, por un

catering frío, como ya había sucedido demasiadas veces en las últimas semanas. Solo precisaban un detonante para explotar. Y les tocó a los váteres.

Por separado, ninguna de esas razones era algo que no hubieran sufrido con anterioridad en otras producciones, solo que esa vez se hartaron. Habían confluido demasiados problemas, todo se tensionó y la cuerda se rompió. Se plantaron, sí, y no podía decir que les faltara razón. Tal vez no eran maneras, pero él no había estado atento. A veces es importante un detalle de amor para un equipo que está sobrepasado, cansado y que salva las dificultades diarias, jornada tras jornada. Debió darles ese cuidado extra, un catering especial, unos tentempiés variados a media mañana, una bandeja de snacks y gominolas o los putos váteres químicos. Ya era tarde, pero había que traerles váteres. Conseguirlos, seguramente a precio de oro por la premura. Siempre alguien saca tajada de las hecatombes.

Hasta el paisaje y la llovizna cayendo ligera eran el perfecto escenario para aquel desastre. No permaneció allí más de veinte minutos, en los que la fina lluvia lo fue calando. No había más negociación que acceder a darles lo que pedían y mejorarles las condiciones hasta el final del rodaje, al que todavía le quedaba un mes. Antes de subir de nuevo al coche miró las montañas y el valle. La laurisilva, imprescindible en el guion, perpetuaba la humedad de una forma pegajosa. Y aún se lamentó por lo bajo con una última frase que no tenía más destinatario que él mismo.

—Nos habría ido mejor rodando en Canarias, que también hay laurisilva y tenemos un *service* cojonudo.

Regresó a la oficina derrotado, conduciendo más despacio, ya con tiempo de advertir de nuevo el peligro de los acantilados y, de camino, sufrió la segunda detonación. Su padre había muerto víctima de un accidente cardiovascular. Esas fueron las palabras que Julia, su mujer, pronunció en su llamada: «Tu padre ha fallecido, víctima de un accidente cardiovascular». Parecía la narración de una periodista. «Se ha perpetrado un atentado» era una frase similar. Algo así solo puede sonar bien desde la pantalla de un informativo,

nunca en la vida diaria. Nadie sale a la calle y le dice al vecino: «Se ha perpetrado un atentado». La segunda detonación sonó a narración fría y distante: «Tu padre ha fallecido, víctima de un accidente cardiovascular». Una frase contundente que llevaba implícito el cabreo de Julia.

Circulando por aquella carretera tan lejos de Ferrol, el nuevo giro de la situación parecía irreal.

En matemáticas un suceso seguro es algo que va a ocurrir, y un suceso imposible es lo que nunca va a suceder y, por tanto, tiene probabilidad cero. Un suceso seguro es la muerte, porque todos vamos a morir. Es seguro pero raro, con poca frecuencia; de hecho, solo sucede una vez en la vida. Un suceso casi imposible es que todo un equipo se ponga en huelga por un váter químico. Es casi imposible, pero había sucedido. Elías intentaba asimilar cómo la muerte de su padre podía coincidir en el tiempo con el peor día de su vida profesional. Qué tipo de probabilidad del destino, confabulación de astros o lo que fuese podía hacer coincidir dos hostias así, poniendo patas arriba su vida personal y profesional. Las malditas probabilidades que nunca acertó a resolver en la carrera de Matemáticas se habían vuelto en su contra también en la vida.

Con razón había plantado los estudios para dedicarse al improbable y caótico mundo audiovisual. Un mundo que nunca fue capaz de explicarle del todo a su padre, y que este tampoco puso demasiado interés en conocer, más allá de: «Elías hace películas».

Así, tuvo que elegir entre dedicar su empeño a solucionar la absurda crisis del rodaje o salir inmediatamente a buscar los enlaces de vuelos para llegar a tiempo al entierro. La responsabilidad o la familia. Esa era la encrucijada. La misma de siempre, con otras circunstancias.

Fríamente, lo de su padre ya no tenía remedio, y lo laboral era de máxima urgencia. Así que eligió solucionar la carísima desbandada de la serie, que debía resolverse con un par de llamadas, si no hubiesen estado en una isla portuguesa, lejos de los proveedores

habituales y a merced de intermediarios escasos de medios, y más escasos de interés.

—Lo único que te salva el culo, tras esta chapuza impropia de ti, es el problema personal que tienes encima y la confianza de años que nos une, Elías. Cógete unos días para ir al funeral de tu padre antes de que lo hundas todo. —El productor ejecutivo expresó así lo más parecido a un pésame que se podía esperar de un tipo que acababa de perder mucho dinero por su culpa.

—Antes voy a solucionar este desastre, Roberto. El entierro es mañana, pero hoy dejaré esto solucionado, te lo aseguro.

Es curioso cómo alguien puede pasarse la vida arreglando marrones, organizando, contratando, anticipándose a los problemas, trazando y ejecutando planes, gestionando equipos, jornadas, horarios, ambiciones y vidas… y, cuando llega el momento, no es capaz de llegar a tiempo al entierro de su padre.

—Por Dios, Julia, tienes que atrasarlo.

—No se puede atrasar, Elías. Esto no va así. He hablado con el cura, te lo juro. Pero tiene un montón de parroquias y muchas ocupaciones. Tiene más agenda que el papa, y kilómetros entre una iglesia y otra. Me ha dado mil excusas, pero «que no», resumiendo.

—¡No me jodas! —soltó enfadado—. Son dos horas, solo se trata de retrasarlo dos horas, Julia. Dame su teléfono. Tiene que entenderlo. Hoy he tenido un cristo descomunal en el rodaje. No puedes ni imaginarlo.

—Elías, que no. El mundo no gira en función de tus rodajes.

Estaba seguro de que si hablaba con él lo conseguiría. Cualquier productor de medio pelo convence a diario a la gente de que lo que le ofrece le conviene: el salario, el papel, los guiones, el pago por los servicios, todo. Un vulgar párroco no podía ser más duro de pelar que un equipo de rodaje. O podría ser que sí. Nunca lo sabría.

Le colgó.

A veces le parecía que Julia se alineaba con el otro bando para evidenciar sus defectos.

—¡Tengo váteres! —gritó exultante Martínez, dos mesas más adelante, después de colgar con fuerza el teléfono. Treinta y dos años de juventud y entusiasmo—. Mañana a las 16:30 los tendremos instalados en el set; antes, imposible.

Elías se acercó a darle un sonoro beso en la frente.

—¡Perfecto! Contacta con todos, hay que desarmar esto. Y cambiar la orden de rodaje por la jornada que hemos perdido y el retraso de mañana. Esto nos va a obligar a rodar allí dos días. Es imposible hacerlo en una sola jornada si empezamos por la tarde. Aprovecharemos la luz, y el resto al día siguiente. Están todos avisados. Los llamé hace una hora para advertirlos de que, si resolvíamos esto, mañana mantendríamos el plan de rodaje, contadles las novedades. Lo primero es solucionar el permiso para rodar en la reserva natural. Hay que ampliarlo por dos días. Me han asegurado que no habrá problema.

—¿Y para esto hemos perdido una jornada y media? Podían haber pedido los váteres sin parar la producción —comentó quejoso Martínez.

—Es una demostración de fuerza, y de cansancio. Esta serie está siendo una agonía. No vamos a perder solo esto, habrá que asumir cambios. Están hartos y cabreados. Necesitamos aligerar un poco el plan de rodaje. Hay que aceptarlo y ampliar unos días más, en lugar de ir tan al límite. Esta vez fue un paro, la próxima puede ser una estampida. Tendréis que poner vosotros todo eso en marcha. Está hablado con Roberto.

—Pues estarán contentos los socios de la plataforma —comentó con ironía Martínez antes de coger el teléfono para seguir marcando números.

Elías volvió a su mesa para hacer también varias llamadas y comunicar a todos el fin de las hostilidades. Además, debía llamar a Julia, no había estado nada bien colgarle el teléfono. No podía reprocharle nada cuando ella se había hecho cargo de los últimos días de su padre. Echó en el vaso el agua que quedaba en la botella

de plástico. Era una de sus manías; no le gustaba beber directamente del envase, usaba vaso de cristal.

Sonia se acercó.

—Spelling, he conseguido que puedas llegar en torno a una hora después del inicio de la misa del entierro. Es la mejor combinación. Rebaja un poco las dos horas de retraso que manejabas. Hay que renunciar a ir a un aeropuerto gallego y viajar vía Porto. En dos horas de vuelo estarás allí; en el aeropuerto he reservado un coche de alquiler, y te quedarán unas tres horas y cuarto conduciendo a Ferrol, ¿te sirve? A nada que se retrasen, puede que les des alcance en el cementerio.

—¡Me sirve! —contestó con el hilo de ánimo que le quedaba—. Gracias por la ayuda.

Sonia siempre estaba para echar una mano. Él intentaba que nunca faltase en los equipos que formaba para cada producción. La gente de confianza que reúnes con los años es un tesoro. El tesoro de cada jefe de equipo y, muy especialmente, del departamento de producción.

—Fírmame esto antes, y vete, porfa —dijo ella dejando unos papeles sobre la mesa justo delante de él.

Elías los acercó y firmó cada página.

Ciertamente, aquel «Spelling» había sonado poco oportuno en el momento profesional en el que estaba. Era un alias cariñoso que su equipo le había puesto porque aseguraban que Elías mandaba más que Aaron Spelling, el productor todopoderoso que firmó, una tras otra, las más afamadas series americanas de la década de los noventa. Un viejo genio que había alcanzado el estatus de semidiós clásico. Spelling esa vez acababa de juntar dos buenas cagadas.

—Vete, por favor, relájate y coge unos días. Atiende lo de casa y no te preocupes por esto. Lo siento mucho, de verdad —insistió Sonia.

Por primera vez, escuchándola, Elías reparó sentidamente en la pérdida de su padre. Al quitarse de encima el problema del equipo,

ya quedaba a flor de piel un único asunto: su padre había muerto sin que su único hijo estuviera con él, ni para el entierro.

—Yo también lo siento. Nuestra relación era bastante fría. Él nunca me entendió y yo nunca me ocupé de su vejez. No deberían haber sido así las cosas.

—Las cosas son como vienen. Os imagino: dos cabezones no dando el brazo a torcer. —Sonia le acarició el pelo—. Estoy segura de que te quería.

—Claro que sí. Y yo a él. Aunque pocas veces lo veía.

—Vete, anda. Prepara las cosas, haz las llamadas que tengas que hacer y yo enviaré en tu nombre una corona que llegue antes que tú para que la vea todo el mundo —añadió sonriendo—. Los entierros son para los vivos, a él poco le importa ya que no llegues a tiempo.

Elías recogió en la mochila su material de trabajo y salió de la oficina. Había perdido la cuenta de las horas que llevaba allí. Los otros tres compañeros se levantaron a su paso para darle un beso de pésame. Un beso por lo personal y, seguramente, también un poco por lo profesional.

Sonia caminaba a su lado, escoltándolo hasta la puerta. La cruzaron y, fuera, pronunció una última frase de consuelo:

—Mi padre era marinero. ¿Te lo había contado? Estaba embarcado, pasaba meses fuera de casa cuando iba a las mareas. Yo nací antes de lo previsto y él no llegó a tiempo. Somos marineros, Elías. No te fustigues. Lo nuestro es así.

—Sí, somos marineros.

En ese momento comenzó el viaje de regreso, sabiendo que llegaría solo para fracasar.

El desastre completo

El avión todavía rodaba por la pista cuando encendió el teléfono móvil. Había dormido bien. Un sueño de puro cansancio, ajeno a las circunstancias. Esperó a que la pantalla mostrara los avisos de mensaje, que aparecieron de golpe, acompañados de un sonidito repetido, que incomodó a su vecina de asiento. Tal vez tenía muy bajo el umbral de contaminación acústica, eso o era imbécil. Echó un vistazo a la pantalla sin abrirlos. Vio un audio de Roberto, el productor ejecutivo, a saber cuál era el nuevo marrón. Siempre cabe la posibilidad de que un fuego resurja de sus ascuas y, cuando los equipos se encabronan, saben hacerlo a lo grande. Podía ser que los váteres no fueran de su agrado, que no se hubiesen instalado bien o que no hubiera papel higiénico, pero también cabía la posibilidad de que los proveedores se hubieran aprovechado de la situación y renegociaran las condiciones al alza. En todo caso, no esperaba un audio agradable. Y se lo confirmaban, aun sin abrirlos, los seis mensajes de Sonia, que a buen seguro le explicaban la situación, más trece de Crisanto, que se habría ahogado en cualquier vaso de agua, mucho más en una piscina llena de cocodrilos audiovisuales irritados. Junto a ellos, la pantalla mostraba seis mensajes de Julia, y dos de su primo Antón, ambos estaban juntos en el lío del entierro. En medio había incontables mensajes de amigos, conocidos y del propio equipo, seguramente de pésame.

Decidió esperar a llegar a la terminal para abrirlos; antes presenció, una vez más, la estupidez humana desatada en el desembarco del avión. ¿Qué dificultad tendrá hacerlo por filas? No soportaba a los impacientes ni a los listillos que se cuelan, y menos

cuando la escapada se veía frenada en seco porque, tras la puerta, no había un *finger,* sino unas escaleras y un autobús con el motor encendido, que tardó un siglo en arrancar. Así aguantó una eternidad hasta la terminal. Allí, escuchó primero el audio de Roberto. Antes que el de Julia, que ya nunca abrió. El orden de selección fue, claramente, un error.

A los socios de la plataforma no les había gustado «la jocosidad en la que había derivado la protesta». Había que ser muy petulante para hablar así. La jocosidad de la que hablaba Roberto la explicaba Sonia en sus mensajes. «Hay algunos memes por las redes, tío, bastantes. Se ha corrido la voz de la huelga por los váteres y se ha hecho mucho humor con el tema. Ha llegado a algunos *influencers* conocidos, y lo han contado con mucha gracia, ya sabes, hay vídeos, montajes… Vamos, ¡que se ha hecho viral!».

No es nada nuevo reírse de la desgracia ajena, solo que ahora se hace en las redes y tiene mayor alcance. Si eres ingenioso en el humor, todo se multiplica, el impacto se vuelve exponencial, y no era difícil hacer humor sobre una huelga tan grotesca.

Los socios de la plataforma deberían haber aprovechado la viralidad de su nueva serie. Cuántas veces había escuchado Elías a conocidos actores y actrices diciendo: «Que hablen de mí, aunque sea mal». Pero no, los directivos habían puesto el foco en la mala imagen que se desprendía de las condiciones del equipo, y de eso habían culpado directamente a la productora, y la productora, a Elías. Es lo que sucede con los brazos ejecutores. Él adaptaba presupuestos, cerraba plazos, conseguía todo lo necesario para rodar, desde un camión a un actor, de un catering a un helicóptero, negociaba con los de arriba y con los de abajo. Y al final, como el queso de un sándwich, se había quedado en medio, apretado y derretido entre las dos planchas de la tostadora.

Ni siquiera le contestó, a veces es mejor contenerse. No era momento de enviar un audio. Eso sabía hacerlo. Los años le habían enseñado esas cosas. Roberto había reaccionado en caliente, pero Elías era un excelente productor, avalado por una sólida y

contundente carrera. Así que se calló y dejó que la ira del productor ejecutivo se atemperara. Su padre había fallecido y él acababa de cruzar varios países para llegar al entierro, nadie podía esperar que contestara en ese momento los mensajes.

No lo hizo, pero no dejó de pensar en el asunto durante kilómetros y kilómetros de conducción, y ni siquiera leyó los mensajes de Julia y Antón. Camino de Ferrol, su cabeza seguía en el rodaje que había dejado atrás, hasta que una llamada de Julia lo resituó de golpe.

Le anunciaba que el cura ya había llegado al tanatorio y los de la funeraria estaban pidiendo a la gente que se dirigiera a la capilla para oficiar la misa y luego llevar a cabo el traslado al cementerio de Serantes. Él estaba aún demasiado lejos. No entraba en las esperanzas de su mujer que llegase a tiempo, pero creyó oportuno informarlo de que su fracaso se consumaba.

No hubo reproches porque toda la conversación lo fue, sin pronunciarlos, como lo eran también las escasas palabras que salían de su boca, o el tono plano de su voz. Más allá del enfado, estaba la decepción. Los enfados fueron antes, cuando aún quedaban sueños por los que insistir. Eso sucedió durante años de rodaje en rodaje, que suponían prolongadas, y a veces inoportunas, ausencias de la vida común. En ese momento, ya no había sueños. La posibilidad de cambio era inexistente. Elías era decepcionante. Otra le habría dicho a gritos que era un hijo de puta, pero a Julia le sobraba templanza y aburrimiento.

Él sabía que todo estaba mal, que no podía haberlo hecho peor, e incluso así lo habría repetido, y si hubiese entrado en un bucle temporal, habría vuelto mil veces a quedarse para solucionar el problema de Madeira, llegando tarde al entierro de su padre.

Por eso, ya no había lugar al enfado. En ese momento, Julia sentía cansancio.

Nada tenía remedio, ni la muerte ni su matrimonio.

Ni tampoco él.

Ferrol era feo con lluvia. Entró en la ciudad más tarde de lo previsto, un par de horas después de la llamada de su mujer; por tanto, su padre ya estaría sellado con cemento. Llovía a mares. Así recordaba su infancia, lloviendo y calzando unas horribles botas Gorila. Antes llovía mucho más que entonces, pero esa tarde se había instalado el temporal, como en una buena secuencia de entierro.

El cementerio de Catabois era municipal. En él se realizaban la mayor parte de los entierros —allí estaba la tumba de su madre—, pero la familia tenía un pequeño panteón en el de Serantes. Su padre lo había heredado de un tío abuelo tras un chanchullo mediante el cual evitó compartirlo con los demás posibles herederos. Así era él. «Yo quiero enterrarme donde descansa el grandísimo Gonzalo Torrente Ballester, nunca ha habido un escritor más grande que este ferrolano», decía. Sobre compartir la eternidad con su mujer nunca se había pronunciado, prefería al literato. E igual que había dejado bien claro el dónde, también había dejado bien claro el cómo, porque su padre era contrario a la incineración, que según él «no era cristiana».

Elías convino con Julia verse más tarde en una cafetería cercana al hotel; antes sintió que debía ver a su padre. Al fin y al cabo, para eso estaba allí.

Si alguna vez había ido al cementerio de Serantes, ya no lo recordaba. Seguía lloviendo sin tregua. Seguramente por eso, y porque faltaba poco para el cierre y era de noche, se encontró el aparcamiento desierto. La reja de la entrada al cementerio estaba semiabierta. Había un muro perimetral, que se abría en un arco perfectamente pintado de gris y blanco, que alojaba la puerta. Era un cementerio antiguo, con cierto encanto que podría apreciarse mejor cualquier otro día, y no aquel, en medio de un temporal de viento y lluvia.

Le sorprendió ver a una mujer mayor, tapada con un paraguas, en plena lucha con el viento. No había nadie más. En Galicia los paraguas siempre son inútiles. Él no se cubría con nada, ni siquiera llevaba capucha.

—¡Buenas tardes! —saludó.

La mujer no habló. Elías no sabía cómo dar con la tumba reciente.

—¿Ha visto usted un entierro no hace mucho?

—Sí.

Aguardó un instante a que añadiera algún detalle, pero tuvo que repreguntar.

—¿Sabe dónde? ¿En qué zona?

—*Alí.*

—Gracias.

—¿Cuándo acabes puedes acercarme al centro?

—Eh… —titubeó un instante—. Claro, señora.

La mujer comenzó a caminar junto a él, Elías entendió que iba a acompañarlo. Supuso que a esas edades el tiempo no apremia.

Divisó un acúmulo de flores ante un pequeño panteón de seis tumbas. No reconoció ningún nombre, como mucho el apellido Riande. Parecía que su padre ocupaba el segundo nicho por la derecha, entre todos aquellos familiares lejanos y extraños. Todavía era anónimo y no tenía lápida. Miró el cemento un rato. A veces hablaba en alto. Le habría gustado decirle: «Siento no haber llegado a tiempo, papá. No solo al entierro. A tiempo para verte vivo». Pero la presencia de la mujer lo evitó. Había una corona del primo Antón y su familia; otra de la funeraria, incluida en el seguro de decesos; la suya, que diligentemente había encargado Sonia y que también mencionaba a Julia; y una más: «Tus amigos no te olvidan». Elías no le conocía amigos.

—*Xa estás?* —preguntó la mujer, impaciente.

Y él afirmó con la cabeza, poco más podía hacer allí. Ambos se dirigieron al coche. Le preguntó adónde iba y la llevó hasta allí. Ya estaba suficientemente empapada y, con la edad que tenía, no habría estado bien dejarla en medio del temporal.

Durante el viaje hablaron sobre panteones, nichos y tumbas, también sobre el clima, y si antes llovía más. Solo al bajarse, la señora le preguntó cuánto tiempo se iba a quedar.

—Unos días.

—¿En el piso?

—En un hotel. —Entonces dudó—. ¿Pero sabe usted quién soy?

—Claro. Elías, *o fillo único de Manuel, que andas no cine*. No te preocupes por llegar tarde. Lo importante es que estás. Le habría gustado, presumía mucho de tus películas. Ha ido gente al funeral. No mucha, pero ha sido un buen entierro, que es lo que importa. Adiós, Elías.

—¿Cómo se llama?

—Merceditas.

Elías sonrió por el diminutivo.

—¿Era usted su amiga?

—No. *Teu pai era un cabrón,* nunca iría a su entierro. Bueno, *neniño,* gracias por traerme.

Los viejos siempre le habían resultado sorprendentes. No tenían filtro. ¿Para qué andar con paños calientes si te quedan tres telediarios? Elías sentía admiración y tirria a partes iguales por la actitud de los mayores.

Vio a Merceditas entrar en el bajo de un edificio antiguo.

Todavía permaneció allí parado hasta que la mujer cerró el portal; luego, continuó. Ya era hora de enfrentarse a Julia. No para discutir, solo pretendía asumir que esa había sido la gota que colmó el vaso de su matrimonio. La conocía, no iba a gritarle ni a montarle un numerito, simplemente le contaría cómo habían sido aquellos días infernales cuidando de su padre, y puede que añadiese que se había terminado su relación, o que no regresara a casa.

Cuando entró en el pequeño local donde se habían citado, la vio al fondo.

Su pelo rubio permanecía perfectamente alisado pese al temporal. Llevaba los labios rojos, como siempre. Era tan elegante que podía ir con los labios rojos a un entierro y no parecer inapropiado. La ropa que vestía era discreta, como requería la ocasión: una camisa y un vaquero negros. Solo el agua que caía de la gabardina acharolada que ocupaba el respaldo del asiento de al lado era prueba del temporal de la calle; por lo demás, lucía perfecta.

No se besaron.

Elías se sentó enfrente.

—Son las siete. Si te parece bien, yo ya pediría una merienda-cena. Estoy agotada y prefiero retirarme al hotel y no salir de nuevo. He reservado otra habitación para ti.

—Julia, yo…

—Somos incompatibles. No eres capaz de querer a nadie, tu trabajo está por encima de las personas. Esto ha sido demasiado, Elías. Una semana cuidándolo en el hospital por el infarto y después, ya sabes, el accidente cardiovascular, el tanatorio, la funeraria, la misa, el entierro. Todo, Elías. Todo sin ti, que eres su único hijo. Tu primo y yo hemos ocupado tu lugar, hemos elegido el tipo de féretro, las canciones de la misa, el traje con el que se le ha enterrado… Ni siquiera atendías el teléfono. ¿Cómo puedes anteponer el trabajo a tu padre? ¿A mí?

Paró de hablar un instante, se giró y cogió una pequeña bolsa colgada del respaldo de su asiento.

—Toma, son sus cosas. Me las han dado en el hospital. Reloj, llaves, móvil… Bueno, está todo lo que llevaba encima. Ni lo he mirado. No has sido capaz de llegar en una semana. No contabas con que se muriera, claro —continuó su soliloquio—, pero la vida no tiene orden de rodaje, ¿sabes? Las cosas pasan sin remedio mientras tú te crees imprescindible en tu trabajo.

—Lo siento, Julia.

—Lo sientes y volvería a pasar. Deberías sentirlo por él, por ti, que morirás solo como tu padre. Pero yo no quiero vivir así. No quiero estar sola en un hospital, ni siquiera quiero ir siempre sola al súper. Me merezco una compañía. Una compañía real, no una llamada telefónica de mi marido, a cualquier hora, cuando acabas todo lo demás. Porque yo siempre voy después de todo lo demás. Tú no sabes querer. Solo te quieres a ti mismo y a tus rodajes.

No fue fácil escuchar, pero lo hizo casi todo el tiempo en silencio.

—En todas esas horas de hospital pensé mucho en qué decirte, pero ¿sabes qué? Ya no me apetece explicarte lo que siento, ni

explicarte tu comportamiento como si fueras un menor que no entiende las consecuencias de sus actos. No quiero dedicarte ni un segundo más de mi vida, Elías. Se dedica tiempo a lo que tiene arreglo, o a lo que se quiere arreglar, pero lo nuestro es insalvable. Me das una pereza absoluta.

Ninguno de los dos lloró.

Nadie intentó reconducirlo.

Él asumió la verdad de Julia, y fueron capaces de comer algo, pese al nudo en la garganta. Incluso después, en la otra habitación, Elías pudo dormir.

Julia le pidió que no la acompañara al día siguiente en el desayuno y él no fue, aunque le habría gustado despedirse y llevarla al aeropuerto de Alvedro. A primera hora, se marchó en taxi a Coruña, y de allí a Madrid.

Tendrían que decidir algunas cosas materiales, pero la decisión más difícil ya estaba en marcha. Al fin y al cabo, sin hijos, no habría grandes problemas en la separación, ambos lo sabían.

Él accedió a todo con una extraña sensación de irrealidad que ya había comenzado a sentir días antes, cuando la tierra bajo sus pies comenzó a temblar, y todo empezó a desplomarse.

El implante capilar

Julen Etxanobe yacía semisentado en su cama de ropa blanca, en la habitación blanca, de la inmensa casa blanca, demasiado luminosa, con un blanco inmaculado que rebotaba en los muebles, marcos y paredes del mismo color. Modernidades nórdicas globalizadas por todo el planeta, incluso en un lugar como Jaén, donde sobra sol, y tanto blanco, a veces, molesta a la vista. Yacer era la palabra correcta, porque no se podía decir que descansara precisamente. Permanecía inmóvil, sobre la cama, derrumbado anímicamente. Cuando sonó el teléfono, maldijo en alto el aparato, a su inventor y a la persona que llamaba. Pese a todo, hizo el esfuerzo de estirarse intentando que no se le cayera del cuello la almohada de avión que lo rodeaba. Una vez que fue capaz de alcanzarlo, regresó a la postura yaciente, recostado sobre un montón de cojines blancos sin perder del cuello la almohada azul semicircular.

—¡Coño, Elías! ¿Cómo estás? —saludó, repentinamente de mejor humor.

—No… ¿Cómo estás tú?

—Yo estoy insoportable, que es el estado normal de un ser humano que lleve cuarenta y ocho horas sin dormir, sentado día y noche, y con un picor en la cabeza que he tenido que ponerme guantes para vencer la tentación de rascarme —dijo, mostrando la mano derecha libre del móvil, como si su interlocutor pudiese verla enguantada.

—De verdad, Julen, que no necesitabas pasar por ese calvario.

—Calvario, qué ingenioso eres —rio—. Eso lo dices tú, que también te va haciendo falta. No hay que esperar a estar como una

bola de billar, Elías, los implantes capilares van mejor si se hacen cuando comienzas a notar la caída.

—No te contratamos por tu pelo, te contratamos porque eres uno de los mejores actores de este país, con o sin pelo.

—Y porque arrastro gente, querido. Soy un valor seguro para cualquier producción. Es cierto, no es soberbia. Si estoy yo, la audiencia está asegurada, por eso me pagas más. Pero a esa gente que me sigue les da igual mi papel, si lo hago bien. No les importa si soy un avaricioso ministro corrupto o un peligroso narco de una de tus series. Lo que quieren es verme guapo. Y guapo es con pelo.

Era inútil intentar convencerlo. Las extravagancias estéticas eran habituales y, seguramente, una respuesta a la brutal exposición pública a la que estaban sometidas las estrellas.

Julen era buena gente, a veces inseguro, como todos, y otras veces un poco tiquismiquis, pero buena gente. Y humilde. Lo conoció cuando solo era un adolescente y ya le cayó encima el peso de la fama en su primera producción: *La iniciación.* Bordó un papel de muchacho problemático, de los que se ven arrastrados por las circunstancias, e inspiran ternura aun cometiendo atrocidades. Y, desde aquellos remotos tiempos, Elías fue confidente, amigo y hermano mayor. En este momento, su caché lucía ya muchos ceros, y ambos tenían un par de Goyas en sus estanterías.

—Cuenta, anda… ¿Cómo estás? Ya sé que a la muerte de tu viejo se le unió el plantón del equipo técnico. De eso, sinceramente, se ha hablado y reído mucho por toda España. Una pifia así no se deja pasar sin mofa y escarnio público. Ya sabes cómo se las gasta la gente en este sector. Yo también me he reído de alguna cosa, tengo que reconocerlo. Hay gente muy ingeniosa, y una huelga por los váteres químicos… Es que se lo habéis puesto a huevo. Ya pasará. Las redes son como la bolsa, suben y bajan. Lo de tu padre es otra cosa. También me he enterado de que te quedaste en Madeira a solucionarlo y has llegado tarde al entierro. ¡Tremendo! ¿Sigues en Ferrol? —se interesó.

—Sí. Aquí estoy en Ferrol. Veo que las noticias vuelan.

—Bueno, es que cuando me enteré, como no sabía por dónde andabas, llamé a Julia para informarme —añadió, pasando el teléfono a manos libres y activando la función de cámara para verse la cabeza mientras hablaba—. Ella me ha contado todo.

—Entonces, sabrás más cosas…

—No es fácil encontrar parejas que soporten nuestra profesión, Elías. Ni las ausencias. Todas las ausencias, las físicas, con los rodajes, y las mentales, cuando nos pasamos todo el día centrados en nuestras cosas. Las llamadas eternas a deshora, los viernes con horario de madrugada, los sábados durmiendo, festivos trabajando, no tener vacaciones… ¡Qué te voy a contar que no sepas! Julia es buena chica, pero es funcionaria, Elías. ¡Funcionaria del Ayuntamiento de Brunete! ¿Cómo iba a salir bien? —Reprimió un comentario sobre la rojez de su cuero cabelludo porque no era oportuno.

—Tampoco ha salido tan mal. Diez años juntos no es poco, ¿no? —contestó Elías amargamente.

—No está mal, querido.

—A Julia le ha pasado como al equipo, Julen. Esa fue la gota que colmó el vaso. No me ha perdonado tener que pasar sola por la muerte de mi padre. Y tiene razón. ¿Qué le voy a decir? Que tiene razón.

—Elías, lo siento todo. En serio, a veces parece que el mar tira por los pies de uno hacia el fondo, pero siempre flotamos. Nosotros somos de los que flotan. Cuídate y cuida de Julia en el proceso que tenéis por delante. Sinceramente, querido, hace años que no se os ve chispa alguna. Tampoco creo que no lo supieses ya.

—También me han relevado de la dirección de producción de la serie.

—¡Coño! ¿Te han echado?

—Técnicamente, me han relevado. Cambian un cromo por otro, como en los álbumes. Pasan al director de producción de la serie de David Elizalde a la que yo dirigía en Madeira y a mí me envían a la

nueva que van a empezar. Uno por otro. O sea que tengo unas semanas sin trabajo. Llámale descanso.

—¡Pero eso es un premio! —se oyó del otro lado del teléfono—. Si esa serie se rueda gran parte en A Coruña. No pensaba que fuera a salirte tan bien una cagada tan grande. A tu serie le quedaba un mes de rodaje y tienes al equipo en contra, y la de David Elizalde aún va a empezar la preproducción. Es más tiempo de trabajo, chaval. Sales ganando. Y además puedes descansar tranquilamente por tu zona.

—Aquí ya no tengo nada, Julen.

Elías reprimió contar más. Se calló que no quería quedarse allí, que lo hacía sentirse culpable por no haber estado antes, acompañando la vejez de su padre, y quedarse con él fallecido. No haber ido por él y sí por un rodaje.

—¡Bah! Estás negativo. Esa zona seguro que es preciosa, y la serie nueva tiene mucho morbo, será un éxito. Además —cambió de tono—, tampoco estás ahora para elegir. Coge el contrato y agradéceselo. Te tienden una mano. Si la muerdes, quedarás mal no solo con esa producción, sino con todas. Hay muchos esperando a que dejes sitio, Elías. Esto es muy competitivo. No estás para renunciar a un trabajo después de este desastre en redes. Anímate y mira el vaso medio lleno, anda, y llámame cuando quieras. Pero si va a ser esta semana, mejor avisa antes por WhatsApp y te llamo yo, que le voy a quitar el sonido al móvil a ver si consigo dormir.

—¿Pero cuánto tiempo vas a pasar así?

—Nada, no es para tanto, soy mal enfermo, simplemente. Esto durará un par de días o tres, después se irá calmando y desaparecerá este color rojizo que tengo en la piel. Luego, ya sabes, se caerá el pelo y nacerá uno nuevo espectacular.

—¡Coño! ¿Pero no se queda el que te han implantado uno a uno?

—De verdad, Elías, que a veces parece que has salido de un invernadero, como los pimientos de Padrón. Este pelo ahora se cae —explicó alto y claro, dejando atrás el tono suave de la conversación

anterior— y, después, saldrá el nuevo. ¡Que es pelo natural, Elías…! A ver si crees que es de plástico y soy la Nancy de Famosa.

Al otro lado de la línea sonó una carcajada franca y Julen dio por completada con éxito la llamada de su amigo, que pisaba al borde del acantilado.

Volver a casa

Elías buscó la llave en el bolsillo de los vaqueros. Estaba metida en un pequeño llavero de cuero marrón con dos solapas que abotonaban con broches. Era una de las pertenencias de la bolsa del hospital que le dio Julia. Su padre usaba aquellos llaveros desde el inicio de los tiempos. Cada vez que se estropeaban, con el paso de los años, los sustituía por otros iguales, como una pequeña pieza por la que nunca pasaban los años y permanecía siempre idéntica. Lo cogió en la mano y lo miró antes de abrirlo. Siempre le habían parecido incómodos y demasiado aparatosos. Buscó la llave del portal, tan grande que asomaba por los bordes. Allí dentro había unas cuantas llaves más: trastero, buzón y otras tres o cuatro que no identificaba.

El edificio había sufrido una rehabilitación integral unos diez años atrás, tras la cual la fachada y las zonas comunes lucían espectaculares. Habían conservado elementos distintivos, como las losas geométricas del suelo, recuperaron las cristaleras y las vidrieras, las escaleras y las galerías de la fachada. Los otros dos pisos ampliaron la reforma al interior, pero su padre, el habitante del tercero sin ascensor, permanecía en un agujero temporal que hizo a Elías regresar a los años ochenta nada más girar la llave de la puerta.

—¡Ay, papá! ¡Qué cutre has sido siempre! ¡Qué necesidad tenías tú de vivir en un piso así? —dijo en alto, se metió dentro y cerró la puerta.

Olía a viejo.

Se respiraba una mezcla de rancio y humedad en el ambiente. Con aquel invierno lluvioso, no era de extrañar.

Todo le resultaba incómodo, el espacio y los recuerdos.

En un arrebato, comenzó a caminar de habitación en habitación abriendo compulsivamente las ventanas y dejando pasar la luz y el aire renovador. Ventilar era lo que precisaba para no ahogarse allí dentro.

Sonó el timbre.

Se sorprendió. Supuso que algún vecino había pensado que era su padre de regreso, tras el ingreso hospitalario.

Abrió. En la puerta apareció una mujer más o menos de su edad.

—¡Hola! Supongo que eres Elías.

—Sí.

—Siento lo de tu padre.

—Gracias.

—Era buena persona. Últimamente ya le costaba mucho subir al tercero, pero tampoco quería instalar el ascensor. No es fácil, pero se puede hacer. Hay espacio suficiente para uno pequeño, y es una obra necesaria. Bueno, no sé qué vas a hacer ahora con el piso, pero quería que supieses que, si lo vas a vender, me gustaría ser la -primera en saberlo porque estaría interesada en él y, en todo caso, ahora que no está tu padre, creo que debemos afrontar la obra del ascensor porque los otros dos pisos estamos de acuerdo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Elías.

—Irene. Perdona, no me he presentado —se disculpó algo ruborizada—. Soy la vecina del segundo.

—Entendido. Gracias, Irene. —Le pareció inoportuna en el momento y en la conversación, pero seguramente aquella mujer pensaba que, si no lo volvía a ver, tenía que soltarle todo de golpe, lo de la venta y lo del ascensor—. Lo tendré en cuenta.

—¿Y tienes alguna idea de lo que vas a hacer? —todavía insistió.

—Estoy en ello.

—Como vives fuera…, de aquí para allá, con lo del cine y eso…, tal vez sería conveniente cortar las llaves de paso del agua y del gas,

y comprobar que las ventanas quedan bien cerradas por si llueve. Si el piso permanece mucho tiempo vacío, es mejor cerciorarse de esas cosas… para no tener problemas. Yo estoy justo debajo.

—Sí, sí, dejaré todo bien cerrado. Descuida.

—Es que los pisos vacíos ya sabes cómo se deterioran. No quiero molestarte más. Si te parece, te hago una perdida al teléfono y así agendas mi número por si decides vender. Te llamaré para lo del ascensor.

—Me parece bien. Apunta mi número: seis…

—Ya lo tengo —se rio—. Tu padre me dio tu teléfono, por si un día le pasaba algo y tenía que llamarte. Hace varios años que me lo dio —sonrió de nuevo—. Como vivía solo… Te hago esa perdida, ¿vale?

—Sí, gracias.

Elías cerró la puerta y oyó los tacones de la mujer por las escaleras de madera mientras sentía vibrar el móvil en el bolsillo. Siempre lo llevaba sin sonido, pero con vibración. Registró el contacto como «Irene la del segundo», mientras pensaba qué poca huella quedaba ya de Ferrol en él, ni amigos, ni ataduras emocionales. Su padre era lo único que de verdad lo hacía regresar de vez en cuando.

Tras la interrupción de la vecina, se reubicó en el pasillo, le faltaban por abrir las ventanas de un cuarto. El suyo. Giró la manilla y se dispuso a entrar en su adolescencia.

Así fue. Allí estaba su habitación de adolescente, que ya nunca cambió, como si hubiese muerto. Cuando tocó ir a la universidad, casi todos sus amigos se dispersaron por diferentes ciudades, principalmente entre Santiago y Madrid. Él también se fue a estudiar Matemáticas a Madrid. Había facultad en Santiago, pero su padre siempre fue partidario de que estudiara fuera de Galicia. Le parecía de más prestigio, y también una señal de solvencia económica de la familia que podía darle lo mejor a su único hijo. Elías afrontaba con normalidad el desafío de marcharse. Lo que no había sido capaz de enfrentar en casa fue contarles a sus padres que a él las

matemáticas no lo entusiasmaban y que lo que realmente le interesaba era dedicarse a la televisión.

La independencia también sirvió para eso, para envalentonarse. Tras un primer año bastante exitoso en la Facultad de Matemáticas, en verano regresó a Ferrol para explicarles a sus padres que quería dejarlo y aprender el oficio de crear cine y programas para aquel cacharro al que le había dedicado tantas horas desde niño. Lo de la televisión fue un mazazo, casi una vergüenza pública para la familia. Pero, sorprendentemente, tras el enfado inicial, estuvieron de acuerdo en que se cambiase de carrera. No era del agrado de sus padres, pero por lo menos cursaría estudios universitarios y no se convertiría, como otros, en un drogadicto sin rumbo. Así de pintoresco fue el argumento con el que su madre convenció a su padre. A final del verano, volvió a Madrid y se matriculó en Periodismo. Eligió la rama de Imagen, que debía de estar de moda porque eran tantos estudiantes que había problemas para hacer las prácticas.

Un par de años después, su madre murió de una hepatitis fulminante, que se la llevó por delante tras un brevísimo ingreso hospitalario, y su padre nunca más hizo cambios en la casa, más allá de reponer piezas rotas por nuevas. Renovó algunos electrodomésticos, como la televisión, la nevera, la lavadora, también los sofás, que deshilachó a conciencia la única gata que habitó la vivienda, pero los muebles, los cuadros y adornos, las colchas, cortinas y el aspecto general permanecían incorruptos, como Santa Minia en su urna. El piso era para Elías una gran urna parada en el tiempo.

Cada verano, y cada Navidad, volver a casa era regresar al pasado, pero el pasado sin madre. Desde que ella faltó, Elías comenzó a ir menos a Ferrol. No había un motivo, todo estaba en su cabeza. Simplemente, en Madrid notaba menos su falta, su terrible y demoledora ausencia. En la distancia todo era más fácil, como si no llamara, o no hablaran, y así trampeaba los sentimientos. Pero en Ferrol toda la casa, la ciudad y la familia eran una insoportable

ausencia. Le fastidiaba pensar que ojalá el que hubiese faltado hubiera sido su padre, y no ella. Le fastidiaba, pero lo pensaba recurrentemente. No una, ni dos, muchas veces. Él no tenía la culpa de ser más seco, menos hablador, más desconocido que ella, ni de sobrevivirla. Como ella tampoco tenía la culpa de dejarlos solos.

Y, así, cada año volvía menos veces.

En una balda de la estantería cogió una caja de juguetes pequeños. Ordenó sobre la mesa las reproducciones de los personajes de *Star Wars*. Luke Skywalker nunca mantuvo bien la verticalidad; recordó un defecto que tenía en la base y sonrió comprobando que la tara seguía allí.

Abrió las puertas del armario. En lugar de ropa, que alguna había, ocupaban los estantes cajas de juguetes y recuerdos que su madre había recogido para hacerle un cuarto más adulto, acorde con su recién estrenada condición de universitario. Abrió una y encontró dentro una cuerda para saltar, Legos y puzles. Tiró de otra. Esa estaba a rebosar de *Mortadelos* y *Superhumores,* pero sobre todos los cómics, como un tesoro, encontró la pequeña Nintendo naranja con el *Donkey Kong.* Hugo, el primero de dirección, acababa de comprarse una en eBay por ciento cincuenta euros. Lo retro estaba de moda. Incluso podría vender esas cajas y sacarles dinero. Cogió la máquina ilusionado. Intentó encenderla, pero no funcionaba. La giró y observó que se habían caído las pilas porque le faltaba la tapita. Recordó cuántas veces se caía esa tapita y cómo la había fijado con cinta adhesiva. Así que la buscó por el fondo de la caja y, efectivamente, allí estaba. La anécdota le resultó tan familiar que volvió a sonreír al encontrarla. Se guardó la Nintendo en el bolsillo del pantalón. A Hugo le iba a encantar cuando la viera. Cerró la caja y continuó curioseando entre sus propias cosas, con más sensación de descubrimiento que de reencuentro.

En los bajos del armario, a la vista, halló otro tesoro, el PC Amstrad y un montón de cintas de juegos. No le hizo falta más para perder la tarde, en vez de buscar los papeles de su padre y del piso, que había ido a recoger.

A ultimísima hora, desconectó el entramado de cables que, como un adolescente, había montado para jugar en el ordenador y a toda prisa buscó en la habitación de su padre el cajón de los papeles. Por suerte, era tremendamente ordenado. Allí estaban, en la cómoda, un lugar previsible. El lugar de los documentos. Organizado en varias carpetas rotuladas, halló todo lo que precisaba y mucho más, que debía revisar, pero ya no iba a ser en esa ocasión.

Juntó todo, vació una de las carpetas azules de cartón y metió en ella lo que había ido a buscar. Al día siguiente lo dejaría en la gestoría, antes de irse a Coruña para coger un avión de vuelta a Madrid. A su casa. Había acordado con Julia que ella se trasladaría a su piso en Brunete. Afortunadamente, no había encontrado inquilinos y seguía vacío. Él recuperaría el ático de Chamberí. Pero hasta organizar la mudanza, con la debida calma, compartirían vivienda, cada uno en una habitación. Todo muy civilizado, pero incómodo y desagradable, como cualquier ruptura. Su intención era coincidir lo menos posible.

Cerró con doble vuelta de llave y salió al pasillo del edificio rehabilitado como quien salta a un agujero espaciotemporal y sale en otro tiempo y lugar.

—¿Pero qué necesidad tenías de vivir así, papá? —volvió a quejarse en alto.

Bajó las escaleras de madera y, al alcanzar el segundo piso, la única puerta se abrió.

—¿Te vas?

—Sí —contestó, incómodo con la vigilancia de Irene.

—¿Quieres pasar y tomar algo? Creo que antes di una imagen un poco brusca e interesada por la manera en la que te hablé. Te pido disculpas. Supongo que no ha sido muy afortunado agobiarte ahora con el tema del ascensor y de la venta del piso, pero, como nunca habíamos coincidido en tantos años, pensé que debía aprovechar la ocasión. Me sentiría mejor si pasaras un instante. Puedo ofrecerte algo. No estoy sola, estoy con las niñas —aclaró.

Elías intuyó que la mujer aportaba el dato sobre la presencia de las hijas para dejar claro que era una propuesta inocente. Aunque también advirtió que no se había cambiado de ropa para estar en casa, hasta el punto de que seguía llevando tacones de aguja en el parqué. Y sonrió con ese segundo dato involuntario que contradecía al primero.

Tras ella, pudo ver por el hueco de la puerta una parte del piso que captó toda su atención. De hecho, aceptó el convite para curiosearlo.

Parecía salido de una revista de decoración. Paredes blancas combinadas con otras de piedra original, luces cálidas, la galería restaurada y pintada de blanco, había plantas enormes, jarrones, el pie de una máquina de coser Singer como mesa de recibidor, sofás de diseño… Elías no podía creer que de un piso semejante al de su padre se pudiera conseguir algo así.

Entablaron una conversación agradable con un Ribera del Duero en las copas. Hablaron un poco de su padre y mucho de Ferrol. Aquella ciudad en crisis permanente que llevaba cuarenta años perdiendo población, pero que estaba volviendo a resurgir y tenía un innegable encanto.

—El cambio climático nos va a favorecer, ya verás. Los últimos veranos fueron de calor insoportable desde Coruña para abajo. El norte de Galicia es ahora el nuevo destino, y aquí a playas no nos gana nadie. Pero, claro, ya me contó tu padre que tú eres *freelance* y no tienes vacaciones en verano. O sea que solo descansas cuando no estás contratado para una película, el tiempo sin contrato entre dos trabajos.

—¿Mi padre te explicó eso? Vaya, entonces al final lo entendió. Se pasó toda la vida preguntándome por las vacaciones. Y yo me pasé el mismo tiempo explicándole que los rodajes son intensivos y que descanso cuando estoy sin trabajo. —Rio primero, pero después se puso serio; hubo un breve silencio, que él mismo rompió—. Estuvo bastante solo.

Irene se sacudió la camisa en un gesto nervioso. Él le sonrió para que no se viese en la obligación de responder. No era una pregunta, era una afirmación.

La mujer cambió de tema.

—¿Dónde será tu próxima película?

—Casi nunca hago películas, trabajo más en series.

—Sí, lo sé. Es una forma de hablar. Bueno, has hecho pocas películas, pero has ganado dos Goyas con ellas. Sé que ahora haces series. Es lo que ve todo el mundo. No entiendo que no se premien en los Goya, tendrías un montón —se rio—. Estoy al tanto, más o menos, de tu trayectoria. ¡Caray, es que has participado en series muy importantes! Conoces a muchos actores y actrices superfamosos.

—Ahora tengo, aproximadamente, un mes y unos días de «vacaciones» —dijo remarcando la palabra—. Después, comenzaremos la preproducción de un trabajo nuevo. Pero antes iré a Madrid, para solucionar unos asuntos personales, y posiblemente vuelva pronto por Ferrol, aquí también tengo cosas que resolver.

—¿Vendrás a vivir al piso una temporada?

—No, no. El piso no está para vivir. A él le servía, pero a mí no me resulta agradable…, ya me entiendes. No es muy cómodo. De hecho, estoy fascinado con la reforma que has hecho. Has ganado espacio al redistribuir los tabiques, veo que has eliminado alguna pared. Este piso tiene tanta luz y es tan amplio que parece imposible lo que has logrado.

La conversación sobre decoración cerró la visita.

Irene había sido amable, pese a la poco afortunada presentación, y Elías se sintió en la obligación de decirle que diera por hecho lo del ascensor, y que la mantendría informada sobre la decisión que tomara respecto al piso.

—Nos vemos pronto. —Lo despidió en la puerta, subida a sus tacones de aguja.

El primo Antón

Olvidar, en ocasiones, es una decisión voluntaria. Y, a veces, ni siquiera tiene una gran filosofía detrás, simplemente lo cotidiano se hace más fácil cuando evitas ciertos lugares de dolor. Para Elías era más fácil llevar la ausencia de su madre en Madrid que en Ferrol, donde todo la recordaba dolorosamente cada día. Sí, había verdad en eso. Pero, para ser sinceros, el olvido de sus orígenes ya había comenzado antes, sin grandes motivos, pero con muchas pequeñas razones.

El olvido se inició porque la casa de Elías era estricta y recta; porque en Ferrol llovía y en Madrid no; siguió creciendo porque Cora, su novia, también se fue y estudiaba Medicina en Santiago; o porque en su familia sentía la presión de tener el dominio de su futuro con un sueldo fijo, una familia, hijos, y en Madrid…, en Madrid, se fue fraguando ese otro futuro, en el que treinta años después ni tenía salario fijo, ni hijos y ya acumulaba tres divorcios con el que venía en camino.

Con cincuenta años, muchas de esas pequeñas razones habían perdido su sentido o directamente desaparecieron, pero el regreso seguía siendo incómodo y desganado. Elías había leído en una ocasión que Alejo Stivel dejó abandonado en una calle de Madrid el coche de alta gama que le habían regalado, simplemente, por la pereza de ir a buscarlo. Se identificó con la anécdota, podría hacer lo mismo con el piso de su padre. Comprendía perfectamente esa desgana por encima del valor de las cosas. No ansiaba la herencia, ni la precisaba. Vaciar la casa, venderla, rehabilitarla, o las dos cosas, era una pesada obligación.

La misma desgana y obligación sentía delante del timbre de la casa de su primo Antón, el policía nacional.

Antes, pasó por la Confitería Gascón en la rúa Real. Allí seguía desde 1904, como rezaba el cartel. Compró una *castiñeira,* la tarta estrella.

—¡Una *castiñeira!* Ya compras como los turistas, primo —fue el recibimiento de la tarta y de la visita.

Tenía razón.

En treinta años, había declinado todas las invitaciones del primo Antón, y antes las de su padre, el tío Antón. Eran gente metódica con las fiestas y celebraciones de cada santo y cumpleaños, igual que con las fiestas del barrio y la Navidad. Al principio recibió un montón de invitaciones y ofreció el mismo número de disculpas por las ausencias cada año. Con el tiempo, se redujeron a San Antón. Y más tarde, ni eso. Seguramente les parecía un soberbio, como su madre, que se había casado con el arquitecto municipal y se fue a vivir a una zona fina de la ciudad, ocultando muchas veces su origen humilde con sus nuevas amistades. Pero ella nunca dejó de atender a los suyos si lo precisaban, de cuidar a los mayores, ni faltó jamás a ninguna fiesta de sus hermanos. Esa era su reconciliación periódica con los orígenes.

—Vaya, tú debes de ser Antón —dijo observando a un adolescente de unos diecisiete años, peludo, escuálido, tatuado a colorines y vestido de negro.

—Sí. En esta familia los nombres no tienen mucho misterio —respondió el hijo del primo Antón.

—¿Y no podrías buscarle a este un trabajo de actor? —preguntó el primo.

—¿Es actor? Nadie me lo había dicho.

—No. Pero para eso tampoco hay que estudiar, ¿no? Qué titulitis la de este país, Dios mío. Es un oficio, como muchos otros. Ya se irá formando mientras trabaja. Un actor o vale, o no vale. Lo que sí necesitará es una oportunidad, claro —añadió.

—Apártale el pelo, ya verás qué cara linda tiene —dijo Marta, la mujer del primo.

—Hoy en día vienen todos de escuelas, con formación y muy preparados. —El chaval permanecía en la misma postura y lugar desde que él había entrado, apoyado en el marco de la puerta de la cocina—. ¿Tú quieres ser actor?

—No lo sé. Estoy entre eso y fontanero, que también se gana mucho dinero.

«Una inusual dicotomía», pensó Elías.

—Permitid que el primo deje las cosas que trae y salimos a tomar el vermú a la terraza mientras no está la comida. —Marta salvó la situación.

La casa era bastante nueva. La habían comprado hacía pocos años. Le pareció cómoda y estaba decorada con gusto. De jóvenes, Antón y Elías fueron uña y carne. Compañeros de colegio, después de instituto y siempre de fiestas.

La familia lo recibió como si se hubiese ido el día anterior, como si no hubiesen pasado quince años sin verlo. Como si no pensaran, que lo pensaban, que había renegado del pasado y vivía una vida bohemia y millonaria en la que había prescindido de todo grado de parentesco, de los más lejanos, como ellos, y del más próximo, como su padre. Sabía que eso se lo tenían en cuenta.

La terraza resultó ser una jungla que a Elías le recordaba a Madeira. Marta se había excedido con las plantas, había más sitio para ellas que para los de casa. Arbustos y plantas de gran porte que los ocultaban de los vecinos y preservaban su privacidad, y delante otra fila de menor talle. Todo recorrido por un sistema de riego por goteo, y en una esquina aún lucía una gran manguera amarilla para regar a mano.

Una manguera semejante a la que había, en otros tiempos, en la casa del abuelo, delante del pozo en el que, de cuando en vez, caían gatos y había que cerrarlo durante años con una tapa de madera clavada con puntas. Pasado ese tiempo, la abuela decidía por

sabiduría intrínseca, y sin analíticas que lo corroborasen, que el agua ya se podía beber de nuevo. Y nunca fallaba.

En esa casa pasaban el verano los primos. Todos juntos, un montón de niños. Porque él era hijo único, pero sus primos eran cinco niños por cada casa, y menos los más pequeños, que aún eran bebés, todos pasaban allí el verano, durmiendo revueltos en camas y colchones por el suelo, con tres bicis para todos, velando los mayores por los pequeños. Y nunca hubo accidentes luctuosos. Por lo menos, para los humanos. Porque Antón y Elías, que solían ser los cabecillas de todas las gamberradas, pensaron un día en la descomposición de los gatos en el pozo.

Quién sabe cuál de los dos tuvo la idea, de la que ambos participaron. Una mañana la abuela comunicó que se abría de nuevo el pozo porque el bicho ya se había consumido. Fueron todos a sacar las puntas de la tapadera, y la abuela en persona lanzó el cubo atado a la cuerda para subir el primer caldero de agua y dar el veredicto. La observó, la olió y la probó. Después, sentenció:

—¡Vale!

Fue todo lo que dijo. Y a Antón y a Elías les pareció magia, aunque, evidentemente, era ciencia. Los cuerpos se descomponían. Así que juntos decidieron hacer un experimento científico sobre el tema. Pero de los de verdad, bien hecho, con anotaciones en una libreta y datos concretos. Por eso mataron seis gatos y una rana, los enterraron y, durante todo el verano, los desenterraron cada siete días para anotar cómo avanzaba el proceso de descomposición. Uno de los gatos había sido realmente difícil de cazar. A punto estuvieron de sustituirlo por un conejo, pero, si el abuelo se enteraba de que le había robado un conejo de la cuadra, les iba a dar una paliza, así que insistieron en la caza del sexto gato hasta que lo lograron.

—¿Pues sabes lo mejor? —preguntó Antón cuando Elías compartió su macabro recuerdo—. Cuando se hizo la obra de la casa de atrás, la de Mariana, aparecieron los huesos de todos los gatos. Yo estaba negro cuando los vi removiendo la tierra, pero nadie le dio importancia. Nunca supieron lo que hicimos.

—¡Vaya animalada! —comentó Antón hijo.

—Tremenda, no estoy orgulloso de eso —contestó su padre.

—Fuimos los peores de todos los primos. —Elías se rio—. Yo pensaba que hoy estarían aquí. Hombre, no todos, pero que vendría alguno de ellos.

—Preferimos que no, para poder hablar contigo sobre una cosa —expuso Marta misteriosamente.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo? —se extrañó Elías.

—No. Nada. Solo es que…, verás, estos años en los que has venido tan poco a ver a tu padre, la verdad, una vez al año, como mucho…

Elías interrumpió para aclarar que desde su enfermedad había ido bastante más. Igual tres o cuatro veces por año.

—Sí. Sí —admitió Antón—. Pero estabas uno o dos días, como mucho. Sabes que nosotros hemos sido los parientes más cercanos al tío Manuel. Le buscamos a varias personas para cuidarlo, no aguantaban mucho tiempo contratadas porque ya sabes qué carácter se gastaba. Cada semana lo visitábamos… Queríamos al tío. La verdad es que hemos sentido su muerte. Hemos pensado que con tu vida, tan ajetreada, y después de tantos años fuera, ahora vendrás mucho menos, o nada. En fin…, que el piso del tío es un estorbo en tu vida. No vamos a pedirte que nos lo regales, por mucho que lo hayamos cuidado estos años, no se nos ocurriría, pero, la verdad, sería un buen piso para comprárselo a nuestro Antón.

—Si tiene aún diecisiete años —puntualizó Elías.

—Sí, para el futuro, para el futuro… Antes habría que rehabilitarlo, ya ves que está viejísimo. Nosotros no somos ricos como tú, tendríamos que hacerlo poco a poco, tardaríamos años. ¿Quién te lo va a comprar así, Elías? Te hacemos un favor. Tú siempre estás de aquí para allá con las películas.

—Las series.

—Eso, con las series.

—Todavía no he decidido lo que haré con el piso, la verdad.

—Normal, es todo muy reciente. Y ahora estarás también con el tema del divorcio de Julia. A ella la veíamos más.

—Se ocupó de temas de papá varias veces en estos años, cuando yo no podía ausentarme de los rodajes.

—Era buena chica. Ya iba a ser yo, Elías. Con confianza te lo digo. Yo no iría a cuidar del suegro si su propio hijo nunca fuese a verlo. —Marta expresó su opinión, que nadie le había pedido.

—En mi trabajo no puede ausentarse uno cuando quiere.

—Sí, ya sabemos que eres muy importante, y muy conocido, en las películas. Cuéntale a Antón lo que haces.

Por primera vez, al adolescente pareció interesarle el tema.

—Soy director de producción. Manejo los presupuestos, las contrataciones, los tiempos, la planificación, los equipos…

—¿Y ahora en qué película estás? —preguntó el chico.

—Series. Hago series —remarcó la palabra—. Vengo de una que se está rodando en Madeira.

—¡Oh! ¡Vaya! No será esa en la que el equipo se puso de huelga por los váteres —comentó jocosamente el chaval, para asombro de Elías—. Lo vi en el móvil, creo que era de la revista *Fotogramas* o yo qué sé… Alguien lo puso en redes. Hay un millón de memes. —Y volvió a reír.

—Sí, vengo de esa. Pero voy a iniciar otra pronto. Hoy mismo me han avisado de que la incorporación será en mes y medio.

—¿Dónde? —preguntó Antón padre.

—El rodaje tendrá varias localizaciones por España y en la preproducción estaré en Madrid. Algo habrá también en Galicia, una parte importante del rodaje será aquí. Ahora me centraré en resolver varios asuntos privados, le debo una visita a Julia en Madrid. Luego, tendré que resolver también asuntos en Ferrol.

La cara de asombro en ese momento era de los familiares. Que Elías viniese tiempo a Galicia era una novedad.

—¡Ah! ¿Vas a venirte una temporada a vivir al piso?

—No. —Evitó contar que no le parecía que estuviera en condiciones; evidentemente, esa respuesta no sería bien entendida

por su familia—. Creo que buscaré hotel.

—Aquí no es que haya mucho sitio, pero, por supuesto, siempre vas a tener cama. Aunque no sé por qué tienes que pagar una habitación teniendo casa propia… —opinó Marta.

—No le gusta el piso de su padre. No me extraña, es una antigualla —añadió el chaval, y Elías pensó que le caía mejor cuando no hablaba.

—No es eso, es que soy alérgico a los ácaros y allí hay muchos —mintió.

—Lo que quieras, primo. Tú no olvides que ese piso, que ni está para vivir, a nosotros nos vale. Piensa un precio, y haznos un cariño, que somos familia. Oye, y de paso, ya que eres tú el que contrata en las películas, algo podrás hacer por el chaval…

—Series.

—También nos valen series, ¿a que sí, Antón? —resolvió el primo.

La bomba

Elías no había visto una en su vida, pero aquello que tenía delante de sus narices era una bomba. Explosivos, cables, temporizador… ¿Cómo hay que reaccionar si te encuentras una bomba en el trastero de tu padre? No lo sabía. Le habría gustado correr a preguntarle: «Papá, ¿qué coño es esto?», pero estaba muerto. Así que tenía una bomba en el trastero de su padre y desconocía su procedencia y su finalidad.

Había entrado allí por pura casualidad. Probando de dónde podían ser las otras llaves del llavero y para estimar cuánta porquería más acumulaba su padre y cuánto tendría que tirar para vaciarlo todo en caso de venta.

Era difícil explicar por qué había sentido el impulso de buscar el trastero, tal vez tenía que encontrar la bomba. No creía en el destino, pero tampoco en las casualidades. No recordaba dos trasteros, pero había dos puertas y las llaves las abrían. Cuando lo comprobó, le faltó un pelo para irse sin entrar. Pero le surgió la duda de si eran independientes o estaban comunicados, por eso entró. Lo estaban; interiormente era un único espacio. Al fondo se acumulaban enseres y cajas, en la pared lateral había estanterías, en el centro estaban los caballetes y varios tableros grandes, que conformaban una gran mesa, amplísima. Sobre ella, la bomba.

Desde el principio no tuvo dudas de lo que era. Había una buena cantidad de explosivos. Cartuchos alargados con envoltorios negros, algunos grises y mucho cableado.

Elías se acercó desencajado. Observó el artefacto de cerca.

La luz no iluminaba demasiado para apreciar los detalles. Un clásico del viejo. Ahorraba en bombillas.

—Manda cojones, papá, que ahorres en luz mientras montas una bomba…

Porque si de algo estaba seguro era de que la había montado él, con o sin ayuda, pero él. Allí estaban sus gafas de ver de cerca, un flexo antiguo con una miserable bombilla de cuarenta vatios, material de soldadura, un ordenador, impresora, rúter y lo demás, cables, explosivos, mechas, temporizadores… Todo perfectamente ordenado y alineado en la mesa, junto a bolígrafos, apuntes con su inconfundible letra y grupos de folios apilados, que versaban sobre voladuras.

Cogió en la mano uno de los montones de papel.

—Cartuchos de voladura. Sistemas de iniciación remota… Emulsiones explosivas. —Leyó varios de los títulos ojeando las páginas—. Parecen apuntes de ingeniería de minas —pensó en alto y siguió leyendo—. Voladuras controladas. Prevención de riesgos en demoliciones manuales. ¿Pero qué querías demoler tú?

No podía dejar de mirar la bomba, presidiéndolo todo, en medio de la amplia mesa de caballetes. Revisó el entorno: en el suelo había dos cajas abiertas con más explosivos.

Vio también, sobre la mesa, una vieja sábana bajera, perfectamente doblada, e inmediatamente sospechó que la utilizaba para tapar el artefacto, aunque él lo había encontrado a la vista.

Decidió cubrirlo. Estiró la sábana, la hizo volar en el aire y la dejó caer sobre el artefacto. Al instante, se sintió estúpidamente mejor sin verlo.

Así que, dejando una sábana como toda protección del objeto del delito, salió del trastero.

No había reparado al entrar, porque no tenía ni idea de lo que se iba a encontrar dentro, pero al salir se fijó espantado en que la cerradura era de lo más simple. Una cerradura corriente, idéntica a las otras dos puertas de los trasteros vecinos. Era la bomba más expuesta del mundo.

Todo era esperpéntico.

No había permanecido allí más de quince minutos. Estuvo a punto de volver a entrar, a ver si todo había desaparecido. No lo hizo. La terca realidad era que en el trastero había explosivos y una bomba, que su padre había montado.

Sobre el tejado se oía llover con fuerza.

Los trasteros ocupaban el ático de la casa. Su padre tenía que haber pasado dentro muchas horas. Deducía que no solo había realizado allí el montaje del artefacto, también tenía impresora y wifi para imprimir todos aquellos documentos, que seguramente leyó meticulosamente y los estudió durante horas. Hasta había visto un ventilador y un calefactor, lo cual apuntalaba su teoría de que se pasó meses en el desván.

Él, que odiaba los áticos. Todavía recordaba el asombro de su padre cuando le contó que se había comprado un ático en Madrid. Lo que ahora son las zonas más selectas y demandadas de los edificios, en otros tiempos eran las más denostadas. Le había preguntado si las cosas no le iban bien, porque en su familia siempre hubo un extraño pudor para hablar de dinero. De hecho, ni él le contó nunca a su padre cuál era su sueldo o cómo estaban sus cuentas, ni viceversa. Elías había tenido que convencerlo de que los antiguos espacios de trastero bajo los tejados en ese momento eran bonitas viviendas bajo cubierta, con terraza. Y no hay nada más atractivo en un piso en Madrid que tener terraza. Nunca lo había llevado a verlo. Jamás pisó ninguno de sus domicilios en la capital.

Descendió el primer tramo de escaleras, aún aturdido, sin conseguir pensar con claridad. Decidió no parar en casa y continuó el descenso hasta el piso de Irene.

Timbró, oyó unos pasos. Un tipo alto y bien parecido lo saludó al abrir. Elías disimuló su sorpresa.

—Perdona. Soy el vecino del tercero, bueno, el hijo del vecino del tercero. Iba a saludar a Irene antes de irme, pero veo que no está. Nada, no tiene importancia, ya pasaré.

—Ah, vaya, el hijo de Manuel, el del cine. Encantado. —Le tendió la mano—. Soy el marido de Irene, Curro. Siento mucho lo de tu padre. No es que tuviésemos una gran relación con él, ya sabrás lo del ascensor, pero siento la pérdida.

—Gracias.

—¿Quieres pasar? Irene está al caer y me consta que le gustará verte. Me habló de vuestro encuentro hace un par de días.

—Sí, quería saber lo del ascensor…

El hombre rio abiertamente.

—Ya, no ha estado muy fina en el trato. Me lo ha contado. En serio, pasa y puedes esperarla dentro. Le gustará.

Elías rechazó el ofrecimiento y solo aprovechó para consultarle sobre el trastero.

—Vengo de los trasteros. Mi padre tiene dos.

—Bueno, digamos que se ha apropiado de una zona común que ha cerrado. Es un trastero más grande de lo normal y con dos puertas. Esas eran las «cositas» de tu padre que nos enemistaban a todos con él.

—Vaya —respondió escuetamente Elías, y se dio cuenta de que, por muy capullo que fuera el viejo, no le agradaba que le hablaran mal de él.

—Cuando vendas, no podrás asignarte esos metros. No hay papeles. Pero ya sabes que Irene está interesada en comprar.

—¿Y cuándo hizo mi padre esa ampliación?

—Hace un año, tal vez más. Tuvimos varios encontronazos con él por ese asunto. Uno no puede cerrar y apropiarse de una zona común. Estaba tan obsesionado con el trastero que se pasaba horas allí. Era un tipo cascarrabias y maniático.

A Elías le pareció suficiente sinceridad por un día y se despidió del vecino del segundo, un poco decepcionado porque no hubiese muerto también, como su padre, e Irene fuese una simpática vecina viuda.

Tendría que llamar a su primo Antón y contarle que el desván estaba lleno de explosivos, que la Policía Nacional se encargara de

todo. Seguramente lo abrasarían a preguntas que no podría responder. Ni siquiera sabía quiénes podrían ser los amigos de su padre que le habían enviado una corona a su entierro.

Alguien, sin duda, tendría esas respuestas.

En el portal se cerró el chubasquero hasta arriba y se ajustó la capucha. Fuera diluviaba. Su cabeza tenía un único pensamiento obsesivo: había una bomba en el trastero de su padre.

Dio el primer paso en la calle y el agua cayó con fuerza sobre él. Se detuvo un instante, sintiéndolo, antes de echar a andar hacia el hotel.

Y habló en alto, como siempre:

—¡Joder, papá! ¡Joder! Esto sí que no me lo esperaba. Tenemos un buen lío. ¡Madre mía!

La ira justa

Hay un momento en la vida en el que todo el pasado se cuestiona, en el que de repente ya no sabes de nada, en el que parece que te has caído de un guindo y has llegado a los ochenta y dos años, sin antes ser joven, sin vivir la vida, sin haber luchado, amado y conseguido lo imposible. Se llama vejez. De pronto todos te obvian, tus opiniones no valen, te ningunean y así nace la ira. La ira justa. Una ira razonada y razonable. Una respuesta a los desagradecidos, a los que ignoran, a todos esos que comienzan a tomar decisiones por ti, como si no estuvieras presente, como si no fueras capaz de gobernarte, como si fueras imbécil. La ira justa se remonta a la Biblia, la acepta Dios, no pertenece a los demonios, es una ira fundada, normal, válida, una adaptación a un mundo frustrante, absolutamente injusto con todo lo que se le ha dado.

Merceditas la sentía. Sentía la ira justa. Una ira voraz que en pocos años lo había ocupado todo.

Antes había atravesado otros lugares existenciales y se había culpado, se había apartado incluso, para dejar paso a los jóvenes porque creía que tenían derecho a vivir en algún hueco que ella ocupaba. Porque ignoraba que simplemente la iban a apartar de cuajo.

—Los autónomos no nos jubilamos nunca, Merceditas —le había dicho un día Isidoro, el del Ultramarinos Zambo, que ocupaba un local inmenso cerca de la plaza de España, donde luego se instaló una cafetería con una gran terraza, que se desplegaba por media calle.

La realidad era otra. Ninguno de sus seis hijos quería trabajar en el negocio familiar. Todos eran asalariados, todos tenían hipotecas, todos pensaban que el ultramarinos, transformado en pequeño supermercado de barrio desde hacía más de veinte años, daba mucho trabajo, precisaba de un horario ampliado y flexible, mucho papeleo y atención. Era mejor vender. Pero, para no matar al viejo de un disgusto, decidieron aguantarlo unos años. Contrataron a un par de personas para atenderlo, bajo la supervisión, en horas libres, del jubilado, que era todo el día.

A Isidoro le dio un ictus, que permitió a sus hijos invalidarlo, y por fin vender el local, que no pagó ninguna de sus hipotecas, pero les concedió algún capricho.

Y así sucedía con todo en Ferrol o, por lo menos, el Ferrol que conocía Merceditas. Los demás autónomos jubilados sin relevo, como ella, habían visto cerrar sus negocios uno tras otro.

—Hemos criado a hijos que prefieren ser asalariados que autónomos —opinaba Ricardo, de la panadería Sández—. Esta vida es muy dura. ¿Sabes a qué hora nos levantamos con los hornos, Merceditas? No es una vida cómoda.

Y no debía serlo porque la panadería de Ricardo siguió los pasos del supermercado de barrio de Isidoro. Primero unas contrataciones de personal poco preparado, luego apartar al viejo y, finalmente, vender para no resolver ninguna hipoteca de los herederos.

Merceditas regentaba una tienda de fotografía desde 1967, Pereiro Fotografía, que con los tiempos cambió su cartel a Foto-Vídeo Pereiro y, por último, a Pereiro Estudio. Pereiro era José, su marido, que murió electrocutado por orinar en una farola cuando ella contaba apenas veinticuatro años y solo tenían un hijo de dos años, Carlos. En aquellos tiempos nadie denunciaba al Ayuntamiento; en la actualidad, por lo menos, la viuda y el huérfano habrían cobrado una indemnización.

Nadie se rio delante de Merceditas, pero ella sabía que había choteo. Morir con la bragueta abierta no era una muerte elegante. Si es que las hay. Peor había sido el fin del hijo de Pedro, que se clavó

una horquilla de labranza al caer sobre ella mientras ultrajaba a una cabra, o el de Serafín, el monaguillo de la concatedral, que se quedó tieso en una casa de citas. Puestos a morir con la bragueta abierta, lo de José Pereiro al menos había sido honrado.

Toda la familia dio por hecho el fin del negocio, pero Merceditas había aprendido a hacer fotos. La fotografía era toda una pasión para José, no solo un medio de vida, y por eso compartió con su novia, primero, mujer después, muchas horas de explicaciones. Ella aprendía rápido. Hacían revelados juntos y comenzó a acompañarlo como ayudante de sus trabajos con una segunda cámara. Se divertían estudiando otras opciones de velocidad, tiempo de exposición y luz para mejorar las fotos. Hacían pruebas y, tras la puerta, era ella muchas veces quien preparaba todo el proceso, desde el revelado hasta los retoques o montar el álbum de fotos para entregarlo.

Así que decidió convertirse en fotógrafa titular. Por eso Carlos no tuvo hermanos. La fotografía fue su pasión y su salvación. La adoraba.

Merceditas bajó con cuidado del autobús urbano. Llovía intensamente. Bajaba siempre por la puerta de delante, aunque los chóferes no quisieran. Ya sabía ella cómo era bajar por atrás. Los conductores no esperaban lo suficiente, todo eran prisas, y ya estaban cerrando las puertas cuando aún no había tocado el suelo.

—Señora, baje por atrás.

—*Os vellos baixamos por onde queremos.*

—No, señora, si baja por delante, la gente no puede subir y me retrasa.

—Y si bajo por atrás, vas a arrancar antes de tiempo, a ver si me mato.

—¿Pero qué interés voy a tener yo en matarla, mujer?

—Una pensión menos. Eso es lo que queréis.

—¡Baje, ande! Baje por donde le dé la gana.

Todos los miércoles la mujer cogía el bus e iba a la residencia de mayores a ver a Hipólito. Lo visitaba de cinco a siete y volvía.

Hipólito a veces estaba, y a veces, no. Durante meses, la medicación para el dolor lo hacía dormir muchas horas al día. El accidente le había destrozado los huesos de la cadera, de una pierna y de la columna. También le había destrozado la vida y la independencia porque fue el motivo para encerrarlo en la residencia.

—Tú no firmes, Hipólito. Si no firmas el ingreso voluntario, no pueden obligarte —le había dicho Manuel, que estaba bien informado.

Pero Hipólito firmó porque tampoco había otra opción para los cuidados que necesitaba. Así que accedió a su ingreso voluntario, un ingreso necesario, pero no deseado.

Desde entonces recibía la visita de sus amigos cada semana. Casi no tuvo tiempo para adaptarse, lo primero era combatir el dolor, por eso se pasó durmiendo el periodo natural de adaptación y, cuando le fueron retirando la medicación y los huesos se fueron curando, comenzó la rehabilitación del cuerpo. Pero, en algún momento del proceso, su mente había ido por otro camino, había comenzado la demencia. Retenía poca información, repetía conversaciones enteras, olvidaba el pasado cercano y el lejano. Y esa decadencia no tenía rehabilitación posible.

En esa visita, Merceditas llevaba malas noticias; con un poco de suerte sería uno de esos días en los que estaba menos en este mundo y la noticia quedaría en el limbo.

La lluvia había cesado y de la nada salieron unos rayos de sol. Caminó unos pocos metros hasta la puerta de la mole. Así lo llamaba ella siempre, «la mole», porque creía que, por mucho que se esforzaran en hacerla parecer un lugar habitable, y hasta agradable, aquello era una mole de cemento a medio camino entre cárcel y hospital. Un corredor de la muerte en el que uno entra, pero ya nunca sale si no es en la trasera del coche fúnebre.

En la recepción ya la conocían.

—Vengo a ver a Hipólito.

—Buenas tardes, Merceditas. Está en la galería, lo hemos sacado un rato mientras aguante. Le viene bien salir algo de la habitación. Hoy tiene un buen día.

—Vaya. Qué mala suerte.

La trabajadora la acompañó. Subieron un piso en ascensor y luego caminaron por un largo pasillo blanco con pasamanos en ambas paredes; al final se veía la luz de la galería. Al entrar contempló una fila de sillas de ruedas con mayores colocados al sol de la tarde.

—Hola, Hipólito. Te han aparcado aquí, al sol.

—¡Vaya, tengo visita! Me alegra verte.

—Vengo cada semana, pero a veces no te enteras.

—Me entero siempre, mujer.

Arrastró una silla al lado de Hipólito y se sentó. Tenía el sol a su espalda. Era una sensación realmente agradable. La galería no estaba tan mal.

—Cualquier día me mato bajando del autobús. Van a toda prisa, ¿y para qué? Si siempre llegan a deshora. Nada está pensado para nosotros. Esas prisas y con lo que estaba lloviendo, son mala gente. Todos odian a los viejos. No les gustamos, somos un estorbo.

—Te agradezco que vengas, Merceditas. —Hipólito le cogió la mano.

—¡Qué solo estás! No te mereces esto. ¿Sabes adónde he ido esta semana?

—Cuéntame.

—Al entierro de Manuel. Se ha muerto, Hipólito. Ese cabrón se ha muerto y nos ha dejado solos a los dos. Ya solo somos dos. Tú y yo. Abel y Manuel ya no están. Tenía tanta rabia que no he podido ni acercarme, pero he estado allí, en el cementerio. Ha llevado gente al funeral. No mucha. Arrollaba y a él pocos conocidos le quedan. Se ha ido enemistando con todo el mundo. Pero había alguna. —Hizo una pausa—. Su hijo ha llegado tarde.

Hipólito la miró y ella dudó si lo había comprendido. Insistió:

—¡Se ha muerto Manuel! Le ha dado otra cosa al corazón, o a las venas, no sé. Esta vez ya dentro del hospital y no lo han salvado. Se ha muerto.

Hipólito la miró impasible.

—¿No dices nada?

—¿Y qué quieres que diga?

Merceditas lo había visto otra vez comportarse así, cuando la muerte de Abel, hacía menos de un año. Prepararse para la muerte propia era también prepararse para la de los demás. Todos iban cayendo desde hacía décadas. En el fondo era un «me he librado, esta vez le ha tocado a otro».

Ella no. Ella seguía oponiéndose a todas las muertes. Enfadándose cada vez que alguien faltaba. Como si hubiesen podido evitarlo. Como si la muerte de cada amigo le hiciese un daño propio.

—No me gusta que te conformes, Hipólito.

—¿Y qué puedo hacer?

—Podemos hacer mucho. Lo hemos hablado mil veces.

—Puede ser, pero antes de que Manuel y Abel nos dejaran, Merceditas. Ya no estamos todos.

—Pues quedamos dos y haremos lo de cuatro.

—Ya ves en qué estado me encuentro. Cuando el dolor me aprieta, me dan todos esos medicamentos. Duermo. Estoy atontado y sabes que tengo otros problemas.

La trabajadora apareció de nuevo con su pijama azul.

—A la cama, Hipólito. Media hora sentado es suficiente.

—Estoy bien. Me gusta estar aquí. Voy a quedarme un ratito mientras aguanten los huesos.

—No, no. A la habitación —insistió la chica moviendo ya la silla de ruedas—. Puedes venir, Merceditas. Espera fuera un instante a que lo meta en la cama, y luego podrás pasar a la habitación.

—Te ha dicho que quiere quedarse.

—No puede.

—Sí puede. Es su voluntad. No es un niño.

La trabajadora giró la silla y dirigió a Hipólito a su habitación, ignorándola.

Para cuando pudo pasar de nuevo con él, ya estaba nervioso y alterado. Y en ese estado no regía bien. Se lo notó con solo verlo. Le temblaban las manos y ya tenía otra mirada, una mirada que fijaba menos la atención.

El cuarto no era muy espacioso para dos internos, pero allí la mayoría de las habitaciones eran dobles. Hasta eso les quitaban, la intimidad. Su vecino era Cosme. Merceditas nunca había hablado con él, cuando lo conoció ya estaba en ese estado. Era un cuerpo presente y un cerebro ausente, como Hipólito lo definió en un momento de lucidez. Pero lo peor de Cosme eran los sonidos que emitía, unos quejidos repetitivos que no cesaban ni de noche. Tal vez no eran quejas, podían ser espasmos. Tampoco importaba, su nivel de consciencia era muy bajo.

En alguna ocasión Merceditas escuchó a Hipólito hablarle. Ella sospechaba que conversaba todo el tiempo con él, sin esperar respuesta. Era una compañía ausente, si ese concepto puede existir.

—¿Te acuerdas de lo que te conté de Manuel? —le preguntó ella en bajo por privacidad.

—¿De Manuel?

—Sí, de Manuel.

—Trabaja muchas horas.

Era evidente que no recordaba su muerte. A Merceditas le resultaba curioso que un hecho relevante también fuera víctima de olvido inmediato. No entendía con qué criterio borraba la mente de Hipólito. Porque tampoco era cierto que recordase lo antiguo y olvidase todo lo reciente, como se decía de los demenciados. El olvido afectaba a cualquier momento en la línea cronológica. Hipólito perdía facultades en general, pero a golpes. Había momentos buenos y otros de aislamiento. Mientras aún la reconociese, Merceditas no se planteaba perder a su amigo y luchaba contra sus lagunas mentales como si fueran propias.

—Eso espero, Hipólito, eso espero, que Manuel haya trabajado muchas horas y que haya terminado lo que tenía que hacer. Ahora, tendremos que ocuparnos nosotros de lo que falta.

—Sí —contestó el anciano mirando hacia abajo y estirando las arrugas que la sábana hacía en la cama.

Merceditas se incorporó del sillón que había acercado y le dio un beso en la mejilla, al que él no reaccionó. Dio por terminada la visita y salió sin más.

Se dirigió a la entrada principal, de allí al aparcamiento, donde se resguardó de la lluvia, y esperó cinco minutos a que apareciera Irene.

Al verla, le salió al paso.

—*Vas ao centro?* —preguntó.

—Sí. —La mujer hizo una pausa—. No es casualidad, ¿verdad? Siempre me esperas.

—Odio los autobuses. Los chóferes deberían estar en la cárcel, son unos mataviejas.

—Siempre estás enfadada, Mercedes.

—Siempre tengo motivos.

Tacones de aguja

Irene llegó empapada de la calle. El viento provocaba que la lluvia arreciase de lado, en vez de caer vertical. Eso hacía que entrase sin remedio bajo los paraguas, era una lucha inútil y, en el último tramo de la calle, optó por cerrarlo. El viejo edificio no tenía garaje, como todos en la zona vieja ferrolana. Durante años habían aparcado en las calles próximas, pero, una tras otra, las distintas corporaciones municipales habían reducido el espacio para estacionar. Calles peatonales, plazas reservadas, carga y descarga. Menos aparcamiento y más coches, las cuentas no salían y aparcar era imposible. Habían tenido que alquilar una plaza en el parking público más próximo.

La distancia a pie era suficiente para empaparse sin remedio con la tromba que estaba cayendo. Subió las escaleras del edificio pisando sobre sus tacones de aguja. Hacía ruido y le encantaba. En una ocasión, el ciego que vendía el cupón en la calle le dijo que reconocía sus andares, aunque ella nunca se había parado allí, pero él la distinguía cada día al pasar, y la reconoció cuando finalmente un día se detuvo. Pisaba fuerte porque había aprendido a hacerlo muchos años atrás. Era como se sentía bien, dominando.

Hacía ya veinte años que dirigía la residencia de mayores y en ese tiempo las cosas habían cambiado mucho. El mundo era otro y tal vez ella también. Las normativas del SERGAS se habían sucedido cambiando todo: el ancho del pasillo, la asistencia, el número de internos, los consentimientos… La gestión de ese momento poco tenía que ver con la de hacía veinte años, pero, aun así, la maquinaria estaba tan rodada que el negocio casi funcionaba solo.

Para eso se había rodeado de un equipo capaz y además de confianza, con sus más y sus menos, pero había logrado repartir tareas y delegar hasta gozar de un tiempo de ocio que al principio no tenía.

A veces la gente le preguntaba si le gustaba su trabajo; tratar con viejos al final de sus días no parece plato de buen gusto, pero ella lo vivía con naturalidad. Era, sobre todo, una empresaria. Una empresaria en tacones de aguja. Todo el día, desde la mañana a la noche. La gente también le preguntaba por eso. «No sé cómo eres capaz de aguantar todo el día con esos zapatos». A ella le resultaban de lo más cómodos y satisfactorios.

Era una mujer en tacones de aguja. El mundo es diferente subida a ellos.

Irene también era diferente en otras cosas.

En la relación con su exmarido, por ejemplo, que no ocultaba, pero muchos no comprendían, o en el sexo, eso sí era un auténtico tabú. Cuando alguien se sale de los cánones establecidos, contarlo solo puede conducir a crear una herida. Lo diferente o se repudia o se rechaza. Irene lo sabía, por eso era impenetrable en su intimidad.

Con Curro no hubo secretos desde el principio. Se llevaron bien, antes y después de su matrimonio. Se podía decir que eran más que fieles amigos y confidentes, se consideraban una familia, aunque hacía años que se habían divorciado. Ella era empresaria, y él, rentista e inversor, además de anticuario. La solvencia económica siempre ayuda a un buen divorcio, el resto reside en tener sana intención y, en ese caso, además, poseer un interés superior compartido. Eran dos personas independientes en lo monetario y también en lo emocional, y amaban a sus niñas por encima de todo. El bien más preciado de ambos.

Las cosas tienen la normalidad que se les quiera dar. En esa casa era normal que entraran papá y mamá, que estuviera uno, el otro o, con mucha frecuencia, los dos durmiendo bajo el mismo techo. Curro tenía un chalet a las afueras, que pisaba por temporadas, Irene viajaba y a veces faltaba unos días. Y los cuatro eran una red

armoniosa de cuidados y una familia. Para las niñas, casi siempre había sido así. Hacía diez años que se instauró esa situación, por lo que poca memoria conservaban de otra distinta.

Por momentos habían vivido otras relaciones, pero no se habían enamorado y no tenían motivos para dejar de compartir la crianza por igual y a la vez. Iban a fiestas escolares, actuaciones, celebraban los cumpleaños de las niñas, juntos visitaban las tutorías y en ninguno de esos lugares necesitaban explicar si eran o no pareja. Las amistades cercanas lo sabían, y sus respectivos padres también, tal vez todos ellos seguían pensando que en el fondo seguían juntos. Pero nada más lejos de la realidad, habían perdido el amor y la atracción, el uno y la otra, seguramente por eso fue tan fácil afianzar la amistad.

Lo único sobre lo que Curro e Irene no se preguntaban era por otros hombres y mujeres. Ese pacto también se había fraguado con naturalidad. Era necesaria la distancia y la libertad.

Al entrar en casa saludó en alto, se descalzó y se dirigió al baño a colgar su plumífero en el toallero de pared para que secara.

Curro le salió al paso y la siguió mientras hablaba.

—¿Te has encontrado al hijo de Manuel?

—¿Yo? ¿Dónde? —Terminó de colocar la prenda en el toallero.

—No sé, por ahí. No puede haber llegado muy lejos, acaba de salir del edificio.

—¿Ha venido a nuestro piso?

—No, ha ido al suyo, pero al bajar ha parado para saludarte y, para su sorpresa, le he salido yo. —Se rio.

—Le has dicho que eres mi marido, te encanta hacerlo.

—¡Por supuesto! Te conozco tan bien que ya me imagino que estás deseando meter en la cama a uno del cine. Y me hace gracia esta pequeña espantada, tendrás que explicárselo. Pero, bueno, este habrá visto de todo, no creo que lo amilane que estés casada.

Irene salió del baño hacia la cocina, donde estaban las niñas, seguro que desvalijando la nevera antes de la cena. Le tocaba

cocinar a ella. Eludió el comentario de Curro y no contestó sobre el tema.

—¡Hola, niñas! —Las besó.

—¿Ha ido bien el día?

—A Mariona le ha venido la regla en clase y se ha desmayado —comentó Nuria.

—¡Oh, pobre! ¿Era la primera vez?

—No, la tiene desde los doce, como yo. Pero parece ser que le baja mucho la tensión y se marea. Si la vieras, mamá, la cabeza sonó contra el suelo como si se hubiera roto.

—Para romper el suelo hay que tener una cabeza de hierro, exagerada —puntualizó Helena, su hermana menor.

—Me refiero a que sonó a cráneo roto, no a baldosa rota, idiota. Y estaba blanca como una vampira.

—A mí también me pasaba de adolescente, tenía bajadas de tensión, pero, normalmente, me daba tiempo a agarrarme a algo o a pedir ayuda —contó Irene.

—Venía de los trasteros. —Curro intervino recuperando a Elías en la conversación.

—¿Lo ha visto?

—¿Tú qué crees?

Irene se puso un delantal, que él le ayudó a atar a la espalda, mientras ella abría las puertas de las alacenas para sacar un cuenco y harina.

—Mañana lo llamaré.

La rondalla

Elías había reservado un hotel a pocos metros de la casa de su padre. Alojarse en el Parador, como otras veces en vacaciones, le había parecido pretencioso viniendo a un entierro. Al viejo Manuel siempre le parecía mal que su hijo se alojase fuera de casa cuando iba a verlo, pero se lo pasaba por alto si era en el Parador. Le gustaba ese gesto de ostentación, del que sin duda presumía con sus amistades. Esas amistades que Elías no conocía.

Esa vez, había elegido un hotel cómodo y cercano. Ocupaba un edificio señorial modernista. El legado modernista de la ciudad era lo mejor que tenía, una auténtica belleza por descubrir para muchos. Le habían dado una habitación en la quinta planta.

—Por ese ascensor —indicó el recepcionista señalando con el dedo.

Y, efectivamente, Elías comprobó más tarde que ese era el ascensor, porque en los demás no había quinta planta. Una curiosidad de la construcción que lo hacía sentirse como en el andén 9 y ¾ de *Harry Potter*.

No le venía mal un poco de magia entre tanto desastre.

Porque en eso pensaba, recorriendo bajo la lluvia los metros que separaban la casa de su padre del hotel: en los desastres. Uno tras otro: la serie, su padre, Julia y también la bomba. Todavía no lo asimilaba, intentaba baremar todo lo que esa bomba podía complicar su vida. Se arrepintió de haber subido a los trasteros, aunque enseguida pensó que tarde o temprano él o alguien la encontraría. Incluso la vecina del segundo si le vendía el piso, o su primo Antón, el otro candidato.

—Se va a montar gorda —dijo en alto, por la calle, ya sin esquivar mojarse porque, como todo lo demás, era inevitable. Se sentía el protagonista de una tragedia griega en toda regla.

Sí, se iba a montar gorda. Porque la bomba abría una caja de Pandora. De algún lugar ilícito habían salido los explosivos y, por eso, sin duda, alguien más estaba implicado. Habría que investigarlo todo, y deducir también cuál era la finalidad del artefacto. Serían semanas o meses de investigación y tal vez años de juicios y molestias. Él se iba a ver involucrado, aunque fuese solo su descubridor. Todo era una locura. Una locura de tal magnitud que le impedía pensar y, mucho más, actuar.

La lluvia le calaba la ropa y los zapatos poco apropiados. Ya notaba el agua en los pies, en la piel de la espalda y las piernas. Los explosivos húmedos deben de inutilizarse. Eso suponía, en su absoluta ignorancia sobre el tema. Igual debía sacar la bomba al balcón. Dejar que los explosivos se empaparan. O tirarlos al mar. Tirar todo al agua salada. Una solución estúpida pero efectiva. Aunque más estúpido era heredar una bomba.

El viejo Manuel con una bomba en el desván, eso sí que no se lo esperaba. Era un cascarrabias, cierto, y podía ser hiriente con sus comentarios mordaces, o podía ir contra el mundo y enrocarse en no instalar un ascensor, que sin duda necesitaba más que nadie en su edificio, pero de ahí a hacer estallar una bomba había un trecho que a Elías se le hacía incomprensible. Por un momento pensó que podría querer reventar el edificio, su propio edificio, y decirle al gilipollas del marido de Irene: «Ahí tienes el hueco del ascensor». Sonrió. No parecía muy lógico, pero ¿qué era ya lógico y qué no?

Al llegar al hotel llamaría a su primo Antón y daría parte de la bomba. Eso iba a hacer. Podían ir los dos a revisar todos aquellos papeles y el cuaderno de notas, a ver si descubrían algo. Si quería efectuar una explosión controlada, tal vez encontrasen el lugar al que iba destinada. Habría hecho cálculos sobre la potencia necesaria. Era un tipo metódico. No creía que su padre quisiera ocasionar daños personales. Eso no. Había apuntes sobre seguridad,

los había leído. Era tranquilizador en medio del caos. Pretendía una explosión intimidatoria. Eso quería creer.

Mejor sería retrasar su regreso a Madrid, tendría que avisar a Julia. O no, pero compartían piso y parecía lo correcto. La conocía y estaba seguro de que organizaría su mudanza cuanto antes. Sería caballeroso estar allí para ayudarla, o para repartir cosas, o decirle que se llevase todo lo que quisiera. Pero si la llamaba no podía contarle la auténtica razón por la que se quedaba un tiempo más en Ferrol, no iba a soltarle a Julia lo de la bomba y preocuparla. Le diría que el papeleo por la muerte lo retenía, era lo mejor.

—¡Joder, papá! —pronunció en alto.

Se cruzó a alguna gente por la calle. Él allí ya no conocía a casi nadie y, tapados con paraguas, todo el mundo era anónimo.

Cuando por fin llegó al hotel, sintió el alivio de estar a cubierto. Se sacudió someramente el agua superficial porque ya le había calado hasta la ropa interior. Desde el mostrador de la recepción lo saludó el mismo hombre que estaba cuando salió, y también el día anterior, y se dirigió al ascensor que paraba en el quinto.

La habitación no tenía grandes lujos. En los rodajes normalmente alquilaban pisos, pero a veces pasaban temporadas en hoteles, y lo odiaba. Odiaba la falta de intimidad en los pasillos, los ruidos, el poco espacio, prefería mil veces un piso. Él tenía manías, como caminar mientras estaba al teléfono, le gustaba pasearse por las habitaciones, dejar la música alta, hacerse una ensalada variada para cenar o desayunar tranquilo y solo. Pensó que, si tenía que quedarse más tiempo por la bomba, se cambiaría a un piso turístico de alquiler. Había muchos por la zona. En la calle de la Iglesia, sin ir más lejos, habían rehabilitado edificios enteros para alquilarlos a visitantes. La decisión estaba tomada.

Antes de llamar a Antón, fue al baño y abrió el grifo del agua caliente. Tardaba una eternidad en calentar. Dejó el agua corriendo y fue desnudándose entre el baño y la habitación. Había olvidado cerrar las cortinas y con la luz encendida podían verlo, así que, ya desnudo, fue a correrlas. Si las cerraba a la primera, sería un

milagro. Los días anteriores le había costado un buen rato. A eso se exponía yendo desnudo a cerrarlas. Tiró varias veces, y vio en la calle a un grupo de personas con paraguas negros que entraban en el hotel, se imaginó que era una excursión.

Le dio tiempo a volver al baño, meterse en la bañera y echarse una primera agua calentita, entonces comenzó a sonar el teléfono con insistencia. No era su móvil, era el de la habitación. Elías decidió ignorarlo y se enjabonó. Pero el teléfono volvió a interrumpir su plácida ducha, hasta que, por fin, se envolvió en una toalla y lo cogió.

—Disculpe, señor Riande, hay unas personas en recepción que han venido a verlo. Siento la insistencia, pero no quieren irse sin hablar con usted.

—¿Quiénes son? ¿Se lo han dicho?

—Están aquí en el mostrador, señor. Son de una rondalla.

—De una rondalla… ¿De cuál?

—¿De qué rondalla son ustedes? —Elías escuchó la pregunta, la respuesta y la repetición de esta por parte del recepcionista—. De la rondalla Acordes de Ferrol.

Agradeció su amabilidad al recepcionista, colgó y después se cagó en el sentido de la oportunidad de la rondalla Acordes de Ferrol. Su padre era miembro de una, suponía que era esa.

Se secó el cuerpo y pasó una toalla por el pelo empapado para que no goteara. Después, se cambió de ropa y bajó en su ascensor de Harry Potter al encuentro de la visita. Cuando se abrió la puerta, el recepcionista lo aguardaba a pie de ascensor para informarlo de que los rondallistas estaban al fondo, en el Sport Bar.

Elías esperaba a dos o tres personas, pero se encontró a siete u ocho, todos hombres. Imaginó que eran, precisamente, los que había visto entrar, confundiéndolos con una excursión. Entendió que el fallecimiento de su padre era el motivo para que todos le presentaran sus respetos.

—Buenas noches, Elías. —Uno de ellos se adelantó para tenderle la mano—. Soy Marcial, director de la rondalla Acordes de Ferrol.

Antes de nada, sentimos la muerte de tu padre.

—Gracias. Gracias a todos por venir. Sé que mi padre disfrutaba con vosotros. Él amaba la música y todo lo que las rondallas, y la Noche de las Pepitas, significan para Ferrol.

Las palabras de Elías crearon un silencio y evidente desconcierto entre los rondallistas. Varios se miraron entre sí, luego miraron a Marcial, que, como director, tomó la palabra.

—Bueno, hijo, tu padre… Sí, fue un miembro destacado de la rondalla durante años, pero, bueno, nuestra relación últimamente cambió sustancialmente. Estamos aquí precisamente para pedirte que tú repares un problema que hemos tenido con él.

—Sí, no nos gustaría tener que ir a la policía, pero si hay que ir se va —amenazó otro, repentinamente excitado y al que los demás pidieron calma.

El director tomó de nuevo la palabra intentando mantener la serenidad.

—A ver, no vamos a alterarnos innecesariamente. Manuel está muerto y su hijo podrá, sin duda, reparar los actos de su padre. ¿Quieres sentarte, chaval?

Elías tomó asiento esperando conocer qué había hecho su padre de tanta gravedad.

—Nos sentamos todos si les parece.

Los rondallistas acercaron varios taburetes a una de las mesas altas y formaron un semicírculo en torno a Elías.

El recepcionista, al oír el ruido, se acercó veloz para explicar que el Sport Bar solo abría las tarde-noches de los jueves, viernes y sábados, motivo por el que, siendo miércoles, no estaba abierto. Y regresó más tranquilo a su mostrador, al saber que no necesitaban tomar nada porque solo habían venido a hablar con Elías.

La media de edad estaba entre los sesenta y los setenta años, todos tenían gesto serio y estaban calados de la lluvia pese a los paraguas con los que los había visto llegar al hotel.

—Verás, chico. Como tú has dicho, tu padre ha sido miembro de esta rondalla durante décadas, eso no se lo vamos a negar. Pero

sabes que ya tenía sus años: ochenta y cuatro.

—Ochenta y dos —corrigió Elías.

—Pues ochenta y dos. Era mayor. Tenía cosas de persona mayor, y ese mal carácter suyo, que lo acompañó toda la vida. Porque eso no era de la vejez…

—No era, no —apuntó otro.

—Era de siempre —se unió un tercero.

—El caso es que hace unos meses tuvimos que tomar la decisión de pedirles a cuatro miembros de la rondalla que, agradeciéndoles mucho los servicios prestados, abandonaran la formación. El grado de desafinación ya era insostenible, estaban muy sordos, alguno tenía manías, tu padre tocaba fatal con la artrosis. Y creamos una nueva norma para jubilar forzosamente a los rondallistas a los ochenta. Con lo cual había cuatro personas afectadas. Uno de ellos, tu padre.

—Se montó una gorda por culpa de tu padre y de Merceditas, los otros dos no dieron tanto problema como ellos —añadió otro.

—A ver, Luciano, o lo cuentas tú o lo cuento yo.

—Perdona, Marcial. Ya sabes cómo nos duele este tema, sigue, por favor —se disculpó.

—Al grano, estamos aquí porque creemos que tu padre robó el libro de recuerdos de la rondalla.

Elías no pestañeó.

Teniendo una bomba en su trastero, eso le parecía una chiquillada absurda.

—No hablo de un libro cualquiera, te hablo de un álbum de cuero, así de gordo, encuadernado a mano y que conservaba recortes de prensa de la rondalla desde su creación en 1925. Es una auténtica joya, insustituible, y de infinito valor para nosotros. Suponemos que no lo ha destruido. Al fin y al cabo, él era miembro histórico de la rondalla, y la quiere. Creemos que lo tiene en casa, como el tipo que robó el Códice Calixtino en la catedral de Santiago. ¿Te acuerdas? Se lo llevó, pero no lo vendió, ni lo tiró, porque en el fondo tenía amor por la catedral. Lo guardó en su casa para joder al deán. No sé si

recuerdas el caso, salió en la prensa de todo el país. Sospechamos que tu padre ha obrado igual. Por eso venimos a pedirte que repares su falta y restituyas el libro a su lugar, que es una vitrina de nuestro club social. Con sus dimensiones no será difícil que lo encuentres.

Elías no sabía qué contestarles.

—Lo buscaré…, a ver si está en su casa.

—¡Tiene que estar! —habló uno demasiado alto—. Tuvo que ser él.

—Ah, ¿pero no sabéis seguro si ha sido mi padre?

—¿Y quién iba a ser sino él? Fue Manuel, tu padre, que era un cabrón.

—¡Hombre, Serafín! Un respeto al chico, que él no tiene nada que ver —moderó el director.

—Si lo encuentro, señores, los llamaré. Buenas noches. —Elías sabía terminar una reunión desconcertando a sus miembros.

Utilizaba esa táctica a veces. Se iba sin aportar información y sin comentar nada sobre lo expuesto, como estaba haciendo. Nada desconcertaba más que escuchar atentamente una larga perorata, y luego cerrar la reunión sin opinar.

—Te doy mi tarjeta. —Marcial buscó en el bolsillo interior de la chaqueta y le ofreció una tarjeta con sus datos como director de la rondalla.

—Bien, buenas noches a todos.

Dejó el Sport Bar a buen paso y volvió al único ascensor con quinto piso, sin ninguna intención de buscar el álbum porque los de la rondalla le habían parecido unos cretinos. Su único deber era el de llamar de una vez a Antón. Lo mejor sería no contarle demasiado por teléfono, no fuera a ser que quisiera ir esa misma noche al piso o, mucho peor, montar un cristo nocturno con lucerío de coches patrulla. Era probable que lo hiciera. Lo citaría al día siguiente, temprano, para hablarle «de un problema» de su padre, del que debía informarle como miembro de la Policía Nacional.

Y así se lo transmitió.

Ana

Habían quedado en la casa temprano, a las nueve, antes de que Antón se incorporara al turno. Elías era metódico por las mañanas, no le importaba madrugar, era puntual y en su ritual en la ducha, la higiene corporal y el desayuno era pausado y tranquilo. Le gustaba empezar así. Se levantaba siempre un par de horas antes de tiempo, incluso cuando los rodajes lo obligaban a despertarse y empezar la jornada de madrugada. Esa vez, con todo lo que se venía encima, era importante tomarse un momento de calma porque, sin duda, se iba a armar.

Su primo había intentado que le avanzase por teléfono de qué iba el asunto, pero él solo le dijo: «Mejor con la luz del día». Le pareció buena excusa, y una realidad, con las bombillas de cuarenta vatios que había instalado su padre en el trastero.

Pensó también que sería oportuno revisar las alacenas y la nevera de la cocina del piso. Tirar todo lo perecedero antes de que se pudriera allí. Además, si la Policía Nacional empezaba a investigar, igual no podría entrar en la cocina ni en la casa en días. Antes de que su primo llegara, les daría un repaso a las cosas de la cocina.

Había dejado de llover.

Con suerte estaría la vecina. Le habría gustado tomar un café con ella y preguntarle algunas cosas sobre su padre. Pero incluso esa sencilla posibilidad se vería truncada en cuanto Antón conociese el embrollo del desván. Era demasiado temprano para llamar a su puerta y, en cuanto se iniciase el operativo, incluso cabía la posibilidad de que la desalojasen.

Le daba una pereza extrema todo lo que estaba por venir.

—¡Dios, papá, de verdad que esta no te la perdono! Ya sé que he sido un hijo negligente, tú tampoco has sido un gran padre. Vale que no acompañarte en tus últimas horas ha sido una mierda. Es una culpa que me pesa y lo he sentido de verdad, papá. ¡Pero me dejas un marrón del quince!

Se cruzó a unas mujeres y dejó la riña solitaria. Desde que todo el mundo usa auriculares inalámbricos, la gente ya no lo confundía con un loco hablando solo por la calle. Era mucho peor hacía años. Intentaba disimularlo, pero hablar en alto era su manía principal de toda la vida. Ni siquiera podía recordar cuándo comenzó a hacerlo.

Era cierto que su padre tenía muchos defectos. No era afectuoso y sí interesado. Sus comentarios podían ser a veces inoportunos o hirientes y siempre se creía en posesión de la verdad, pero también tenía sus virtudes, como la capacidad de trabajo, el orden y la habilidad para las chapuzas caseras, incluso las eléctricas. Y, sobre todo, era pertinaz. Si se le había metido entre las cejas fabricar una bomba, le habría dedicado el tiempo necesario, sin duda. Meses, años, lo que fuera, pero se lo habría tomado muy en serio. Estaba seguro de que sus notas serían detalladas.

También tenía la certeza de algo más, que el objetivo de esa bomba era algo que lo había cabreado mucho y durante mucho tiempo. Lo había visto otras veces obsesionarse con alguna cuestión que él creía justa y el mundo no. Podía ser muy perseverante para conseguir tener la razón, o que se la dieran.

Descubrir lo que había detrás de ese artefacto iba a ser un pozo de sorpresas. Esa era su tercera certeza.

Llegó a la casa a las 8:45 de la mañana. Subió los tres pisos, preguntándose cómo su padre podía subirlos a diario con su edad, y al llegar observó que no había cerrado la puerta con llave. Habría jurado que sí. Tenía esa manía, cerraba con dos vueltas de llave siempre, incluso estando dentro. Así que entró y la giró dos veces. Luego se dirigió a la cocina y allí se encontró a Ana.

—Buenos días, señor, no se asuste, soy Ana —saludó.

La chica, morena de piel y pelo y de unos treinta años, vestía un pijama con magdalenas estampadas.

A Elías se le abrió la boca de pura sorpresa.

—¿Pero tú quién eres?

—Soy la cuidadora de su papá, Ana —contestó con un acento que no supo identificar.

Elías no había oído una palabra sobre ella, pero sabía que Antón le había buscado a su padre trabajadoras del hogar en más de una ocasión. Tal vez Julia la había conocido.

—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí, señor.

Elías dudó.

—Mi padre nunca quiso personal en casa, él contrataba asistentas solo para hacerle la comida y limpiar, tres horas al día. Jamás he oído que tuviese interna. Es más, ya fue difícil que aceptara la ayuda por horas. Se me hace extraño esto. No tengo noticias de que nadie más viva aquí.

—Es cierto, señor Elías. Vivo aquí. Puede preguntar a los vecinos, ellos le informarán.

En la mesa humeaba una taza de leche con cacao y en un plato había una rebanada de pan con mermelada.

—Perdona la desconfianza, pero esto es muy raro. ¿Me puedes enseñar tu habitación? ¿Tus cosas?

—Es la suya. Yo duermo allí, no he tocado nada de la decoración, su papá no quería.

—Ya he estado en mi habitación y no he visto absolutamente nada tuyo. No había cosas de nadie allí, ni siquiera tu ropa en el armario.

—Sí. Mi ropa está en el armario junto a la ventana. En el otro, al lado de la puerta, están sus cosas de cuando era chico.

Elías pensó que podía ser cierto porque solo se entretuvo en el primer armario, donde encontró sus juguetes de adolescente. Pero le extrañaba no haber distinguido nada a la vista, un bote de colonia,

un joyero, cualquier cosa, lo habitual en una habitación en uso. Por eso dudó, pero no fue a comprobarlo.

—En todo caso, tienes que dejar la casa. Sabes que mi padre ha muerto, no tiene sentido que sigas viviendo aquí. Voy a cerrar el piso, y luego tomaré una decisión sobre él. Supongo que se venderá. Si mi padre te debe algo, házmelo saber, yo te pagaré el mes completo y la rescisión del contrato que corresponda, pero has de dejar el piso cuanto antes.

Elías pensó que la presencia de la mujer en la casa le iba a complicar el asunto de la bomba. Si vivía allí, posiblemente tendría que declarar también. Seguramente, Antón sabría qué hacer.

—Señor Elías, no me puedo ir. No tengo adónde ir.

—Lo entiendo, puedo darte un tiempo razonable para que busques otro alquiler. Lo que queda de mes o algo más. Pero tienes que irte lo antes posible.

—Es que… yo no tengo papeles, señor, nadie me va a alquilar. Su padre me permitía vivir aquí a cambio de mi trabajo en la casa. Teníamos un acuerdo. Yo limpiaba y cocinaba, y él me dejaba ocupar la habitación. Él sabía lo de los papeles.

Elías sentía que su tolerancia a las sorpresas estaba muy superada. Su padre se había muerto el peor día de su carrera profesional, había robado el objeto más preciado de su rondalla, tenía una bomba en el trastero y, por si era poco, una mujer en situación irregular vivía y trabajaba sin contrato en su casa. Todo su estupor lo centralizó en un leve gesto de alzado de cejas.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cuatro. No me deje en la calle, por favor, vine de Venezuela a trabajar, soy una mujer honrada. He cuidado bien de su padre, él tenía un carácter difícil, pero me ha ayudado mucho, me permitía tener trabajos y atender esta casa fuera de mis horarios. Yo le tenía aprecio al señor Manuel. Y él a mí también.

Se agarró la frente con la mano, en ese gesto de saturación que últimamente era tan frecuente en él. Parecía una buena chica, pero

ni ella sabía el problema añadido que suponía su estancia en el piso, porque, en nada, la casa estaría llena de policías.

La taza de leche seguía enfriándose.

La chica se sentó llorando y repitió:

—No me ponga en la calle, por favor, señor Elías, no tengo adónde ir.

El timbre sonó tan alto que Elías dio un salto.

—Manuel estaba bastante sordo —explicó ella—. Será la cartera.

La chica se dirigió con naturalidad a atender el telefonillo mientras se secaba las lágrimas y los mocos con la manga del pijama.

—No. —Elías la detuvo—. Es mi primo Antón. He quedado con él aquí.

—El sobrino policía de Manuel. ¡Ay, Dios mío! Él no sabe de mí… No le cuente que no tengo papeles, por favor. Solo he venido a trabajar. Soy honrada. Trabajo y envío dinero a mi casa allá. No le diga de mí, por favor.

Una segunda llamada a todo volumen agobió a Elías, que descolgó el telefonillo.

—¡Hola, primo! Ya bajo. Vamos a desayunar unas natas al Lusitania.

Luego se dirigió a Ana.

—Voy a bajar para que no te vea, pero quiero que te vayas de aquí cuanto antes. No puedes seguir en la casa.

La chica asentía con las mejillas humedecidas.

—Y apúntame aquí tu teléfono —le dijo acercándole una servilleta—. Ya hablaremos, pero búscate adónde ir. Aquí no te puedes quedar, créeme que es lo mejor para ti.

La chica apuntó su teléfono y le devolvió la servilleta, que él guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Después, Elías salió al rellano y volvió a cerrar con llave.

Desde hacía días tenía la sensación de que era arrastrado por las circunstancias y no podía gobernar nada de lo que le sucedía. Cada vez que lo intentaba, algo nuevo lo torcía. Estaba en el centro de un enredo cada vez más caótico.

Bajaba las escaleras a buen paso sin saber qué hacer con Ana. ¿Qué demonios haría su padre con ella en casa? ¿Sabría algo de la bomba? No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí esa mujer, ni de su relación con el viejo. Conociéndolo no le parecía propio de él que le hubiese compartido un secreto así. Pero a esas alturas podía esperar cualquier cosa de su padre.

Lo único que tenía claro era que no debía contarle nada a Antón de la bomba hasta que aclarase un poco el tema de la chica, no quería hacerle daño innecesariamente. Al fin y al cabo, podría decir que se había encontrado más tarde los explosivos. Era creíble que tardara en subir al trastero.

—Mierda, el gilipollas del segundo… —dijo en alto a la altura de su piso cuando recordó que le había dicho al marido de Irene que venía del desván. Se le ocurrió que podía explicar a las autoridades que no había entrado, y solo fue a comprobar de dónde eran las llaves. Probó las cerraduras, pero no llegó a entrar. Era creíble.

Le pareció una coartada perfecta; justo en ese instante lúcido, llegó al portal y vio fuera a Antón vestido de paisano.

Tenían exactamente la misma edad y habían nacido con una semana de diferencia. De niños se presentaban como primos gemelos. Realmente su relación había sido muy estrecha. Vivían juntos en casa de la abuela todos los veranos y muchos fines de semana, pero sus expectativas vitales siempre habían sido diferentes. No era algo que hablaran entre ellos, pero estaba claro que, mientras que Elías estudiaría fuera una carrera, Antón haría lo que pudiera. Una carrera con beca u otra cosa. Reían, jugaban, se divertían, dormían en el mismo cuarto de la casa familiar, pero ambos sabían que uno se quedaría y el otro se iría. Sus destinos serían distintos, como lo era su nivel adquisitivo. Lo vivían con naturalidad. La naturalidad de las cosas que no eliges, que vienen impuestas, pero ni siquiera juzgas porque son así.

El año que Elías se fue a Madrid, dejó de comunicarse con su primo. Solo hablaron por teléfono para felicitarse fiestas, aniversarios o santoral y en verano volvieron a verse con total

cordialidad y cariño. Primero, Antón hizo una FP de Electrónica, pero enseguida ingresó en la Policía Nacional. A Elías siempre le pareció feliz allí. Y, así, los mundos se fueron alejando hasta ser tan diferentes que, cuando se reencontraban, era difícil explicar las circunstancias de cada uno, sus anhelos, problemas, amistades o maneras de vivir.

La carcajada de Antón atravesó de punta a punta la cafetería Lusitania cuando Elías no pudo esquivar más el asunto que los había reunido allí y que le había anunciado por teléfono como «un problema del que debía informarle como miembro de la Policía Nacional».

Reía fuerte y con ganas, hasta llenársele los ojos de lágrimas. Mientras, Elías aguardaba a que se serenase para seguir contándole la historia.

—De verdad, primo —consiguió hablar Antón, aún entre risas—, que esta es una historia fantástica. Qué cabronazo el tío Manuel. Es que me parto. —Volvió a reír—. Robar el álbum de recuerdos de la rondalla Acordes de Ferrol. Y que fueran a reclamártelo al hotel de esa manera… —Rompió a reír de nuevo.

—Ellos creen que está en el piso. Creen que se inspiró en el robo del Códice Calixtino de la catedral de Santiago. El ladrón tampoco lo vendió, pese a su valor incalculable. Se limitó a guardarlo en su casa.

—El electricista de la catedral de Santiago. —Rio una vez más—. Hombre, no me compares, que eso era un manuscrito iluminado del siglo XII. Ya les gustaría a los de Acordes tener un libro así. Es que me parto. Pero, bueno, sí que entiendo que el móvil de fastidiarlos, llevándose algo que él también adora y no quiere destruir, puede ser cierto. El electricista de Santiago robó el códice para jorobar, sería un móvil similar. En todo caso, querido primo, esto no es un asunto de la Policía Nacional. —Volvió a reírse—. No te preocupes con eso

de que van a ir a la policía porque es un hurto sin consecuencias, ni lo van a buscar. Por cierto, ¿tú lo has buscado?

—Pues todavía no, la verdad.

—¡Bah! Echa un vistazo y si está se lo devuelves. Pero, vamos, que no te preocupes lo más mínimo, eso no es un delito ni es nada. El viejo Manuel sería un cascarrabias, pero era un tipo recto.

Elías ya no tenía muy clara esa afirmación de su primo.

El frío

Algunos días, la pared condensaba el frío y lo convertía en agua. Esos días los muros chorreaban como si en el piso de arriba hubiera una fuga en la conducción, pero no, era simple condensación. Era cuando más le costaba salir de la cama. El invierno estaba siendo desesperantemente húmedo, el tiempo no daba tregua, temporal tras temporal. Merceditas sabía que debía abrir las ventanas un rato y airear para prevenir la condensación y el moho de las paredes, lo hacía en ocasiones, pero entraba un frío terrible. Tampoco se atrevía a enchufar el viejo deshumidificador porque la instalación eléctrica no estaba para dejar un aparato tan viejo funcionando sin vigilancia. Lo había escuchado en una noticia de sucesos de la TVG, en la que un bombero, con la cara tiznada tras sofocar el incendio de una vivienda en la que pereció una anciana, explicaba con vehemencia el peligro de esos aparatos funcionando solos en casas viejas. Morir quemada era uno de sus miedos, por mucho que todos le dijeran que antes se muere una por el humo. La muerte por asfixia no era mejor. Tenía radiadores eléctricos, pero no los encendía ni los había revisado en años. Era un lujo que se permitía dosificado. Para compensar todo eso, utilizaba una bolsa de goma con agua caliente. Esa era su calefacción en la cama cada noche. Alrededor de la bolsa había todo un ritual: primero, hervía el agua y, con cuidado, y la ayuda de un embudo, la vertía en la bolsa. El exterior era de un tejido a cuadros rojos, verdes y naranjas. Luego, la cerraba con su rosca y, bien caliente, la colocaba en el interior de la cama moviéndola para calentar la zona donde reposaría. Mientras tanto, realizaba su higiene nocturna y se ponía el pijama. Cuando entraba

en la cama, ya tenía una temperatura agradable y la bolsa todavía se mantenía templadita para juguetear un rato con ella entre los pies. Era su costumbre, como dejar la bata de casa, tan necesaria para levantarse por la mañana, en el lado vacío de la cama.

Siempre había conservado una cama grande de matrimonio. Era una más de sus evidencias de viudedad. La primera vez que la cambió, el vendedor, que la conocía, le ofreció una cama de ciento veinte centímetros de ancho. Un poco mayor que la de noventa que tenía para Carlos. Le había dicho que era suficiente para ella y más fácil de calentar. Merceditas se escudó en el gasto que le supondría cambiar todo el ajuar de cama, que ya tenía con medidas de matrimonio, pero no era del todo cierto. Ser viuda le había permitido sobrevivir, y la cama de matrimonio vacía era parte de su escenografía. También había mantenido las paredes y repisas con las fotos de José. Unas eran retratos de los dos, otras eran paisajes fotografiados por él y una gran parte mostraban al niño, aún muy chiquito. Actualmente, cualquier psicólogo, ante una pérdida tan repentina y traumática, siendo tan joven, le habría recomendado deshacerse del peso de la presencia del difunto. Como mucho, recogerlo en una caja y tenerlo a mano por si el niño un día, cuando fuese mayor, quería saber. Pero en 1967 Merceditas era mejor aceptada como fotógrafa en su estatus de viuda. Una viuda doliente de luto eterno, una madre que necesitaba trabajar y que sentía tanto dolor que había decidido ser viuda de por vida. Esa fue la única manera que encontró para sobrevivir, para ser fotógrafa autónoma y poder moverse como un hombre de un encargo de trabajo a otro, de ser valorada, independiente y, además, de deshacerse de todos los hombres sin principios, casados y solteros, que en algún momento quisieron dominarla.

Ser viuda la liberaba y la encarcelaba a la vez.

La casa estaba habitada por el recuerdo de un marido, y padre, ausente, que casi no había tenido tiempo de ejercer. Carlos solo tenía memoria de él por las fotos. Se acostumbró con naturalidad a vivir con un padre en imágenes, casi como un santo; la casa era un

templo, y Merceditas, una cenobita entregada a una vida monástica fuera del trabajo. Una vida dedicada a su hijo, que la vampirizó. Porque los seres humanos somos así y, cuando alguien da siempre, sin pedir nada a cambio, acaba convirtiéndose en esclavo. Merceditas era la esclava de su hijo, único y mimado hasta la tiranía. Ambos fueron víctimas de la educación entregada que ella le dio.

Así creía compensarlo por no tener padre. Ese extraño sentimiento de culpa de las mujeres. Trabajó todo lo que pudo y más, se ausentó frecuentemente para hacerlo. En aquellos tiempos el mundo no estaba preparado para que las madres pudiesen trabajar. Se apañó como pudo, con Manuela, la vecina, a la que pagaba una cantidad por ocuparse del niño, y más tarde, de adolescente, enviándolo a un instituto con internado de lunes a viernes, aunque los sábados por la mañana abría la tienda-estudio y los domingos tenía bodas con frecuencia. Ella nunca le vio un gesto de interés o de agradecimiento y, aun así, habría dado la vida por su hijo si se lo pedía. Pero lo que le pidió fue dinero.

—Tú has trabajado mucho, Merceditas. ¡Mucho! Que te has puesto al frente del negocio y lo has sacado sola adelante. Te has hecho un nombre que te avala, has criado un hijo, has pagado sus facturas todos esos años locos de la universidad… Pero, Merceditas, por Dios, que le has dado lo que tienes y has hecho frente a sus créditos. Ya ha fracasado dos veces en sus negocios —decía Vicente en su despacho del Banco Pastor, frente a ella, que lo miraba encogida.

—Sabes que no es fácil poner los negocios a andar…

—Él ya tiene un negocio familiar estupendo que tú has levantado, y tienes clientela, pero no le interesa la fotografía. Y tiene la carrera de maestro, que no ejerce. Nada le vale, Merceditas. —Se levantó y rodeó la mesa para acercársele.

—Ya sé, ya…

—No. No lo sabes. O lo sabes y no lo aceptas. Ha fracasado porque no da palo al agua, nunca lo ha dado. Eres consciente. Aún te faltan años para la jubilación, piensa en eso. No lo avales, el

negocio es lo único que te queda. Te hablo como amigo de tantos años, como vecino, como compañero del colegio cuando éramos niños; ni siquiera debería decirte esto siendo director, pero te lo digo. No le des el aval que te pide ahora o te quedarás sin nada.

—Si no se lo doy…, me quedaré sin él —contestó aquella mujer para todos valiente, un poco agriada de carácter, pero capaz de empequeñecerse por su hijo hasta el extremo de no razonar.

—¿Y cuándo lo has tenido? Si nunca se ha ocupado de ti. Sé que es difícil, pero dile que no.

Ella le contestó con una sonrisa, apreciaba la dureza con la que le hablaba. A veces hay que ser duro con quien quieres bien. Y no es fácil. Los límites entre entrometerse en la vida privada y la amistad son finos. Pero Vicente arriesgó y fue duro. Lo fue.

—¿Cómo se le dice «no» a un hijo, Vicente?

—¡Como acabas de pronunciarlo! Y como debiste hacerlo la primera vez que te embarcó en sus empresas, cuando perdiste el piso y tuviste que irte a vivir al local comercial. Mira, Merceditas, yo con esto me estoy extralimitando. Tú sabes tu vida y eres conocedora de cómo es vuestra relación, cuánto se preocupa o cuánto te quiere. Supongo que pondrás esas cosas en la balanza. Yo solo veo números. Tus números. Le has dado todo lo que tienes, hasta el piso, ya solo queda el bajo del negocio, que ahora es tu casa. Firma ese aval y te quedarás en la calle. Tengo que decírtelo y tú decides.

Merceditas no firmó. Lo llamó a Valladolid, donde vivía, y le dijo que no podía avalarlo poniendo en riesgo su única vivienda. Los niños tiranos no soportan bien la frustración, los adultos tiranos, peor todavía.

Así lo perdió durante varios años.

Más tarde, en el 2017, el Banco Pastor quebró, y Merceditas se quedó sin los treinta mil euros que había ahorrado con sus escaseces diarias y que había invertido en acciones, también por consejo del director. Vicente ya no trabajaba allí, ni tendría culpa

alguna de la quiebra, aunque fue él quien le había recomendado comprar el paquete de acciones.

—Al final, todos te dan por el culo, Vicente. La familia y los amigos —le había dicho Merceditas un día que se lo encontró en la calle.

Era evidente que mucha gente había perdido mucho más que ella, pero cada uno de sus euros era un euro ahorrado trabajosamente, con su modo de vida recogido y austero. Los treinta mil eran una pequeña fortuna que se había esfumado, como todo lo demás, y una nueva vuelta de tuerca, lo que agrandó su ira contra el mundo.

Le habría venido muy bien tener ese dinero en los años posteriores, pero se apañó sin él porque ella siempre se apañaba.

La austeridad ya era la única forma de vida que conocía.

Se despertó con los pies congelados por la bolsa de agua fría. Normalmente, la empujaba fuera de la cama antes de que se enfriara del todo, pero se había quedado dormida con ella entre los pies. Eso era algo de lo que disfrutaba, dormía muy bien. Cogió la bata de casa y se la echó por los hombros. Luego, desenchufó el móvil, que cargaba en la mesilla de noche. Justo sonó cuando lo tenía en la mano.

Era de la residencia de Hipólito.

—¡Hola, Merceditas, buenos días! ¿No la habré despertado? Seguro que no, que la gente mayor sois de madrugar… —habló con gracieta una mujer joven.

—A ver si es que «la gente mayor» somos todos iguales, niña —la increpó con su mala leche habitual, y a la chica se le cortó la gracieta.

—Es para decirle que hay una factura del podólogo de Hipólito que ha pasado esta semana —comunicó escuetamente.

—Para cobrar estáis espabilados…

—El podólogo es un servicio externo. Si no lo quiere, no está obligada a llamarlo. Nos lo ha pedido usted.

—Ya lo pago en la próxima visita. Gracias.

Y colgó.

Merceditas andaba justa, pero a sus amigos no les iba a faltar de nada. Y de los tres ya solo le quedaba Hipólito.

Un último segundo

—Otro café, por favor, y otra nata.

Antón se había ido enseguida. Elías agradeció para sus adentros la prisa de su primo y se quedó un poco más en el Lusitania. Había sofocado un fuego, pero tenía todo el incendio metido en el trastero. Con el retraso en contar la verdad, conseguía ganar tiempo para aclarar el asunto de la chica sin papeles y no llevar a la policía a la casa sin antes solventar, o por lo menos dimensionar, la magnitud de ese nuevo desaguisado. Recordó cuando su principal preocupación era qué hacer con el piso y sonrió. A veces uno no sabe que su problema es una insignificancia hasta que otro mayor lo relega.

Respiró y se dio unos minutos de calma. Disfrutaba de la soledad. No le apetecía nada regresar al piso ni afrontar todo el disparate en el que estaba metido. Lo haría, claro, pero se iba a conceder ese tiempo para ignorar todo y disfrutar de un café y una nata.

Estaba acostumbrado al estrés, a los agobios, a trabajar contrarreloj y a la toma de decisiones complicadas. Es el día a día de un director de producción. Estaba tan habituado a la presión que, cuando un médico le preguntaba por su nivel de estrés, siempre contestaba «normal». Lo decía de verdad. Todo se normaliza; vivir sin vida propia y dedicado al trabajo, también. Cada producción lo absorbía hasta desaparecer de todo lo demás. La vida entera era la producción. Eso que Julia llamaba «estar de campamento». Su trabajo precisaba entrega plena, siete días de siete, y las veinticuatro horas. Presupuestos, contratos, permisos, necesidades de todo tipo, desde alojamiento a alimentación. Todo entraba en su departamento. Y, cuando parecía haber encajado cada pieza del

puzle, algo se desajustaba, aparecían nuevos gastos, imprevistos, un actor que no cuadraba fechas o llegaban guiones que se habían venido arriba. «Tienes que quitar noches. No podemos rodar tantas madrugadas, estás encareciendo mucho», y el guionista convertía las noches en día. «No me abras más decorados, Raúl. ¿Pero cuántos sets llevas ya? No, no. Hay que cambiar escenas de sitio», y el paseo en piragua se transformaba en una charla en la cafetería. «Búscame París en España, te paso el guion», y el localizador falseaba calles, ciudades y países. Negociar cada alquiler de material, cada fichaje artístico y técnico…, todo eso y mucho más era su trabajo. Por eso se rodeaba siempre de un equipo de producción de primera, pero los asuntos gordos y los marrones salidos de madre, esos eran todos para él en su calidad de director.

Sabía hacer series, sí. Con todo su delirio. Sabía tratar gente con grandes egos, sabía negociar contratos a la baja, sabía conseguir un poco más por el mismo dinero, pero no sabía cómo enfrentarse a una bomba en el trastero porque estaba aterrorizado de que el asunto trascendiera descontroladamente, que la investigación se eternizara, que llegase a los periódicos con un suculento titular: «Anciano terrorista en Ferrol». Sonrió. Podría hacer muy bien la serie, su problema era siempre resolver, igual de bien, la vida real.

Pero su bagaje también le servía para saber que, a veces, lo mejor cuando te desbordas es buscar un rincón tranquilo y concederte diez minutos desapegado de todo. Justo lo que estaba haciendo en el Lusitania.

Le vino a la mente Julia. Era una mujer hermosa.

Siempre se lo había parecido y jamás dejó de sentir atracción por ella. Los dos eran apasionados y nunca entró otra persona en la relación pese al tiempo separados. No tenía cabida mirar a otros, por ninguna de las dos partes.

En los rodajes era fácil tener una aventura. Algunos incluso dirían que era lo normal. Precisamente «por estar de campamento», como ella decía. Y la frase lo resumía muy bien. El rodaje no entendía de horarios fijos, los horarios los marcaba el guion, el primero de

dirección, y los matices del director de fotografía buscando un *flare* de luz solar que entraba por la ventana del set de rodaje justo a las 6:35 de la mañana. Y si eso sucedía, todo tendría que estar listo a esa hora. Maquillaje y peluquería se citarían un par de horas antes; el montaje, lo mismo, y la rueda completa se ponía a andar para que en esa escena brillase un bonito *flare,* aunque los espectadores se lo perdieran porque en ese preciso momento le habían dado un mordisco a la pizza viendo la tele en el salón.

Cuando estaba sola, Julia planchaba viendo series, pero nunca lo hacía cuando estaba él. Sabía que Elías odiaba esa manera dispersa y desatendida de ver las películas. «¿Sabes cuánto tiempo ha invertido ese equipo en rodar la escena que acabas de fumarte yendo a buscar vino a la cocina? Eres una desconsiderada», bromeaba él en casa. Pero Julia, en verdad, era muy respetuosa, y por eso, si veía una serie con su marido, no atendía al móvil, ni planchaba ni se despistaba con cualquier otra cosa. Se acurrucaban juntos en el sofá y la veían con plena atención, y luego se iban a la cama a follar como locos. Con esa pasión que nunca se desgastaba.

Hasta que se desgastó todo lo demás.

Tal vez debía dilatar un poco más el asunto de la bomba e ir a Madrid. Les faltaba una conversación final. Él quería tenerla. No para arreglar nada, solo para decirle lo que no le había dicho el día del entierro porque ella no iba a querer escucharlo en aquel momento de enfado. Ni siquiera quería pedirle perdón, nunca la había engañado, y ella siempre fue conocedora de cómo era su trabajo y cómo era él de entregado. No cabía tener que pedir perdón. Nada más quería contarle que había sido un buen matrimonio y que se llevaba muchas cosas buenas de los años con ella. Y decirle que no había culpables; simplemente, lo que en un momento de tu vida te vale puede no servirte en otro. Por eso debían dejarlo. Ella quería una vida diferente y Elías no quería otra vida.

Le dio el último trago al café. Decidió pagar y salir.

Estaba un tanto perdido sobre su próximo paso. Podía volver al piso de su padre y rebuscar alguna información, pero la presencia de

Ana hacía incómoda e invasiva la visita. Evidentemente, tendría que darle tiempo para buscar un lugar para irse. No quería que la chica tuviese problemas, pero tampoco que se aprovechara de la situación. Lo mejor para ambos era que se fuera. Tal vez debía fijar un ultimátum claro: «Tienes una semana». Algo que no permitiera que la situación se prolongara.

Debería haber estado en Madrid, con Julia y visitando a Roberto en la productora. Esos eran los lugares donde tendría que estar. Por eso lo mejor era poner todo lo de Ferrol a andar.

Lo primero que hizo fue enviar un mensaje a Ana, fijando en un mes el plazo para el desalojo; lo segundo, enviar otro mensaje a Irene, por si estaba por la zona. Ella podía saber algo de la empleada de hogar. Y, por último, decidió llamar a Julen Etxanobe. Antes le puso un wasap, como habían acordado, y en tres segundos lo tenía al aparato.

—¿Dónde estás? —saludó animoso.

—En Ferrol, paseando por la calle. Sigo aquí.

—Al final te has reconciliado con tus orígenes.

—En realidad, estoy aquí porque no me puedo ir.

—¿Te retienen contra tu voluntad? —rio.

—Casi podría decirte que sí. Es largo de explicar. ¿Y tú cómo vas?

—¿De lo del implante, dices? Bah, ni me acuerdo, esto sigue su curso y yo a mi vida. Estoy en Madrid. He venido a cambiar de aires. Sabes que el sur me cansa, me gusta subir a la capital, a ver qué se cuece —dijo mientras se echó un vistazo al pelo al pasar por delante de un escaparate.

—Pues, hace pocos días, estabas quejoso por ese asunto del implante.

—Me va el drama, ya lo sabes. Tú eres mucho más frío y calculador, que para eso eres casi matemático y director de producción. No puedes ser emocional, no va con tu cargo. Y bien…, cuéntame. —Cambió el tono—. ¿Cómo te ha sentado?

—¿El qué?

—Coño, lo tuyo, lo del curro.

—Ah, eso. Pues como lo de tu pelo. —Se rio—. Ya casi ni me acuerdo del drama. Tampoco he tenido mucho tiempo para recordarlo, la verdad, me ha absorbido lo que tengo aquí. De todos modos, es mejor dejarlo pasar y no darle más importancia porque tampoco la tiene.

—¿Lo vas a aceptar?

—Claro, Julen. Ya lo he aceptado. Empezaré en mes y medio, es el tiempo que tengo para resolver un marrón importante en Ferrol. Ni te imaginas el calibre del lío en el que estaba metido mi padre.

Al otro lado del teléfono se hizo un silencio breve, durante el que Julen se echó a un lado de la acera y se paró a hablar en la entrada de un portal para centrar toda la atención en Elías.

—Me está pareciendo que… Oye, ¿han hablado contigo? ¿Roberto te ha puesto al corriente de la novedad?

—¿Qué novedad? No he hablado con nadie, ya te digo que tengo un asunto serio de mi padre que aún está por resolver.

—No sabes nada —comentó en alto—. La plataforma ha puesto a alguien para hacer contigo la dirección de producción de la serie de David Elizalde. Alguien para supervisar todo lo que decidas, después del escandalazo de Madeira.

—¿Alguien para supervisar? ¿Supervisar mi trabajo? ¿Quién?

—Nuria Valdepiedra, ni más ni menos.

—¿Qué dices? No nos hablamos desde hace más de quince años, cuando tuve que echarla de jefa de producción en la serie de los *hackers*.

—Pues ahora sois los dos directores de producción.

—¡Qué hijo de puta Roberto! Ni siquiera me ha llamado y ya lo sabes tú.

—Bueno…, yo lo sé por casualidad, y por amistad con David Elizalde. No cargues contra Roberto, él te ha defendido, por eso no te han relevado.

El portal se abrió de repente.

—¿Me deja pasar, señor? —Julen hizo sitio a un adolescente que sacaba con dificultades una bici del edificio, y hasta le sujetó la

puerta, al tiempo que oía los gritos de Elías al otro lado del teléfono.

—¿Defenderme de qué, Julen? ¿De qué? Que tengo más kilómetros en dirección de producción que la Renfe en vías, que he hecho las mejores series de este país, joder, y me han dado dos goyas, aunque uno fuera inexplicable. ¿Pero de qué estoy acusado?

—Las redes, los memes, yo qué sé, tío. La exposición pública hace todo más grande. Se magnifica. Ya sé que el plante del equipo no ha sido para tanto…, pero ahora solo importa lo reciente, nadie valora lo pasado, y los goyas solo acumulan polvo en las estanterías. El éxito se mide al segundo. Y tu último segundo ha sido muy caro en gastos y se ha hecho mucho cachondeo.

Elías se calló. No se podía creer que su trabajo, o su capacidad, pudiese estar en tela de juicio.

Julen habló de nuevo:

—Mira, estoy seguro de que Roberto te llamará enseguida. Ahora ya lo sabes, y tienes ventaja para pensar si quieres aceptarlo o no.

—Esto es increíble. Es como si en algún momento hubiera cruzado a un universo paralelo. Todo lo que me ocurre desde hace días está fuera de control. No sabes hasta qué extremo, Julen. No te imaginas lo que ha hecho mi padre. Hasta es posible que lo leas en los periódicos en breve.

—Me estás asustando.

—Pues así estoy yo. Y ahora me ningunean en la profesión. ¿Qué más puede pasar? ¿Un tsunami en Ferrol?

—No sé qué decirte, amigo. Todos sabemos quién eres y cómo trabajas, el problema no eres tú. Es esta mierda de sector competitivo y absurdo. Ni eso, es algo más profundo, la sociedad entera, sus valores de mierda, la manipulación de las opiniones de la masa. La era de la posverdad, ya sabes.

Elías llegó caminando hasta el puerto y la visión del mar ejerció un instantáneo efecto calmante.

Incluso en pleno cabreo fue capaz de apreciar la belleza de la zona que todavía no había recorrido a pie, más allá de atravesarla en coche la noche de su llegada.

Hasta la brisa le hizo bien y respiró fuerte.

—No te preocupes, Julen. Te agradezco muchísimo que me lo hayas contado tú antes de recibir la llamada de Roberto. Me da un tiempo para pensar si quiero trabajar «supervisado». Ya te contaré lo que decido.

—Lo has dicho tú al principio, Elías. Hay que dejar que se enfríe todo y no darle mucha importancia. Te quiero, amigo.

—Los que vais al psicólogo os despedís todos igual. ¡Yo también te quiero! —contestó riendo.

—No es el psicólogo, es que te queremos todos, Elías.

—¡Bah! ¡Vete al cuerno! Hablamos.

Elías colgó la llamada y vio un mensaje de Irene.

Vida de ameba

Merceditas abrió la reja de la puerta. Primero giró la llave que la bloqueaba y después la levantó hasta subirla del todo, para lo que se ayudó de una barra de metal. Le encantaba el ruido de levantar la persiana del negocio. Lo adoraba. También encendió las luces porque los días oscuros de invierno obligaban a tener iluminado todo el día el escaparate. Le encantaba ver su estudio en funcionamiento.

Entró y puso también en marcha el ordenador y la impresora. Luego sacó el plumero extensible, con el que todos los días sacudía el polvo de las fotos enmarcadas que había por todas partes.

Nunca había llegado al metro y medio de tamaño, pero con la vejez le parecía que había encogido. No le importaba, jamás había necesitado más altura para nada, ni en la fotografía ni en la vida. Era menuda y bajita, y así se había defendido siempre,

Después de haber perdido el piso por utilizarlo de aval para su hijo, disponía de un cuarto, al fondo del estudio de fotografía, con baño y una pequeña cocina de gas, donde entraba la nevera, unas pocas alacenas y una mesita con dos sillas. Era suficiente para ella. La zona de vivienda no se veía desde la entrada y tenía una salida independiente al pasillo del edificio, por lo que podía entrar y salir por el portal, como cualquier vecino. Por las mañanas, le gustaba levantarse, lavarse, desayunar y salir del edificio para, al llegar a la calle, abrir la reja del estudio desde fuera. Salía por un lado y volvía a entrar por el otro. Era como «ir a trabajar».

Al poco rato, la campana de la puerta sonó y apareció un hombre mayor, que dejó torpemente el paraguas en el paragüero antes de entrar.

—Buenos días. ¿Hace usted fotos de carnet?

—Claro. ¿Cuántas quiere? ¿Ocho o dieciséis?

—¿No puede ser una? Es para renovar el DNI.

—La máquina imprime ocho o dieciséis. Las puede recoger al momento o mañana si lo prefiere.

—Es para ahora. Tenía cita para renovar el carnet y no me han aceptado la foto que llevaba porque es anterior a la caducada. Qué más les dará. Todo es hacer gastar al jubilado. No veo bien tener que sacar un mínimo de ocho fotos. ¿Para qué quiero yo las otras siete?

—Se las da a los nietos. Son 7,50 euros.

—Pero no las necesito.

—No hago menos.

—Bueno.

Merceditas encendió la luz general del estudio y los *flashes*. Ajustó el taburete para colocarlo en su sitio y lo subió un poco, adecuándolo a la altura del cliente. Encendió la cámara y la fijó al trípode. Después, llamó al hombre.

—Tiene ahí un aseo por si quiere peinarse o verse.

—Estoy bien. Solo quiero volver cuanto antes a la oficina de renovación porque me guardan la vez. ¿Quién me va a sacar la foto? ¿Usted?

—Sí, señor. Mi hijo aún no ha llegado —mintió—. Tengo casi sesenta años de experiencia, para un retrato de estudio voy sobrada.

—No pretendía ofenderla, señora. Lo digo por la edad, nada más.

—La edad va con la experiencia.

Y Merceditas le sacó a aquel hombre su foto para el carnet, más las siete sobrantes.

Sabía perfectamente que no podía abrir al público y que se exponía a una segunda multa porque ya la habían denunciado una vez. Fue una denuncia anónima de algún envidioso que le cerró el negocio y le valió una buena bronca de su hijo.

Durante unos años, el estudio permaneció cerrado. Fue el periodo comprendido entre la multa y el accidente de Hipólito. Aquello fue tan duro que le hizo plantearse cosas. Casi le afectó más que la muerte de Abel porque, en su caso, ya eran conscientes de su larga y penosa enfermedad. Fue una muerte esperada y hasta, en cierta manera, liberadora del sufrimiento del pobre hombre, pero lo de Hipólito fue inesperado. Dolorosamente inesperado. Gozaba de una salud de hierro y de una memoria enciclopédica. Se veían a diario los tres: Manuel, Hipólito y ella. Era el más divertido, porque tenía que reconocer que Manuel y ella eran dos cascarrabias. Lo sabían y lo fomentaban. Pero Hipólito era simpático, educado y agradable, se reía de ellos, y con ellos, por esa manera de ser que tenían. Por eso fue tan dura su transformación física y mental. Hipólito no se merecía estar enfermo, o, al contrario, era el mundo el que se merecía que un hombre así estuviese en plenas facultades. A Merceditas, su enfermedad le hizo pensar que le importaban una puñeta las multas. Ella abría, aunque no se lo permitieran. Le sobraba competencia para sacar unas simples fotos de estudio y hacerlo le daba mucha vida. Porque nos creemos inmortales y un revés nos puede dejar al instante como un ser inútil y, encima, un ser que estorba y que cuesta dinero mantener. Así que decidió que ella abría su negocio, para su disfrute personal. Se resistía a ser una ameba sin nada que hacer todo el día más que esperar a morirse. Además, las cosas se estropean si no se usan. Aunque entraran pocos clientes, mejor eso que no utilizar los equipos.

El estudio era también el cuartel general de los cuatro amigos. Su lugar de encuentro cuando querían abordar temas que no se podían hablar en la cafetería del casino, ni en los locales de la rondalla, antes de que los expulsaran, claro está.

Ya nunca más tendrían esas reuniones. Sin Manuel y con Hipólito medio ido, ¿qué iba a hacer ella sino sacar fotos?

La campana sonó de nuevo.

Entró una mujer con su cachorro de *golden retriever* vistiendo una gabardina roja. Ella llevaba otra marrón. Dos días antes, habían

hecho una sesión de estudio. Los dos, la mujer y el perro, pero sin gabardinas.

—¡Buenos días!

—No abrió ayer. Vinimos dos veces y nos encontramos el estudio cerrado.

—Ayer tuve un entierro.

—Vaya. La gente ha perdido la cabeza con las fotos. ¿A quién se le ocurre sacar fotos de un entierro? Aunque también le digo que hace años la fotografía mortuoria era todo un género. Pero en aquel tiempo era otra cosa. Las familias no tenían retratos de sus hijos y parientes vivos, o muy pocas, y sacaban esas fotos tan siniestras de muertos. Pero, bueno, ¿qué le voy a contar yo a usted sobre eso? Si ya lo sabrá… De todos modos, no me parece normal hoy en día llevar una fotógrafa a un entierro.

Merceditas tenía por máxima no contestar ni dar explicaciones cuando el interlocutor tenía un nivel alto de estupidez. En ese caso, no merecía la pena perder el tiempo explicándole la muerte de Manuel a la mujer de la sesión del perro.

Buscó su carpetilla de fotos y se la dio.

—¡Han quedado fantásticas! ¡Fantásticas! Qué naturalidad tiene posando, ¡es que me lo como! —dijo besando repetidamente al cachorro que llevaba en brazos—. Muy buen trabajo. Y la recomendación de tamaño, perfecta.

La anciana se había guardado un as en la manga, que dejó para el final. Una foto extra de veinte por treinta centímetros enmarcada. Con el regalo consiguió el éxtasis de la propietaria del cánido.

—¿Cuánto es con esto nuevo?

—Lo acordado, 137 euros por el *book* de mascota. La foto enmarcada va de regalo. En efectivo, como le dije. No tengo buena cobertura con el TPV.

La fotografía de mascota en estudio era una nueva modalidad en auge, que años atrás casi no se estilaba. No era fácil, siempre resultaba más sencillo fotografiar animales en exteriores que en estudio. En interior estaban menos relajados, se movían y era

necesario reencuadrar continuamente. En eso no se diferenciaba mucho de la fotografía de bebés.

Se sintió satisfecha por la alegría de la clienta, tanto que, nada más abandonar el local, Merceditas comenzó a llorar. No era frecuente en ella, pero tampoco lo era perder amigos, y ya había perdido a dos en muy poco tiempo.

Se acurrucó en los sofás circulares de cuero rojo que conformaban la sala de espera. Ese lugar que hacía años se quedaba pequeño para atender a los clientes y en ese momento era inútil. Se metió allí, encogida sobre las piernas, y lloró. Porque llorar es bueno, aunque siempre nos lo hayan vendido como un signo de debilidad.

Lloraba de pena y de rabia. Lloraba por los recuerdos, por lo que había quedado por hacer, y lloraba por ira. Manuel no tenía que haberla dejado también. Su muerte la había enfadado de una manera irracional porque ella sabía que nadie elige cuándo morir, pero Manuel no debía haberse ido.

Nunca se imaginó la vejez tan sola. Siempre se visualizó en su estudio con un montón de nietos alrededor, ayudando a su hijo fotógrafo. Pero nada fue como ella dio por hecho. Nada. Carlos, en la vida mostró el más mínimo interés por la fotografía, a excepción de la venta del propio local, que nunca consiguió, y los nietos…, había una niña. Una nieta que solo pudo ver, escasamente, un par de años y que a saber dónde estaba en ese momento. Tampoco la extrañaba. La sangre se hace, por eso ella sentía lazos de sangre con sus amigos y no los sentía con su desconocida descendiente, que ni había criado ni había compartido casi vida con ella.

Tal vez era tarde, pero en ese momento entendía que se había pasado la vida trabajando tanto por sus metas que ni se planteó que no eran las de su hijo ni tampoco sus necesidades. A su hijo, lo había perdido por el camino mientras ella creía que le preparaba un buen futuro. Lo que no le enseñó fue a tener tiempo familiar, ni a esforzarse ni a cuidarla. Suplió con cosas materiales sus prisas y ausencias por el trabajo y así alimentó al monstruo que aprendió a devorar todo lo que ella le daba.

De alguna manera, Merceditas seguía culpándose solo a ella y esperando un cambio que nunca llegaría. Su hijo no la quería, no la cuidaba y no estaba, poco más había que decir.

La corona

La sorpresa de Nuria Valdepiedra había indignado a Elías. Era un cadáver que había dejado en el camino, y ya entonces sabía que quizá se la volvería a encontrar porque era una mujer de recursos. Sobre todo de apoyos. No era una jefa de producción más. Se la habían colocado en la serie de los *hackers* sin su beneplácito y había resultado ser una petarda insoportable, vaga y, sobre todo, mentirosa. Otras veces se había encontrado con ese tipo de gente que encubre su propia incompetencia con mentiras sobre los demás. Nuria fallaba continuamente y dispersaba culpas a su alrededor como si tuviese un gran ventilador. Elías la caló enseguida y tardó un poco más en reunir las pruebas que necesitaba sobre su incompetencia y sus mentiras. Cuando las tuvo, la echó a la calle y luego lo comunicó a sus superiores, los mismos que la habían enchufado, pero las pruebas eran tan evidentes que tuvieron que tragarse el despido.

Pero esa gente, la gente sin escrúpulos y con apoyos, flota. Flota y regresa. Lo único bueno era que ascendió tan rápido que ya tenían el mismo nivel, era directora de producción, por eso creyó que no volverían a trabajar juntos. Como mucho podía quitarle alguna serie, ya había sucedido. Jamás se imaginó que pudieran contratarla para supervisarlo. Seguro que estaría feliz, relamiéndose, imaginando cómo iba a vengarse de él y cómo iba a destrozarlo por completo. Esa era Nuria Valdepiedra, y él no le iba a dar el gusto de dejarle ejecutar su plan. No iba a consentir que lo supervisara porque era una trampa sin escapatoria.

Elías entró en la ira. La misma que masticaba Merceditas desde hacía años.

Una ira justa, absolutamente entendible y razonable. Porque Elías podía haberse callado hacía quince años y dejar que Nuria acabase su trabajo; solucionar sus marrones y no dar la nota despidiendo a la enchufada. Pero él era recto con sus obligaciones. Lo daba todo y lo exigía todo. No podía concebir tener en su equipo a una incompetente de tal calibre. Consideró solo un instante los pros y contras del despido. Todos los perjuicios serían contra él, si alguien se cabreaba por echar a su protegida, y todos los beneficios eran para la serie, que, día tras día, sufría los problemas creados por la jefa de producción. Y así, con su integridad por bandera, la echó. En ese momento, quince años después, entendía que debía haber sido más listo y menos recto. Pero ya daba igual. Todo eso era pasado y el presente era que tendría que renunciar a su trabajo.

Tal vez Roberto lo llamase ese mismo día para decírselo. Elías tenía claro que debía agilizar los asuntos pendientes en Ferrol y volver a Madrid. Tenía que ponerse en marcha, recabar toda la información posible sobre la bomba y la chica sin papeles para luego pasarle el asunto a las autoridades, pero mejor si antes hacía algunas indagaciones.

Volvió caminando por la calle de la Iglesia, pasó la concatedral y se encaminó hacia el lugar donde había dejado el primer día a Merceditas. Era un nombre inconfundible y se había fijado cuando el director de la rondalla Acordes de Ferrol mencionó a esa mujer como una expulsada junto a su padre. El día que la conoció en el cementerio había sido grosera hablando de él, por eso le sorprendió que tuviesen relación. No tenía otra pista de dónde tirar para localizar a su círculo cercano. A los de la rondalla no quería preguntarles nada.

Elías hizo un par de llamadas a los telefonillos del edificio en el que había visto entrar a Merceditas y, sin gran dificultad, le indicaron que podía estar en el estudio de fotografía porque vivía allí, en el bajo. Lo vio abierto y entró.

Una campanilla advirtió de su presencia. Observó a la anciana levantándose del sofá semicircular del fondo. Le pareció abatida. Merceditas se irguió torpemente, le incomodó recibir a alguien en ese preciso instante de debilidad, y se apresuró a secarse las lágrimas con la mano para que no la viesen llorar.

Enseguida identificó a Elías.

—*O fillo de Manuel*. ¿Qué haces aquí? —dijo a modo de saludo. Como la otra vez, sonó demasiado directa y poco cortés.

—Buenos días, Merceditas. Estaba intentando localizarla. Me gustaría hablar con usted, si puede dedicarme unos minutos.

—Tengo mucho que hacer.

Elías giró la cabeza y observó la tienda-estudio.

—¿Es usted fotógrafa?

—Sí.

—¡Vaya, qué maravilla!

—Si tú lo dices…

—Verá, yo quería hablar unos minutos con usted sobre mi padre… Creo que era compañera de rondalla, antes de que los expulsaran.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Han venido a verme los rondallistas.

—¿Han ido a verte? *Que fillos de puta!* No hagas caso de nada de lo que te cuenten. Nosotros le dimos muchos años de nuestra vida a esa rondalla que ahora se creen que es suya. Jamás se ha visto que una rondalla expulse a sus miembros, jamás.

—Dicen que estabais mayores…

—¿Pero qué nivel crees que tiene la rondalla Acordes de Ferrol? A ver si te han hecho creer que son la Real Filharmonía. ¿Qué es una rondalla? ¡Un entretenimiento! Tenemos un local social y la gente va a pasar el tiempo. Muchos ni siquiera van por tocar, es por no estar solos. Lo que te hayan contado es todo mentira. Nos han echado porque nosotros no comulgamos con ruedas de molino y nos quejábamos cuando algo no nos parecía bien.

—Bueno, la verdad es que no me han gustado mucho los miembros que han venido a verme, ni el director, Marcial.

—Yo fui la primera mujer rondallista de Ferrol. La primera. Si Marcial hubiera sido entonces el director, no habría admitido mujeres. Ahora no puede negarse porque los tiempos han cambiado y hay muchas más, que si no…

—Vinieron a verme al hotel y no fueron muy amables hablando de mi padre, ni de usted, la verdad. —Elías hizo una breve pausa esperando una reacción combativa de Merceditas, que no se produjo—. Mostraron cierto rencor hacia vosotros e incluso culparon a mi padre del robo…, hurto —se corrigió—, de un álbum de recortes muy valioso para ellos.

—Son unos gilipollas.

A Elías le hizo gracia la reacción de la anciana.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Tu padre no robó ese libro —explicó muy serena—, lo robé yo.

Le sorprendió una confesión tan fácil de conseguir.

—¡Ah, vaya! Si quiere, Merceditas, yo se lo puedo devolver. Les digo que lo he encontrado en la casa de mi padre, y solucionado. A él ya no le van a ir a reclamar nada y usted, de ese modo, quedaría libre de sus reproches.

—Lo tiene tu padre.

—¿Cómo?

—Yo lo robé y él lo guardó.

—¡Ay, Dios mío! ¿Pero por qué han hecho eso? Están muy cabreados con ese tema, hablan de denunciarlo a la policía.

—Porque son gilipollas. Tampoco te creas que es un libro de valor. Pero fue un escarmiento por lo que nos hicieron. No tenemos intención de devolverlo. Hipólito y yo no lo queremos devolver y tu padre tampoco quería, pero ya no puede hablar porque el muy cabrón se ha muerto.

—No se preocupe. Creo que no lo voy a encontrar… —Le guiñó un ojo como muestra de complicidad.

—*Iso paréceme ben!*

—¿Entonces usted no se llevaba mal con mi padre? El día del cementerio me pareció que no era de su agrado, me dijo que nunca

iría a su entierro. Y repitió que era un cabrón. Como ahora.

Merceditas se emocionó y sus ojos, pequeños y hundidos, se inundaron de lágrimas.

—Nunca pensé que se podía ir antes que yo.

—Nadie puede elegir cuándo se va.

Elías se sentó con ella en el sofá semicircular. Era muy moderno en su estilo *vintage*. Una de esas piezas de mobiliario capaces de estar de moda, pasar de moda y volver a estarlo. «Tal vez en eso consiste todo —pensaba Elías sentándose allí—, en aguantar los malos tiempos hasta que vuelve tu ciclo y otra vez estás de rabiosa actualidad».

—Me gusta este sofá —comentó por romper el momento—. Es un estudio muy bonito, la verdad. Tiene un toque *vintage* que resulta muy moderno. ¿Todas esas fotos de las paredes y las estanterías las ha sacado usted?

—Sí.

—¡Vaya! Un gran trabajo.

La mujer se calló. Era desconcertante verla tan afectada. No encajaba con la cara antipática y combativa que mostraba.

De repente, llenó los pulmones de aire. Suspiró, estiró el cuerpo encogido y pareció recomponerse instantáneamente.

—Bueno, ¿qué querías? ¿Para qué has venido?

Elías titubeó, tampoco sabía muy bien para qué estaba allí. Simplemente le pareció que podía ser una conexión con su padre, por remota que fuera. Porque Merceditas tenía razón, era una cabronada que se hubiera muerto y que no explicara lo de la bomba, ni lo de la rondalla ni lo de Ana. Parecía un extraño, y lo era. Tal vez la cabronada era haber llegado a tener esa distancia entre ambos, siendo padre e hijo. No había un culpable, los dos lo habían alimentado.

—Le va a extrañar, pero no sé mucho de mi padre. Bueno, sé muchas cosas de él, claro —se corrigió rápidamente—, pero otras, no. Es como si ahora hubiesen aparecido un montón de

cuestiones…, muchos temas que no hemos hablado. No sé muy bien en qué andaba mi padre.

—Tú has sido mal hijo, y él, mal padre. ¿Por qué me va a extrañar que no sepas de él? —El tacto no era una característica de Merceditas.

—En el entierro, bueno, mejor dicho, en el panteón…, ya sabe que no llegué a tiempo al entierro, había una corona de sus amigos. Ni siquiera sé quiénes eran. Nunca hablamos de ellos, no sé qué amistades tenía. De hecho, cuando vi a la rondalla en mi hotel, creí que podían ser ellos sus amigos. Ya veo que no.

—Yo envié esa corona.

—¿Usted? ¿Y quién más?

—Abel e Hipólito, los expulsados. Nosotros somos sus amigos.

—Me gustaría conocerlos también.

—Difícil.

—¿Difícil? ¿Difícil por qué?

—Abel está en Catabois desde hace dos años.

—¿Vive en la zona de Catabois?

—En el cementerio. Ha muerto. E Hipólito está medio demente en la Residencia Las Rosas.

—¡Vaya! —Elías sintió que aquel callejón en el que se había metido no tenía salida. Merceditas no parecía tener respuestas sobre su padre, aunque había mandado esa corona en nombre de todos. Eso agotaba la vía para resolver sus preguntas. Hizo un último intento—. ¿Usted lo conocía mucho?

—*O mellor, filliño,* es que recuperes tu vida. Ya está. Ya has venido, has cumplido y se ha acabado. Vuélvete a Madrid. Ni siquiera necesitas el piso. Ahí se queda, como tu padre: lo de Ferrol en Ferrol y lo de Madrid en Madrid. No revuelvas más, tú no tienes nada aquí.

—Merceditas, hay cosas que debo solucionar. Mi padre… me ha dejado algunos problemas. Él estaba preparando algo.

—No. No te ha dejado ningún problema. Él tenía sus cosas; si no te las ha contado, es porque eran suyas. Vuélvete a Madrid, *neno,*

hazme caso. Deja la casa como está. Igual que siempre. Olvídate de esto, como si no estuviese.

—Hay cosas graves. ¿Usted sabe algo de los planes que tenía mi padre? ¿Algo que él iba a hacer en breve? —No sabía muy bien cómo formular la pregunta sin mencionar la palabra «bomba».

—Tu padre estaba harto de muchas cosas, era muy vehemente cuando creía que tenía razón, un poco obsesivo, incluso.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas… como que nos echaran de la rondalla o que destruyeran todas sus obras. Él fue un gran arquitecto municipal. Entendía la ciudad al servicio de la gente. Hizo obras maravillosas que están sustituyendo de la manera más estúpida.

—¿Están demoliendo sus obras? Nunca me lo contó.

—Edificios, plazas, fuentes… Tu padre construyó buena parte de la ciudad. Y ya casi no queda nada. Pero no han cambiado las cosas para mejorarlas, las han cambiado por cambiar, para empeorarlas, para que no sirvan a los vecinos. Son tan ignorantes que lo viejo les parece peor, igual que pasa con las personas.

—No sabía que eso le afectaba tanto.

—No sé por qué no te lo ha contado, pero no tienes más que leer los periódicos. Se quejó, hizo entrevistas en el periódico, también en la radio local, escribió en cartas al director. Todo eso pasó cuando ya no quisieron escucharlo más en el Ayuntamiento. Primero le cerraron las puertas de la alcaldía, tenía vetada la entrada. Por eso intentó presionar con la prensa. Pero a los periodistas las cosas les importan dos días, y nada cambió.

—Nunca me dijo una palabra sobre todo eso.

—Yo qué sé… Llamáis tan poco los hijos, ¿para qué vamos a aburriros con nuestras tonterías? —Merceditas hizo una pausa—. Vuélvete a Madrid. Hazme caso. Tú ya eres de allí.

Elías no se atrevió a preguntar más. Pero le habría gustado saber si ella sabía algo de los explosivos del desván. Se calló y se despidió. Era suficiente información en un día. No quería agobiarla y que se cerrara en banda. Le pidió su teléfono con intención de verla en otra

ocasión para ganarse su confianza. Ella le dio una tarjeta del estudio, en la que le apuntó a mano su número de móvil. Tenía una letra de perfecta caligrafía, le recordó a la de su padre.

—Le doy también mi número, por si necesita usted algo. ¿Se lo apunto aquí?

—No. Yo ya tengo tu número. Me lo dio tu padre por si un día le pasaba algo y tenía que avisarte.

Elías se sintió mal. La misma sensación que cuando Irene le dijo algo parecido. Había estado muy ausente, sí. No se había ocupado de su vejez.

—¿Y usted tiene hijos?

—Uno como tú.

—¿Como yo? —repitió Elías—. ¿De mi edad?

—Uno que vive fuera y viene poco, quiero decir. El mío es mayor que tú.

Salió del estudio fotográfico preguntándose cómo habrían cambiado las cosas si hubiese hablado más con su padre, si hubiera sabido de sus inquietudes, sus desvelos. Realmente, le costaba imaginarse a ambos hablando de asuntos personales o de emociones. Su relación era práctica: «¿Cómo estás?», «¿tienes trabajo?», «¿la salud, qué tal?».

Tal vez nada habría cambiado si aún hubiese estado vivo, la vida nos devora. Era posible que, aunque intentase prestarle más atención, él volviera a centrarse en su trabajo, y no lo hiciese. Esa era la realidad sin tapujos. Seguramente, siempre sería así su relación, para qué mentirse.

Planes

La casa de los Collazo era demasiado grande para limpiarla en tres horas, ni siquiera con tres horas todos los días se habría podido, así que mucho menos con tres horas en días alternos. Ellos tampoco lo exigían. Su intención, al contratar a una limpiadora, era aliviar el trabajo que ocasionaban los dos niños pequeños, y eso le pedían, no estaban para más gasto. Acordaron tareas concretas: plancha los lunes y viernes, suelos y baños los miércoles, y el tiempo que quedaba, cualquier faena de limpieza en la cocina. Era gente joven y amable, igual que Ana. Se entendían bien.

Las tardes las ocupaba en el cuidado del señor Román. Un anciano muy enfermo, a cargo de su hija. Ella le dedicaba las mañanas y las noches, mientras que las tardes eran de Ana. Claramente, la salud del padre estaba engullendo la de su hija, cada vez más demacrada. Cuando acordó la ayuda de Ana, le dijo que era «muy temporal» porque al anciano no le quedaba mucho de vida. Sin embargo, un año después, seguía respirando, aunque ayudado en ocasiones por un respirador. Él se mantenía, y su hija caía en picado en salud y aspecto, casi parecía que uno se nutría de la otra. A veces Ana se preguntaba cuál de los dos aguantaría más.

Otros días, los alternos de los Collazo, planchaba por horas, y si un fin de semana le salía una limpieza extra por mudanza, o en un comercio, lo que fuera, ella iba siempre. Ni siquiera se anunciaba, funcionaba el boca a boca, y el pago en negro.

Con todo el puzle de casas y horas, Ana conseguía ingresar al mes unos novecientos cincuenta euros, a veces algo más, a veces algo menos. Lo de Manuel era remuneración en especie: ella

limpiaba, compraba, cocinaba y podía organizarse a la hora que quisiera; a cambio, no pagaba casa ni comida. El trato era muy bueno, y le ayudaba a ahorrar para enviar parte del dinero a su familia, más allá del océano. Ellos eran lo único que le importaba en la vida, la razón de todo.

La vivienda de los Collazo aprovechaba la galería trasera para zona de lavandería. Allí estaban la tabla y la plancha, la secadora y los tendales, aunque la lavadora la habían instalado en el baño. Había buena luz para planchar, pero en verano la cristalera hacía efecto lupa y daba demasiado calor, y en invierno, demasiado frío y humedad. Por eso muchas veces se llevaba la tabla al interior, donde estaba la cocina. Aun estando allí, un poco retirada, pudo oír una lluvia de pequeñas piedrecitas, que cayó sobre la cristalera, proveniente del patio.

Solo una persona acostumbraba a llamar de esa manera.

Ana se asomó a la ventana del primero y vio a Merceditas en el patio preparada para efectuar un segundo lanzamiento de chinas, por si no había oído el primero.

—Señora Merceditas, por Dios, llame al timbre, que un día va a romper un cristal.

—No se rompe con chinitas, y para timbrar tengo que salir a la calle.

—Tarda lo mismo que en salir al patio.

—Bueno, da igual. Tengo que hablar contigo, cierro el estudio y subo —anunció la anciana sin dar lugar a réplica porque directamente entró en su negocio mientras Ana aún seguía asomada a la ventana.

Merceditas apagó las luces, bajó la reja, salió a la calle y, aunque tenía llaves del portal, llamó al 1.º C de su mismo edificio. Ana le abrió desde dentro.

—Bendiciones, señora Merceditas —la saludó cuando llegó arriba.

—Tú siempre con tus bendiciones y tus santos. ¿Puedo pasar? —comentó entrando.

—No hay nadie, pase.

Se dieron dos besos y Ana le preguntó si había desayunado, porque sabía que, en ocasiones, la anciana se saltaba comidas. Unas veces, por falta de apetito, y otras, por aburrimiento; lo cierto era que la vida de Merceditas resultaba desordenada en horarios y estaba muy flaca.

La chica la llevó hasta la cocina, donde había dejado la plancha enchufada.

Allí se sentaron.

—Ya iba a ir a visitarla para contarle… Vino hoy y me vio.

—Estupendo. A mí ha venido a verme hace nada. Está claro que ya ha empezado a pesarle todo, se hace preguntas, y me ha contado que su padre ha hecho cosas graves. Va todo según lo previsto. ¿Cómo ha sido vuestro encuentro?

—Bien, estaba en pijama. Se sorprendió muchísimo al encontrarme desayunando. Me dijo que saldaría la deuda del mes, pero que tenía que irme, y le expliqué que no tengo papeles ni adónde ir. Se lo veía aturdido, no se lo esperaba, claro. Parece que se había citado allí con su primo el policía nacional, pero, cuando le conté todo, decidió bajar con él y no lo dejó subir. No tuvimos ocasión de hablar más, le di mi número.

—No ha dejado subir a Antón, eso está bien. Este chaval no quiere líos. Tiene su vida montada lejos de aquí, una buena vida, y esto es un problema que está deseando resolver. Eso es lo que tenemos que conseguir, que vuelva a Madrid, a su vida.

—Hace un rato me envió un mensaje. Me dijo que tengo un mes para desalojar la casa.

—Se irá él antes. Ya lo verás. Estate tranquila.

Ana apuró a la anciana a terminar la conversación e irse, aunque era muy difícil que los propietarios llegaran a esa hora, pero la ponía nerviosa que encontraran a otra persona en su piso. Merceditas no entendía de prisas, y muy poco de miedos, tal vez porque ya los había sufrido todos y porque, una vez que te rompes, te haces indestructible. Aunque tenía en su hijo su talón de Aquiles.

—¿No me haces una manzanilla?

—Ahora no puedo, acabo de planchar esa bañera de ropa y me voy.

—¿Y dónde comes?

—En el parque, o de camino, me he hecho un bocadillo.

—Después me riñes a mí, tú sí que estás flaca.

—Tiene que irse, que yo debo terminar y aún tengo mucha faena.

—Siempre con prisas. Bueno, ya hablaremos.

Merceditas se levantó con esfuerzo y se dirigió a la puerta, allí la besó de nuevo.

—Todo va a ir bien. Estate tranquila, niña.

—Dios la bendiga, Merceditas.

La vieja se fue refunfuñando por las escaleras, sin usar de nuevo el ascensor.

—Bendiciones, bendiciones, de poco te han valido las bendiciones, pero si a ti te sirve…, pues nada, rézale a eso tuyo, que no recuerdo cómo se llama.

—Se llama Iglesia Evangélica, señora Merceditas, y es como la suya. No es tan distinta —le contestó desde la puerta.

—¡Bah, bah, bah! ¡Inventos!

Ana cerró la puerta con una sonrisa en los labios.

Terminó sus tareas en la casa y comió el bocadillo mientras caminaba por la calle hacia la casa de Román y de su hija, Clara.

Desde esa mañana tenía un nudo de nervios en el estómago. Disimuló ante la pobre de Merceditas, pero se sentía destrozada. La muerte de Manuel la dejaba de nuevo a la deriva. En el mismo instante en que supo de su ingreso hospitalario tuvo la premonición de que no volvería, y se cumplió. Fue una suerte que su nuera se quedara en un hotel y ella pudiera continuar en la casa. A duras penas consiguió no cruzársela en las escaleras el día que fue al piso a buscar ropa para llevarle al hospital. El miedo, ese terrible y atroz miedo, que sintió tantas veces en su vida volvía a acosarla. Si perdía su cobijo, quedaba de nuevo expuesta a todo lo que había conseguido apartar de su vida, que no vencer. Porque hay peligros que no se vencen nunca, ella lo sabía. Convivía con el miedo, los

miedos, y los meses en la casa de Manuel no le habían hecho bajar la guardia. Ella siempre estaba alerta.

El nudo del estómago le impidió terminarse el bocadillo, así que lo envolvió de nuevo y lo guardó en la bolsa para más tarde. Merceditas tenía razón, estaba flaca. Demasiado flaca, pero estaba viva.

Tendría que irse del piso. Buscaría más trabajo por horas y alguna habitación compartida. No era fácil conseguirla en su situación sin papeles y tampoco tenía amistades a quien preguntar, se cuidaba de la gente. Ella solo trabajaba, enviaba dinero y soñaba con volver. Pero tal vez si se acercaba a algún centro evangelista podían ayudarla sin preguntas. Solo necesitaba una habitación en un lugar seguro.

Comenzaron a caer unas gotas de lluvia y apresuró el paso.

Faltaba todavía media hora para entrar en su segundo trabajo, pero le daba igual llegar antes.

Clara nunca le había dado llaves. Acostumbraba a abrirle. Intercambiaban unas palabras sobre el estado de salud de su padre, y salía a trabajar al comercio que regentaba; luego, volvía para hacer el mismo intercambio de información a la inversa y Ana se iba. En una ocasión, Clara cerró la puerta con llave al salir. Fue un acto reflejo, sin duda sin mala intención, pero Ana entró en un creciente ataque de angustia sabiéndose encerrada. Las cinco horas de ausencia se le hicieron eternas y cuando la hija volvió, nada más abrir la puerta, Ana salió inmediatamente al rellano, con la respiración agitada, la miró y, a riesgo de perder su empleo, le gritó que jamás volviera a dejarla encerrada. Nunca se repitió, pero Ana siguió sin llave.

Por eso cada día timbraba.

Tardó un poco más de lo habitual en abrirle. Cuando llegó arriba, la puerta estaba entornada y nadie esperaba. Le extrañó. Entró con cautela y presa de uno de sus pálpitos.

Un ruido extraño procedía del baño, avanzó hacia él y lo identificó: eran vómitos. Regresó sobre sus pasos, cerró la puerta de

la entrada y se apresuró a llegar al baño llamando a Clara, pidió permiso y entró sin esperar contestación. La mujer se deshacía en vómitos en la bañera. Intentó hablar:

—Mi padre… —dijo señalando su cuarto.

Ana corrió a la habitación y allí se encontró al anciano, como cada día, en la cama con su respirador puesto, pero esa vez tenía los ojos abiertos mirando al techo. Se acercó, le retiró la mascarilla de la BiPAP. Primero retiró la goma de la frente y luego lo movió para apartar la inferior de la mandíbula. No pestañeó. Seguía oyendo las náuseas de Clara en el baño. La situación la agobió, le costaba respirar; eran habituales en ella los ataques de ansiedad, que cada vez controlaba mejor.

—¿Señor Román? —pronunció bajito—. No se me vaya a morir ahora, señor Román.

Buscó el pulso en su cuello mientras, en la puerta, aparecía Clara con una toalla en la mano y visiblemente histérica.

—Llamamos a una ambulancia, ¿no? —se desesperó.

La chica no encontraba el pulso, lo buscó también en su mano huesuda. Nada.

—¡Ana, dime algo! —le gritó.

Dejó con delicadeza la mano otra vez reposando sobre la cama.

—Está muerto, Dios lo tenga en su gloria.

Clara la miró callada.

Se sentó en el sofá de piel al pie de su cama.

—Desconecta la BiPAP, haz el favor —le pidió muy bajito—. Voy a hacer unas llamadas: a una ambulancia, a la familia… —Se dirigió a su padre—. Sabía que esto iba a pasar, papá…, y mira —comenzó a llorar—, no estaba lista.

Ana ayudó cuando llegaron los médicos, también con la funeraria, con los primeros familiares, hizo café para todos y luego, discretamente, se fue sin despedirse. Sabía ser invisible.

También sabía bien que los males vienen siempre juntos, y que quienes nacieron pobres no levantan cabeza fácilmente. No por ello dolía menos. Otra vez sin trabajo, otra vez sin casa, otra vez a

disimular con la familia y conseguir, como fuese, enviar dinero para su madre y su hija. Ángela ya tenía diecisiete, era tan lista que ella quería que estudiara. A su edad, Ana ya estaba casada y había parido. No escuchó a su madre, que siempre quiso impedirlo. Pero su hija sí la escuchaba. Era buena y estudiosa, solo necesitaba unos pocos años más de empujón y volaría sola, capacitada para tener un trabajo digno. «Todos lo son», decía a menudo el pastor en la iglesia. Pero no, Ana había aprendido que no todos los trabajos son dignos, ni lo son quienes los ofrecen.

Ella rezaría para conseguir otro pronto.

El placer y la rabia

Irene y Elías entraron en la habitación del hotel apresurados. Tras la puerta comenzaron a besarse y, enseguida, la blusa que ella llevaba cayó al suelo, dejando a la vista un elegante sujetador azul con transparencias, que Elías también besó y luego apartó para dedicarse a sus pezones. Un rato antes, ella lo había llamado en respuesta a su mensaje, y se habían citado en una cafetería con la absurda excusa de hablar sobre el ascensor. Más absurdo aún cuando ya le había confirmado el primer día que daba su autorización. Lo que él pretendía, en realidad, era conseguir información sobre su padre y sobre Ana. Desconocía tantas cosas que le resultaba bochornoso preguntarlo todo. Era vergonzoso para cualquier hijo tener tantas preguntas sobre su padre, pero necesitaba respuestas.

De alguna manera, ambos sabían que les apetecía verse de nuevo. Lo sabían desde su breve conversación en el piso de ella, con los tacones de aguja en el parqué y los ojos de él examinándola con el mismo interés que el mostrado por la decoración.

No hablaron ni una palabra acerca del ascensor y, sobre Manuel, enseguida quedó claro que la relación se había deteriorado a raíz de su cabezonería para no instalarlo, agravada por la usurpación de la zona común para ampliar su trastero. Según Irene, con premeditación y alevosía, porque ella le había contado los planes vacacionales de la familia y, al volver, se encontraron con que había aprovechado la ausencia para acometer la obra. A Elías todo le sonó creíble. Sin duda, su padre era así.

La conversación derivó en su ausencia de la vida familiar, y su ausencia los llevó al motivo, los rodajes. Irene se interesó por conocer su trabajo. Él sabía que su profesión siempre causaba curiosidad y le gustaba hablar sobre el tema. Poco a poco, quedaron atrás las intenciones primeras de ambos y continuaron hablando de otros asuntos.

Irene manejaba bien el terreno con los hombres. Elías se dio cuenta enseguida, y le gustó. Se mostró segura y directa. La conversación fluyó del trabajo a otros temas personales, y ambos se sintieron a gusto iniciando esos caminos.

Una pregunta de ella puso definitivamente las cartas sobre la mesa.

—Tu hotel está cerca, ¿verdad?

—Muy cerca —admitió él.

—¿Quieres que vayamos?

—Me encantaría.

A Elías la vecina le había parecido atractiva desde el primer momento, pese a su torpe y poco delicada irrupción en el piso de su padre aquel primer día. Pero, incluso esa primera vez, se había fijado en detalle en ella. Y a Irene, Elías le pareció un desafío para llevárselo a la cama.

Antes de llegar al hotel intercambiaron algunos besos y lametazos, en la cafetería, en la calle, e incluso esperando el ascensor, que los hizo reír cuando Elías le explicó su curiosidad sobre la quinta planta. Se habían contenido en público, pero ambos sabían que la explosión llegaría nada más cerrar la puerta.

Tras caer la blusa de Irene, en la entrada de la habitación, ella le quitó el jersey y comenzó a descender por su cuerpo; más abajo, le desabotonó el pantalón vaquero y, después, hizo caer su calzoncillo para liberarle el pene.

Desde esa postura, casi arrodillada, le miró la cara y le sonrió.

—Vaya, muy interesante —comentó con una sonrisa roja.

A Elías le resultaba de lo más excitante verla en esa posición con sus labios rojos, que enseguida advirtió que eran permanentes.

Llevaba las uñas del mismo color. Jugueteaba con su miembro. Así se entretuvo un tiempo y, después, se lo introdujo en la boca.

La vecina era sorprendente.

Tras un buen rato lamiéndolo y metiéndoselo a fondo en la boca, subió de nuevo por su cuerpo y lo besó. Su lengua sabía a él.

Él la giró delante de la cama, frente al armario con puerta de espejo, y allí la penetró, sin perder de vista el reflejo de sus pechos moviéndose al ritmo de los empujones, y su boca gimiendo. Ella tuvo allí mismo un primer orgasmo de aquel polvo inesperado que se alargó por un buen rato de placer, pasión y gemidos.

Antes de entrar en la ducha, Irene rebuscó en el bolso una goma del pelo para recogérselo. Al incorporarse, Elías pudo verla con detenimiento. Estaba empapada de semen por el vientre y los pechos. Era una mujer bella, se movía por la habitación con toda seguridad, recogiendo su ropa, camino del baño, pese a saberse observada por él desde la cama. El tiempo en el que ocultaba sus imperfecciones a los amantes había quedado muchos años atrás. Ahora le daba igual, y con esa actitud las imperfecciones habían volado.

Se metió en la ducha. Por un momento, Elías estuvo a punto de entrar con ella, pero prefirió dejarle intimidad y esperar su turno.

Tardó un buen rato y cuando salió estaba de nuevo vestida y maquillada, mientras que él seguía exactamente igual.

—Hace unos días conocí a tu marido —comentó Elías remoloneando entre las sábanas, todavía desnudo.

Irene se sentó al borde de la cama y lo besó.

—Ah, ¿sí? ¿Y te ha caído bien? —respondió provocadora.

—Me da igual que tengas marido, como puedes comprobar. Eso es cosa tuya. Yo no estoy casado con él.

—Yo tampoco.

—¿Y eso? Ah, vale. Que no tenéis papeles…

—No. Estamos divorciados legalmente, pero compartimos el piso… Bueno, vivimos bastante tiempo juntos con las niñas, sin relación de pareja, pero ejerciendo de padres.

—¿Y por qué se presentó como tu marido?

Irene se rio.

—Porque le hace gracia decirle eso a mis ligues. Tenemos muy buena relación, y completamente libre. Es una broma suya.

Elías estaba sintiendo una nueva erección. Lo había excitado saber que Irene lo había visto como un ligue desde el primer momento. Dudó si volver a follar, pero luego pensó que mejor dejar el listón bien alto.

—Aún no era tu ligue cuando lo conocí a él. Tú y yo solo nos habíamos visto una vez.

—Y ahora dos —contestó mientras separaba la sábana, dejando a la vista su pene con una nueva erección, que ella había intuido a través de la tela—. Me conoce y sabía que podías ser mi tipo.

Él se tapó de nuevo mientras siguió hablando.

—Pues sí, parece que te conoce bien.

Se puso en pie, la erección comenzaba a bajar, y se encaminó a la ducha.

—¿Me esperas o te vas? Ya es hora de comer.

—Voy a pasarme por la residencia, comeré allí.

—¿La residencia?

—Tengo una residencia de mayores. Tres, en realidad, en las otras como socia minoritaria. Soy empresaria. Ya ves…, un trabajo mucho más normal que el tuyo.

—Sí, el mío es bastante anormal. —Se rio—. Pues qué pena no conocerte antes. Mi padre habría estado mejor en una residencia, si no hubiese sido tan cabezón…

—Ah, eso me recuerda… ¿Te parece que ponga a andar el tema del ascensor? Tengo varios presupuestos, pero no son actuales. Tendré que pedir unos nuevos, esos ya no estarán en vigor.

Elías fue hacia el baño, pero se quedó en la puerta hablando.

—Vale, me parece bien. Oye, ¿y quién vive en el primero? Había una familia, los Gándara. Hace mil años que no sé de ellos.

—Lo arreglaron y lo vendieron, viven en Santiago desde hace muchísimo tiempo.

—¿Hay nuevo vecino? ¿Otra vecina?

—Es de mi exmarido, pero no se usa.

—Ah, vaya. De tu exmarido, o sea que si yo te vendo el piso tendréis todo el edificio… —Rio de nuevo—. Creo que eso va a encarecer el precio.

—El edificio sería para las niñas en un futuro, sí. Es un buen plan, vivir sin vecinos.

—Bueno, yo no tengo mala experiencia con las vecinas —dijo con sorna—. Por cierto, ¿tú has visto a la chica que cuida a mi padre? ¿Sabes que vive allí?

—Sí, es muy discreta y poco habladora. No está mucho tiempo en casa, la verdad, tiene otros trabajos. Siempre me pregunté cuándo lo cuidaba. Las chicas internas suelen ser eso, internas, pero ella tiene más trabajos. Tal vez a tu padre le gustaba esa chica, porque no tiene mucha explicación.

—Eso es imposible, no era su estilo. Era un tipo viudo de los pies a la cabeza. Pero, bueno, te agradezco la información. Parece que tenían un acuerdo. A él tampoco le agradaba tener a nadie en casa, ni siquiera unas horas, imagínate día y noche. Es que no me encaja que haya metido a una persona interna, él era muy solitario e independiente, pero la realidad es que allí está. Pero, bueno, ahora tiene que abandonar el piso, claro.

—Normal.

—Yo ni siquiera sabía de su existencia, me he llevado un buen susto cuando me la he encontrado dentro. De hecho, no sabía si creerme que cuidaba de mi padre.

—No debería seguir ahí, tú podrías desconfiar de ella. Podría llevarse cosas, o dinero, los mayores suelen tener un fondo de efectivo en casa. Ya sabes, para imprevistos.

—Pues, la verdad, no tengo ni idea de si mi padre tiene dinero en casa.

—Parece que hay muchas cosas que no sabes de tu padre —dijo ella con voz tierna.

—Ni te lo imaginas.

Irene se le acercó y lo besó, pero esa vez en la mejilla.

—Ya me voy.

Se fue hacia la entrada sin esperar respuesta, allí recogió el bolso.

—¡Chao! —dijo él, y se metió en la ducha mientras oía a Irene cerrar la puerta.

Giró el mando y el agua salió ardiendo porque ella acababa de utilizarlo. Con lo que tardaba siempre en calentar, le resultó curioso y se rio después de gritar al sentir la quemazón.

Empleó un instante en lograr la mezcla exacta de temperatura. No trabajar le permitía esos pequeños placeres, como perder el tiempo en disfrutar de una ducha perfecta. Luego, encajó la alcachofa en su anclaje más alto y se situó debajo, dejando caer el agua desde el pelo hasta los pies. Estaba realmente a gusto cuando el teléfono de la habitación comenzó a sonar.

Se imaginó que a Irene se le había olvidado algo. Aunque enseguida le extrañó que llamara desde recepción, en vez de al móvil, o simplemente podía mandarle un mensaje. El sonido seguía, estridente y repetitivo, hasta la saciedad. Se envolvió en la toalla y salió con malos modos de la ducha para cogerlo.

—¡Diga! —inquirió notablemente enfadado—. ¡¿Qué?!

—Señor Riande —sonó una voz achicada por su evidente malhumor—, disculpe que le moleste, es que están aquí dos miembros de la rondalla Acordes de Ferrol y han sido muy insistentes en que lo llamara.

—Dígales usted, por favor, a los dos miembros de la rondalla Acordes de Ferrol que he resbalado en la ducha y me he muerto.

Al otro lado del teléfono se hizo un tenso silencio. No oyó al recepcionista repetir su mensaje.

—Entiendo su enfado, señor, disculpe. ¿Les digo que no puede usted recibirlos en este momento?

—¡Pero cómo no va a poder! —se oyó a un rondallista.

Elías suspiró y con su suspiro se disipó la maravillosa ducha pospolvo que tanto estaba disfrutando.

—Dígales que bajo en diez minutos.

En menos de ese tiempo estaba en el Sport Bar con cara de muy pocos amigos.

Ninguno de los anunciados rondallistas era el director, pero recordaba sus caras de la vez anterior. En concreto, a uno de ellos, que había sido el más desagradable en sus comentarios.

—¡Boas! Son Serafín e este é Luciano, da rondalla…

—Sí, Acordes de Ferrol, os recuerdo.

—No hemos tenido noticias tuyas sobre el libro de recortes, y hemos venido a saber si ya lo has encontrado —comentó el otro.

—No, señores, no lo he encontrado. Y si me disculpan, es hora de comer, tengo que irme.

Elías hizo gesto de irse y Serafín lo sujetó, violentamente, por un brazo.

—Mira, tú serás muy importante con las películas y todo eso. Pero, para nosotros, ese libro es nuestro tesoro. Así que no sé si lo has buscado o si es que te parece que no vale la pena gastar tu valioso tiempo en eso. Incluso, puede que lo hayas encontrado y no nos lo quieras dar, porque te hemos visto con Merceditas, esa hija de la gran puta que sublevó a todos. Si tú no lo quieres hacer, dile a la criada que tienes en el piso que lo busque. Te damos dos días para entregarlo y no se te ocurra volver a hablar con el policía nacional.

—¿Pero me estáis siguiendo? —Elías estaba absolutamente cabreado—. ¿Qué clase de panda de tarados sois?

—Tienes dos días —repitió Serafín, marcando la cifra con los dedos de la mano.

—No me intimidan vuestras amenazas —dijo sin elevar la voz—. Veréis, no he buscado el libro porque, como has dicho, tengo otras cosas más interesantes de las que ocuparme. Pero si vuelvo a veros

siguiéndome, a vosotros dos o a cualquiera de vuestros amigos, podéis estar muy seguros de que primero meto el libro en una trituradora y, después, voy a denunciaros a la policía. ¡No volváis a seguirme jamás!

—Solo queremos el libro. Si nos lo das, no habrá problemas.

—Si hay problemas, os va a costar mucho pegar los trocitos. ¡Acordaos de eso!

Elías se fue realmente enojado, furioso, dejando atrás, con desprecio, a los rondallistas.

Hacía días que su mundo no tenía control, que todo funcionaba de una manera perversa. Se sentía un autómata en su propia vida, sin capacidad de reacción. Tenía claro que ya había llegado al límite. Quería trazar ese límite.

Al cruzar el umbral de la puerta del hotel, hablo en alto, como tantas veces.

—¡Ay, papá! A saber lo que te habrán dicho a ti estos energúmenos. ¿Cómo no me lo habías contado? Te habría ayudado, ¡coño! ¡Menudos fanfarrones! Esto se acabó, papá. Voy a ordenar de nuevo mi vida, y de paso la tuya.

Volver al desván

La casa de la abuela tenía dos tramos de escaleras con el mismo número de peldaños, separados por un descansillo. Uno era de terrazo, frío como un demonio al pisar descalzos, el otro, de madera, más cálido, pero ese crujía al pisar. La abuela, que veía fatal, pero oía muy bien, lo utilizaba como detector cuando alguno de sus nietos adolescentes incumplía la hora de regreso a casa. Y nunca fallaba.

Antón y Elías aprendieron a subirlas con la punta de los pies y aplicando el peso del cuerpo lo más pegado posible a la inserción de la escalera con la pared. Habían comprobado que era la zona más reforzada y que menos crujía. Así conseguían, algunos días, que no todos, burlar el sueño ligero de la abuela.

Elías subió hasta el tercero de su padre con naturalidad. Era posible que Irene hubiese regresado a casa, o que su marido estuviese allí. No se detuvo en su piso. Continuó el último tramo de escaleras hasta los trasteros. Ese último tramo era de escaleras de madera, como las de la abuela, y ahí puso en práctica sus conocimientos para evitar los crujidos. Sintió la misma ansiedad en el pecho que de adolescente. Así, alcanzó su meta, bordeando el ridículo, pisando con la punta de los pies.

Una vez arriba, rebuscó en el bolsillo interior de su cazadora y sacó unos guantes de goma de dos colores: rosa y amarillo. Era lo que pudo encontrar en el supermercado de barrio. Extraconfort e impermeables. Ni siquiera había mirado la talla, le iban bien de casualidad porque tenía las manos pequeñas. Cuando abrió la puerta, con aquella sencilla llave, pensó que tanto él como su padre

eran ejemplo de cómo la misma persona podía ser, a un tiempo, rigurosamente formal y lamentablemente estúpida.

Buscó la llave de la luz a oscuras, entró y cerró.

Los escasos vatios que su padre gastaba en dos bombillas de techo iluminaron la estancia con algún sombreado. Suspiró. Todo estaba como lo había dejado. La estantería con libros y cachivaches, bultos varios distribuidos por las esquinas, algunos muebles viejos pequeños… Lo normal en un trastero. Y, presidiéndolo todo, la mesa, que descansaba en caballetes de madera, con la sábana que cubría el artefacto y los papeles.

Antes de descubrirlo, para examinarlo con más detalle, se acercó a las cajas de explosivos que recordaba tras la mesa. La primera vez que las vio no reparó en que eran cajas de leche. Dos cajas de cartón reutilizadas en las que se leía «Leite UHT Meio Gordo Pingo Doce Biológico». Tenían las solapas abiertas, dejando a la vista los explosivos. Los miró de cerca, pero sin manipularlos. Era una cantidad considerable. Si la caja estuvo llena alguna vez, faltaban unos pocos de cada una. En la segunda había un celofán verde fosforito advirtiendo en varios idiomas que era material explosivo y que se mantuviese lejos del fuego. «Goma-2», eso decía. Elías no daba crédito, inmediatamente recordó tantas noticias en su juventud sobre robos y atentados con Goma-2. Le parecía imposible encontrarse con algo así, y que su padre estuviese involucrado. Se sorprendió de nuevo por la normalidad reinante, nada estaba oculto, todo a la vista, como si no manipulara algo ilegal. Por no hablar de la puerta de los trasteros, que se podía abrir sin dificultad con una horquilla o simplemente de una patada. Descubrir que habían metido los explosivos en cajas de supermercado solo acrecentaba el disparate que tenía ante sus ojos.

Arrodillado junto a los explosivos, volvió a mirar la mesa, y de nuevo habló en alto.

—Seguro, papá, que esa sábana era solo para evitar el polvo, no para ocultar la bomba. ¿Para qué la ibas a ocultar? La verdad, si aquí

podría entrar cualquiera. Los de la rondalla buscando el libro, sin ir más lejos.

Cogió unos cartuchos en la mano. Eran cilíndricos, grandes, casi del tamaño de una botella pequeña de agua. Se los imaginaba un poco más chicos por su recuerdo de las imágenes de incautaciones en la tele.

No creía que su padre solo pudiera haber conseguido todo aquel material que necesariamente era de origen ilegal. Las leyes que protegían los explosivos eran extremadamente rigurosas en España, algo absolutamente normal en un país que sufrió cuarenta años de terrorismo.

Elías también lo sabía por los rodajes. Cada vez que había armas o explosiones en una serie, los permisos y la burocracia se multiplicaban hasta el hartazgo. No podían utilizar armas reales y, aun así, necesitaban licencia y contratar a un maestro armero que las custodiase. La pólvora no podía ser de origen armamentístico, y para cualquier escena que se montara con explosiones tenían que solicitar permiso en la Subdelegación del Gobierno, indicar dónde se usarían, enviar sus licencias, que ellos las reenviaban a Intervención de Armas y Explosivos de la Comandancia de la Guardia Civil para su control y, después de todo eso, y de rezar tres padrenuestros y desquiciar a un par de productores del equipo, conseguirían el permiso, y aún les quedaba acotar la zona de rodaje para no crear el pánico en la población.

—Pero tú, papá, vas y consigues explosivos, a saber dónde y de qué manera, y te montas una bomba, sin que nadie se entere. Un viejo de ochenta y dos años, haciéndose con explosivos, transportándolos y subiéndolos a un piso céntrico de Ferrol. Impresionante, papá. ¡Es impresionante!

No tenía dudas, a esas alturas, de que había tenido ayuda. Y más de una persona. ¿Cómo iba a subir él aquellas cajas hasta el tercero sin ascensor? Era imposible.

De lo que sí lo creía capaz era de montar la bomba. Siempre había sido un tipo inteligente y manitas. Las obras eran su medio

natural, y estaba seguro de que, si no conocía el manejo de explosivos, tendría los medios para informarse de cómo se realizaba una voladura.

Se incorporó, desde su posición en cuclillas, porque ya se le dormían las piernas. No sin antes bajar las solapas de las dos cajas. Luego, buscó por las estanterías cinta de carrocero, que encontró sin dificultad. No fue fácil sellarlas con unos guantes tan toscos porque se le pegaba la cinta por todas partes, pero al final consiguió hacerlo.

—En habilidad manual no salí a ti, papá —se rio en soledad.

Se sintió satisfecho con las cajas cerradas, una cosa era no protegerlas, y otra, dejarlas a la vista de cualquiera. Estaban mejor así.

Se dirigió a la mesa y levantó la sábana.

Después de un rato de estornudos por el polvo que se esparció por todas partes al mover la tela, se dispuso a revisar todo con cautela.

Del artefacto en sí no tenía ni idea, al principio se limitó a fijarse en todo aquel cableado a cada cartucho, e incluso llegó a admirar la maña de su padre, pero, según comprendía que estaba listo para detonar, su sangre se fue helando y la admiración se transformó en miedo.

Había una cantidad considerable de cartuchos sobre la mesa. Los contó, eran cien, cada uno de doscientos gramos, es decir, estaba delante de veinte kilos de dinamita, Goma-2. A simple vista, y sin entender del tema, su capacidad de destrucción no parecía algo menor. En cada cartucho había colocado un detonador con retardo y un cable largo. Había también una batería y un temporizador con un reloj y teclas con números.

Era una bomba en toda regla.

A Elías le faltaba el aire, como la primera vez.

Poco más podía saber del artefacto. Así que dedicó su tiempo a indagar en los montones de hojas impresas y en las libretas manuscritas. Allí seguro que había detallada información.

El viejo tenía una caligrafía perfecta y ordenada. Ojeando las libretas, le pareció que eran simples apuntes que resumían todo aquel otro montón de folios que sin duda había descargado de internet. Había cuentas y estimaciones de las cantidades necesarias para alcanzar su fin. En realidad no era lo que se había imaginado, esperaba algo como un manual: «Construya usted mismo una bomba casera en su trastero». Lo que tenía ante sus ojos no esclarecía de dónde provenía nada. No pasaban de ser apuntes sueltos, pero, entre todo lo que reunió en aquella libreta, estaba claro que su padre había conseguido la información necesaria.

Intentó repasar hoja por hoja cada una de las tres libretas. No fue fácil con unos guantes tan gruesos. Confirmó sus cálculos: cien cartuchos de doscientos gramos. Y también vio cómo había descartado opciones más modernas, como la activación por mando a distancia. El viejo había optado por lo clásico, despreciando la radiofrecuencia. En eso iba sobre seguro. De la última libreta solo había utilizado un par de carillas y lo demás estaba en blanco, pero fue justo en esa donde encontró tres palabras rodeadas por un círculo, que le aportaron una pista: Abel, gasolinera, Merceditas.

Elías movió la cabeza a un lado y a otro, como una señal de negación. No podía demostrarlo, pero intuía que el nombre de Merceditas estaba en la libreta porque se relacionaba con la bomba. Aquella mujer, que había conocido en su primer día en Ferrol, sabía más de lo que contaba. Una vez ojeadas, devolvió las libretas a su lugar.

Continuó con los folios impresos, seguramente de internet, que formaban varios montoncitos. Estaban grapados por capítulos, observó zonas subrayadas a lápiz y anotaciones en los márgenes, eran de ingeniería de minas, voladuras en canteras y construcción. Al lado, la *Guía de buenas prácticas en el diseño y ejecución de voladuras en banco*. Otra pila, perfectamente clasificada, versaba sobre seguridad laboral en trabajo con explosivos, canteras, minería y obra pública. Y aún encontró, impresas y grapadas por partes, las 212 páginas del *Real Decreto 130/2017, de 24 de febrero, del*

Reglamento de Explosivos. Elías se paró un buen rato leyendo sus epígrafes, incluso sintió interés por el tema del etiquetaje, la manipulación y conservación de explosivos. También encontró en la ley epígrafes sobre los rodajes. Tras un rato, dejó todo sobre la mesa, tal y como estaba antes.

Luego se recostó en el respaldo de la silla. No era cómoda.

Se detuvo un momento a pensar en su padre. Tan riguroso, tan recto; sin duda este mundo no estaba hecho para él, que estaba casi siempre en posesión de la razón, odiaba las prisas y adoraba la perfección. Se lo imaginaba con claridad allí, pasando horas en el desván, absorto con sus apuntes, sus leyes, fabricando una bomba meticulosamente y con rigor. Como buen arquitecto municipal. Se lo imaginaba también harto, muy harto. Sin duda tenía un objetivo claro, bien estudiado, y que era una decisión que no había tomado a la ligera. Como la primera vez que se lo encontró, no creía que fuese para dañar a nadie, pero también sabía que una bomba era una bomba, y podían suceder imprevistos. Lo que no alcanzaba a comprender era cómo se había hecho con un material así, cómo lo había transportado hasta allí y cómo pretendía llevarlo después a otro lugar.

Cada vez que pensaba en denunciar la bomba, se preocupaba más por la que se iba a armar.

Primero Antón, y después la Policía Nacional al completo, y sabe Dios cuántos cuerpos especializados más, iban a pasarse meses analizando todo eso. No era menor. Nadie puede adquirir, transportar y pasearse por una ciudad con explosivos, meterlos en una casa, almacenarlos en un trastero sin ninguna clase de protección ni seguridad, poniendo en riesgo a los vecinos e incluso a los edificios colindantes. Aunque él no llegara a emplearlos, aunque se hubiera muerto, caerían otros. Habría detenciones.

Casi era una burla al sistema que un anciano pudiese tramar algo así. Tarde o temprano, la prensa se iba a cebar con un asunto tan suculento y, después de la experiencia con la huelga del rodaje por los váteres químicos, Elías casi podía asegurar que de los medios de

comunicación saltaría a las redes y al universo de escarnio y mofa de los memes.

Si algo tenía claro, era que toda esa locura resultaba incompatible con su trabajo.

La plaza

Merceditas no iba a misa. Don Alexander era el nuevo párroco. Procedía de Venezuela, como Ana, y hablaba como ella, pero era católico. Para Merceditas, el nuevo era la evidencia de que las cosas a la Iglesia le iban muy mal.

—Han tenido que ir a buscarlo detrás del océano porque aquí no hay curas. Para que luego digan que las cosas les van bien. Van fatal. Si no les da la gana hacer nada, que sigan igual, y se extinguirán.

—Eres una blasfema, Merceditas —le había dicho una de sus amigas beatas mientras se persignaba.

—No es una blasfemia, es una realidad. Blasfemia sería si dijese que son gilipollas. Que lo son.

La amiga apuraba el paso para dejarla atrás.

—Si vas a venir diciendo esas cosas, no nos acompañes al café.

—Me callo, mujer, me callo. Pero tú sabes que es cierto. Yo rezo en mi casa, y a estos no les vengo a hacer bulto a la misa, pero si tú quieres hacérselo, me parece bien. Prefiero esperaros a la salida y tomamos el café.

—Pero lo tomamos tranquilas, no vengas hablando de esas cosas tuyas ateas.

—Tranquila. No te altero más, venga. Vamos a hablar del tiempo. Parece que está mejorando, ¿verdad?

Sus amigas eran un grupo de mujeres del barrio, de las de toda la vida. Cuatro en concreto. Todas casadas, todas con hijos y nietos, todas aquejadas de diferentes enfermedades crónicas de las que les gustaba hablar. Las veía una vez a la semana, después de la misa, a

la que ellas acudían varias veces más por semana. Merceditas era la gruñona, y un poco díscola. Discrepaban y se enfadaban a veces, pero también se querían. Nadie pretendía cambiar a nadie a estas alturas. Todas se conocían desde niñas y se respetaban, aunque ellas fueran abuelas resignadas dolientes resignadas y viudas resignadas. Porque todas como Merceditas, fueron programadas desde niñas para la resignación. La misma que predicaba don Alexander y, previamente, sus antecesores.

Merceditas no se resignaba a nada. Era la rebelión personalizada.

—Vamos a llevarnos bien —decían muy a menudo sus amigas ante cualquier opinión mordaz y poco convencional de Merceditas.

—Me calló —las contentaba, apaciguando—, pero estáis domesticadas, que lo sepáis.

—¿Qué más da ya, Merceditas? Si pasamos de los ochenta, ¿qué revolución vas a hacer ya, mujer? Vive tranquila. Los que vengan detrás que se espabilen, si es que ellos quieren cambiar algo. Nosotras ahora a cobrar la pensión.

Ella se mordía la lengua y se callaba. Por eso donde encajaba bien era en la pandilla que tenía con los hombres, con Abel, Hipólito y Manuel. Los cuatro cascarrabias. Allí no desentonaba. La rebeldía era masculina en la gente de su edad, ya lo sabía. Era una pena que la longevidad fuese femenina, porque a Merceditas ya solo le quedaba Hipólito para cambiar el mundo. Aunque, siendo realistas, estaba sola porque a él era como no tenerlo.

Al volver del café se encontró a Elías en su puerta con cara de pocos amigos.

—La he llamado cien veces, ¿pero usted no atiende el móvil?

—¿Y no has visto que te he cortado todas las llamadas? Estaba ocupada con mis amigas. Ahora la gente se cree que por llevar móvil hay que atender a cualquiera cuando llama. Se atiende cuando se quiere. El móvil os tiene esclavizados y controlados.

Elías se quedó alelado mirándola. Hablaba igual que su padre.

Reaccionó.

—Vamos a dar un pequeño paseo, por favor, tengo que hablar con usted. Ha estado riéndose de mí desde que la vi en el cementerio. Desde el primer instante que le pregunté si había visto un entierro. ¿Cree que no me doy cuenta? Me ha contado lo que le ha dado la gana y me ha ocultado información.

Merceditas lo miró fijamente.

—¿Y yo a ti de qué te conozco? ¿Por qué tengo yo que contarte nada, chaval?

—¡Coño! Porque usted sabe cosas, y mi padre me ha metido en mil problemas, que no sé de qué van.

Merceditas volvió a mirarlo, impasible.

—Eres tonto.

—¡Señora! La edad no le da derecho a insultar.

—La edad me da derecho a ser como me dé la gana. Tú no tienes ningún problema. Lo que tienes que hacer es lo de siempre: volver a Madrid. Ocuparte de tu vida, y esto, como si no existiese. ¡Problema resuelto!

Elías se echó la mano a la cabeza. Aquella mujer no podía ser más revirada.

Suspiró y luego cogió aire.

—Vamos a dar un paseo, por favor. Y hablamos tranquilamente mientras nos da el aire.

La mujer accedió.

Elías no sabía cuánto debía contarle porque desconocía su implicación en todo.

Fue con cautela mientras avanzaban por la acera. Merceditas, en un gesto inesperado para él, lo cogió de ganchete para caminar segura por las losas.

—El Ayuntamiento tiene que darle un repasito a esta calle, que ya toca. Es que en verano tenemos muchos visitantes, y el suelo se gasta antes —explicó.

Aquella mujer despertaba en Elías ternura, pero solo por momentos, otras veces era insoportable, sin paliativos.

—Tiene usted que ayudarme, se lo ruego. He visto su nombre, apuntado junto al de Abel, en una libreta de mi padre. Una libreta en la que reunía apuntes sobre explosivos. Mi padre pretendía hacer volar algo. ¿Sabe usted qué?

—Claro que lo sé. Fuimos todos juntos a conseguir los explosivos a Portugal, los cuatro. En el Mercedes de Hipólito, tiene muchos años, pero tira bien, es un buen coche. Nos los dieron en una gasolinera cerca de la frontera, por la zona de Verín, *na raia*. Quiero decir que nos los vendieron, que dar, nadie da nada —matizó—. La verdad, no sé decirte ahora si era del lado de allá o del lado de aquí. Pero eran portugueses.

Elías volvió a agarrarse la cabeza, ya no sabía cuántas veces había repetido ese gesto en presencia de Merceditas. Entre su padre y ella iban a conseguir que él también sufriera un accidente cardiovascular, como tan bien lo había expresado Julia.

Todo encajaba, los nombres marcados en redondeles en la libreta e, incluso, las cajas de cartón de *Leite UHT Meio Gordo Pingo Doce Biológico*. Ciertamente, era leche portuguesa. Habían traficado con explosivos en cajas de leche, todo era inverosímil.

—¿Pero cómo los han conseguido? ¡Es ilegal! Los explosivos están muy controlados en este país. Es un delito comprarlos sin permiso.

—Por eso los hemos comprado en Portugal, ¿pero tú crees que somos tontos?

—No, no lo creo. Lo que no entiendo es cómo demonios han contactado con delincuentes, mafias, o lo que sea, que venden explosivos en Portugal.

—No fue tan difícil. Abel se dedicó toda su vida a las canteras. Aquí, en Venezuela y en Portugal. Abel estaba forrado. Eso de las canteras, en otros tiempos, dio mucho dinero. Él, de joven, emigró con una mano delante y otra detrás, pero allá se casó con una mujer muy rica. Bueno, su padre era el rico. Tenía varias canteras. Abel llevó el negocio del suegro y luego se montó varias más en Galicia. Cuando decidieron regresar, vendieron las que tenían en América. Su mujer murió joven, pobrecita.

—Entonces, ¿los explosivos eran de Abel? ¿De una de sus canteras en Portugal?

—*Non, home!* La cantera de Portugal también la vendió y las de aquí, no hace muchos años. Pero conocía muy bien el tema. No es difícil, ya te lo he dicho.

Todo el relato de Merceditas, tan natural, encajaba con el trastero y con la falta de seguridad de la bomba. Nada parecía ilegal, pero lo era.

—Merceditas, si os pillan se van a la cárcel.

—Bueno…, unos están muertos y yo, a mis años, ya no piso prisión. El problema sería mi hijo, como siempre, lo aprovecharía para meterme en una residencia de mayores. Solo quiere mi dinero.

Tal vez esa era la tranquilidad que tenían en todo lo que hacían, la edad y que difícilmente cumplirían ya condena.

—Estaban todos involucrados en esto. No me lo puedo creer —se lamentó Elías.

—En realidad, tu padre era el que quería poner la bomba. Fue idea suya, todo el plan lo ideó él, y además la construyó, pero nosotros lo ayudamos porque tenía toda la razón.

Elías ya no sabía si quería saber más; al final, el único involucrado en edad penal era él. No se podía creer el lío en el que se había metido.

Terminó sus preguntas, repitiendo la primera.

—¿Y qué quería volar? —Temió la respuesta.

Merceditas lo miró. Se paró y señaló con el dedo.

—Esa plaza. La urbanizó tu padre. Hizo un trabajo excepcional, como todo lo que construyó en Ferrol. Fue un gran arquitecto municipal. Pero se han cargado todo. Han recibido unos fondos europeos para destrozar la plaza. Mira, mira, ya no hay bancos, ni sombra. No es para las personas, es para mirar. No tiene uso. Nosotros nos reuníamos aquí. Había unos banquitos, que se llenaban de mayores. Cuando la reformaron, Manuel se cansó de quejarse. Reclamó, presentó papeles, proyectos. Pero nadie hace caso a los viejos. Hasta le prohibieron la entrada en la alcaldía. Fue muy

desagradable, él dedicó su vida al Ayuntamiento. Luego, pasó lo de Hipólito. Tuvo un accidente, se cayó justo ahí —volvió a señalar, esa vez hacia una zona concreta de la plaza—, y entonces Manuel decidió que, si ellos no reventaban esta monstruosidad, lo haría él. Nosotros lo ayudamos, claro que sí.

Elías estaba impresionado. Todo parecía razonable, si no hubiese sido una ilegalidad y un delirio.

—¡Es todo una locura! —atinó a decir.

—Vuelve a Madrid, Elías. Recupera tu vida. Todo esto ya estaba ahí sin ti. No tienes nada que ver, pero, si sigues metiéndote, te puede salpicar. Deja la bomba donde está, nadie más lo sabe. Y tú, simplemente, no la has visto.

Merceditas le cogió la cara y le dio un sonoro beso en la mejilla, como si fuera un niño. Luego, volvió sola a casa.

Seis meses después

Nuevo rodaje

Aquella mañana se circulaba razonablemente bien por Madrid. A veces sucedía, no todo era el caos de tráfico del que tenía fama. Elías conducía tranquilo. Le gustaba comenzar el día con calma. No soportaba a los apresurados que cambiaban de carril para equivocarse siempre y terminar en el más lento. Antes había completado su rutina diaria de estiramientos, ducha y un almuerzo relajado en la cocina, aunque desde las seis de la mañana tenía llamadas de su equipo de producción, pero eso entraba dentro de la normalidad. Es más, si un día de rodaje nadie lo hubiese llamado a su teléfono, se habría esperado lo peor. Ellos eran los primeros en llegar a cada set y los últimos en irse. Eran el cerebro y también el pasto de todas las reclamaciones.

Condujo hasta el rodaje antes de subir a las oficinas centrales de la productora. Había problemas, como siempre. La Policía Municipal no había hecho bien su labor en la reserva de aparcamiento y no había sitio para un camión de luces. Eso suponía un retraso importante en el montaje. Estacionó ocupando un paso de cebra dentro de la zona acotada para la serie.

Crisanto, que también lo acompañaba como jefe de producción en el nuevo proyecto, lo esperaba nervioso.

—¡Jefe…!

—Crisanto, como no aprendas a controlar tus nervios, no llegarás a viejo en la profesión —contestó Elías bajando del coche, que ni se molestó en cerrar con llave.

—Tenemos la reserva de espacio en orden, y la policía municipal ha acotado la zona, ya lo ves, pero hay cuatro coches que siguen

aparcados en la calle y no puede descargar el camión de luces ni puede entrar tampoco el camión de estilismo.

—No podemos estar a expensas de los municipales, Crisanto, que ya ves lo que pasa. Hay que tener seguridad propia.

—Bueno, Elías, que no es seguridad, es una puta mafia.

—Ya, hombre, ya. Pero es la mafia que lleva funcionando toda la vida en las obras. Aunque tengamos los permisos municipales, les pagas a un par de tipos de esos y no aparca ni Dios. ¿Tú sabes lo que representa un retraso en el montaje de luces, Crisanto? Menos escrúpulos y más operatividad.

Juntos avanzaban por la calle hasta el lugar donde el camión no podía aparcar y ya estaban los municipales.

Los saludó:

—Señores agentes, buenos días. Soy Elías Riande, el director de producción. Saben que tenemos los permisos en orden y necesitamos con mucha urgencia despejar el aparcamiento en la calle para descargar el camión de luces. Les parecerá una tontería, pero retrasar un rodaje es un dineral.

—La grúa viene en camino. No se preocupe. Tendrá usted esto liberado, como mucho, en media hora.

—Muchas gracias, agente.

Crisanto apuró el paso para ponerse a su lado.

—Ya te había dicho por teléfono que los estaban retirando —apostilló para recalcar que había hecho bien su trabajo.

Seguían avanzando mientras saludaban al equipo ocupado en tirar cable y mover material.

—Esos contenedores de basura, Manolo. Que no los quiero ahí. Que no salgan en plano. Movedlos al final de la calle, hombre —gritaba la directora de fotografía.

Todo el movimiento de la zona, con docenas de miembros del equipo, vestidos de negro, circulando de un lado a otro, se concentraba en un punto: el portal número treinta y dos, primer piso, puerta C. Allí se encontraba la vivienda donde tenían que rodar,

y la B, que estaba vacía, también la habían alquilado y les servía de cuartel general para vestuario, maquillaje y peluquería.

Un par de vecinas mayores salieron del portal. La comunidad y su presidente estaban avisados días antes y, por supuesto, habían aprobado el rodaje. El equipo de sonido había advertido que en cada toma era necesario parar el ascensor; por lo demás, no interferían demasiado en la vida del vecindario y, a cambio de las molestias, les daban motivo de conversación y curioseo. Una de las dos mujeres se acercó a un meritorio en manga corta, que lucía más tatuajes que piel.

—¿Ya venís hoy a grabar? —Evidentemente, era una manera de iniciar conversación, porque la pregunta se contestaba sola con todo aquel circo de coches, camiones, focos y gente.

Aun así, el chaval del equipo al que interrogaron contestó amablemente:

—Sí, sí. Ya ve…

—Oye, ¿y Coronado sale hoy en la película? ¿Está aquí?

—No, señora, en este set no curra.

Las mujeres lo miraron sin llegar a entender del todo.

—Que no sale hoy en la película —tradujo el meritorio.

—¡Vaya hombre! Bueno, chico, que tengáis buen día, y sacadnos la casa y el barrio bonitos.

—Y si necesitáis unas señoras guapas, ya sabéis dónde estamos, somos del 4.º C. Somos hermanas, Miriam y Olga —añadió la otra, y ambas se rieron a coro.

—Ok, descuide.

Elías sonrió, y se recordó de veintipocos años, como aquel chaval.

Él había empezado en programas de televisión como meritorio de producción. Enseguida destacó y lo contrataron. Era espabilado, estaba ilusionado y tenía ganas de aprender, pero, pese a su juventud, no era un pánfilo, tenía carácter, y no hizo falta más. Fue pasando de un programa a otro cada vez más importante, cada vez con más nivel. Aquella vida televisiva, mucho más ordenada, le duró cinco años, hasta que, ampliando su círculo de amistades, comenzó

a conocer la producción de ficción. Más presupuesto, más complejidad, más estresante, y le encantó. Se pasó de los programas de televisión a la producción de filmes. En aquel tiempo las series para televisión, pese a su audiencia, no eran tan reconocidas profesionalmente. Todos los que salían de la escuela querían trabajar en cine. Su paso por los platós también le sirvió para el tránsito a la ficción, de todo se aprende, y Elías siguió creciendo. El primer Goya como mejor director de producción le llegó con treinta y cinco años, el segundo con treinta y siete, y ahí dejó el cine para pasarse a las series. Lamentablemente, en los Goya y en los Óscar, no se premian series; de hacerlo, Elías habría llenado una vitrina.

La experiencia era vital en su oficio. El respeto, también.

Por eso le había dolido profundamente lo que había sucedido con la huelga, por situarlo a él como único responsable, por culparlo de toda la viralización de las redes contra la serie y, por supuesto, por haberle impuesto a una «supervisora» para su nuevo trabajo, como si se tratase de aquel meritorio que fue casi treinta años antes. Cuando regresó de Ferrol a Madrid, ni siquiera pasó por casa, se dirigió directamente a las oficinas centrales de la productora, una de las más importantes del país. Se había citado con Roberto y, cara a cara, le dijo que no iban a rebajarlo controlando su trabajo, como si no tuviera toda una larga y exitosa trayectoria detrás, que no iba a aceptar la culpa individual de la huelga del equipo y que magnificar las redes era, simplemente, una estupidez. Se fue y, para su sorpresa, nadie lo llamó para que volviera. Los cainitas, por definición, son los más cercanos y quienes menos te esperas. No se merecía un trato así, y no lo iba a consentir.

Una puerta cerrada, a la que jamás volvería a llamar. También sabía que Roberto y toda su productora no podían hacerle daño fuera de su entorno. Sabía demasiado sobre ellos para que intentaran vetarlo en otras empresas. Conocía unos cuantos chanchullos, suficientemente feos como para meterlos en un apuro de hacerse públicos. En la última conversación se lo recordó.

Un par de meses después, una productora distinta le ofreció una serie de primera línea, y el trabajo volvió a ocupar toda su vida, menos el huequecito que ocupaba en ese momento el resentimiento y haber constatado lo rápida e imprevisible que puede ser la caída.

Llevaban dos semanas rodando, tras la fase de preproducción.

El primero de dirección bajó las escaleras y se los encontró en el portal.

—Ya está aparcando el camión de luces.

—Estupendo. ¿Qué retraso le calculas?

—La dire de foto dice que una media hora, los eléctricos le calculan una entera.

—Entonces será media, los eléctricos son unos dramas. Bien. Estupendo. —Se dirigió ya a los dos—: Regreso a la oficina.

—Hay una cosa más —lo frenó el primero de dirección—. A Sebastián lo ha dejado la novia. Lleva como una hora encerrado al teléfono en su caravana. No ha pasado por maquillaje, y sabes que su trabajo de caracterización tarda más de una hora. Nadie ha conseguido que salga.

—¿Pero qué clase de patio de instituto es este? ¡Joder! No nos va a retrasar el camión de luces ¿y nos va a tumbar la planificación este tipo? —Elías miró la hora—. Crisanto, dile que vamos a empezar por las secuencias de la cocina y, como no esté listo cuando rodemos las de la sala, se va a su puta casa. Que aún no ha empezado el rodaje. Se lo dices de mi parte. Y con todas las letras: «a su puta casa». Le rescindo.

A Crisanto le resbaló una gota de sudor por la frente y contestó un «vale» casi inaudible.

Subió al coche y se dirigió a las oficinas de San Sebastián de los Reyes. Los problemas del rodaje eran cotidianos, pero su auténtico quebradero de cabeza eran los cambios que desde hacía un mes estaban devastando a la plataforma que era su principal cliente. Elías había pasado por tantas producciones que su agenda de contactos era oro puro. Se codeaba con la cúpula, los que manejaban el cotarro, los que decidían las inversiones con más

presupuesto. Los grandes cambios empresariales no nacen por generación espontánea, se mascan y se preparan durante meses, e incluso los movimientos secretos tienen confidentes. Pero esa vez ni Elías ni sus conocidos habían estado al tanto de nada, y la pelea sucesoria de una CEO de la plataforma fue provocando una caída de naipes en cadena que, sin duda, les iba a afectar. No solo podían perder influencia, lo peor sería que el negocio pasara a manos de otras productoras. Así que la principal preocupación de Elías no era la serie que estaban rodando, sino la gran serie internacional que estaba en desarrollo y que en ese momento pendía de un hilo.

Por eso no le contó a Julen Etxanobe que la oferta que le hacía no era, en absoluto, firme. No se lo dijo, aunque Julen tenía que rechazar otra muy buena serie internacional para aceptar la de Elías. No se lo contó, ni siquiera por su amistad. Dejó que rechazara el otro papel. Lo hizo porque necesitaba tenerlo en su proyecto para forzar a rodarlo. Cuanto más destacado el elenco, más difícil sería argumentar la cancelación.

No era maldad, eran negocios. Y, en los negocios, Elías era un auténtico tiburón en la pecera. Aunque su influencia, poco a poco, menguara más.

La consulta

El ambulatorio Fontenla Maristany de Ferrol se había construido en la década de los cuarenta, según dicen, en un tiempo récord. Fue el primer ambulatorio de España creado para ese fin por el antiguo Instituto Nacional de Previsión. Estaba ubicado en plena plaza de España, un lugar inmejorable, un edificio de abolengo, levantado en piedra, de los que nunca pasan de moda, y seguía en funcionamiento. Seguramente, en la actualidad, no era el más cómodo ni el mejor adaptado a las necesidades, pero era el de toda la vida y sus paredes habían demostrado una solidez que no se les esperaba a muchos de los centros de salud de nueva construcción. Merceditas, con su edad, ya había jubilado a tres médicos de cabecera. El primero y la última le duraron muchos años, en medio pasó uno, que en un par de años pidió el traslado a otra ciudad. Tras esos tres, Merceditas se negaba a contar más.

—¿Por qué me cambiáis tanto el médico? —preguntó al doctor, sentada frente a él en la consulta. La silla estaba situada un poco lejos de más porque, desde el COVID, los pacientes se sentaban retirados hacia la pared, a una distancia incómoda y poco cercana.

—Tiene usted al de siempre. Hoy estoy yo cubriendo su baja.

—Es que está siempre de baja.

—Tendrá derecho, ¿no? ¿O los médicos no se enferman?

—El mío mucho, o tiene vacaciones, pero siempre me ve otro, cada vez uno.

El doctor suspiró. Los mayores no eran su fuerte, le causaban agotamiento mental. Acostumbraban a ir para tratarse, pero también para conversar, las dos cosas por igual. Lo cual habría sido

estupendo si su consulta no hubiera sido un maratón diario. En las condiciones que tenía, la parsimonia de los viejos le irritaba.

—Y dígame, Mercedes —la llamó por su nombre, que leyó en el historial de la pantalla del ordenador—, ¿por qué ha venido?

—He venido porque estoy muy preocupada por Hipólito. Hipólito González Torres, puede buscar usted ahí su historial. Sufrió un atropello en la plaza Central por un chaval con una bici. Fue un buen golpe, lo tiene usted todo ahí. Varios huesos rotos, traumatismo craneoencefálico grave, y una costilla rota que le perforó un pulmón. En fin, una desgracia. Pero todo ese golpe ha ocultado algo más. Cuando lo ingresaron en la residencia de mayores, sufrió un deterioro cognitivo muy rápido. Una demencia que a veces parece estabilizada, pero le avanza a golpes. Ayer mismo estaba fatal, repetía todo veinte veces. Bueno, usted me dirá, pero creo que necesita cita con un neurólogo con urgencia.

—¿Hipólito es su marido?

—No, no. Yo soy viuda desde hace muchos años. Hipólito es mi amigo. ¿Puede usted tramitarle esa cita con un neurólogo del Hospital Arquitecto Marcide?

—Los trámites no son así. Tiene usted que solicitar cita previa a su médico de atención primaria, con su tarjeta sanitaria, por la web o presencial aquí en el centro. Y, para todo eso, se dirige a Administración, no tiene usted que pedir cita para hablarme de otro paciente, porque no puedo ayudarla.

—¿No sabe usted de neurología?

—No he visto al paciente, señora.

—Ya. —Merceditas hizo una pausa—. Es que yo tampoco vengo para que lo vea el de cabecera, se lo digo con todo el respeto, eh. Hipólito necesita un especialista. ¿Puede usted hablar con alguno?

El doctor Gutiérrez suspiró. Esas eran las cosas que lo desquiciaban de los mayores. Conocían perfectamente las normas, pero intentaban saltárselas continuamente.

—Como le he dicho, con la tarjeta sanitaria del paciente, tiene usted que solicitar cita previa al médico de atención primaria que le

corresponda. Él lo derivará al especialista. ¿Quiere usted algo más?

—Es que no me ha solucionado nada.

—Mire, vuelva mañana, me trae la tarjeta sanitaria de su amigo Hipólito y yo le pido la cita. —El doctor se rindió.

—¿Pero cómo se la voy a traer? La tendrán en la residencia. Si tuviera yo la tarjeta ya, le pedía la cita. Llevo la aplicación del SERGAS descargada en el móvil. Pero vengo precisamente porque esa vía no sirve y él no puede seguir sin atención. Vive allí como secuestrado, no sale para nada. Se lo he dicho mil veces a la directora y a los trabajadores, hasta he visto a la doctora. Y no tienen la más mínima intención de que lo vea un neurólogo. No sé si lo sabe usted, pero a los mayores nos tratan así. Como si todos fuéramos iguales, dicen que «es lo normal». Lo dicen ellos, no un neurólogo.

El doctor miró con atención a Merceditas. No parecía muy mayor, pero sí cansada. Llevaba el cansancio dibujado en las arrugas y en el gesto. Él veía gente así a menudo; no era cuestión de edad, sino de hartazgo. El cansancio pesa, en los párpados, en las mejillas, en la boca. Se fijó en algo más. Una lesión importante bajo el ojo derecho.

—Mercedes, esa mancha que tiene junto al ojo, déjeme verla —dijo el doctor, de pronto.

Ella se la tocó instintivamente, la notó rugosa. La acompañaba desde hacía un tiempo.

El médico se levantó y rodeó la mesa para acercársele.

—¿Cuánto hace que la tiene?

—No lo sé. Al principio me pareció como un granito que no se iba, o una herida, pero ha ido creciendo un poco. No me duele.

Le giró la cara y miró la mancha rosada desde varios puntos. No era muy grande, ni muy llamativa, pero no le gustó.

—Va a bajar usted ahora y a pedir, en la entrada, esta cita que le doy. Quiero que la vea un dermatólogo.

—¿Es algo malo?

—No se preocupe. Pero hay que revisarse la piel, con la edad y el sol puede dar problemillas.

Merceditas se fue de la consulta sin un neurólogo para Hipólito, pero con un dermatólogo para diagnosticarle, algún tiempo después, un carcinoma basocelular.

El piso

Todas las ciudades tienen su cara visible y su cara oculta. Todas reservan en sus entrañas lo que nadie quiere ver, pero existe. En las ciudades pequeñas también hay marginalidad, guetos y exclusión. Eso es innato a las personas, nada tiene que ver con el tamaño de las urbes. A Ana todo se le puso patas arriba y no le quedó más remedio que meterse en lugares poco recomendables, con personas aún menos recomendables. Cuando vives fuera del sistema, aparecen otras gobernanzas que funcionan con leyes propias. La jerarquía la ordena el dinero o, más aún, el poseer, o no, un simple NIE. Si tienes permiso de residencia y trabajo, estás en otro escalón; si no lo tienes, te conviertes en la escoria que todos pueden pisar y exprimir impunemente. Los más débiles.

Con la muerte de Manuel, Ana había perdido no solo a su benefactor, también su vivienda. Sin papeles se puede vivir, se puede trabajar, se puede tener asistencia sanitaria, pero más difícil que todo eso era conseguir una vivienda. Cualquier propietario quería un contrato de arrendamiento seguro que evitara problemas con los inquilinos. Todos pedían fianza, nómina y papeles; no tenerlos significaba entrar en círculos marginales.

Subarrendamientos fraudulentos, propietarios avaros sin escrúpulos, viviendas infrahumanas, hacinamiento y altos precios. Así era. «Lo tomas o lo dejas», le habían dicho, y Ana lo tomó. Y hasta agradeció a ese Dios que Merceditas tanto criticaba haber encontrado un techo.

El plan de la anciana para que Elías volviera a Madrid funcionó, pero solo en parte. Efectivamente, el hijo de Manuel siguió el

consejo de Merceditas y regresó a su ciudad, volvió a su trabajo, sin mirar atrás. Abandonó los problemas de su padre y se deshizo de ellos, simplemente, por no verlos. Pero antes realizó un último movimiento, con el que ninguna de las dos contaba. El mismo día de su partida, Elías fue a la casa temprano. Sentado ante el ventanal de la cafetería de enfrente, controló el portal y esperó a que Ana saliera. Una vez que la vio alejarse por la calle, subió a su piso con varias cajas de cartón vacías, que había pedido en el supermercado del barrio. Entró, rebuscó en los armarios de su habitación y del baño, y acumuló en dos de ellas todos los efectos personales de la mujer. En un par de bolsas, metió también alimentos no perecederos que encontró en la cocina; los demás los tiró a la basura. Recogió, incluso, la ropa húmeda que Ana tenía en el tendal y tuvo la deferencia de separarla en otra bolsa para no mojarle la seca. Luego, llegó el cerrajero, que cambió la llave del piso y del portal.

En una de las cajas, metió también un sobre con dos mil quinientos euros en efectivo. Sería suficiente para pagarle el mes en curso, las vacaciones e incluso una indemnización. Suficiente también para avanzar un alquiler y su fianza en Ferrol.

Lo dejó todo abajo, en el rellano de la puerta de entrada, para que no tuviera que cargarlo por las escaleras. Luego, le entregó a Irene cuatro copias de la llave del portal y le pidió que, cuando Ana timbrara, le permitiera acceder para retirar sus cosas.

Así, la puso en la calle. Sin plazos, sin hablar, sin querer volver a verla.

Le dio igual que Merceditas lo llamara iracunda al móvil tan pronto se enteró. Elías estaba convencido de que había obrado bien. Le devolvía sus cosas y le pagaba suficientemente. Con la confesión de la anciana sobre la bomba, le quedaba claro que Ana no había participado en el asunto, así que la sacó del medio con pocos escrúpulos, pero mucha operatividad, como siempre le decía a Crisanto que había que hacer las cosas.

Ana encajó el nuevo golpe, aún sin reponerse de los anteriores. La vida se le derrumbaba en la cara. La ahogaba y la aplastaba sin

piedad. Irene fue correcta cuando habló con ella, pero no amable. Se comportó seca. «Elías ha dejado aquí tus cosas y un sobre con la paga, más un extra. Él ha vuelto a Madrid. Con esto podrás buscarte algo. Ha cambiado las cerraduras, no intentes entrar». Eso fue todo. Ana reaccionó lenta, como ella asimilaba las malas noticias, despacio, casi como si estuviese viendo a una tercera persona. Solo atinó a decirle que se llevaba una caja y volvería a por la otra. La cogió en brazos y salió hacia el único lugar que se le ocurrió: el estudio fotográfico de Merceditas.

Elías no sabía que sus dos mil quinientos euros no servían para alquilar. Con ellos podría alimentarse, sobrevivir, pero no encontraría alquileres porque no tenía NIE, ni contrato de trabajo, ni una cuenta bancaria en España, ni un avalista.

Se quedó en casa de Merceditas, temporalmente, mientras aparecía alguna posibilidad para asentarse, que no dejaba de buscar. Al principio, la anciana se comportó con normalidad, pero enseguida la empezó a notar temerosa. Cada día le daba mil instrucciones: «No dejes tus cosas a la vista, que no te vean entrar, ocúltate de los clientes, no vayas a decirle a nadie que estás viviendo aquí». Era evidente que su estancia en la casa la angustiaba de una manera irracional que iba en aumento.

Ana sabía que era una mujer buena. Los cuatro, de aquel grupo del que solo quedaban Hipólito y ella, la habían ayudado con tanta generosidad que jamás podría pagárselo. No quería meter de nuevo a Merceditas en sus problemas. Pronto entendió lo que realmente la preocupaba.

—Señora Merceditas, ¿no tendrá usted miedo de que su hijo se entere de que yo estoy aquí? —le preguntó abiertamente un día.

Y, aunque ella comenzó negándolo, terminó por aceptarlo.

A Carlos no le gustaría su presencia. Ese era el motivo de su angustia desmedida.

—Pero él no está, y usted es mayor. Podría tener una mujer en su casa para cuidarla. Ya sé que ahora usted me ayuda, pero tal vez, en

algún momento, necesitará de verdad que alguien la acompañe. Su hijo no va a decirle que no pueden cuidarla si él no lo hace.

Merceditas no lo verbalizaba porque algo muy dentro de ella, algo muy arraigado y muy atávico, le impedía expresarse contra su hijo. Pero lo conocía y sabía que, si la veía allí, pensaría de inmediato que Ana tenía otras intenciones. Sospecharía de ella y todo sería muy desagradable. Incluso vergonzoso para Merceditas, que siempre se sometía en su presencia.

A Ana no le hizo falta que ella le explicara todo. Sabía que su hijo era su talón de Aquiles. Que las pocas veces que venía, él ordenaba y mandaba. Por mucho que lo hiciera, ella nunca le reprochaba nada. También sabía que Merceditas no estaba orgullosa de que su relación fuese así, pero no sabía ser de otra manera con él.

Tardó dos meses en encontrar a la persona que le alquiló una habitación. Todo en negro y por adelantado. Cuatrocientos euros al mes por una habitación con baño compartido y derecho a cocina. Un robo. Los muebles eran viejos, había manchas de humedad y moho en el techo y las paredes, las mantas y sábanas estaban viejas, la almohada y el colchón, con círculos amarillos y marrones procedentes del sudor, orines o sabe Dios qué otros fluidos de anteriores inquilinos.

«Lo tomas o lo dejas». Lo tomó.

Pagó los mil seiscientos euros en mano, sin recibos, solo con su palabra.

Cada día cerró con llave la puerta de su habitación porque tenía pocas pertenencias, pero eran suyas, y no se fiaba del casero ni de los inquilinos. Había otra habitación como la suya, en la que vivían cuatro personas, una familia entera, padres e hijos. Tal vez rumanos. Casi no hablaban, probablemente se dedicaban a la mendicidad alternada con cualquier trabajo legal o ilegal que surgiese. Todo en la casa olía mal, hasta el ambiente. Pero Ana, no. Ana lavaba la ropa con frecuencia, se duchaba cada dos días. Tenía una pastilla de jabón perfumado, que le duraba más que los geles líquidos, y usaba

un bote grande de colonia Gotas Frescas, su único lujo. Un lujo de supermercado que se había convertido en su amarre a la vida digna.

Era una casa vieja, en una aldea de las afueras. Así que tocaba caminar para llegar a la parada y esperar el autobús, que la limitaba mucho por su frecuencia. Muchas veces prefería seguir caminando hasta el centro, durante casi una hora.

Tiempo después, un día, al regresar por la noche, el casero le anunció que su crédito había finalizado. Ana le discutió que había entrado un día dieciséis; por tanto, su mes no terminaba el día uno, sino el dieciséis. De nada valió, tenía una pareja para la habitación y prefería alquilársela a ellos.

Por segunda vez en seis meses, Ana se quedó en la calle.

De figurante

Elías le pidió a Sonia, de su equipo de producción, que recogiera a Antón en la estación de Chamartín y lo llevara directamente al set de rodaje, que ese día estaría en un bar por la zona de Puerta del Ángel.

Le había conseguido un papel de figuración, y él mismo pagó su billete de tren desde A Coruña, adonde lo llevó muy temprano su padre. Era lo menos que podía hacer por su primo, tan empeñado en ver si el chaval podía vivir de algo.

—Oye, Conchi, ¿tú podrías meter entre la figuración a un chaval de diecisiete o dieciocho años? No recuerdo bien. Es hijo de mi primo. Por hacerles una gracia, no creo que sirva para esto, ya sabes cómo son los adolescentes, se cansará enseguida de esperar. La gente se cree que el cine es acción y el cine es, sobre todo, espera. ¿Cómo lo ves?

Conchi se rio.

—Sí, hombre, no creo que haya problema. Si me pides un prota, es otra cosa, pero un figurante…, tráetelo, claro. ¿Lo quieres en algún día o semana en concreto?

—Naaah…, lo que quieras.

—Pues me pasas los datos y le cumplimos el capricho al chaval y a tu primo —rio de nuevo.

Ni siquiera había preguntado qué tendría que hacer. Fue un error porque, cuando llamó al primo Antón, tanto él como su mujer se lo preguntaron veinte veces.

—Oye, chicos, no os penséis que es el sitio de Coronado, ¿eh? Que viene de figuración. No tiene ni frase.

—Ya, ya…, por algo se empieza —contestó su padre, entusiasmado.

Elías compartió la alegría de su familia. La verdad, poco costaba a veces hacer feliz a alguien. Todos los trabajos se convierten en rutina a fuerza de repetición y de conocer sus miserias íntimas, pero la ilusión de los demás la podía comprender, aunque no lo invadiera tanta euforia.

—Normalmente, la figuración es local, pero no os preocupéis por los billetes, que van por mi cuenta y también se queda en mi casa, claro. Bueno, ¿le pasáis el teléfono al chaval? Me gustaría contárselo.

El chico se puso al teléfono.

—Antón, te vienes a Madrid tres días de figuración a mi serie, ¿vale? Ya cogéis vosotros los billetes y me enviáis las facturas. Cuando vengas, lo arreglo para recogerte y te quedas en mi casa. Yo trabajo muchas horas, pero Madrid tiene muchas opciones para que te lo pases bien, y de paso conoces el trabajo en las series.

—Vale.

Hubo un silencio.

La escasez de entusiasmo, incluso de vida, del chaval era acorde con su edad.

En realidad, era una reacción mucho más ajustada al nivel del trabajo que le había ofrecido. Elías esbozó una sonrisa.

Ya contaba con que, finalmente, el día que fuese al set no podría ni recogerlo, pero Sonia sería mucho mejor anfitriona que él. Estaba en buenas manos. Al fin y al cabo, iba a trabajar, no de turismo. Al final de la jornada ya tendrían tiempo de compartir una cena y darle un paseo por su barrio en Chamberí.

Desde la muerte de su padre se sentía en deuda con su primo Antón. Él y Julia se habían tragado toda la agonía de sus últimos días. Se ocuparon de todo en su ausencia, pese a tantos años de indiferencia por su parte, y eso se lo tenía en cuenta. Además, más temprano que tarde, tendría que echarle una mano también con lo de la bomba.

Ni un solo día desde su regreso a Madrid dejó de pensar en el peligro de tener esos explosivos en el desván. Primero, se planteó resolver el problema de su trabajo con Roberto y volver inmediatamente a Ferrol, pero no lo cumplió. De hecho, se pasó mes y medio en paro hasta la siguiente serie. Un tiempo que utilizó para ayudar a Julia con su mudanza y después reinstalarse él mismo.

Le pidió que se llevara todo lo que quisiera, muebles incluidos. En diez años habían comprado algunas piezas juntos. Julia trasladó una parte, ni siquiera en eso fue egoísta. Todo fue generoso entre ellos. Alquilaron un camión de mudanzas y se llevó unas cuantas cajas con toda su ropa, libros, copas, vajilla, un par de muebles especiales, la mesa del salón con sus sillas, cuadros y lo demás. Fue civilizado y triste, muy triste. Los fracasos siempre lo son. Y lo de ellos era un fracaso porque ninguno había tenido intención de dejarlo, simplemente sucedió sin planearlo. Se fueron separando, y aquel amor que suplía las ausencias de Elías terminó por no ser suficiente para tanto abandono.

Tras la mudanza, Julen Etxanobe se lo llevó a su casa blanca de Jaén, donde Elías se aburrió muchísimo, pero le hizo bien.

—Tienes una adicción al trabajo. Te lo digo en serio, Elías, ¡que no sabes desconectar! —le decía su amigo desde la tumbona de al lado, en su terraza atravesada por una piscina *slim*.

—Pero si, precisamente, ahora no tengo trabajo, Julen. Si acabo de romper con mi productora de años. ¿Qué dices de adicción y de desconectar? De lo que no puedo desconectar es de la putada que me han hecho tras tantos años con Roberto. Llámame rencoroso si quieres.

—Mira, los actores somos los que más sabemos de pasar rachas sin trabajo. Lo primero, tranquilidad. Has reunido dinero suficiente para estar tiempo sin trabajar, que tú poco gastas, querido avaro, ni tienes vicios. Si viajaras y tuvieras vicios, como yo, sería otra cosa, pero tú no pasas de un buen restaurante. Segundo, no debes parecer ansioso. Un artista en paro es un artista entre trabajos; un artista desesperado, llamando angustiado a todas las puertas, es un

artista fracasado. La imagen que das de ti depende de ti. —Paró para dar un sorbo al mojito que se había preparado poco antes e intentó seguir, pero Elías lo interrumpió.

—¡No me des la tabarra, Julen! No estoy en buen momento. Claro que tengo que llamar a otras productoras. Debo buscar trabajo, ¿cómo van a saber que estoy libre?

—Lo saben porque eres la conversación favorita de todos desde que obligaste a tu equipo a ir de vientre al monte por no ponerles váteres químicos —rio.

—Pues lo dirás de coña, pero voy a ser recordado por eso. ¿Tienes otro mojito de esos?

—Es autoservicio, hazte uno ahí en la barra —dijo señalando la esquina de la terraza—. Hay hielo en la neverita.

—Vives como un rey —comentó Elías, camino de la barra.

—Y tú como un amargado. Date un tiempo, no te va a faltar trabajo. Disfruta. Relájate y compra unos muebles originales para tu ático. Dale una mano de pintura, pon papel pintado en alguna pared. Yo qué sé… Haz algo que escenifique que estás en un nuevo lugar. Al cerebro le funcionan esas cosas.

La verdad es que justo eso sentía Elías, que estaba en un nuevo lugar, pero ni bueno ni mejor. Un lugar caprichoso e inestable. Un lugar que no gobernaba y que no le gustaba nada.

Se quedaron un rato más en la terraza.

El comentario sobre la huelga de Julen se le quedó rondando en la cabeza. Lo había dicho con ánimo de ser simpático, pero lo llevó a pensar que no era momento de abrir la caja de Pandora de Ferrol. Lo maduró días y no lo hizo. No quería volver a estar en boca de todos, o convertirse de nuevo en un montón de memes. Ser el hijo del anciano cargado de explosivos para reventar la plaza Central de Ferrol no iba a pasar por la profesión sin un nuevo escarnio público.

Ese escándalo podía esperar. Decidió ser cauto en ese momento sin nuevos proyectos laborales.

Después, llegó la propuesta de la nueva productora para poner en marcha una serie y trabajar más tarde en una posterior, que era el

auténtico caramelo. Una gran producción internacional de las que se hacen pocas veces. No podía ni imaginarse, en aquel momento, que los cambios internos en la plataforma pondrían en riesgo un proyecto ya avanzado.

En definitiva, por una cosa o por otra, nunca era buen momento para regresar a Ferrol, llamar a Antón y decirle: «Primo, tienes que venir a ver esto». El secreto podía esperar otro mes, y otro, y muchos más, hasta seis, y los que faltaran en adelante. Elías era consciente de que ya no debía aplazarlo. Se dio un nuevo plazo quebrantable, tal vez podía posponerlo solo hasta que la serie grande estuviera en marcha.

Tenía nostalgia de los tiempos estables, del futuro conocido.

Todo aquello le producía un malestar vital, el malestar de quien tiene algo pendiente. Permanentemente pendiente. No se puede vivir engañando al futuro, porque ni siquiera tu propia conciencia llega a creérselo.

En esos meses de remordimientos había leído sobre explosivos. Se preocupó por hacerlo desde otros ordenadores, no en los suyos del trabajo, por si de alguna manera, cuando iniciaran la investigación, pudieran rastrear sus consultas. Los cartuchos de explosivo tenían una naturaleza aceptablemente estable, pero los que su padre había conectado con cables tal vez ya no lo eran. De hecho, posiblemente, los artificieros podrían optar por explotarlos controladamente para desactivarlos.

Y todo eso estaba sobre las cabezas de Irene y los suyos, dos pisos más arriba que ella, su exmarido y sus dos hijas adolescentes. Si un día pasaba algo, no podría perdonárselo.

Era la razón más importante para contarlo.

Ahí estaban sus dos razonamientos antagónicos: salvar el trabajo o salvar la seguridad de Irene.

La había visto unas cuantas veces más en ese tiempo. Ella solía viajar con cierta regularidad a Madrid, una vez al mes aproximadamente. Era una rutina anterior a Elías. Permanecía dos o tres días y volvía. Desde su primer encuentro en el hotel de Ferrol,

se citaron y se acostaron todas las veces que ella viajó, pero no durmieron juntos. A Elías no le habría importado, era Irene quien prefería regresar a su hotel.

Él encontró cierta estabilidad en aquella relación sin ataduras. Irene se convirtió en su único escarceo sexual. Quedaban en su ático, cenaban en un restaurante próximo, follaban hasta entrada la madrugada y se iba.

Todo era sencillo, natural, pasional y, así, la falta de ataduras se fue convirtiendo en hábito, el hábito en vínculo y el vínculo en un naciente romance, en el que ambos se callaban demasiadas cosas.

El ascensor

Hasta cinco presupuestos de ascensor le presentó Irene a Elías en aquellos meses. Cinco. Cuatro de ellos eran de empresas de Ferrol y uno de A Coruña. Ninguno le valía. No tenía las maneras tozudas de su padre, pero Irene estaba al límite de su paciencia con el asunto. Le propuso que buscase él algo mejor, o más barato, más seguro, más moderno, más lo que quisiera, porque en cada ocasión la excusa había sido diferente. Sobre el último enviado, aún no se había pronunciado y ya habían pasado dos semanas, por lo que sospechaba que tampoco era de su agrado.

—¡Este tío nos toma el puto pelo! —sentenció Curro—. Es el perfecto hijo de su padre, otro energúmeno amarrado. No quiere soltar la pasta, seguro que es eso. Ha pensado que, si va a vender el piso, no pagará antes la derrama del ascensor.

—No tiene pinta de avaro, no creo que sea por dinero —opinó ella.

—Este tipo es un quedabién, te ha dicho que sí para contentarte y nunca ha tenido intención de pagarlo. Pues mira, que te venda el piso y lo instalamos nosotros. Que le den al estirado ese. ¿Te lo follas? —preguntó sin pausa, en la misma frase, y rompiendo la habitual distancia entre ambos sobre sus respectivas parejas.

Irene se sorprendió, pero contestó, no tenía por qué evitar la respuesta.

—Alguna vez.

—¿Alguna vez cuando estuvo aquí, o alguna vez en Madrid?

—Qué más da. Alguna vez.

—O sea que en Madrid.

—No tenemos una relación, si te refieres a eso.

—Pero os veis allí y, además de follar, supongo que tendréis ocasión de hablar, cenar… ¿Él sabe a qué vas a Madrid? ¿Lo has introducido en tus círculos?

—Sabe lo que tiene que saber.

—A ver, Irene, que parece que estás escurriendo el bulto. Te estoy preguntando, directamente, si lo tienes atado o no. Porque, si estáis en el mismo círculo, sabes cosas íntimas sobre sus peculiares gustos, y si sabes cosas íntimas, puedes presionar para que te venda.

—¿Pero qué coño dices? Yo jamás haría eso. No tengo relación con él, ni sabe a qué voy a Madrid. Lo he visto esporádicamente y punto. No me gusta que me interrogues.

—Pues ya sabes… Piensa que, si no consigues que tengamos de una vez el edificio entero, podemos terminar con su primo el policía nacional y su hijo peludo de vecinos, y esos van a ser tan cutres como el difunto —sentenció Curro.

Irene lo sabía, claro que sí, y lo había pensado más de una vez. Era su familia más cercana. Ella no creía en la teoría de la derrama de Curro, todo el edificio se revalorizaría con un ascensor. El gasto era una inversión que recuperaría con creces en la venta. A no ser que no buscase lucro económico y pretendiera donárselo a su primo o vendérselo por un valor simbólico. Entonces no le compensaría la derrama. No había indagado sobre lo estrecha que podía ser la relación entre ambos. Lo había visto alguna vez por las escaleras, visitando al viejo. Tampoco muchas. Ocasiones contadas, y en alguna también lo oyó irse con su mujer, echando pestes del anciano, contrariados por su carácter.

Pero, dejando de lado la futura decisión sobre la venta del piso, a Irene le extrañaban las evasivas de Elías para instalar el ascensor porque a ese tema le había dicho un sí instantáneo el primer día que se lo planteó. Había que afrontar algunas obras, pero asumibles. Reducir las escaleras y encajarlo entre ellas, por eso no era de un tamaño estándar, como los de nueva construcción; se trataba de un

ascensor más estrecho, utilizado con frecuencia en rehabilitaciones de edificios antiguos. Elías tendría que ceder también parte del trastero usurpado por su padre. Al fin y al cabo, no era de su propiedad, simplemente el viejo se lo había quedado.

Ella era suficientemente inteligente y madura para no sacar el tema del ascensor en sus citas. Jamás lo había hecho. Prefería enviarle *mails.* Cada cosa en su lugar y sin posibles confusiones. Era lo correcto.

Pero estaba perdiendo la paciencia y no iba a buscar un sexto presupuesto.

En breve volvería a Madrid, tal vez esa vez lo hablaran cara a cara.

Desde que estaba Elías, se quedaba un día más. Era un hombre agradable y se divertían juntos, le gustaba su compañía. No había intentado nunca introducirlo en su círculo. Era arriesgado y no saldría bien, como había sucedido con su exmarido. Él fue el único hombre de su vida al que intentó llevar a un terreno que no era para todos. Al contrario, era para muy poca gente. Curro lo probó por amor, y también por curiosidad, se inició un tiempo, pero no quiso continuar. Había aprendido, en aquella ocasión, que existen territorios vedados que están mejor así porque no todo se puede compartir, y mucho menos puedes obligar a alguien a participar de lo que no le agrada. Pero a Irene esa parte de su vida que se circunscribía a Madrid le aportaba una infinita carga de adrenalina; no solo eso, le daba también satisfacción y poder, por eso no renunciaba a ella ni tampoco la mezclaba con su otra vida. La vida corriente.

Por eso nunca le contó a Elías el motivo de sus desplazamientos a Madrid. No mentía, simplemente evitaba explicarle que, en sus territorios ocultos, ella era una gran dama del *bondage*.

Lazos de sangre

Quedaban dos horas para rodar la secuencia de Antón, en la que todo lo que tenía que hacer era situarse tras la barra de un bar, poner una copa, coger el billete en pago y desaparecer caminando hacia el fondo de la barra. Ya había pasado por maquillaje, peluquería y estilismo. Le habían dado un horrible pantalón *slim,* nada parecido a los que él utilizaba normalmente con pata de elefante. No le preocupó salir así en la serie porque la barra del bar no iba a permitir que se viesen, igual que los horribles zapatos deportivos negros con plataforma, que tampoco se verían, y que, junto a un mandil con el logotipo ficticio del local y una camiseta blanca, completaban el *look* de camarero.

Aunque era, por actitud y militancia, un tipo tranquilo, toda la parafernalia del rodaje lo había puesto nervioso, hasta el extremo de que en el corte de bocadillo no quiso tomar nada del *catering*. Era mejor que le rugieran las tripas con el hambre que volver al baño otra vez durante la secuencia. Los nervios le habían dado flojera de vientre. Si no ingería alimentos, no tendría nada que eliminar. Se sentó junto al resto de los figurantes que simularían la clientela del bar. Antón reconocía que era una suerte que lo hubiesen elegido como camarero, tenía más probabilidades de salir en el montaje final de la serie que cualquiera de aquellos figurantes de mesa o barra. Él tenía un peldaño más, era «figurante especial». Quizá Elías había tenido que ver en eso. Le agradó ser el recomendado.

El protagonista llegó cuarenta y cinco minutos antes de la secuencia. Era un señor mayor al que Antón había visto varias veces

en televisión o en el cine, no lograba recordar. Posiblemente era conocido. No preguntó su nombre para no demostrar su ignorancia.

La nube de personas del equipo que lo rodearon y lo acompañaron a la zona de maquillaje y peluquería fundamentaron sus sospechas.

Mientras, el personal de luces probó y cambió la iluminación del bar, le pidieron a Antón que se posicionara en su sitio para ajustar la secuencia. Todo era lento y tedioso.

—Muy bien, chicos, atentos, que vamos a hacer un par de ensayos de figuración —dijo el primero de dirección—. Vosotros dos seréis una pareja romántica de clientes en esa mesa. Otros tres, a la barra del bar, a esta altura —continuaba señalando posiciones—. Simplemente sois unos amigos de copas. Los demás, rellenad las mesas. Aquí vamos a situar a dos actores de reparto y el prota vendrá caminando, se parará en esta marca, delante del camarero. ¿Cómo te llamas?

—Antón.

—Vale, Antón, pues tú cuando vienes te quedas en esa marca azul que tienes en el suelo. Fíjate dónde está porque no puedes mirarla. Esa es tu posición final. Ahí le haces un gesto a ver qué quiere pedir, te pide la copa, coges el dinero y desapareces de plano caminando hacia la caja. Mientras, él se sienta en la mesa de los actores y la cámara lo sigue. ¿Está claro?

—Sí.

—Después rodaremos un segundo campo, en el que se ve a la pareja de actores de reparto, y el tercero será un plano corto del prota. En todos repites lo mismo y respetas la marca. ¿Alguna pregunta?

—No —contestó acompañado de un rugido de tripas, que el ayudante de dirección no oyó, pero a él lo puso aún más nervioso.

El prota entró en el set sonriendo y haciendo una broma al director de fotografía. Recibió sus indicaciones del director en persona y dedicó a Antón un movimiento de cabeza a modo de saludo, que casi provoca en el chaval un nuevo problema de esfínter.

La grosera realidad era que Antón solo pensaba en no indisponerse durante la secuencia.

—Ensayamos, todos atentos. ¡Cinco y acción! —gritó el primero de dirección.

El set se convirtió entonces en un bar, pese a la presencia de la cámara, a los hombres y mujeres de negro del equipo y a la pertiguista, que recogía el sonido con el ombligo al aire. De alguna manera, toda la parafernalia desaparecía y la escena ocupaba un plano de realidad que parecía imposible entre tanto elemento extraño.

Elías llegó al set justo en ese momento, ajeno a los apuros intestinales del chaval. Para él todo era rutinario. Aun así, el equipo entero podía emocionarse a veces. Sucedía en ocasiones por alguna interpretación deslumbrante, y era algo especial. Pero no iba a suceder en esa secuencia, absolutamente intrascendente, por mucho que Antón la viviera como única.

Todo parecía ir bien hasta que el director interrumpió a voces.

—¿Pero a este qué le pasa? ¿Es mudo? —dijo apuntando con el dedo a Antón, que de nuevo apretó el esfínter.

El primero de dirección corrió al lugar con un extraño bailoteo para avanzar sin desperdigar por el suelo el guion impreso, bolis, una tablet, dos móviles, un paquete de chicles y otro de clínex que desplazaba entre las manos y los brazos.

—No tiene frase, Horacio. Es un figurante especial —explicó.

—¿Pero qué mierda es esta? ¿Dónde se ha visto preguntarle a un cliente qué quiere con un gesto, coger el billete con suculenta propina e irse sin dar las gracias? —Se alteró aún más el director, conocido por su capacidad para las broncas instantáneas.

—Es cuestión de números, ya sabes…

—¡Ya sé, claro que lo sé! Ahorráis en estupideces. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Antón Taboada.

—Apunta, Marcos —le dijo a su ayudante, que diligentemente lo hizo en uno de los papelotes que transportaba—. Antón Taboada

pasa en este instante de figurante especial a actor de pequeña parte, por convenio, por supuesto. ¿Sabes lo que significa, Antón? —El director se contestó sin esperar respuesta—. Ahora tienes texto de menos de dos líneas. Eso es un actor de pequeña parte. Cuando llegues a este punto de la barra, preguntas al cliente qué quiere tomar, como una persona normal. Y cuando te pague y te diga que te quedes con la vuelta, le das las gracias y sonríes antes de girarte. ¡Hala! Que ya hemos perdido demasiado tiempo.

Elías, al fondo, soltó una risotada. También el prota demostró su apoyo apretando la mano de Antón en un gesto cómplice. No solo tenía un aumento de sueldo, también había ganado un plano corto de su linda cara, tapada por los pelos, que divirtió sobremanera a Elías.

Disfrutó de ver al chaval en la serie y tuvo ocasión de fijarse de verdad en su cara bonita tapada por los pelos, como bien le había dicho su madre. Realmente era así. Resultaba una curiosa mezcla de genéticas que mejoraba a sus padres. Tenía el pelo rizado de su madre y la cara de rasgos suaves de su padre. El primo Antón, a su edad, estaba preocupado por su aspecto lampiño. Elías gozaba de una barba notoria y espesa, pero a Antón no le salía ni un pelo en un área que iba desde la perilla hasta las patillas. Cada noche en los veranos con la abuela, se buscaba a la luz del espejo del baño algún nuevo atisbo de barba, y casi siempre volvía desconsolado sin encontrarse ni un triste pelo más. Así fue durante años, en los que deseó convertirse del todo en un hombre. Los adolescentes imberbes actuales ya no están preocupados por su masculinidad, eran otros tiempos.

Cuando Antón acabó, Elías lo paseó por el rodaje saludando a todo el mundo y explicándole cuatro cosas sobre los oficios de cada uno. Le gustó presentarlo como su primo. No recordaba haber recibido jamás a nadie de su familia en todos aquellos años de Madrid. Tantas décadas allí y ni una visita de nadie de su larga ristra de primos, ni de sus tíos, o su padre. El concepto «familia» se había quedado íntegramente en Galicia. Él vivió sin apegos, ni los necesitó.

La muerte de su padre le había traído a la cabeza incontables recuerdos familiares, de su pequeña familia de tres y de su inmensa familia de primos. Todos aquellos primos y, en especial Antón, habían ocupado el lugar de los hermanos que nunca tuvo. En ese momento la brecha había crecido tanto que no había puente que la pudiera atajar. Demasiados años separados, sin hablar, demasiados cambios. Podían compartir una comida, unas risas, muchos recuerdos, pero no tenía sentido acercarse mucho más.

—¿Te doy un consejo, chaval?

—Bueno —contestó Antón con su habitual falta de entusiasmo.

—Si un día te vas de casa, cuida de tus padres. No los dejes atrás. Pueden ser unos carcas, o pesados a veces, pero son un refugio maravilloso. No los pierdas nunca.

El chaval tardó un rato en responder.

—¿Por qué iba a hacer yo eso? No son carcas ni pesados. A mí me gustan.

Elías encajó la respuesta del adolescente que, sin saberlo, lo ponía en evidencia. Una frase sincera y espontánea que lo cargó de culpa. La distancia con sus primos la había marcado él, la de su padre había sido equidistante. Tal para cual. Si él lo mantuvo al margen de su vida madrileña, su padre tampoco intentó acercarse. Pero sí, en ese preciso instante, sentía culpa por la parte que le tocaba.

Sin duda, su primo había criado a un buen chaval. Lo cogió por el hombro y lo invitó a cenar en un buen restaurante.

—¿Quieres cenar carne o arroz?

—Carne.

—Pues ¿sabes qué? Por primera vez en mi vida me voy a tomar el resto del día libre. Voy a reservar en un restaurante argentino en Chamberí espectacular. Te acerco a casa, te puedes duchar, descansar o lo que quieras y cenamos tempranito a las nueve. ¿Te parece?

—¡Estupendo! —Elías lo vio más contento con la carne que con el cine.

Se fueron alejando del meollo del rodaje.

—¿Te ha gustado actuar?

—Actuar, sí. Pero se tarda mucho, ¿no? Todo es un poco lento y aburrido.

Elías soltó otra risotada, seguía caminando guiándolo por el hombro.

—Sí, hijo, sí. Es el oficio más lento del mundo. Pero tiene algo, ¿sabes? Algo especial que engancha. Te hace sentir bien.

—Sí, eso lo entiendo. También me gustó ver a tanto equipo implicado, era como un hormiguero —añadió el chaval.

—Es un buen ejemplo. Así es, unos se llevan la fama y la pasta, y otros preparan todo lo necesario. Aquí hay todo tipo de oficios, también sueldos muy dispares. No hagas caso a tus padres en lo de que cualquiera puede, son estupendos, es cierto, pero de esto no tienen ni idea. Si quieres trabajar en el audiovisual, fórmate mucho. Son profesiones muy inestables, chaval, hay que tener la cabeza muy bien amueblada para soportarlo, mantener la calma, trabajar muchísimo y, además, ser el mejor.

—Tal vez estudie Medicina.

—¿Medicina? Piden una nota altísima, ¿no? ¿Pero tú qué notas sacas?

—Todo sobresalientes.

El chico era una fuente de sorpresas y un absoluto desconocido. A Elías le producía ternura aquel chaval, orgulloso de su familia y de su origen, con toda la vida por delante, abierto a tantas posibilidades que podía abarcar desde ser fontanero a médico o actor. Sintió simpatía por él y por su inocencia. Se preguntó qué tipo de hijo habría criado él. Un hijo en el que, seguramente, no habría invertido tiempo suficiente. Se preguntó si habría sido mejor padre que el suyo, tan recto, tan serio, tan incapaz de demostrar cariño. Y se contestó que lo habría hecho mejor, aun cargado de culpa por todas sus ausencias. Eso quería pensar.

No había sabido ser buen hijo, quizá podía haber intentado ser buen padre y confiar en tener la capacidad de criar a un hijo que le

devolviera algo más de lo que él le dio al suyo, prácticamente nada.

—Medicina es una buena carrera y el audiovisual también. ¿Sabes lo bueno, Antón? Que puedes ser lo que te dé la gana.

—Sí, pero este año tendré que elegir.

—Lo harás, y si te equivocas, probarás otra cosa. No pasa nada. ¿A que nadie te ha contado que yo empecé Matemáticas?

El chaval se rio y Elías se alegró de haber sacrificado una tarde de marrones laborales para gozar de su compañía.

—La producción audiovisual también me gusta. Lo que tú haces.

—La producción audiovisual es una mierda que devora tu vida y, pese a todo, es maravillosa. Pero no lo querría para mi hijo.

—¿Y qué querrías para tu hijo? —preguntó Antón con verdadera curiosidad.

—Que fuese feliz.

—¿Tú lo eres?

Elías se paró.

—Creo que sí. Sí. Aunque he sacrificado la felicidad de otras personas. Tendría que haberles dado más. El trabajo se ha llevado demasiado. Hay cosas que tú ya tienes y yo nunca tendré, las he perdido por la profesión.

—Bueno, pero has elegido lo que te hace feliz a ti, ¿no? Apunto en mi lista la producción audiovisual.

La mujer rumana

Ana no tenía dinero para regresar a Venezuela, no podía volver al piso de Merceditas, que bastante había hecho por ella, y en breve no tendría dónde dormir. Intentó buscar cobijo en la iglesia, tampoco lo encontró. Podía rezar a Dios, podían buscarle ropa donada por gente a la que le sobraba, podían darle consejos, pero no le ofrecían dónde quedarse.

Esa era su urgencia.

Estaba a dos días de que el casero le robara los restantes dieciséis que había pagado por adelantado. De nada sirvió llorar, quejarse ni gritar. Era su ley porque no había otra a la que agarrarse.

La vecina rumana se dirigió a ella por primera vez en un encuentro en la cocina común.

—No discutas y vete de la habitación. No puedes hacer otra cosa.

—He pagado cuatro meses completos. Y muy caros. No puede robarme medio mes.

—Te dará una paliza, o te robará. Vete. Por lo menos te ha avisado y no se ha quedado con tus cosas.

Hablaba bajito. Ana sospechó que no solo por el casero, también por su marido, que claramente dirigía su vida.

—Busca un trabajo de interna. Es lo que yo haría. También hay gente que te puede ayudar, gente que trae personas de otros países. Ellos tienen negocios. Las mujeres siempre tienen sitio ahí —dijo sin siquiera mirarla mientras cortaba en trozos un pollo cocido para la cena de los niños.

—No. Por ahí ya he pasado. Es un infierno. Se quedan con el pasaporte y con mucha parte del dinero.

La mujer dejó de repente de cortar la comida.

—¿Vienes de la trata? —preguntó desencajada—. ¿De dónde has huido?

Ana se arrepintió inmediatamente de hablar.

—No. Yo no me prostituía, no estaba metida en eso. —Se sintió incómoda y decidió volver a su habitación.

La rumana la frenó tirándola de la chaqueta.

—Si tienes deudas, te estarán buscando.

—¡Que no estoy en eso, te he dicho! —contestó, seguramente alzando demasiado la voz porque, cuando volvió a su cuarto con una taza de leche caliente entre las manos para cenar, el hombre asomó intrigado la cabeza desde la habitación vecina.

Había hablado de más, estaba claro.

Se tomó la leche en silencio mientras oía a sus vecinos conversar en su idioma.

Pese a todo, el consejo de buscar trabajo de interna era bueno. Se ofrecería para esa labor en su iglesia, y también en la de Merceditas, el servicio que ofrecía Cáritas no hacía preguntas sobre la religión que profesaba cada uno. Ningún Dios, pensaba ella, podía negarle la ayuda porque era una buena persona. Con ese inocente pensamiento seguía levantándose cada mañana.

Mantenía el trabajo en la casa de los Collazo y había encontrado una anciana para cuidar por las tardes. Entre uno y otro, no le valía la pena volver a casa y se quedaba paseando por Ferrol, o resguardándose de la lluvia cuando arreciaba. Casi a diario, aprovechaba para visitar a Merceditas y echar un ojo a su salud. La irritaba que, en todo aquel tiempo desde que la conocía, jamás hubiese visto a su hijo de visita. Nunca.

Ana adoraba a su madre, que se había quedado en Venezuela atendiendo a su hija. «Le da Dios pan a quien no tiene dientes», decía pensando en el hijo de Merceditas. Nada deseaba más que cuidar a su madre en la vejez, agarrar su mano y darle paz el día

que tuviera que dejar este mundo. Eso debía hacer una buena hija, aunque en ese momento estuviera tan lejos, ocupándose de conseguir dinero.

Esa misma noche recogió todas sus pertenencias. Entraban en muy pocas bolsas. Al día siguiente se llevaría la mitad de su equipaje a casa de Merceditas para que se lo guardara, pero sin contarle sus problemas. Ya se inventaría algo. Tal vez, simplemente, que se mudaba a una casa mejor. El resto de las bolsas las transportaría en un segundo viaje.

Cuando acabó de empaquetar todo, comprobó si había girado la llave de la puerta de la habitación, como hacía cada noche para su seguridad.

Antes de acostarse se acercó a una de las bolsas y sacó su colonia Gotas Frescas. Levantó la tapa y olió profundamente la fragancia cerrando los ojos. El olor la evadía a lugares buenos y seguros. Ni siquiera se echó unas gotas para no gastarla, simplemente la olió. Después, cerró enseguida y la guardó en el bolso, bien al fondo, para protegerla, como si su perfume también se pudiese perder, igual que había perdido todo lo demás.

Cirugía ambulatoria

El autobús se retrasaba y el sol caía a plomo. A Merceditas no le gustaba el verano, ni le gustaba el autobús, pero lo necesitaba con frecuencia. Normalmente se movía por el barrio, donde tenía todo lo que necesitaba. Le gustaba caminar, lo prefería antes que el transporte público, pero para sus visitas periódicas a Hipólito en la residencia de mayores, y también para sus citas en el Hospital Arquitecto Marcide, tenía que ir en bus.

Todo había ido extraordinariamente rápido. Primero la cita con el dermatólogo, después, en la misma semana, le hicieron la biopsia, le dieron los resultados y le anunciaron el protocolo a seguir.

El noventa por ciento de los carcinomas basocelulares eran benignos, pero el suyo tenía un crecimiento invasor y agresivo, que llevó a los médicos a estudiarlo mediante una pequeña biopsia antes de eliminarlo. A Merceditas la mancha no le había preocupado, aunque no se curaba. No le había prestado atención, pese a sus cambios físicos. Primero se hizo rugosa, creció, se fue pareciendo a una herida, le salieron costras blanquecinas, venitas rosadas, y hasta zonas moradas. No fue fácil explicarles a los doctores que nada de eso la alertó.

Le contaron que era un cáncer muy frecuente, relacionado con la edad y el sol. Se lo eliminarían con cirugía ambulatoria, que debía ser suficiente para deshacerse de él, pero en el futuro debía tomar precauciones y cuidados porque la agresividad de su tumor era mayor de lo habitual y podía recidivar.

El autobús seguía sin llegar y Merceditas se impacientó.

Lo vio aparecer a lo lejos. Era la única pasajera en la parada. El conductor la reconoció y resopló.

Ella subió y esa vez no fue desagradable. No dijo nada pese al retraso, o a que el aire acondicionado dentro estaba exageradamente bajo y esos cambios tan extremos de temperatura le parecía insanos. Pero ese día, en el que le iban a extirpar el tumor, no tenía ganas de reñir de nuevo con un chófer al que, como a todos, por una oreja le entraban las quejas de la mujer y por la otra le salían. Para qué molestarse.

Llegó al hospital una hora antes de lo previsto. Merceditas era así. Se tomaba todo con mucho tiempo. De hecho, le sobraba el tiempo libre.

—¿Viene usted sola? ¿No trae acompañante? —preguntó la enfermera.

—¿Para qué? Me han dicho que es una cosa ambulatoria.

—Ya, señora. Pero recomendamos venir acompañados —insistió.

—Bueno, pues ahora ya está.

—¿Quiere usted que avise a alguien?

—No. ¿Para qué?

—Para que la acompañe. Es mejor.

—No lo veo necesario. No voy a molestar a nadie para quitarme un lunar.

—No es un lunar. Lo suyo es más complejo y puede llevar tiempo. Tenemos que tomarle una vía, sedarla un poquitín… Mire, me puede dar usted un teléfono de algún familiar y, aunque no la acompañe, podemos tenerlo por si es necesario —le ofreció la enfermera, una chica joven de unos treinta años.

—¿Pero a qué viene todo esto? ¿Tienen ustedes pensado matarme hoy?

—Solo por precaución.

—¡Ay, qué pesadez! Le daré un teléfono por si me matan en la camilla, venga.

Merceditas no quería que su hijo se enterara de nada. No lo quería por varias razones. La primera, porque era inútil molestarlo

viviendo en Valladolid. La distancia no le iba a permitir ayudar ni, posiblemente, su trabajo. Era comercial autónomo. Representaba a una marca de lomos y jamones que Merceditas nunca recordaba, y se movía por un amplio radio de kilómetros vendiendo el producto. Bastante tenía con su trabajo y todos esos desplazamientos.

Él se lo recordaba a menudo:

—¡Hola, mamá! Hace días que no te llamo porque he estado de viaje.

—No te preocupes, hijo mío, ya sabes que yo estoy bien. Descansa.

—Yo no cobro una pensión sin trabajar, mamá. Ya sabes…

—Claro, hijo, claro. Tú no te preocupes por llamar, que estoy bien.

Y él no se preocupaba. No se preocupaba en absoluto. Podían pasar semanas hasta la siguiente breve llamada.

Merceditas no era tonta, aunque se lo hacía, por supervivencia. Necesitaba creerse sus propias mentiras porque era mucho mejor que aceptar la falta de amor y de interés de su único hijo. Era mejor que sentirse un estorbo, una molestia, incluso por tener que llamarla por teléfono.

Sabía también que no se iba a ocupar nunca de ella. Y si lo hacía, sería peor. Casi prefería tener la seguridad de que eso nunca sucedería. Llegaría un día en el que la metería en una residencia pública y se volvería a marchar. Ese era su futuro. Y ella, incluso internada, seguiría elaborando excusas que lo justificaran para evitar el dolor y seguir fantaseando con un buen hijo.

Pero, antes de todo eso, Merceditas tenía la intención de mantenerse sola mucho tiempo en su casa-estudio fotográfico. Todo el tiempo posible.

Por todas esas razones, no quiso darle a la enfermera el teléfono de su hijo.

Buscó rápidamente una alternativa. Pensó en sus amigas, pero todas tenían mucha edad y familias que atender. A Ana no quería

darle preocupaciones, así que, sin saber muy bien por qué, le dio el teléfono de Elías, aunque la enfermera nunca hizo uso de él.

La pasaron a una sala de espera, donde le preguntaron si venía en ayunas y rellenaron papeles protocolarios. De ahí fue a una habitación, en la que le dieron un pijama de hospital y dejó su ropa, su bolso y el móvil en un armarito. Una auxiliar vino y le cogieron una vía, y más tarde la pasaron al área quirúrgica. Todo el tiempo esperó sola.

—¡Hola, Mercedes! Soy la doctora Miriam Seca y le voy a hacer la intervención, ¿vale? Me han dicho que está usted sola.

—No me pareció tan importante, es solo para quitar esta manchita —contestó recostada en la mesa quirúrgica.

—Bueno, Mercedes, usted sabe que no es una mancha. Es un carcinoma y el suyo es invasivo, le vamos a hacer una cirugía especial para estos casos que limpia muy bien la zona porque cada trocito que sacamos se va analizando. Eso nos permite extirpar las zonas afectadas y no tocar las sanas. Puede durar bastante tiempo. No sabemos si el hueso está afectado, o la órbita del ojo. Cuando terminemos se va a quedar aquí un ratito, en esta habitación, y, como ha venido sola, estarán atentos mis compañeros por si necesita algo, ¿vale? Vamos allá.

—Sí, doctora. Gracias.

Era tan joven aquella doctora, pero tan espabilada, que Merceditas pensó en la fuerza y resolución que ella también había tenido en sus años mozos.

—¿Está usted preocupada, Mercedes? ¿Llora? —preguntó la doctora.

—Usted tranquilita, que esto no es nada. Es muy frecuente —dijo una enfermera mientras le acariciaba un brazo.

—Me lloran los ojos con frecuencia. Estoy mayor —mintió y ninguno de los presentes se lo creyó.

—No le va a doler nada. Le vamos a poner anestesia local. Usted me va contando lo que siente o cualquier preocupación que tenga,

¿vale? Le voy a tapar los ojos con unos paños estériles porque la lesión está justo debajo y será más cómodo para todos.

—Sí, sí. Lo que usted necesite, doctora. Yo estoy bien, gracias. Son todas muy amables.

La enfermera le cubrió ambos ojos con unos apósitos y secó en las mejillas las últimas lágrimas que habían rodado por ellas.

Todo fue bien.

Así se lo dijo la jovencísima doctora que, antes de irse, pasó por la habitación provisional a la que la habían trasladado. La anciana descansaba en la cama.

—¿Cómo se encuentra, Mercedes?

—Bien.

—Su carcinoma basocelular es de un tipo llamado esclerodermiforme. Ha dado un poquito de trabajo. Se ven pocos.

—Pues tiene un nombre feo, sí.

—Es un poquito rebelde, ha invadido bastante. Hemos tenido que limpiar más de lo que pensaba, pero lo importante es sacarlo todo, y el tipo de cirugía que le hemos practicado es muy segura.

Merceditas sonrió.

—Le hemos hecho también una plastia, ¿vale? Es decir, hemos cortado más piel, por eso va a ver que se alargan mucho los cortes, y la hemos estirado para taparle con ella esa parte que hemos quitado. De esa manera va a quedar una cicatriz lo más discreta posible. En unos siete o diez días le quitaremos los puntos. ¿De verdad se encuentra bien, Mercedes? ¿La vienen a buscar?

—Perfectamente. Vuelvo en taxi, no se preocupe.

Después de un tiempo obligado de espera, le dieron el alta. Serían las ocho de la tarde.

Merceditas se vistió de nuevo. Salió del hospital con un vendaje en la cara, instrucciones de curas y unas cuantas recetas. Sentía un inmenso agotamiento, físico y mental, pero esperó el bus en la parada porque no quería gastar en un taxi.

Así volvió a casa, donde nadie la esperaba.

La dominatrix

Hacía ya un rato que el taxi había salido del centro de Madrid. No faltaba mucho. Irene conocía el camino. Había ido unas cuatro veces más a ese chalet. En otras ocasiones se citaban en pisos céntricos de Madrid. Edificios de solera en calles señoriales. Techos altos, muchos metros y pocos vecinos o ninguno. Su círculo era muy reservado. Obviamente, no era fácil entrar en él. Había otras redes de *bondage,* pero a ella le gustaba la exclusividad y ahí solo se llegaba siendo la mejor y la más discreta. Para Irene la exclusividad era parte del juego, parte de ser la ama. Una *mistress* poderosa, deseada por sumisos que se postraban ante ella. Irene sabía que sus esclavos tenían actividades diarias en las que triunfaban. Para entrar en su círculo era necesario ser muy selecto, fama, influencias, dinero a paladas, pero cuando traspasaban la puerta del cuarto de Irene estaban a su merced, sufrían, lloraban, se meaban de placer y dolor, sus perversiones eran las menos comprendidas por la sociedad porque todos ellos gozaban siendo humillados.

Cuando Irene llegó al chalet, rodeado de un tupido seto de tuyas, dejó su nombre en la puerta, junto al guardia de seguridad. Allí se quedó Irene, y la que entró fue Amonet. El nombre de la diosa egipcia oculta. Sin embargo, ella nunca ocultaba su cara, pero no permitía a ninguno de sus esclavos mostrar la suya. Todos eran anónimos para Amonet.

Un hombre vestido de traje negro la saludó en el interior.

—Bienvenida, ama Amonet. Su habitación está lista. La esperan las otras amas en el salón en cuarenta minutos.

La acompañó hasta la puerta. No había estado nunca en ese cuarto. Era una *suite* con baño, pequeño saloncito y una amplísima cama, que no iba a utilizar porque regresaría al hotel tras la sesión que se celebraría en otras habitaciones acondicionadas en la planta baja. Todo era pulcro. Las entradas y salidas se organizaban evitando cruces de gente. Allí nadie veía a nadie fuera de los lugares concertados. En una esquina había una mesa con algo de comida y bebida. El alcohol y las drogas no estaban permitidas en el juego. Nadie pagaba nada. Ni ellos, ni ellas. Los beneficios para quien organizaba eran de otra índole. Codearse con las perversiones de los poderosos es suficiente pago a todo.

Ella simplemente disfrutaba y era una diosa experta.

Con cuarenta minutos no tenía mucho tiempo. Debía cambiarse y maquillarse. Había traído una pequeña maleta con el *look* elegido para la ocasión. Disfrutaba de todo el proceso: desde seleccionar la ropa hasta vestirse muy despacio, atendiendo a cada detalle. Había elegido llevar una apariencia *vintage* aquel día. Una peluca rubia sesentera, ensayada con un maquillaje de ojos muy perfilados. Llevaba una falda cortísima de tablas, casi adolescente, combinada con un corpiño de látex que le dejaba los pechos libres, y unas mallas también de látex con una hendidura en los genitales, que no iba a utilizar. La mayor parte de las veces, el juego con su sumiso no contemplaba el coito. Por supuesto, llevaba unos guantes finos, nunca los tocaba con sus manos desnudas.

Se miró al espejo y se excitó viéndose hermosa. Todavía se calzó sus altísimos e imprescindibles tacones de aguja.

Cuando estuvo lista, bajó al salón. Eran cuatro dominatrices. Se besaron al llegar, pero no hablaron entre ellas.

Inmediatamente, un hombre abrió la puerta y entraron los cuatro sumisos. Todos llevaban una máscara idéntica de látex, que solo dejaba al descubierto los ojos y la boca. La nariz estaba punteada de agujeros para respirar. Todos llevaban collar y un arnés de cuero con argollas y guantes. Uno más alto, otro más gordo, uno más peludo, otro de más edad.

Las amas eligieron a su esclavo y el hombre de traje negro le dio a cada una la llave del cuarto preparado con todo lo necesario para la sesión.

Amonet eligió al alto, le correspondió escoger la primera por jerarquía. Le colocó allí mismo una correa a la argolla del cuello y le ordenó subir las escaleras a cuatro patas. Su habitación era la número tres. La conocía perfectamente y también sus posibilidades con el material que contenía. Abrió y ordenó a su perro que se quedara inmóvil en la entrada mientras ella le traía una jaula para encarcelarle los genitales.

De lo que allí dentro sucedía, nadie más que los dos implicados sabría nunca nada.

Cuando finalizó, se desmaquilló en su habitación. Había sido una buena sesión. Todavía le latía fuerte el corazón. Su sumiso había llorado de placer, había suplicado a su ama, había sufrido y deseado. Se sentía fuerte y la excitaba ejercer el control, negarle reiteradas veces la eyaculación y alcanzarla, finalmente, sin contacto genital. Todo estaba en la mente, solo desde ahí se podía disfrutar de ese sexo con privaciones y humillaciones, con dolor y poder. Una vez más, se sintió plena y orgullosa siendo Amonet y proporcionándole todas esas sensaciones a su desconocido.

Estaba agotada, pero siempre se iba sin perder tiempo. Se vistió con la ropa que traía al llegar, se volvió a maquillar, pero normal, recogió todo en la maleta y, cuando atravesó de nuevo el portal entre el cierre de tuyas, un taxi esperaba a Irene.

A Elías lo vio al día siguiente.

Estaba decidida a sacar el tema del ascensor en persona, lo haría durante la cena, no en la cama. Tenía que pronunciarse sobre el último presupuesto y darle una explicación cara a cara de tanta negativa a comenzar las obras.

Lo que no sabía Irene era que Elías había cambiado los planes.

La llamó por la tarde antes de su cita.

—¿Cómo estás, querida?

—Muy bien. Estoy en mi hotel trabajando un poco a distancia con el papeleo de la residencia. Tengo nuevos ingresos este fin de semana.

—Claro, en lo tuyo para que entre uno tiene que palmarla otro. ¿No te encariñas con los viejos?

—Sí, claro. Pero, bueno, es ley de vida. Hay que separar el negocio de los afectos. En lo que está en nuestras manos, los cuidamos lo mejor posible.

—Ya, claro, cuanto más duren, más tiempo cobras. Desalmada —ironizó Elías, pero a Irene no le hizo gracia.

—¿Llamas para algo? Porque ya nos vemos en nada, ¿no? —cortó la chanza.

—Pues por eso te llamo, sí.

—Verás, ha venido el hijo de mi primo Antón al rodaje y al final se ha quedado unos días más. Total, el chaval está de vacaciones. Y, aunque Madrid es insoportable en verano, con su edad, toda novedad es mejor que estar en casa.

—¡Ah! Vaya…, bueno, ¿lo dejamos para otra ocasión?

—Yo había pensado, si te parece bien —siguió con pies de plomo porque lo que iba a proponerle era salir un poco de la zona establecida—, que podíamos cenar todos juntos. Me paso el día trabajando y solo lo veo ese ratito. Luego, tú y yo podemos irnos a tu hotel si te parece —repitió.

Irene permaneció un instante callada. La descolocaba la propuesta y se lo hizo ver.

—¿Qué cenemos con el chaval? ¿El hijo adolescente peludo de tu primo?

—Pues sí, justo eso —rio—. ¿Qué te parece?

—No me apetece mucho, la verdad. No sé qué se me pierde a mí en esa cena.

—¿Y por qué no? Anda, venga. Vendrá también Julen Etxanobe, el actor, que quiere conocer a Antón.

—¿Julen Etxanobe, el famoso actor, quiere conocer a Antón? —repitió evidenciando lo extraño del caso.

Elías se rio de nuevo.

—Será muy divertido, venga. Luego nos vamos juntos. No te lo tomes como nada personal —aclaró Elías—. No es una presentación tuya en sociedad. Somos amigos y quedamos para cenar, nadie nos va a pedir explicaciones.

Irene aceptó, sin saber muy bien por qué, y no pudo evitar pensar que el policía nacional le había mandado al chico a Elías para aumentar su vínculo y hacerse con la propiedad del piso del viejo Manuel.

Quedaron en uno de los restaurantes de la calle Ponzano, como otras veces. En verano no tenía la extraordinaria vida del resto del año. Era una de las zonas gastronómicas de moda y para ellos, simplemente, estaba cerca de la casa de Elías, para irse después juntos en taxi al hotel y mandar desde allí al chaval andando a casa.

Antón estaba fascinado por cenar con Julen Etxanobe, y un poco extrañado de la presencia de «la señora de tacones de aguja del segundo» de casa de Manuel. Así la describió y a Elías le hizo gracia.

Irene llegó la última, cinco minutos tarde. Los demás la esperaban tomando algo en la barra. Se había puesto un vestido de tiras rojo y verde, ajustado a la cintura, y que luego abría con vuelo. La hacía esbelta y le marcaba el pecho. Lo combinó con un bolsito rojo y sandalias del mismo color. En Madrid el verano permitía lucir la ropa sin chaqueta, en Ferrol habría sido imposible.

Elías la recibió con un beso en la mejilla al tiempo que la rodeó con el brazo y apretó su cuerpo contra él. Antón solo dijo: «¿Qué tal?», como correspondía a su indolente adolescencia, y Julen Etxanobe estaba de espaldas buscando el servilletero cuando se giró y la vio. Solo pudo quedarse sin palabras y tirar su vino por la barra. Le faltó poco para orinarse encima. Esa era la impresión que le

causaba tener delante a Amonet, su ama más excitante, poderosa y cruel.

Los seres mezquinos

Era la segunda noche que Ana dormía al raso. Había buscado un lugar en una casa abandonada. Estaba cerca del cementerio de Catabois; tenía paredes, pero el techo había colapsado, seguramente hacía tiempo, porque en las vigas crecían grandes hierbajos. Seguir allí no era una opción, ni siquiera en verano. Tenía miedo a los yonquis, que a veces se ocultaban en la casa para pincharse, a los animales, como ratas o perros, y a cualquier vecino que pudiera dar la voz de alarma a la policía. La higiene, necesaria para mantener sus dos trabajos, también era un problema.

Estaba magullada por las patadas que había recibido, aunque por suerte no tenía marcas en la cara. Únicamente había sangrado por la nariz y la hemorragia se había cortado a los pocos minutos del impacto.

La mitad de sus cosas se habían quedado en la casa. Todo lo que no había transportado aún al local de Merceditas había volado. Su casero, los inquilinos, o ambos, se lo habían apropiado.

No podía imaginar que hablar con aquella mujer tuviera consecuencias tan terribles. Le costaba entender tanta mezquindad, sobre todo cuando ellos vivían en la misma miseria.

Al día siguiente de aquella breve charla en la cocina con su vecina de cuarto, el casero y el hombre rumano la habían esperado. Era su último día en la casa. Nada más entrar se los encontró, se abalanzaron sobre ella y la inmovilizaron. Le pidieron datos sobre el lugar del que se había escapado.

Sin duda, tenían la intención de devolverla a la red y conseguir una recompensa a cambio. No parecía que hubiese nadie más en la

casa, la mujer había salido con los niños. Ana la identificó enseguida, era la delatora e instigadora de todo, pero no se había quedado para ver las consecuencias. No podía soltarse, tenían mucha más fuerza que ella. Estaba atrapada. Les gritó mil veces, entre golpe y golpe del interrogatorio, que no se había prostituido, pero no la creyeron. El rumano repetía que su mujer se lo había asegurado.

Cuando cayó al suelo, aturdida por un impacto, la arrastraron a la cocina. Allí la obligaron a sentarse en una silla y el casero sacó una sartén para calentar aceite. Todo fue rápido y por sorpresa, sin tiempo para reaccionar.

—Esto es sencillo. Tú nos dices a quién perteneces y no te pasa nada. Si no quieres hablar, te lo sacaremos igual. ¿Sabes el dolor que produce el aceite hirviendo en la cara? Es insoportable y las marcas no te permitirán trabajar nunca más.

—No soy una prostituta —lloró, gritó y suplicó, pero el aceite seguía al fuego y se calentó en un instante.

El casero cogió por el mango la sartén y se acercó mientras el rumano se movió al lado opuesto de la mesa para evitar ser salpicado.

—Te lo voy a explicar la última vez. Yo no quiero tirarte este aceite por encima, porque cuando estés desfigurada nos darán menos por tu regreso, pero no tengas duda de que lo haré. ¿No entiendes que hay gente que te ha traído de tu país, han tenido gastos por ti y tú debes pagar tus deudas? Que yo te haya ayudado acogiéndote en mi casa me pone a mí en peligro, pero si, en cambio, te devuelvo a tu lugar serán agradecidos. ¡Habla, puta!

—Me retiraron el pasaporte y me obligaron a trabajar, pero nunca fui puta. Nadie allí lo era, todas trabajábamos en el servicio doméstico. Trabajábamos y entregábamos el dinero. Le digo la verdad.

Los hombres se miraron.

—¿Eso fue en A Coruña? —preguntó el inquilino.

—Al principio sí, después en Ferrol.

—Es gente nueva. He oído hablar de ellos. Trabajan con latinos y negros.

Ana no se quedó para escuchar la conversación, aprovechó el momento de despiste de ambos para golpear con el pie la mano del casero que sujetaba la sartén. Por los gritos supo que se había salpicado del aceite. Al tiempo, acercó la mesa hacia el rumano, dificultando su salida, y abrió la puerta de la cocina que daba a la huerta de la casa y que siempre estaba abierta. No fue difícil huir. No era fuerte para defenderse de sus golpes, pero era mucho más ágil que aquellos dos mastodontes para correr. Fueron incapaces de darle alcance y casi ni lo intentaron.

Esa misma noche encontró la casa en ruinas y dio gracias a Dios por darle un cobijo.

En sus planes estaba recoger las bolsas de Merceditas, pero cuando tuviese un lugar adonde llevarlas. En casa de los Collazo había utilizado sin permiso la impresora para sacar unos cuantos anuncios y colgarlos en farolas y comercios. «Se ofrece trabajadora interna con experiencia en cuidado de niños, mayores y limpieza de casas». Le habría gustado también poner «con informes», pero cuando le pidió a Clara, la hija del fallecido Román, que redactase una carta de recomendación para ella, la mujer le explicó que no podía dejar por escrito que una inmigrante sin papeles había cuidado de su padre.

Los empleadores también se exponían al meter en casa a una mujer sin papeles, pero les compensaba con más horas de trabajo y con menos sueldo, eso ya lo sabía. Las trabajadoras con papeles no tenían que aceptar cualquier sueldo, cualquier condición, ella sí. Lo tomas o lo dejas. Como el casero le había enseñado. Peor era no tener nada.

Rezaba para que pronto alguien la llamase por el anuncio y rezaba también por reunir aquel mes algún dinero para mandar a

casa. Rezaba por un trabajo, el que fuese y en las condiciones que fuesen, pero con un cuarto en que quedarse a dormir.

Amenazas

—Si no se hace bien las curas le va a quedar una marca, Mercedes —se quejó la enfermera mientras rociaba la herida con suero mientras intentaba despegar el vendaje con unas pinzas. De nuevo, había supurado.

—Imagínate la preocupación que tengo yo, a mi edad, si me queda una marca en la cara —contestó con ironía.

—No tiene por qué cicatrizar mal. ¿Qué más da la edad? ¿O es que la gente mayor tiene que estar más fea?

A Merceditas le encantó la contestación de la enfermera.

—Qué empleadas tan saladas hay en este hospital.

—Pues ya me dirá entonces por qué no se está haciendo las curas con la frecuencia que debe.

—Porque yo quiero hacérmelas en mi centro de salud, aquí tengo que venir en autobús. *E a min non me gusta o autobús*. Me llevo mal con todos los chóferes, con todos. Parece que eligen a los que odian a las viejas. No me creerá, pero en el autobús arriesga una la vida.

La mujer se rio.

—Pues la verdad, no sé por qué la doctora le ha mandado hacerse aquí las curas, normalmente es el centro de salud. Estoy segura de que lo ha organizado así para que esté usted más revisada por ella. Es una chica muy joven y le ha caído en gracia. Igual le recuerda a su abuela. —Volvió a reír mientras acababa la faena y tapaba de nuevo la herida—. No me gusta cómo está esto. Tendría que ir mejor. Se lo digo en serio, Mercedes, hay que cuidar bien esta herida. Haga usted caso.

Merceditas regresó a casa en el autobús. Se quejó al chófer por las insanas temperaturas del aire acondicionado y, por supuesto, subió y bajó por delante pese a las advertencias, primero, y gritos, después, del conductor. Una vez en la acera, todavía miró hacia atrás y lo insultó.

—¡Matavellas!

Enfiló la calle hacia su estudio de fotos. Desde hacía días, se sentía mucho más cansada de lo normal.

Intentó ir por la sombra y seguir las recomendaciones de su dermatóloga porque le había dicho que el cáncer se podía reproducir, incluso en cualquier otro lugar de la piel, e insistió en que el sol era su enemigo.

La edad le había dado algún problema de salud, tampoco muchos, pero si de algo podía presumir era de su extraordinaria visión, que le permitió identificar a distancia a dos hombres en su puerta. Uno le pareció Marcial, el director de la rondalla Acordes de Ferrol, y el otro, su mano derecha, Serafín. Un par de imbéciles que solo podían estar allí para traerle problemas, pensó la mujer.

Llegó al portal con cara de pocos amigos en previsión de lo que pudieran querer de ella.

—¿Que? ¿Estades esperando para sacar unhas fotos? —fue su irónico saludo.

—Buenas, Merceditas. ¿Cómo estás? —saludó el director, que solía hablar el primero—. ¿Y ese vendaje? ¿Te has caído?

Ella no entró a su casa porque no pretendía dejarlos pasar.

—Me he hecho un arreglo estético. —No tenía intención de darles ninguna explicación sobre su salud.

—¿Podemos pasar? Queremos hablar un minutito contigo. Pega un sol horrible —añadió Marcial quitándose el sombrero *beige* que llevaba para secarse la calva con un pañuelo de papel, que sacó del bolsillo del pantalón y que devolvió a este al terminar.

—Aquí estamos ben. —Mercedes no accedió a dejarlos pasar.

Serafín rebufó. Marcial le pidió calma con un gesto. Continuó hablando con la anciana, con una amabilidad impostada.

—Bueno, tal vez te imaginas por qué estamos aquí —empezó suavemente.

—Ni idea —respondió, aunque la pregunta pretendía ser retórica.

—¡Algo te imaginarás! —habló Serafín elevando de más la voz y el director de nuevo le pidió calma.

Retomó con intención de seguir del tirón, antes de que la anciana lo interrumpiera cada dos palabras.

—Ya ha pasado medio año desde que murió Manuel. Y el libro no ha aparecido. —Merceditas abrió la boca, pero el director se precipitó a seguir—. Nosotros, muy amablemente, he de decirlo, le pedimos a su hijo, hasta en dos ocasiones, que buscara el libro de recortes de la rondalla. Pero sigue sin devolverlo y ya empezamos a pensar que no va a volver a Ferrol. Incluso podría vender el piso a distancia.

Merceditas logró meter baza.

—Ya os he dicho que Manuel no tiene el libro.

—Evidentemente, él no lo tiene porque está pudriéndose en una tumba, pero está en su casa —se enfadó Serafín.

—Yo no tengo llaves de esa casa, pero ya os adelanto que allí no está.

—¿A ver si va a ser que lo guardas tú? —preguntó el director.

—¡Iros a la mierda! Apartaos, que quiero entrar en mi casa. Soy una señora mayor y me canso de pie. Me estáis molestando.

Marcial la agarró con fuerza del brazo y le impidió moverse.

—¡Tú sabes más de lo que cuentas! Esto todavía no es molestarte. ¡Pero podemos hacerlo! Podemos molestarte y mucho. Verás, en unos días vamos a volver y, mientras, te vas a interesar por el libro. Habla con Elías, con su primo el policía, por mí como si hablas con el cura párroco. Pero entérate de si está allí y quién tiene llaves. Hay que buscarlo. Tú sabes que ese libro es único. Tiene recortes, firmas, dedicatorias escritas a mano, es nuestra historia, la historia de la rondalla Acordes de Ferrol desde su creación en 1925. Tenemos que recuperarlo y devolverlo a su expositor, que es donde debe estar.

—Suéltame o grito. Sois unos mafiosos. Ni sé del libro ni pienso dedicar un minuto de mi valioso tiempo a buscarlo.

Serafín la golpeó contra la reja del local de fotografía con un movimiento brusco. Merceditas se tambaleó y el golpe ocasionó un ruido exageradamente estruendoso para el impacto. La anciana se asustó.

—Busca el libro. ¡Búscalo! O tal vez tengas que buscarte otro sitio donde vivir. Esos suelos de madera arden bien, ¿verdad?

—No os tengo miedo. Llevo toda la vida sola, idiotas. A mí no me amedrentan dos mandriles como vosotros.

Los hombres se retiraron. El estruendo de la reja podía haber llamado la atención de algún vecino. Se despidieron con la última amenaza.

—Entérate de eso porque vamos a volver.

Merceditas entró, cerró y se dejó caer pesadamente en el sofá de la sala de espera. El calor, la ira vital que la acompañaba y la aparición de los rondallistas le levantaron dolor de cabeza y exacerbaron el cansancio que arrastraba desde hacía días. Poco después sintió un leve vahído, como si el cuerpo no pudiese soportar su propio peso, y se asustó.

Sacó el teléfono del bolsillo y marcó.

Sonó varias veces antes de descolgar.

—¡Carlos! ¡Hola, *filliño!*

No pudo decir más, antes de caer desmayada del sofá al suelo y golpearse la cabeza.

Al otro lado del teléfono, Carlos se alarmó.

La infalible teoría del caos

Edward Lorenz nunca ganó el Premio Nobel; sin embargo, fue el primero en explicar el caos. Elías era devoto de la teoría del caos y de san Edward Lorenz. Durante muchos años, tuvo su foto enmarcada sobre su mesa, que lo fue acompañando de serie en serie. Los compañeros de siempre lo sabían, los nuevos solían preguntar quién era el anciano sonriente de la foto y Elías disfrutaba de explicar que era el meteorólogo que, por un error en unos decimales al realizar una predicción meteorológica, había descubierto la teoría del caos. Cualquier director de producción conoce empíricamente que el universo tiende al caos y no es predecible. Si Lorenz encontró un ejemplo con el clima mundial, Elías tenía cientos sin salir de un set de rodaje.

—El universo es un puto caos, chaval —explicaba a un meritorio de producción al que se le había ocurrido preguntar por la foto—. Por eso, este hombre que nunca obtuvo el Premio Nobel es uno de los científicos más influyentes de la historia. La teoría del caos. Habría acabado la carrera de Matemáticas solo para entenderla, si es que el caos se puede entender. Pero, por mucho caos que haya, el universo no es aleatorio, las causas tienen efectos; es caótico, pero no está desordenado. O sea que, cuando tengas un puto problema y reine el caos en el set, ponte a solucionarlo y busca otra manera de ordenarlo. ¿Me entiendes?

—Ehhh… Más o menos, Elías —titubeó el meritorio.

Tantos años de profesión, luchando cada día contra los efectos de la teoría del caos, y, una vez más, una pequeñísima diferencia había dado lugar a un cambio monumental. Porque a Máximo Gutiérrez se

le encarnaban las uñas de los dedos gordos de los pies. Siempre había sido así, solo que un poco más con los años. Y, con los años y la buena vida, también le salió una oronda barriga, que le dificultaba doblarse. Así, el delicado acto de cortarse las uñas encarnadas pasó de delicado a peligroso, hasta que Máximo Gutiérrez, sin querer, se arrancó de un tajazo buena parte de una, que pocos días después se infectó, y, finalmente, terminó por perder la última falange del dedo gordo. Que, como solo tiene dos falanges, suponía la pérdida de la mitad del dedo y un motivo de desequilibrio, ya que es el dedo con mayor apoyo de peso corporal. Esto lo hizo tropezar al cruzar la calle, por lo que resultó atropellado por un SUV que le produjo una irreversible lesión cerebral y lo postró en una cama. Por todo ello, su mujer cayó en una profunda depresión, que la obligó a abandonar su trabajo como CEO en la plataforma que preparaba la serie ansiada por Elías.

El hueco del pastel que dejó abrió una guerra de sucesión que dejó puñaladas, traiciones y carreras truncadas bajo la alfombra. Uno tras otro, cayeron como naipes. Todo el proceso se prolongó durante varios meses de angustia. Las filias y fobias del sucesor podían determinar si la productora realizaba o no la suculenta serie que tenían en desarrollo. Elías solo había aceptado la actual, en espera de esa guinda. Y sí, el efecto mariposa era una de las consecuencias de la teoría del caos. Una mariposa que bate las alas en Brasil puede crear un tornado en Japón, y una uña encarnada de un tipo que nunca había visto había llevado a Nuria Valdepiedra a ser nombrada nueva CEO de la plataforma en España, gracias a los apoyos de su influyente familia. Una sucesora impredecible.

San Edward Lorenz nunca fallaba.

No tardaron en llamarlo de la productora para contárselo.

Lo citaron en su edificio central. La productora tenía varias oficinas. Unas eran los lugares de trabajo de cada producción en marcha, normalmente estaban ubicadas a las afueras, en zonas bien

comunicadas, pero, además, disponían de la oficina central, en la que se cortaba el bacalao. Dos salas de reuniones, minicafetería autoservicio, una sala de proyección y despachos. Elías se movía con cierta asiduidad por esas oficinas como fichaje estrella que era. Los acontecimientos caóticos que azotaron a la plataforma en las últimas semanas ocasionaban frecuentes reuniones, a las que era convocado. Y esa participación en las conversaciones de alto nivel era un estatus adquirido por los años de trayectoria y, por supuesto, por sus contactos y conocimiento del medio.

Con la nueva jerarquía, a nadie se le escapaba que Nuria Valdepiedra era su enemiga. Más aún cuando hacía escasos seis meses que se había negado a tenerla de supervisora. Por ella rompió relaciones con su productora habitual desde hacía muchos años y él mismo se encargó de contar a los cuatro vientos por qué se iba y lo inútil que era Nuria. Y, en ese momento, el caos y el nuevo orden lo dejaban en una difícil situación y así se lo expuso su jefe.

Esa vez no estaba citado en un despacho, sino en una sala de juntas.

—Pasa, Elías. Cierra la puerta, por favor. Siéntate.

Así lo hizo, tomó asiento solo, en un lado de la mesa, mientras que en el otro se sentaban tres personas: Román, el jefe, y sus dos colaboradores y socios, Ricardo y Ernestina. Todos tenían gesto serio y cara de circunstancias. Las malas noticias no solo se dan, se representan en escena.

—Ya sabrás la noticia…

—Supongo que me hablas del nombramiento de Nuria Valdepiedra.

—Justo. Nos quedamos en muy mala posición en la productora, Elías.

—Ya.

La mujer tomó la palabra.

—Nuria Valdepiedra tiene clarísimas filias con algunas productoras, y sin duda va a pagar algunos favores. Esto es así.

Nadie puso en duda su suposición. Román volvió a tomar la palabra.

—Nuestro proyecto en desarrollo es bueno. Muy bueno. Pero también muy caro. No somos los únicos que estamos en el filo, pero llevamos ya ocho meses trabajando en él. Mucho antes de que tú te incorporaras ya estábamos en desarrollo. Si se cae, perdemos tiempo, dinero y estatus. Y esto último tal vez es lo peor. No es bueno para una productora perder un proyecto internacional conocido por todos. Nos deja tocados y en mal lugar. Una posición de perdedores. No nos lo podemos permitir —dijo.

Elías no era experto en lenguaje corporal, pero advirtió su incomodidad, expresada con continuos movimientos de acomodación a la silla. Lo que viene a ser un «culo inquieto». Y un culo inquieto en una reunión laboral no es buena señal.

—Elías —continuó Román—, ahora mismo tenerte con nosotros es un suicidio. Me fastidia prescindir de ti, pero lo importante es salvar la producción. Y tal vez no lo consigamos, que puede ser, pero lo que sí es seguro es que contigo en la dirección de producción de la serie jamás la aprobarán. Espero que lo entiendas.

—No es nada personal —añadió tímidamente Ricardo.

Elías se permitió el lujo de crear un incómodo silencio.

Los silencios son excelentes armas cuando alguien no tiene la conciencia tranquila. Era el caso de los tres.

Ernestina fue la que menos tiempo lo soportó y habló para romperlo.

—Te daremos una indemnización, dentro de lo razonable; en realidad, llevas muy poco tiempo en la casa, pero queremos pagar bien el tiempo que has dedicado.

—Esto es muy miserable. No podéis cargarme el sambenito de ser el responsable de lo que suceda con la serie. Claro que Nuria Valdepiedra va a pagar favores, eso es lo que hará. No tengáis duda. Lo hará conmigo y sin mí aquí. Va a favorecer a sus colegas en detrimento de los demás.

—De verdad lo siento, Elías, pero tengo que proteger a la empresa. La putada no te la hacemos nosotros, la putada es que esa mujer haya llegado a un lugar de poder de ese calibre.

Para qué discutir.

Se levantó.

—Señores, buenos días. —Una frase que resolvía el tema sin drama ni gritos.

Los tres lo acompañaron hasta la puerta. Ernestina hizo ademán de darle un beso, pero Elías hábilmente salió, sin más. No hubo tampoco apretones de manos. No es necesario el cinismo cuando no hay nada que arreglar.

Salió y el calor del día le pesó como una losa. O tal vez lo que pesaba como una losa eran las consecuencias que el nombramiento de Valdepiedra iba a tener en todas las demás productoras. Era una cadena de eslabones cerrados, nadie la iba a romper. Nadie iba a incomodar a Nuria Valdepiedra porque era poderosa, vengativa e impredecible.

Estaba jodido.

El teléfono sonó en el bolsillo del vaquero. Lo primero que pensó fue en colgar o no atenderlo. Si le quedaban horas en la productora, no iba a solucionar más marrones, que se los comieran con patatas. Lo que tenía claro era que cuanto antes se hiciera efectivo el despido, mejor.

Miró el número y confirmó lo inexorable que es la teoría del caos y lo genio que fue Edward Lorenz descubriéndola. Descolgó.

Al otro lado del teléfono estaba Merceditas.

—Elías. *Son Merceditas, de Ferrol, a amiga de teu pai.*

—Dime, Merceditas, no te he olvidado tan pronto, tranquila.

—Tienes que venir. Ana ha desaparecido y yo estoy en el hospital.

Elías la escuchó y recordó que aún tenía un artefacto explosivo en el trastero de su padre, sobre las cabezas de Irene y su familia. Un artefacto que el hombre había construido para vengarse de la

incompetencia y de la falta de reconocimiento, del olvido y de la estupidez humana. Estaba seguro de que el viejo había disfrutado cada segundo invertido en planificarlo, primero, en hacerse ilegalmente con los materiales, después, y, finalmente, en elaborarlo meticulosamente. Todo ese tiempo, meditado y tranquilo, porque su padre no era hombre de prontos. Era una persona reposada que tuvo que llegar a la inverosímil decisión de poner una bomba en la Plaza Central, después de mucho intentar otras vías razonables de negociación. Hasta para la ira su padre era comedido. Pero todo tiene un límite y las acciones tienen reacciones. La única reacción ya posible para él era llamar la atención de todos esos ineptos y, de paso, acabar con el horror construido, reventando la plaza.

Un hombre recto, decepcionado, fatigado y enfadado. Ese era su padre, el terrorista.

En ese instante, se sintió más próximo a él que nunca. Un sentimiento los unía: el hartazgo absoluto.

El robo

—¡Buenos días, Antón! Perdona por molestarte un sábado. —Irene entreabrió el portal del edificio y saludó a Antón en voz baja. En vez de utilizar el telefonillo para abrir, había bajado en persona.

La mujer estaba visiblemente nerviosa.

Antón entró y ella cerró de nuevo, mirando previamente a los lados de la calle.

—¡Qué horror! No he entrado, me ha dado miedo. He encerrado a las niñas en el piso y he llamado a Elías, pero, como no me lo coge, te he llamado a ti.

—Has hecho bien. ¿Qué ha pasado?

—Pues no lo sé. He subido al trastero esta mañana, serían las diez, quería coger una bolsa de deporte para mis hijas. La usamos poco y la hemos almacenado ahí. Al pasar por el piso de tu tío, he visto la puerta reventada. La han destrozado. No sé cuándo han podido hacerlo, solo pasamos por el tercero cuando subimos al trastero. ¡Qué susto, Antón! ¡Qué susto!

—Has hecho bien en no entrar. ¿Has tocado algo? ¿El pomo?

—No, nada. Me he asustado y he bajado inmediatamente a llamar a Elías.

—Voy a subir a echar un vistazo y ya aviso a mis compañeros. Tendrás que venir a comisaría.

—Claro, lo que haga falta.

Subieron juntos y en silencio los tres pisos de escaleras. Hacía muchos meses que Antón no pisaba la casa de Manuel. Se preguntó cómo se apañaba el anciano para subir y bajar varias veces al día todos aquellos peldaños. Se había mantenido activo hasta el final de

sus días: compraba, quedaba con gente, paseaba…, sin que las escaleras fueran un impedimento para nada de eso.

—Con todo el ejercicio diario que hacía —comentó ya entre el segundo y el tercero—, no entiendo cómo demonios se ha muerto del corazón.

—Más que ejercicio era un sobreesfuerzo. Subía y bajaba varias veces cada día.

—Todo en exceso es malo, ya lo decía mi abuela —comentó.

Llegaron. La puerta estaba destrozada, posiblemente a hachazos o con un pico. Era una barbaridad, impropia de los cacos habituales.

—¿Y no habéis oído nada?

—Nada. No estábamos en casa, eso seguro. Porque mira qué destrozo han hecho.

—Esto no es habitual. Es un trabajo muy poco fino. —La miró—. Voy a entrar, un momento. Quédate aquí en el rellano y no toques ni la puerta ni el pasamanos.

Irene obedeció. Se sentía inquieta. Continuó hablando en alto mientras él se adentró en la vivienda. Le contó que ella nunca había sufrido un robo y que pensar que una persona, o quizá varias, capaz de ejercer esa violencia se había paseado por el interior del edificio la alarmaba. Sobre todo pensando en las niñas, en la posibilidad de encontrárselos *in fraganti*. Quién sabe qué reacción podían tener.

Antón no tardó mucho.

—Está todo patas arriba. Han revuelto los cajones, los armarios… Estarían buscando cosas de valor. Prefieren dinero, pero les valen joyas, relojes…, de todo.

—No entiendo cómo no han forzado también el portal de la calle.

—Es una llave simple, pueden haberla abierto con una radiografía o con el plástico de una botella. La del piso ya es otra historia, resulta más difícil de forzar, pero, de todos modos, han hecho un destrozo inusual. ¿Cuándo fue la última vez que viste la puerta bien? Piénsalo y haz también la pregunta a los de casa, a ver si precisamos cuándo ha sucedido.

—Nadie ha subido al trastero. Solo subo yo. La verdad, lo hago muy pocas veces. Pueden haber destrozado la puerta hace mucho. Incluso dos o tres meses. ¡Qué horror!

—Estaos tranquilos, aquí ya no hay nadie. Tal vez no está de más poner un pasador al portal para las noches. De todos modos, ¿hay alguien ajeno al edificio que pueda tener llaves del portal? ¿Que se las hayan robado, por ejemplo? Una trabajadora del hogar, alguien que os guarde una copia por seguridad, un pariente…

—Tenemos una chica contratada. Le preguntaré, pero ayer mismo utilizó la llave. Desde que Elías cambió la cerradura del portal, nadie más la tiene.

—¿Elías cambió la cerradura?

—Sí, hace meses, antes de irse a Madrid. Cuando falleció tu tío, Ana, su trabajadora de hogar interna, no se iba. Elías se vio obligado a pagarle y ponerle las cosas fuera. Por eso cambió las llaves del piso y del portal. Le dio un buen dinero para compensarla.

Antón no sabía nada del asunto, que no parecía muy correcto, pero no quiso preguntarle a Irene. Ya lo hablaría en privado con su primo. Sospechaba, por las maneras, que no había contrato de por medio.

—Voy a llamar a mis compañeros de la comisaría y en un ratito los tenemos aquí. Vuelve a tu piso con las niñas, tranquilízalas. Cuando necesiten hablar contigo ya te llamamos.

—¿Crees que los encontrarán?

—Depende de qué se hayan llevado, esa es una pista importante, nos permite seguir lo que pueden hacer con el material. Desde luego, no es una manera frecuente de entrar a robar. Yo me atrevería a decir que no son de la zona o inexpertos. Demasiado destrozo y demasiado ruido. Los que saben la habrían abierto con mucho menos esfuerzo.

Irene no se sintió más tranquila sabiendo que no se precisaba mucho esfuerzo para abrir una puerta de seguridad, y menos aún al enterarse de que el portal se podía abrir con un plástico.

Le comentó que si todo el edificio fuese suyo instalaría la puerta principal de seguridad, pero tal vez Elías, que seguía esquivando el ascensor, tampoco quería esa nueva inversión. Como el perro del hortelano, ni comía ni dejaba comer.

Un coche de la Policía Nacional acudió a la llamada de Antón, que recibió a sus compañeros en la puerta y él mismo los guio al piso.

Ese día nadie localizó a Elías.

El retiro

Elías odiaba a la gente que ahogaba sus penas en alcohol tanto como a los que lo utilizaban para celebrar los éxitos. No soportaba a los borrachos llorones ni a los felices, siempre resultaban lamentables. Por eso no corrió al bar y bebió hasta perder el juicio, como otros habrían hecho. Se tomó una única copa de vino en casa, la saboreó tras apagar el móvil. No daría explicaciones a nadie hasta meditar su posición, tampoco atendería las llamadas del rodaje y, por supuesto, no quería oír hablar de Merceditas, bastante tenía con la bomba que entre todos habían montado como para enredarse con los problemas de la chica sin papeles a la que solo había visto una vez en su vida.

Se sirvió unos tacos de queso, alineados en una tabla de pizarra negra, un cuenco con aceitunas y un poco de jamón, y se desparramó en el sofá. Colocó el picoteo, el vino y el móvil apagado en la mesita de la sala. En vez de ponerse una película, optó por buscar buena música. Vestía un pantalón de pijama corto gris y una camiseta muy fina rosa desparejada.

Tenía una extraordinaria capacidad para evadirse y la utilizó para poner distancia. Su profesión le había enseñado a no tomar decisiones enfadado. No le interesaba lo emocional, prefería trazar un plan con frialdad y análisis.

Intentó envolverse en la música. Julia decía que le gustaban las canciones deprimentes, las llamaba «para cortarse las venas».

—Música para cortarse las venas —repitió Elías en alto, hablando solo. Él, por supuesto, no estaba de acuerdo, le parecían temas relajantes. Pensó en qué habría opinado Irene de esa música. Tenía

que reconocer que pensaba a veces en ella. Le fascinaba su forma de ser. A menudo tenía la sensación de que podían dejar de verse en cualquier momento, tal vez por eso le habría gustado verla con más frecuencia o tenerla más cerca y quedar alguna vez.

Al igual que Julia, Irene no tenía nada que ver con su profesión, ni siquiera tenía mucho que ver con su forma de ser. Ella se tomaba la vida de otra manera mucho más relajada. Se regalaba tiempo, como le dijo un día. Elías jamás había hecho eso. Sudó cada proyecto, y a eso, principalmente, dedicó su tiempo.

Mientras picoteaba las aceitunas, reparó en las figuritas de *Star Wars* colocadas en una balda de la pared de la tele, frente al sofá. Las había traído de la casa de su padre. Sonrió, se levantó y se acercó a ellas. Allí estaban, de pie: un par de *stormtroopers*, Chewbacca y la princesa Leia. Había dejado el resto en Ferrol, dentro de la caja donde su madre las recogió. Pensó que era un error traer dos *stormtroopers* y dejarse a Darth Vader. Se rio porque, incluso mentalmente, pronunciaba mal «Vader». Lo articuló en alto:

—«Vader».

Los chavales de los ochenta lo habían aprendido así, marcaba una generación. Lord «Veider» era fruto de las nuevas añadas. Pero, a pesar de no haberse traído al padre, se había traído a su hijo defectuoso, y lo había situado detrás de todos ellos, apoyado contra la pared porque no se tenía en pie, como todos los demás. No habría cambiado a su Luke Skywalker con tara por ningún otro nuevo. Ese era el suyo, el que le habían comprado papá y mamá, en un día feliz de su vida. Recordó nítidamente a su padre entregándole la pequeña cajita y a él mismo rompiendo ansioso el cartón para liberarlo del plástico que lo encerraba. Pero, como el plástico estaba sellado, su padre todavía tuvo que concluir la operación con unas tijeras. Por fin lo sacó con cuidado de no cortarse y se lo dio en la mano a su hijo. Nada habría sido mejor regalo. Por eso, esa tarde no le contó a nadie que no se tenía en pie, porque vio en la cara de sus padres tanta felicidad como en la suya. Se lo calló para siempre y se quedó con su maravilloso Luke Skywalker defectuoso.

Y lloró.

Lloró, agarrando en la mano su figurita, por aquella vida feliz de niño que quedaba tan lejos. No tenía hijos y no sabía en qué momento los hijos dejan de serlo. Pero él había cesado. Fue una renuncia, o desidia, o buscar su lugar en el mundo, pero estaba claro que había perdido en el camino al niño que fue y todo lo que le importaba por aquel entonces. Creó una brecha tan grande que el Halcón Milenario podría surcarla. Lloró por perder a su padre, como perdió a su madre. Lloró por no tener la complicidad con él para saber de sus angustias con la destrucción de su obra urbana, del hastío, del rencor y el cansancio que lo llevó a planear la bomba. Lloró por no haberle contado nunca nada sobre su trabajo, hasta convertirlo en algo tan extraño que no era posible ni explicarlo. Lloró porque todo era una mierda y ni uno ni otro habían sabido acercarse. Eso fue lo único que verbalizó en alto porque lo único que no tenía arreglo era el pasado.

El duelo, o lo que fuera, duró tres días.

El tiempo que necesitó aislado.

Hablando en alto. Callando. Solo a la música le permitió habitar la casa. No encendió el móvil ni las redes, ni siquiera el televisor. Tampoco miró los relojes. Durmió cuando tuvo sueño y comió cuando sintió hambre. No fue un tormento ni una desintoxicación, fue simplemente el vacío tranquilo de quedarse en el andén mirando los trenes llegar y salir. No tomó grandes decisiones, tampoco tuvo una aparición mariana, simplemente se quedó fuera del tren y observó sereno.

Cuando llamaron al timbre, ya se había duchado, afeitado y encoloniado, dispuesto a volver a la vida. Pensó que lo primero no sería encender el móvil, sino salir a la calle, dar un paseo hasta un bar y tomar un vino. Al volver, lo encendería. Sabía que dentro lo esperaba toda la fauna de la jungla dispuesta a salir.

Le extrañó que alguien timbrase. Tal vez se habían equivocado o era un vendedor de alguna compañía eléctrica. Ni por un momento consideró que alguien se tomara la molestia de ir a su casa para ver si le sucedía algo. La sorpresa fue mayor cuando vio a Irene.

—¡Elías! —Irene lo miró de arriba abajo, tenía buen aspecto—. ¿Estás bien?

—¡Irene! ¡Qué sorpresa! Sí, sí.

Elías se alegró de estar justo recién acicalado. Ella olfateó la colonia que se había echado generosamente.

—¿Ibas a salir?

—Eeeh. Sí, sí. Justo ahora.

Ella seguía en el rellano sin pasar, se sintió un poco desconcertada. Pensó que tal vez había otra mujer dentro y por eso no la invitaba a entrar. Lo que estaba claro era que se encontraba bien y no le pasaba nada. Pasó de la turbación a casi el sonrojo.

—¿Quieres pasar?

Con la frase disipó sus dudas sobre si estaba acompañado.

Irene reaccionó antes de moverse, y desde el rellano le preguntó directamente.

—Elías, hace cuatro días que no coges el teléfono y lo tienes desconectado.

—Tres.

—No, cuatro.

—Vaya, pues he contado mal las noches. No he mirado el reloj.

Irene no entendía nada.

—¿No quieres pasar? —insistió, y ella accedió caminando despacio hasta el centro del salón. Se fijó en la manta del sofá. Un par de tazas vacías con algún resto de infusión, muñecos de *Star Wars* en la mesa. No había mucho desorden, pero había uso de la casa.

—¿No has ido a trabajar?

—He estado unos días en casa. ¿Quieres sentarte?

—No. ¿Sin móvil?

—Sí.

—¿Tú solo?

Le agradó el interés de Irene por ese punto y sonrió.

—Yo solo. ¿Quieres sentarte, por favor? ¿Te sirvo un vino?

—No —repitió enérgica de pie en medio de la sala—. Pero ¿has pasado el covid o algo?

—He desconectado. —Elías se sentó despacio, y ella decidió tomar asiento también, se la veía inquieta.

—¿De qué?

—De todo.

—¿Tú? —Estaba perpleja por lo extraño de la situación.

—Has venido pronto a Madrid esta vez. Me alegro de que estés aquí.

—He venido por ti. —Entonces era Elías el sorprendido y casi sonrojado—. Te he llamado mil veces. Y tu primo Antón también. Tienes un millón de mensajes, estaba apagado o sin cobertura. No sé, era todo muy raro y he decidido venir a contarte que han robado en tu casa. Bueno, en la de tu padre. Tienes que venir a Ferrol y, por Dios, enciende el móvil.

—¿Que han robado en el piso?

—Sí, han reventado la puerta. Te llamé y, como no respondías, avisé a Antón. Él se ha encargado de todo, pero tienes que venir a cambiar la puerta y a ver qué es lo que se han llevado.

Elías no respondió con la gravedad que esperaba Irene. Parecía verlo con cierta distancia.

—¿Te has drogado? —le encajó ella.

Él soltó una gran carcajada.

—¡No, por Dios! Es solo que llevo tres…, cuatro —se corrigió con el nuevo dato aportado por Irene— días fuera de órbita y no esperaba esto. Ni el robo ni tu visita.

—Si quieres, me voy —respondió un tanto molesta.

—No, no pretendía incomodarte. Me encanta que estés aquí. Es solo que necesito un tiempo de reactivación. Vamos a hacer una cosa —le propuso—: salimos, damos un paseo hasta la calle Ponzano, nos tomamos un vino, charlamos tranquilamente y, cuando

regresemos, me cuentas todo y enciendo el móvil. ¿Te parece? Solo un pequeño retraso en el regreso al mundo.

—Elías, ¿de verdad estás bien?

—Estoy bien.

Y así lo hicieron, se dieron un tiempo de prórroga antes de volver a la realidad.

La llamada

A Elías le costó asimilar que Irene había sido capaz de sacar unos billetes de avión e irse a Madrid solo para contarle el robo y cerciorarse de que estaba bien. Había mostrado un interés por él que desconocía.

Después del vino en la calle Ponzano, cenaron también por allí. No hablaron de trabajo, robos, ni problemas ni una sola vez y sorprendentemente, aún eliminando todos esos temas, aparecieron muchos otros sobre los que conversar y reírse.

Así que, al volver a casa, pasaron del móvil y se fueron directamente a la cama. Irene llevaba un corpiño azul de encaje y un tanga. Cuidaba su ropa interior. Cada vez que Elías la había desnudado se había encontrado con lencería finísima tremendamente sexy. Quería pensar que se la ponía para él, pero nunca se lo preguntó, por miedo a la respuesta. Disfrutaba creyéndose que lo hacía por él, ¿para qué saber la verdad?

A la mañana siguiente, él se levantó primero. Pasó por la sala, cogió el móvil, que se llevó al baño, y lo encendió, sentado en la taza del váter. Era un lugar apropiado para leer todo lo referente al trabajo y a lo que había sucedido. Antes, tuvo la precaución de quitarle el sonido porque estaba seguro de que entrarían mil mensajes, y así fue.

Podría agruparlos en tres categorías: compañeros de rodajes, cotillas que querían enterarse, y los de Antón e Irene. No había ninguno de los directivos de la productora que había prescindido de sus servicios, no esperaba arrepentimiento. Agradeció que tampoco

hubiese ninguno de Julen Etxanobe, tal vez se salvaba y nunca se enteraría de que lo había utilizado para conseguir la serie.

Si de algo estaba seguro, era de que Nuria Valdepiedra no iba a firmar el proyecto, ni siquiera sin él. Tras el desplante de no querer trabajar con ella, no aprobaría nada que ni remotamente hubiese pasado por su mano.

Fuera como fuese, a él eso ya le daba igual. No le importaba si el proyecto se hacía o no, solo lo sentía por Julen. Le había hecho una putada, y por su amistad había renunciado a otro contrato importante. Lo suyo era una traición y lo reconocía.

Esa vez, no cometió el error de cuando murió su padre y entraron todos aquellos mensajes. Esa vez dio prioridad a los de Antón sobre los laborales. Incluso decidió llamarlo. Salió del baño hacia la sala con intención de marcar, cuando el teléfono se le adelantó y sonó.

—Buenos días, le llamo del Hospital Arquitecto Marcide de Ferrol. ¿Hablo con el hijo de Mercedes García?

Elías respondió mientras interpretaba lo que escuchaba.

—¿Merceditas?

—Sí, de Merceditas. —A través del teléfono pudo intuir la sonrisa de la mujer por el diminutivo—. Soy enfermera, coincidí con ella hace poco, cuando la intervención ambulatoria, y en aquella ocasión me dio su número. Verá, hoy le daremos el alta y ha estado sola en su ingreso, me ha parecido que debía informarle de que debe recibir cierta atención y cuidados en los próximos días.

—¿Merceditas le dio mi teléfono?

—Sí, su madre vino sola a la cirugía y, aunque sea ambulatoria, no es recomendable. Por eso lo llamo ahora, después de este segundo ingreso.

—¿Qué le ha pasado? —se interesó.

—Ya me imaginaba que tal vez su madre no le había informado. Para la operación me costó mucho que me diera su número, no quiere molestar, supongo. Es una mujer de carácter. No ha sido nada grave, aunque podría haberlo sido. Ha sufrido un episodio de hipertensión, que ya está controlado, la hemos tenido un par de días

en observación, pero necesita cuidarse y debería tener un seguimiento. Con su edad debe estar acompañada —añadió comedidamente, pero con intención—. No sé si usted vive cerca. Si no es así, deberían ver la manera de estar pendiente de ella, al menos durante la convalecencia.

—Estoy en Madrid. Pero es que yo no… —Elías se frenó y no dio más explicaciones sobre quién era él y cambió su respuesta sobre la marcha—. ¿Cuándo dice que le dan el alta?

—Hoy mismo.

—Gracias. Me ocuparé en breve.

Cuando Irene despertó, organizaron el regreso juntos. Un regreso necesario para acabar con todos los problemas pendientes y dejar atrás más lastre.

Incluso, tal vez, Irene y él estaban iniciando una relación diferente.

Segundo regreso a Ferrol

Se propuso volver a Ferrol con otro talante. En los últimos treinta años, todas y cada una de las veces que había pisado su ciudad natal lo había hecho con prisas, con ganas de irse antes de llegar, con intención de permanecer poco y relacionarse con la familia lo menos posible. Eran visitas hurañas, casi desagradables para él, que siempre tenía tantas ocupaciones. Pero lo nuevo que entendió en sus días de encierro era que provocaba en los demás ese mismo sentimiento de visita huraña y desagradable. Entendió que su padre recibía a un hijo molesto por ir, irascible, que además no perdía ocasión de insistir en lo ocupado que estaba y lo mal que le venía el viaje en ese momento. Entendió que los demás veían a un primo que siempre llegaba de mala gana, quejándose. Todos esos años había sido un eterno adolescente malhumorado y carente de interés.

Eso comprendió, que no era poco. Y le dolió haberse comportado así.

Incluso pudo entender también que su padre mantuviese la distancia con él. Eso lo comprendió un poco después, el día que llamó la enfermera y supo que Merceditas no quería molestar al cabrón de su hijo, ni siquiera estando hospitalizada. Eso era lo que hacían los ancianos, evitar molestar, porque cuando molestaban veían malas caras y escuchaban reproches.

Por eso, Elías no deshizo el entuerto de la llamada. Por eso, aunque Irene no lo sabía, tenía intención de cambiar la puerta destrozada y preparar el piso y, esa vez, vivir allí los días que se quedara, en vez de ir de hotel. Por eso también había planeado que su primera parada sería para ver cómo se encontraba Merceditas.

—Me voy a arrepentir —pronunció en alto con una sonrisa, pensando en lo entrañablemente insoportable que era la anciana.

A su lado, en el avión, Irene dormía tranquila con la cabeza recostada en su hombro.

Elías encontró una extraña paz, teniendo en cuenta que estaba sin trabajo y sin buenos augurios para recuperarlo, pero le podía la sensación de reparar lo gilipollas que había sido.

Ferrol estaba mal conectado por tren. La mejor manera de llegar a casa desde el aeropuerto de A Coruña pasaba por alquilar un coche o subirse a un bus, que para él no era opción. Odiaba los autobuses desde crío, cuando muchos fines de semana sus padres se empeñaban en «enseñarle Galicia al niño» y los tres se montaban en buses de líneas con innumerables paradas y trazados más curvos que rectos. Siempre vomitaba. Viajaban en bus para ahorrar, como si lo necesitaran, o como si el coche, aparcado en el garaje, se gastara. En los ochenta, ahorrar era un concepto vital, proveniente de los años de régimen franquista. Durante mucho tiempo creyó que no podía viajar sin marearse, pero más tarde comprobó que sus mareos se limitaban a los autobuses y no le sucedían en coches particulares. Un neurólogo le contó en cierta ocasión que las migrañas que padecía estaban relacionadas con esa extraordinaria facilidad para marearse.

De todo eso habló con Irene. Su presencia lo ayudó a permanecer tranquilo y a casi no pensar en la serie ni en el futuro. Durante el vuelo decidieron alquilar un coche en el aeropuerto para llegar cómodamente a Ferrol, pero no fue necesario porque en la puerta de llegadas los esperaba el primo Antón, que disimuló su sorpresa cuando los vio salir cogidos de la mano.

La presencia de Antón encajó como la seda en el nuevo talante de Elías y en la intención de resolver todo lo pendiente. Se alegró de verlo.

Antón era servicial. Fue ordenando los pasos a dar mientras caminaban hacia el aparcamiento. Elías e Irene seguían cogidos de la mano.

—Te llevo al hotel, primo, para que dejes todo y nos vamos hasta el piso de tu padre para que puedas echar un vistazo, a ver si puedes valorar lo que se han llevado y completamos la denuncia por robo. Por cierto, supongo que el tío Manuel tendría un seguro que cubriera los daños y hasta cierto valor de lo sustraído.

—Pues no tengo ni idea. Me imagino que tendrá seguro de hogar. Tal vez esté pagado y siga en vigor. No lo sé, la verdad.

—Lo podrás comprobar en sus documentos o en el banco. Habrá algún cargo de la póliza.

—He descuidado un poco esos asuntos.

—No esperaba otra cosa de ti —se rio Antón.

Con elegancia y sin que se notara, su primo se deshizo de Irene. Le paró la primera en la puerta del edificio y ayudó a bajar sus cosas del maletero, de esa forma ya los dos solos irían al hotel a hacer el *check-in* y volverían a la casa.

—Nos vemos en un rato —se despidió ella en el portal.

—Cuando acabemos en el hotel y terminemos el inventario del robo, te avisamos —contestó Antón antes de arrancar de nuevo, dejando muy claro que no estaba invitada al momento de visitar el piso robado.

Irene se quedó contrariada por el nuevo protagonismo de Antón, pero se aguantó y subió a casa.

La reserva de hotel de Elías era para cuatro días. Por supuesto, Antón le ofreció su casa, pero la rechazó, una vez más y como siempre. Esperaba que cuatro días fuesen suficientes para instalar una puerta nueva y encargar la limpieza profunda del piso. No había compartido sus planes con Irene, pero sí lo hizo con su primo, a quien no le extrañó en absoluto. Era lo normal. Si alguien tiene un piso ¿por qué va a estar de hotel? Para Elías, en cambio, instalarse en casa era parte de su reconciliación y también de su arrepentimiento. Seguramente, su padre habría sido feliz de tenerlo allí todas aquellas veces que se fue al Parador. Ya no tenía remedio y

prefería no pensarlo. Era mejor no darle alas a la culpa. Porque la culpa no ayudaba a reparar, solo a sufrir, y él lo que principalmente precisaba era buscar un nuevo orden tras el caos. Por eso había parado su vida cuatro días, en los que se había decidido por completo a reconciliarse con Ferrol, con la familia y con él mismo.

Esa vez su habitación en el hotel no estaba en una planta de acceso por un único ascensor. Había perdido el encanto mágico del andén 9 y ¾ de *Harry Potter*. En la recepción estaba el hombre de siempre a cualquier hora. Era una tremenda coincidencia que siempre le tocara el mismo tipo, o tal vez ahí residía otra pieza mágica y aquel hombre no dormía ni descansaba.

Mientras se instalaba, su primo Antón se fue a aparcar el coche, y luego ambos caminaron hasta el piso, charlando sobre el triunfo de Antón hijo en el rodaje.

—Pero eso de que le dieran una frase… habrá sido cosa tuya, ¿no, primo?

—Te aseguro que no, fue el director.

—Su madre está loca por verlo. A mí también me hace ilusión, la verdad. Además, le ha venido muy bien; primo, todo eso del cine tiene un halo glamuroso y luego, cuando lo conoces, es un coñazo. Ya ves cómo vives tú, que no tienes vida ni tiempo para disfrutar lo mucho que has ganado. Yo tengo otro concepto de la existencia. El dinero no compensa si no se disfruta.

Unos meses atrás, Elías habría estado en absoluto desacuerdo con su primo y le habría explicado que, más allá del dinero, él trabajaba por puro amor a su trabajo, por la pasión de crear una ficción, de dirigir un equipo, de poner a andar la maquinaria tan pesada de los rodajes y conseguir que todo encajara. Ese era su disfrute. Pero, sinceramente, ya no podía decir lo mismo. Por encima de toda esa parte pasional y de realización personal, se habían instalado las miserias del poder, los favores y los intereses empresariales.

Antón cambió de tema nada más llegar al portal.

—¿Traes llaves? Abre el portal, que este asunto quiero que lo veamos los dos sin mirones —dijo en clara alusión a Irene—. Por cierto, ¿y tú cuándo te has ligado a esta? Vive con su marido, pero dicen que no están juntos. No sé, son modernadas que a mí no me gustan, pero tú estarás acostumbrado a esas cosas. Yo no soy de desorden, a mí el número dos me funciona mejor que el tres en cuestiones de pareja. —Se carcajeó—. No sabía que…

Elías lo interrumpió para no iniciar una conversación que no le agradaba.

—No tenemos una relación, si te refieres a eso. Solo nos hemos visto alguna vez.

—Ya veo ya que os habéis visto —rio—. Os habéis visto como Dios os trajo al mundo, por lo que parece. No me imaginaba que fueras tan rápido, primo. Que aún tienes a Julia de cuerpo presente —volvió a reír.

Elías puso mala cara y abrió el portal.

—Fíjate. No está forzado. Arriba hicieron un destrozo, pero con el portal de la calle fue un trabajo fino. Posiblemente, con un plástico. Es una cerradura muy simple —le hizo ver su primo.

Subieron los tres pisos sin que Irene saliera a saludar, aunque posiblemente había oído voces en las escaleras. Sin duda, había captado el mensaje de Antón.

Llegaron a la puerta del piso y allí corroboró que se habían cargado la madera a hachazos, o por el medio que fuese. No solo habían destrozado la cerradura, también la puerta, a la que, prácticamente, le faltaba un panel entero.

—Irene no tiene ni idea de cuándo hicieron esto, no suben mucho al trastero. Te lo habrá dicho. En fin, pasa, pasa. Echa un vistazo y tómate tu tiempo. Como si quieres quedarte tú solo a mirar qué falta y luego me llamas. No te precipites y piensa que mejor valorar lo que eches en falta calculando de más que de menos.

A Elías se le cayó el alma a los pies cuando vio todo tirado por el suelo. Habían volcado los cajones, vaciado los armarios, e incluso tirado los libros de las estanterías.

—¿Qué opinas? —preguntó su primo a la vista del desorden.

—No me lo puedo creer. Parecen vándalos. ¿Pero es necesario tirar todo así para robar? Parece una peli de gánsteres.

—Pues a eso quería llegar yo, Elías. Han vaciado a propósito todo, no es necesario montar este cristo para ver qué hay en los cajones o en los armarios. Y ven a ver esto.

Lo llevó a la mesita de noche y le enseñó los cajones intactos, en su sitio, mientras que habían vaciado la cómoda entera en el suelo. De la mesilla de noche del lado derecho de la cama, la de su padre, sacó un sobre con dinero.

—Tres mil euros —puntualizó—. Tu padre era un clásico, y muy ordenado, guardaba dinero en metálico en su mesilla. En un sobre, sin más. Solo debajo de los pañuelos, esa era toda la protección.

Elías recordó la bomba tapada por una sábana y el trastero con una cerradura vulgar y corriente. Suspiró solo de pensar en volver a verla.

—No me extraña, la verdad —comentó sobre su padre.

—Ahora cuéntame qué has revisado de todo lo que ahora es tuyo en esta casa. Porque tampoco me extrañaría que no sepas qué hay de valor. Si no te has llevado este sobre, supongo que no has buscado nada, ni siquiera has mirado en los cajones, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Es cierto. No sé cómo voy a hacer el inventario de lo que han robado porque no tengo ni idea de lo que había.

—Mira. —Antón abrió la mesilla del otro lado de la cama y sacó del cajón superior un joyero—. Son las joyas de tu madre. Echa un vistazo a ver si te parece que están todas.

Elías se sentó en la cama, volcó en la colcha el contenido y lo revisó intentando hacer memoria. No podía asegurarlo. Podía ser que no faltara nada. Identificó el anillo que su padre le regaló, hacía un millón de años, para pedirle matrimonio frente al mar y de rodillas. Se lo había oído contar también un millón de veces. Estaban los anillos que fueron su regalo en varios cumpleaños, las perlas que tanto le gustaban con un juego completo de collar, pulsera, anillo y

pendientes que su padre completó en varios aniversarios de boda. Y, así, con algunas joyas más que pudo reconocer.

—Yo creo, Elías —argumentó Antón de pie frente a él—, que todo esto es para llamar la atención. Aquí no han entrado ladrones, evidentemente.

—O han entrado buscando algo que no es de valor y han montado todo este circo para asustarme. ¿Crees que pudo haber sido la rondalla Acordes de Ferrol?

—No lo descartaría. No la rondalla entera, evidentemente, pero sí algún miembro exaltado que quiere darte un escarmiento por no devolver el libro de marras. Porque imagino que es cierto que tu padre se lo llevó sin permiso, y que tú no se lo has devuelto. Conociéndote, ni lo habrás buscado.

Elías afirmó con la cabeza. Ya comenzaba a darle vergüenza toda la dejadez que su primo siempre observaba en él, con toda la razón. Esas eran las cosas que venía dispuesto a cambiar, allí en Ferrol y en su vida, pero el pasado ya no podía retrocederlo. Solo podía reconocer su culpa.

—Lo imaginaba. De todos modos, esto no es una coña, Elías. Esto es un allanamiento, un delito, y si confirmamos que han sido ellos, se van a meter en un buen problema. Necesito hacer algunas averiguaciones, hablaré con Marcial, el director, pero, antes, debo saber los pormenores del problema que hubo con tu padre y la acusación que hacen.

—Eso te lo puede contar Merceditas. Ella estaba en el ajo del robo del libro. La rondalla expulsó a cuatro viejos por una nueva norma de edad. A mi padre y a sus amigos: Merceditas, Abel e Hipólito.

—Los cuatro jinetes del apocalipsis —rio su primo.

A Elías la frase le puso los pelos como escarpias porque poca gracia iba a tener todo cuando le contase también lo de la bomba. Lo haría, pero por partes.

—Merceditas y mi padre creo que han sido los artífices. Los demás, sospecho que lo sabían. Da igual, uno está muerto y otro

muriéndose.

—¿Y el libro? Si han dejado así el piso, supongo que no lo han encontrado y es un aviso.

—Lo buscaré.

—Hazlo, mira el trastero. ¿No lo habían comparado con el robo del Códice Calixtino? Pues el chorizo de ese caso tan famoso que trajo a la policía de cabeza lo tenía en una bolsa en su trastero —se rio—. Mi tío, con lo cabezota que era, no lo tomes como una ofensa, es una realidad, podría haber hecho lo mismo.

Elías asintió con la cabeza y dudó si proponerle subir en ese mismo instante y hacer juntos el hallazgo de los explosivos, pero estaba cansado del viaje y realmente ya tenía la excusa perfecta para encontrarla al día siguiente. «Calma», pensó, y le faltó un pelo para pronunciarlo en alto.

—Por cierto, me ha contado Irene que teníais a una chica interna, Ana. —Elías lo corroboró—. No tenía ni idea. Si es cierto lo que cuenta Irene, la has puesto en la calle de malos modos.

—Le di un sobre con 2500 euros. No podía irme a Madrid y dejar a una desconocida en casa de mi padre —se justificó.

—Y sospecho que no había contrato…, por esa manera de actuar.

—Antón, no había contrato ni esa mujer tenía papeles. Era venezolana. Sin papeles, ella misma me lo contó. Sé que no actué correctamente, pero ya me dirás qué otra cosa podía hacer. No voy a dejar a una desconocida en el piso, sin alquiler. Imagínate que lo llena de gente, o se apropia de él. Lo que no entendí nunca es que mi padre la tuviera en casa. Era una chica amable, también te lo digo, pero sabes lo estricto que era él con todas las normas y la burocracia.

Elías volvió a pensar en la bomba y no insistió en la seriedad de su padre, que pronto estaría en entredicho.

—Merceditas la conocía. Me llamó muy alterada, hace poco, para decirme que Ana había desaparecido —continuó.

Antón tenía gesto serio y preocupado.

—Si la chica estaba sola y sin papeles, puede haber tenido problemas. Los círculos en los que termina cayendo esta gente están llenos de tipos sin escrúpulos. Creo que tenemos que ir a ver a Merceditas cuanto antes.

Denuncias

—Antón, soy Román. Oye, ¿tú puedes pasarte por la comisaría ahora? Ya sé que no estás de turno hasta mañana. Hay aquí una señora que habla de la desaparición de una chica, entró preguntando por ti, y se ha enzarzado a golpes con dos de la rondalla Acordes de Ferrol, que venían a poner una denuncia contra tu primo. Hemos tenido que separar a la vieja, que les ha dado unos bolsazos delante de toda la policía de Ferrol y se ha quedado tan ancha.

Antón tuvo un retardo de unos milisegundos en captar e interpretar el mensaje de su compañero.

—¿Se llama Merceditas?

—Mercedes García Fernández. Aquí la tenemos. ¿Entonces puedes venir? Solo quiere hablar contigo.

Elías se acercó desde la habitación de al lado al oír el nombre de Merceditas.

—¿Todavía están ahí los de la rondalla?

—Sí, los tenemos aquí al lado, ahora interponen otra denuncia por agresión contra esta señora.

—La han expulsado de la rondalla por ser mayor. Le habrá dado un pronto, pero, bueno…, si no llevaba un ladrillo en el bolso, no creo que sea una agresión, ¡hombre!

—Esto no tiene recorrido, pero quieren ponerla. También te digo que si tuviera el ladrillo en el bolso les daba más a gusto. Les ha llamado de todo. No sabía que las rondallas expulsaban a los miembros mayores. Pero si hay gente de todas las edades, ¿no? A mí me encantan las rondallas.

—Román, vamos a hacer una cosa: manda a la señora para casa. Dile que ya voy yo a visitarla, que no se preocupe. Y a ver si me retenéis un segundín a los de Acordes, que voy enseguida. Tardo quince minutos. Me da que no son trigo limpio, para mí que pueden haber tenido algo que ver con el robo de hace unos días en casa de mi tío. No les avances nada, pero quiero hablar con ellos.

—Dicen que tu tío les ha robado un libro de recuerdos de gran valor sentimental y que tu primo lo oculta. Pero lo cuentan con una gravedad que ni el robo del Códice Calixtino. En fin, no tardes, que si se quieren ir no puedo retenerlos. Y a ver si esa señora se va a casa de buena gana.

—Ya estoy saliendo —colgó Antón y se dirigió a Elías—. No te lo vas a creer…

Pero el umbral de la incredulidad para Elías estaba muy alto desde hacía meses.

Mientras él llegaba caminando a la comisaría, Román envió un coche patrulla para acercar a la anciana a casa. Sorprendentemente, no se resistió y logró convencerla solo con prometerle que Antón iría a verla. Parecía muy cansada. Aunque les dijo, reiteradamente, que se encontraba bien.

Marcial, el director de la rondalla, y Serafín permanecían sentados en la sala de espera. Cuando Antón llegó, los saludó y los invitó a pasar a un despacho libre con una mesa y dos sillas, en las que tomaron asiento. Él se sentó enfrente.

—Verán, quería hablar con ustedes —dijo mientras ojeaba la denuncia impresa— porque no sé si saben que hace unos días alguien entró en el piso de la persona a la que ustedes acusan de haber robado su libro.

Se miraron.

—¿En la casa de Manuel?

—La misma. Es un tercero, como sabrán, pero los vecinos no han oído nada.

—Pues no teníamos noticia. ¿Y han encontrado el libro?

—No lo sé. ¿Ustedes creen que puede haber alguien de la rondalla tan enfadado como para cometer un allanamiento de morada? Porque eso es un delito.

—¡También es un delito robar! —se alteró Serafín.

—Déjame a mí, Serafín, que aún van a pensar que tenemos algo que ver. ¿Pero usted cree que si hubiéramos entrado ilegalmente en el piso de Manuel estaríamos ahora denunciando a su hijo para que nos devuelva el libro?

—Verán, uno no puede ir por ahí acusando a muertos de haber hecho cosas que no pueden demostrar. Aunque sea un simple hurto, porque el valor sentimental no es contable y el libro, señores, no tiene valor.

—¡Eso lo dice usted, que es sobrino de Manuel! —bramó de nuevo Serafín.

—¡Que te calles, hombre! —volvió a reñirle el director—. Le repito que nosotros no hemos entrado en ese piso ni legal ni ilegalmente. Jamás hemos estado ahí. Pero, si lo del robo es una estrategia para decir que alguien se ha llevado por segunda vez el libro, tampoco nos lo creemos. Ustedes son de la policía, así que búsquenlo, que hemos puesto una denuncia.

—Su tío era un cabrón, todo el mundo lo sabe, y su hijo es un tipo que se las da de importante y nos ha tomado por gilipollas. No ha movido un dedo para buscarlo. ¡Que aparezca el libro! —Serafín volvió a hablar y esa vez el director estuvo de acuerdo con sus palabras.

—Escúchenme, no se acerquen ustedes a Elías ni a Merceditas. Yo echaré un vistazo a lo del libro, pero, como hayan tenido algo que ver con el destrozo del piso, se les va a caer el pelo.

—Pues trato hecho, y vaya buscando a quien ha entrado en ese piso porque nosotros no hemos sido. Y ahora nos vamos.

Los rondallistas abandonaron la comisaría y Antón se quedó con la duda sobre si decían la verdad.

Mientras tanto, Merceditas llegaba a casa. En la puerta, agradeció a los policías que la hubieran llevado en coche, cuando oyó una voz tras ella.

—¿Mamá? ¿Qué ha pasado? ¿Vienes en un coche de policía? —se oyó en la acera.

Y la mujer se quedó petrificada viendo ante sus ojos a Carlos.

—No se preocupe, señor, la hemos traído de vuelta de comisaría simplemente.

—¿Qué hacías en comisaría?

—Muchas gracias, agentes —repitió la mujer, que se alegró y se afligió a partes iguales con la inesperada visita de su hijo.

El coche arrancó y ella le dio un abrazo y un beso.

—Carlos, ¡has venido! Pero qué alegría y qué sorpresa.

—Tienes el móvil apagado, estás mayor, mamá. Y no gano para sustos, te mareas al teléfono, te quedas sin móvil y te trae a casa la Policía Nacional. ¿Qué es eso de que vienes de comisaría?

—Vamos a casa, anda. ¿Te vas a quedar unos días?

La respuesta, por primera vez en años, fue sí. E, inconscientemente, Merceditas se preparó para lo peor.

La verdad

Llovía. Pleno verano, y llovía. Llovía con ganas. El suelo parecía capaz de absorber cualquier cantidad de agua. En Levante con mucho menos habrían estado inundados. Julen Etxanobe calzaba sandalias cuando aterrizó en Santiago. Había dormido todo el vuelo porque se había tomado a deshora el Lorazepam; por eso, cuando aterrizaron y miró por la ventanilla, le pareció haber saltado en el tiempo más que en el espacio. Parecía que se había plantado en pleno invierno. Así llovía.

Dos veinteañeros se levantaron los primeros por el pasillo para pedirle un autógrafo y montaron un pequeño tumulto al intentar regresar, contracorriente, a por sus maletas de cabina en medio de enfurecidos pasajeros que solo querían bajar cuanto antes.

A Julen le molestaba la lluvia, como le molestaban las traiciones y las falsedades. No había anunciado su visita a Ferrol ni había contactado con Elías, aun a riesgo de que no estuviera allí, como le habían dicho algunos miembros del equipo. Pero quería pillarlo por sorpresa y ver su cara delante, mirarlo a los ojos y preguntarle si lo había engañado. Para eso venía, manteniendo una pequeña llama de presunción de inocencia.

Se subió a un taxi.

—A Ferrol, una hora —le dijo el taxista.

Le pareció mucho más de lo que él pensaba, no se había molestado en mirar el mapa. Simplemente sabía que Santiago, adonde había llegado en avión, y Ferrol eran dos ciudades de la provincia de A Coruña, y que Ferrol estaba más arriba y tenía mar.

—Pues una hora… —le contestó.

Su amiga Alexandra le había conseguido la dirección del hotel de Elías, y él se alojaría en el Parador, por lo que pudiera pasar. Mejor no convivir bajo el mismo techo y la misma recepción.

Algunos tramos de la autopista tenían la señalización casi borrada. El guardarraíles le servía al taxista de orientación para no salirse del carril con tanta lluvia. Pese al tiempo, Julen llevaba gafas de sol y sandalias. Las gafas no se las quitó e intentó seguir durmiendo un poco más en el coche. Y las sandalias eran un error sin remedio. En el Caribe lo había pillado mil veces la lluvia torrencial en chanclas, y no pasaba nada. El agua entraba y salía, a buena temperatura, en media hora el sol calentaría de nuevo. Pero en Galicia no; aunque las temperaturas no eran bajas, cuando cesara la lluvia, si cesaba, no calentaría el sol secándolo todo.

—Es usted Julen Etxanobe, el actor, ¿verdad? Disculpe que me entrometa.

—Sí, lo soy.

—Si pretende pasar desapercibido aquí, esas gafas de sol, con la que está cayendo, es como llevar un pasamontañas. Llaman aún más la atención.

—No las llevo para pasar desapercibido, son para dormir en el taxi.

—Ah, mis disculpas, duerma, duerma.

Dos días antes, los directivos de la productora habían convocado a Julen a una reunión. Román, el director, y sus dos colaboradores y socios, Ricardo y Ernestina, acudieron al vestíbulo a recibirlo. Abrazos, besos, palmadas en la espalda y una inexplicable atmósfera de tensión que Julen captó inmediatamente.

Él ya estaba al tanto del despido de Elías, como toda la profesión, y creyó que la reunión pretendía asegurar que su presencia en la serie no estaba en peligro tras echar a su gran amigo. Pero no era así. La intención de los directivos era romper su unión con Elías al

contarle la artimaña sin escrúpulos que había utilizado. Creían que eso pondría a Julen del lado de la productora.

Lo condujeron a la misma sala de reuniones en la que habían citado a Elías pocos días antes.

—Bueno, Julen, ¿te apetece un café? —Román tomó la palabra.

—No, gracias. No tomo café.

—¡Ah! Eres de esos actores sanos —apostilló Ernestina con poca sensibilidad.

Román continuó:

—Voy directamente al grano, Julen. Agradecemos muchísimo tu presencia aquí, es sin duda un acto de buena fe y respeto por tu parte. No se nos escapa que eres un amigo muy cercano de Elías y ya sabrás que nosotros hemos prescindido de sus servicios. Yo quiero explicarte, personalmente, qué ha pasado porque tú sigues siendo un gran activo para nosotros.

Julen escuchaba en silencio.

Ricardo, mientras, se despistaba del mensaje, observando con curiosidad el pelo de Julen, que le parecía más espeso que la última vez que lo había visto. Por eso, se dedicó a buscar algún indicio de implante capilar, que no pudo detectar, evidentemente, más allá de la sospechosa frondosidad.

Román avanzaba en su discurso.

—Sabes que la serie internacional en la que trabajamos, y que desde hace ocho meses está en fase de desarrollo, es ahora mismo nuestro proyecto más ambicioso. Elías se incorporó a ese proyecto para llevar toda la monstruosa producción que necesita.

—Es el mejor —opinó Julen sin que nadie lo corroborara en la mesa.

—Como sabrás, ha habido importantes movimientos en la cúpula de la plataforma que valora nuestro proyecto y Nuria Valdepiedra ha quedado finalmente al frente. Elías no podía permanecer en el proyecto, sería un suicidio, se odian. Pero queremos que sepas que nuestro objetivo sigue siendo firmarla y que tú la protagonices.

Julen mantuvo un instante de silencio.

—¿Cómo que firmarla? Elías me dio plazos de rodaje, confirmamos con mi representante, que, por cierto, debería estar invitada a esta mesa. Esos plazos coincidían con otro proyecto internacional que rechacé por este.

Los tres movieron la cabeza en señal de desaprobación de la palabra de Elías, como si no estuvieran al tanto de lo que hacía.

Ernestina tomó la palabra.

—No te voy a mentir. Nosotros sospechábamos que Elías tenía esas prácticas. Tu nombre era importante para que el proyecto entusiasmase más a la plataforma, pero siempre fue un proyecto, no una realidad. Solo está en desarrollo. No hay plazos ni seguridad de rodarlo, más allá del interés que han demostrado hasta ahora.

—De hecho, por eso estamos aquí. Has perdido otra serie, lo sabemos, pero esta no está perdida. Queremos que sigas apoyándonos porque vamos a luchar por firmarlo.

Julen estaba abrumado. Le costaba creer el comportamiento de Elías.

Los directivos continuaron hablando, pero él ya no escuchaba, solo se levantó de la mesa y todos lo siguieron.

—Debéis hablar con mi representante. Tendréis noticias. Buenas tardes.

Los dejó plantados y sin más información sobre sus intenciones. Un comportamiento muy parecido al de Elías, como Ricardo le hizo ver a los demás.

Julen intentó controlar la ira y los nervios, también su impulso de sacar el teléfono y llamar a Elías. Se preguntó si esa mentira sería la razón por la que no le había contestado el par de veces que quiso hablarle tras enterarse del despido. Él era un hombre hiperconectado, siempre pegado a un teléfono móvil. Le había extrañado.

Se fue a casa y allí decidió visitarlo en persona. Cuando llegó a su piso en Chamberí, no lo encontró, esa era la razón por la que se fue a Ferrol. No le importaba el tiempo ni la distancia, le importaba saber si su amigo le había hecho una jugada tan miserable.

Ya no fue capaz de conciliar el sueño en el taxi, a pesar de que cerró los ojos e intentó no pensar. La hora se hizo corta. Ferrol era más grande de lo que él se imaginaba. En el camino había dejado de llover y, aunque no calentaba un sol del Caribe, por lo menos no se mojó los pies y las sandalias eran menos absurdas.

Desde su habitación del Parador se veía el mar. Vistas portuarias de una ciudad que combinaba las grandes grúas de los modernos astilleros con un par de fragatas grises, color mar, coronadas por antenas de telecomunicaciones. Las dos cosas lo sorprendieron y lo fascinaron. En recepción le aconsejaron un paseo por el Ferrol modernista y le marcaron algunas casas próximas a visitar. Tal vez daría ese paseo, no sabía si solo o todavía conservaría a su amigo Elías.

Entre las muchas manías de Julen, estaba la de deshacer las maletas y colocar la ropa. No hacerlo le impedía tener paz, por pocas prendas que fueran, como era el caso.

Y, por fin, salió a la dirección de Elías que había conseguido. La buena noticia era que estaba alojado allí; la mala, que no se encontraba en el hotel.

El recepcionista lo reconoció y fue extremadamente amable.

—Si le puede servir de ayuda, el señor Riande es hijo de un conocido vecino que ha fallecido este año, fue arquitecto municipal toda la vida, y vivía cerquita. Tal vez pueda encontrarlo allí.

—Ah, estupendo, pues si me puede dar la dirección…

—Claro, claro, ¿y usted podría firmarme un autógrafo para mis hijos?

Ese fue el pago por tan buen servicio.

A Elías se le congeló la sangre cuando, en la imagen distorsionada del telefonillo, apareció Julen Etxanobe. Le abrió, indicándole que subiera por las escaleras porque no había ascensor y, sin aguardar a que llegara, comenzó a bajar rápidamente a su encuentro, que se produjo a la altura del primero. En los dos pisos que bajó

apresuradamente, solo podía pensar que se había equivocado al dejar Madrid sin zanjar también ese asunto porque Julen realmente le importaba y debía haber dado la cara.

Se saludaron con prudencia. Ni Elías sabía el grado de cabreo de Julen, ni Julen sabía la implicación real de Elías.

—Sube, por favor. Ya ves, no hay ascensor y son tres pisos.

Julen continuó el ascenso en silencio. Un extraño silencio entre los dos.

—Es la casa de mi padre —dijo abriendo la puerta.

Julen accedió despacio. Todo lo que veía coincidía con la descripción que tantas veces le había hecho su amigo de aquella casa anclada en su adolescencia. Un mueble de recibidor de maderas nobles con un teléfono *beige* tipo góndola y una lámpara de tulipa verde. Era tan demodé que podría haber sido el último grito en la casa de alguno de sus amigos modernos.

Elías habló en alto:

—Irene, ha venido Julen.

Y del fondo del pasillo surgió Amonet pisando el parqué con tacones de aguja. Su visión lo perturbó. Se sintió excitado y molesto. Conocerla en su vida anónima resultaba extraño y no le agradaba. La diva debía permanecer en su estatus, no quería conocerla en otro rol. No debían haber tropezado. Ella saludó amablemente. Era evidente que la ama no reconocía a uno de sus esclavos enmascarados.

Lo había elegido en varias ocasiones, ¿cinco, seis? No habría sabido especificarlo. Tal vez solo cuatro o cinco, no era fácil llegar hasta la sala, y una vez allí eran las dominatrices las que elegían a sus dominados. Había estado en la sala en más ocasiones de las que Amonet lo había escogido. Para él era una gran reina. Le provocaba dolor, placer, humillación, lo llevaba a extremos difíciles de explicar a cualquier humano que no disfrutase con esa perversión. Porque realmente eran perversiones extremas. Julen se sintió muy a disgusto con la situación.

Ella saludó amablemente, le dio dos besos y él tembló. Se preguntó qué hacía allí, se respondió que estaba con Elías, eso ya lo sabía, pero no la magnitud de su relación. Estaba claro que eran amantes. Pensó que probablemente él no sabía quién era Amonet, aunque había una remota posibilidad de que compartieran afición. No. Lo descartó. No era posible la dominación desde la pareja. No funcionaba así, por lo menos de la manera en que Amonet lo practicaba, sin querer ver la cara de sus esclavos, pero conocedora de que eran personas poderosas. Dudaba de que pudiese funcionar en pareja.

Julen sudaba.

Aún no se podía creer que estuviese allí aquella mujer.

—Os dejo solos. Bajo a mi piso.

Amonet se iba, Julen respiró, la presión en su pecho y en su bajo vientre cesaba. Respiró.

Los amantes se despidieron con un beso en los labios.

Resolvió que Elías no podía saberlo y, tan pronto se cerró la puerta, se sintió poderoso. Tenía un as en la manga, aunque era de doble filo.

Poder notarial

Hay algo en las madres que no les permite aceptar del todo la realidad de un mal hijo. Por eso, les dan infinitas oportunidades de repararse, y en cada una confían en conseguirlo. Cuando el *boom* de la droga y de los narcos en Galicia, las madres de todos aquellos chavales deslumbrados por el dinero fácil de las descargas y el trapicheo, que terminaron consumiendo, hicieron lo indecible por sus hijos, hasta conseguirles las dosis cuando sufrían el mono, aun sabiendo que era otro peldaño más hacia una mala muerte. Una de ellas era su prima Carmen. Merceditas no comprendía cómo volvía a abrirle la puerta de su casa al mal hijo, sabiendo que en breve le robaría, o se pondría fatal y ella misma tendría que conseguirle la dosis, o que le mentiría y desaparecería otra vez, como siempre, hasta la sobredosis final. Muchos años después, curiosamente, fue ella quien advirtió a Merceditas de que no avalara a su hijo con la vivienda. Todos los demás sabían con certeza lo que iba a pasar. Merceditas lo avaló igual y perdió su piso.

No había tanta diferencia entre unas madres y otras. No perdonaba a Carlos, pero tenía infinitas mejillas para poner otra. Porque, si no intentaba darle una oportunidad más, entonces tendría que aceptar quién era, y aceptar que un hijo es mala persona va contra natura. Porque ella lo había parido, lo había criado, lo recordaba siendo un niño feliz, podía traer a la memoria los besos, los abrazos, la cara de alegría cuando llegaba a casa después de trabajar. En algún lugar, dentro del hombre miserable, tenía que estar ese niño. Quería creerlo.

Carlos esa vez también había regresado a por más.

Como siempre, primero se quejaba sin cesar. Se lamentaba del trabajo, seguía con una letanía sobre sus achaques de espalda, los kilómetros al volante, y también la edad, porque ya pronto debía jubilarse, pero le quedaría una pensión de mierda. Merceditas lo escuchaba al tiempo que lo observaba.

No podía decir que se pareciese a nadie conocido de la familia en su forma de ser, pero físicamente tenía mucho aire a su padre. Las cejas, el pelo ondulado, la mirada, todo eso era de su padre, aunque el mentón de Carlos era más prominente, y su sonrisa, absolutamente diferente. Pero en el tercio superior de la cara veía a José. Qué joven se había muerto. Ni siquiera lo había visto envejecer, tal vez por eso su hijo tenía un aire, pero no era clavado a él. El hijo era mucho mayor que el padre.

Ella estaba sentada en sus sofás rojos de sala de espera y él caminaba por delante en círculos, soltando el discurso.

—Me has dado un gran susto, mamá. Que yo ya no estoy para estas cosas. Estoy mayor y cansado de tanto trabajar para ganar una miseria. Tú tienes tu pensión, pero yo sudo mi salario. ¿Sabes que los hombres de mi edad están en el grupo de mayor riesgo de infarto? Es que te lo digo en serio, mamá. Es un sinvivir saber que estás aquí sola, en la vivienda del estudio de fotos. Un día te encontraremos muerta. —Merceditas pensó que, incluso para hablar de ella, hablaba de él.

—Yo me encuentro bien, Carlos.

—¡Pero, si acabas de salir del hospital, mamá!

—No es grave. Ha sido un vahído por la tensión. Me han tenido más tiempo de lo normal allí porque soy mayor, pero estoy bien. Llámales y te lo dirán.

—Esto es una locura, mamá. Vengo asustado porque te desmayas al teléfono, luego te quedas sin batería y al llegar me entero de que tienes ese esparadrapo en la cara porque acabas de operarte de un lunar, según dices, que a saber lo que te han quitado con esa cicatriz tan grande. Por si fuera poco, apareces en un coche patrulla porque

vienes de denunciar la desaparición de una mujer extranjera que dices que conoces. ¿Pero no ves que no estás bien, mamá? Haces cosas sin sentido.

Merceditas pensó que había hecho bien en no contarle lo de la rondalla, porque sería mucho peor.

—No hay nada extraño, Carlos. Tengo mi vida. Hago cosas, voy al médico, compro, cocino y tengo amigas, ¿qué hay de raro?

—Todo es raro, mamá. No estás bien así. Y puede ir a peor.

—No voy a ingresar en una residencia, si es eso lo que vienes a decirme.

—No, mamá. Pero tenemos que prever lo que puede pasar. Imagínate que pierdes la cordura. Lo normal con tu edad es que vayas perdiendo facultades, y lo sabes. De hecho, ya has empezado y no quieres reconocerlo.

Merceditas se alteró.

Aquella charla era lo último que necesitaba para su salud y para la vida tranquila que la doctora le había recomendado.

—No estoy incapacitada, rijo perfectamente y cualquier médico lo puede ver —le asestó muy firme y segura, por si su hijo estaba pensando en incapacitarla legalmente.

—Mamá —Carlos se sentó a su lado y bajó la voz—, yo estoy lejos, no puedo cuidarte bien. Sé que ahora vas tirando, pero en cualquier momento puede pasarte algo. Imagina que no puedes atender las cosas, ir al banco, tomar decisiones sobre tu propia salud. Si eso pasara, tardarían mucho tiempo en arreglar los papeles, tendría que dejar mi trabajo para atenderte. Tenemos que prevenirlo.

Merceditas no entendía adónde llevaba la conversación si no era al recurrente tema de ingresar en una residencia.

Carlos se explicó.

—Este revés de salud que has tenido, mamá, deja muy claro que tenemos que ir a un notario para que me firmes un poder y que yo esté autorizado para gestionar todo. Mañana a las cinco nos atiende el notario de la plaza de España.

Merceditas notó su corazón a mil revoluciones.

—*¡Non estou para ingresar en ningún sitio!* —se defendió.

—No he hablado de ingresarte en ningún centro, mamá. He hablado de firmar un poder notarial a mi favor, por si te pasa algo. Te libera de que estés pendiente de cualquier gestión. ¿Recuerdas cuando te cambiaste de compañía eléctrica sin saberlo? A los viejos incluso os pueden timar, mamá.

—¿Pero con ese poder tú podrías vender este piso o gestionar mi cuenta bancaria mientras estoy viva?

—Es una prevención, mamá.

El timbre sonó en plena discusión y en la puerta, tras la reja echada, se apreciaba la silueta de un hombre. Carlos se extrañó.

—Será un cliente —habló la mujer.

—¿Qué cliente, mamá? Si llevas años cerrada.

—Bueno, hay gente que aún no lo sabe —se justificó malamente porque su hijo no sabía que el estudio fotográfico seguía en activo.

Carlos se dirigió a la puerta. La abrió, pero mantuvo la reja cerrada y, con ella de por medio, le habló.

—Buenos días. Me llamo Antón Taboada, soy sobrino de Manuel Riande, el amigo de su madre, soy policía nacional. ¿Podría hablar un instante con ella?

—No.

—¿No? Verá, no pretendo molestar, simplemente es para charlar sobre su visita a comisaría.

—Mi madre es mayor y no se encuentra bien.

—Eso me lo puede decir ella, ¿verdad? Vino a comisaría por un tema específico que no pudo denunciar porque le dije que yo mismo la visitaría.

—Mi madre no sabe lo que hace. Gracias por venir, pero no tiene nada de qué hablar con la policía.

Volvió a entrar y Antón se quedó fuera.

Confesiones

En circunstancias normales, la visita de Julen habría sido una gran fiesta. Elías se habría lanzado a su cuello para abrazarlo como un niño. Lo habría guiado por todo Ferrol, desde el puerto a la ruta de los edificios modernistas. Habrían reservado para comer en cualquiera de los muchos locales de hostelería maravillosos que había. Habrían paseado, le habría enseñado su colección de figuritas de *Star Wars* y se habrían reído con su PC Amstrad y el montón de cintas de juegos. Tal vez incluso se habrían echado una partida. Pero nada de eso encajaba ahora. Las circunstancias eran otras. Ambos se sentaron en los sofás de la sala con caras largas y la confianza traicionada.

Toda la sala era oscura. Como el resto de la decoración de la casa. A Julen, que vivía en su chalet de ambiente nórdico en plena Andalucía, le parecía triste. Era una casa en la que no querría vivir. Los tonos oscuros absorbían la energía y allí, desde las puertas o la madera del suelo, el caoba de los muebles o el verde botella de los sofás, todo se comía la luz. Pero, como decorado, resultaba un ambiente perfecto para rodar una escena de dos amigos al final de su camino juntos. Cualquier director de arte le habría dado su aprobación.

Elías habló primero.

—¿Cómo me has encontrado?

—Alguien de tu equipo me dijo en qué hotel estabas, y parece que todos os conocéis aquí.

—El recepcionista te ha enviado a esta casa —dedujo—. Claro, conocía a mi padre. Él era el famoso. Era un excelente arquitecto

municipal desde los tiempos en los que los ciudadanos pedían cosas y opinaban del urbanismo.

Julen fue capaz de sonreír.

No tuvo que preguntar, Elías se lo puso fácil y se sinceró.

—Me alegra mucho verte aquí, Julen, porque, si has venido, es porque te importa nuestra amistad, y si te importa nuestra amistad, me darás una oportunidad para explicarme.

Julen no contestó. Se limitó a mirarlo muy serio.

—He metido la pata, mucho. No solo contigo. Con muchas otras cosas. Personas —se corrigió—. He metido la pata contigo y con muchas otras personas —repitió y se escuchó decirlo—. Te lo voy a contar todo. Absolutamente todo. Y no es fácil. Me he pasado años, prácticamente toda mi vida adulta, dándoselo todo al trabajo. Todo. Lo nuestro es excesivo, lo sabes. Todo se magnifica. La producción entera pasa por mí, los presupuestos millonarios y todo tipo de negociaciones, desde los famosos al taxista, desde el tornillo hasta la viga que sujeta la construcción, desde tu contrato millonario hasta la calidad de la grabación; eso hago, construir películas, series, y creerme imprescindible. Salvamos el mundo cada día, pero no nos salvamos a nosotros mismos. Había otras maneras, no todo lo importante en la vida estaba ahí. Había más cosas fuera, como Julia, mi padre o tú. Utilicé tu nombre para presionar más. Ellos lo sabían, Román, Ricardo y Ernestina, pero no me lo han pedido, yo solo hago esas cosas. No una, muchas veces. Te he mentido. La producción nunca fue segura, y contigo ya lo hice en otra ocasión, nunca te enteraste. Eres muy querido por el público, Julen, eres la viga que apuntala el éxito.

—No me lo podía creer. O tal vez sí. Pero quería oírlo de ti.

—Pues te lo estoy contando, te he engañado y utilizado. Dejé que perdieras esa gran serie por la nuestra sin firmar. La jugada tendría que haber salido bien, pero no ha sido así, me he quedado con el culo al aire. Y me alegro. Tenía que pasarme. Cuando se declaró la huelga de los váteres químicos en Madeira, y todo aquel sindiós en las redes, no me fui, me quedé a arreglarlo y llegué tarde al entierro

de mi padre. Pero en ese momento ya llegaba una semana tarde a su enfermedad, que pasó sola Julia. Y también llegaba años tarde a su vida de jubilado. Cuando murió mi madre, mi padre se quedó sin ella y sin mí. Por puro egoísmo. Yo me dediqué a mi feroz vida en el cine y cesé como hijo. Él fue tan generoso que me dejó ir, no molestó. Todo eso lo aprendí esos días, Julen. Mi padre me dejó ir porque ellos no quieren molestar. Yo lo hacía sentirse un estorbo en mi vida. No era un tipo cariñoso, pero, sobre todo, no era idiota y a mí todo esto me molestaba —dijo, señalando el piso.

Elías pretendía seguir, pero Julen se puso en pie.

—A mí me da igual todo eso que me cuentas, Elías. Si has hecho terapia, bien por ti. Pero no te quita responsabilidad, has traicionado a tu mejor amigo.

—Lo sé. Solo te pido contártelo todo.

Julen pensó en irse, ¿por qué quedarse a escuchar? No quería una disculpa. No sería suficiente tras romper una amistad tan firme. Pero no lo hizo. Se sentó de nuevo, en un gesto de última concesión.

—Gracias.

—Acaba.

Elías asintió con la cabeza y continuó hablando sentado frente a él, en el otro sofá verde aterciopelado de dos plazas y separados por una mesa de madera noble de caoba con un cristal empañado por el polvo de meses.

—Mi padre estaba harto, Julen. Harto de estar solo, harto de este mundo mercenario, de los que no respetan a los mayores, harto de ser viejo, harto de mí, que he sido una mierda de hijo, harto de haber volcado todo su tiempo y su soledad en la obra pública para que esos desgraciados la destruyan. Toda, una tras otra, solo por gastarse los fondos, o por moda, o porque sí. Harto porque lo echaron de la rondalla por desafinar y por ser un pesado. Mi padre era pesado, ¿sabes? Pesado e impertinente muchas veces. Era ese grano en el culo del que siempre busca la corrección y nada le vale. Estaba tan harto que ahí arriba, en el trastero, hay un artefacto explosivo listo para reventar una plaza de Ferrol. Y yo todavía no he

entregado la bomba, incluso he fantaseado con usarla en alguna ocasión. Estos meses mi padre me ha dado una lección de vida inmensa. Él y Merceditas, Abel e Hipólito —se rio—. ¡Qué pandilla, por Dios! No entiendes nada, lo sé. Pero me han pasado muchas cosas. Y mientras todo eso sucedía, igual que yo te traicioné a ti, la profesión me traicionó a mí. No fue Román, ni la Valdepiedra, ni los huelguistas de los putos váteres químicos, fue la profesión. Toda. La profesión no valía las personas que he dejado en el camino. Ahora tú eres una más.

Se hizo un silencio.

Elías volvió a hablar.

—Vaya escena dramática me acabo de marcar —dijo con sorna—. Todo es cierto, Julen. Muy resumido y mal explicado. Y ni te he contado lo de la rondalla o lo de Ana, o las cosas de Merceditas… Te explico todo esto, pero no tengo perdón. Nunca te habrías enterado si hubiera salido bien, seguirías siendo mi amigo, pero eso no me haría mejor persona. Soy un miserable. Tenía que habértelo contado en Madrid, pero volví antes por Merceditas.

Julen seguía impertérrito.

El silencio molestaba a los oídos. A Elías le molestaba porque su conciencia no estaba tranquila.

Julen lo rompió.

—Merceditas… ¿quién es?

Elías sonrió.

—Una vieja insoportable como mi padre. Una buena mujer.

—Y lo de la bomba…

—Es cierto…, en estos días voy a dar parte a la policía.

—Tu padre construyó una bomba —repitió.

—Con sus amigos…, pero, bueno, sí, la construyó él con apuntes sobre voladuras de obras y material que se trajeron ilegalmente de Portugal…

Julen se puso en pie.

—Pues estás metido en un lío, Elías. Me alegro de que hayas vivido esa epifanía, pero no le quita mierda a lo que has hecho. Supe

desde el principio que era cierto lo que Román y los demás me contaban, pero quise venir a escucharte cara a cara. Ya lo he hecho.

Elías sabía que lo había perdido. Con todo aquel discurso improvisado, no tenía intención de ser perdonado. Solo necesitaba soltarlo. Tal vez era un último acto de egoísmo.

Julen caminó hacia la puerta.

—Me voy. Tú ya tienes tu penitencia.

Elías se levantó también.

—Eres una maravillosa persona. Me has hecho mucho bien en la vida. Gracias, Julen. Es consecuente que te vayas, que te alejes, lo que sea que decidas hacer. Es merecido. No sé ni cómo expresarlo.

Julen salió del salón y caminó los pocos pasos que faltaban hasta la puerta de entrada.

Antes de abrirla, se giró.

—Tienes una bomba en el trastero y te has enamorado de Amonet —soltó una carcajada—. Eres un pobre diablo, Elías. Ya tienes lo que te mereces.

Salió al rellano, cerró la puerta y se fue con un nuevo sentimiento de odio hacia Elías que ya nunca lo abandonaría.

La interna

Los cerdos tenían calor. Estaban los dos tirados en la zona más fresca del cemento con la boca abierta y claramente sofocados. Ana les cambió el agua. Estaba asquerosa de beber con el morro sucio, de meter el hocico con comida y soltarla allí, y de sabe Dios qué más. Vació la que había y en su lugar les dejó agua fresca. No se fiaba de ellos. Tenían un tamaño exagerado, tal vez se les había pasado el tiempo de sacrificarlos y habían crecido y engordado de más, o tal vez era normal, pero ella nunca había estado en presencia de unos animales de tan inmenso porte. Dos días antes, uno de ellos la había golpeado con una fuerza descomunal y Ana se fue de cabeza contra la pared de la cochiquera, abriéndose la frente. La sangre manó a borbotones y cuando entró en la casa parecía que se le había salido el cerebro. No hizo caso a los insultos de la anciana, que la llamó boba e inútil, se fue directa al baño para limpiarse la herida y comprobar que no era tan grande.

—Si te hubieras quedado inconsciente, te habrían devorado. *Cómente! Os porcos cómente. Hai que ser ben parva para non ter coidado con eles*. A mi prima los cerdos le comieron los dedos cuando era una niña. Los de la mano derecha. Tienes que ser más lista. Me han traído a una gilipollas a servir —gritaba la mujer desde la cocina para que Ana la escuchara en el baño.

Se llamaba Holanda, tenía dos muletas a veces, otras veces no las usaba. Se apoyaba en ellas los días que sufría más dolor de espalda, esos días tenía un humor de perros, que escupía contra Ana sin piedad.

Esa vez se había levantado con las muletas.

Cuando no tenía tanto dolor, su carácter mejoraba un poco, aunque seguía siendo faltona y desagradable.

A Ana no le gustaba que le dijese que estaba allí para «servir». La palabra tenía connotaciones de criada. Ella era una trabajadora del hogar y una cuidadora de ancianos, no una sirvienta. En ese concepto entraban los gritos que le lanzaba desde la cocina mientras se curaba la herida.

Germán era el marido de Holanda, estaba encamado y su mujer no lo cuidaba bien, por vejez, por ignorancia y también por hartazgo. Él no hablaba. Miraba, entendía, o lo parecía, pero nunca le oyó pronunciar una palabra, solo lamentarse. Necesitaba muchos cuidados. Había que mantener su higiene, alimentarlo, medicarlo, sentarlo, moverlo, todo había que hacérselo, todo. Germán podía ocupar el tiempo de Ana por completo, pero también tenía que cocinar, limpiar la casa, atender a los animales, lavar, planchar y encargarse de las necesidades de Holanda. Así era el trabajo de interna que Ana había encontrado en una aldea cerca de Ortigueira, a unos cincuenta kilómetros de Ferrol, a la que no llegaba el autobús y donde no había más vecinos. No tenía horario, cualquiera de los dos mayores podía precisarla a cualquier hora. Holanda no dudaba en despertarla si Germán se quejaba de madrugada. El matrimonio dormía en habitaciones separadas en aquella inmensa casa de piedra que necesitaba arreglos por todas partes.

—La luz de mi mesita hace chispas en el interruptor.

—Pues no la uses. Enciende la del techo.

Allí nada se arreglaba porque Germán no se enteraba y Holanda no quería.

Llevaban casados desde los diecisiete años, y toda la vida habían vivido en aquella casa centenaria, que ya la habían heredado.

—A mí, si me quitan de aquí, me muero. Mi sobrino contrató una criada, pero yo no quería. Él no vive por aquí, está en A Coruña. Sus hijos estudiaron. Cuando Germán se puso muy mal, vino una ambulancia y después pasó todo aquello con los servicios sociales. Querían meternos en una residencia, pero yo antes los mato. O

mato a Germán y después me mato yo. Tuvo que hacerse cargo mi sobrino, Alejandro. No fue fácil, vino a vivir aquí una temporada a la aldea, él ya está jubilado, pero tiene su vida en Coruña y por eso te trajo a ti, que fue a buscarte a Cáritas.

Eso le había contado Alejandro a Holanda para que ella aceptase la presencia de Ana, que venía recomendada por la iglesia, pero en realidad nada había sucedido así. Nunca la habían querido meter a la fuerza en una residencia. Todo se limitaba a que su sobrino no podía hacerse cargo de dos mayores que vivían en una aldea tan apartada, y Holanda era una terca imposible de convencer. Estaba claro que solos vivían en condiciones insalubres, así que Alejandro se inventó todo lo demás. Conocer a Ana había sido por casualidad, un día que en Ferrol vio uno de sus anuncios.

Él la había advertido de que la aldea estaba lejos y era solitaria, de que Holanda era brusca y faltona, le dijo también que el dinero que se gastaría en su Seguridad Social si tuviese papeles se lo iba a dar para que todas esas penurias le compensaran económicamente. Y Ana aceptó. Acordaron además que un sábado cada catorce días él la llevaría por la mañana de vuelta a Ferrol y la recogería por la noche. Pero había faltado a las dos citas del primer mes por diferentes motivos. Eso sumaba mucho tiempo sin descanso y, sobre todo, un mes sin visitar a Merceditas y sin poder arreglar su móvil. La pantalla se había ennegrecido tras una caída en los primeros días allí. Era su única conexión con el mundo. Habría preferido perder el dinero del mes a quedarse sin él.

En la casa había un teléfono fijo. Recordaba perfectamente el teléfono de su vivienda en Barquisimeto y pudo hablar con su hija y su madre, pero a Merceditas la había perdido por completo. No se sabía su número de memoria y, durante todo el mes, sufrió cada noche y cada día por no poder avisarla de que estaba bien. Estaba segura de que la anciana se había preocupado.

Alejandro no parecía mala persona, solo un poco desbordado con todo aquello que le caía de refilón con la vejez de sus tíos. Prometió

a Ana que el siguiente fin de semana le devolvería los dos días perdidos y podría quedarse ambos en Ferrol. Eso la tranquilizó.

Ana no sabía del rural. No tenía conocimientos sobre cerdos obesos, gallinas que se fugan por agujeros bajo la alambrada, gallos agresivos que saltan a los ojos, ni de conejos, que para comer había que sacrificar con un cuchillo. A ojos de Holanda era la perfecta inútil. Todo lo que se consumía en la casa ya estaba allí, en el arcón congelador o en la huerta; de la farmacia se ocupaba Alejandro. Era una vida austera, pero Holanda y Germán no conocían otra ni la necesitaban.

La aldea acrecentó el sentimiento de soledad de Ana, tan lejos de su forma de vivir, de su cultura y de los suyos. Al principio fue sobrellevándolo, pero con el tiempo se le hizo insoportable. Caminó, de cuando en vez, a ver si encontraba alguna zona poblada. Todas las casas estaban vacías, la mayor parte eran ruinas. Todo el mundo se había ido. Empujó algunas puertas con curiosidad, pero estaban cerradas a cal y canto; solo pudo entrar en una casa de piedra, como todas, con la puerta de madera pintada de verde, como muchas más. Dentro había rastros de vida, no parecía que sus moradores se hubieran trasladado, sino que, como pretendían Germán y Holanda, se habían muerto allí de viejos. Dio un paseo por dentro, se fijó en los visillos de encaje de las ventanas, era el único vestigio de lujo, todo lo demás era miserable o extremadamente austero.

Pensó que muchas de aquellas personas, los jóvenes, se habían ido, como ella de su Barquisimeto, igual que un día probablemente haría su hija, mientras que los mayores se habían quedado y se habían muerto allí, solos, olvidados en una vida de otro tiempo, pero que a ellos les bastaba. Pensó en qué se necesitaba de verdad para vivir. Tal vez bastaba con menos. Tal vez era suficiente con lo que ella había dejado atrás.

Sintió pena y unas irrefrenables ganas de volver a Venezuela.

Entendió a Holanda y a Germán, y también a su sobrino, asfixiado con aquella responsabilidad no querida. Los dos viejos eran los

últimos. Los últimos de verdad.

El aire era lo mejor de todo aquello. Aire limpio, sano, que entraba profundo a los pulmones con la sensación de que a su paso se llevaba todo lo malo. Respiró. Pronto llegaría Alejandro y ella podría irse un fin de semana con Merceditas.

La reunión familiar

Elías había llegado a la comida familiar en casa de Antón con una *castiñeira* en una mano y con Irene en la otra. Antón hijo le abrió la puerta; a diferencia de la primera vez, el chaval estaba sonriente e incluso le dio un abrazo al entrar, que Elías no esperaba. Y le gustó. Se sentía bien yendo a la reunión familiar, casi como si las docenas de años que faltó no hubiesen contado y regresara a la adolescencia, a los veranos con la abuela y al tiempo en el que Antón padre era su cómplice en todas las fechorías, el hermano que nunca tuvo.

Dejó la *castiñeira* en la cocina y besó a Marta, que le guiñó un ojo con complicidad antes de saludar a Irene.

—Nunca hemos hablado, pero sé que eres la directora de la residencia de mayores; yo soy Marta, encantada.

Las dos mujeres se saludaron.

—Ya me ha contado Antón que han entrado en casa del tío Manuel. Vaya susto. Lo siento mucho —le dijo a Elías.

—Sí, ha sido muy desagradable. Han hecho un estropicio. He tardado días en recogerlo. La verdad es que confiaba en resolver todo antes, pero también he aprovechado para revisar cada cajón, cada armario, tirar cosas, guardar, donar ropa. En fin, todo lo que hay que hacer cuando alguien falta y que yo todavía no había hecho —se sinceró, apoyado en la mesa de la cocina, donde ya había un montón de platitos variados de entrantes.

Marta le dio un beso de cariño en la mejilla.

—Sé lo que es eso. Cuando murió mi padre —reprimió emocionarse porque las lágrimas le humedecieron los ojos, pero no

les permitió ir a más—, mi hermana y yo hicimos eso mismo. Revisar, tirar, guardar. Si quieres un consejo, no te precipites, yo tiré cosas que me habría gustado conservar, como sus gafas. Estaba enfadada con él por haberse ido y también estaba enfadada con el mundo porque nada había cambiado tras su muerte. Las gafas pueden parecer un estorbo inútil, pero no sabes cuántas veces he pensado en ellas. Me arrepiento mucho de haberlas tirado.

—Mi padre tiene un auténtico desván dentro de casa. No os imagináis lo que ha acumulado. No ha tirado nada, posiblemente, desde que mi madre murió hace treinta años. Me he encontrado en los armarios ropa mía y de ella. Ha sido tremendo, no comprendo cómo no se había deshecho de su ropa, tiene un punto de masoquismo. Supongo que él lo vivía de otra manera, y esa ropa lo acompañaba. —Suspiró—. Y tienes razón, Marta, mejor tirar con la cabeza fría. Fíjate, precisamente hoy he guardado en una cajita un vestido verde de mi madre. Tenemos una foto juntos en la comida que me hizo justo antes de irme a Madrid. Se compró un vestido para esa comida en casa, no para salir. Al acabar, quiso sacar esa foto. El vestido era para la foto —sonrió—, para recordar el último día en casa.

—Qué bonita historia —dijo Irene.

—Sí que lo es. Pues venga —Marta intentó cambiar el ánimo de la conversación—, coged todo eso entre los dos y lo lleváis a la mesa de la terraza. Antón, ayuda tú también —le dijo al chaval, que diligentemente se adelantó y salió con tres platitos hacia la terraza.

Elías se sorprendió.

—¿Y a este qué le ha pasado? Con lo parado que era…

—¿Qué le va a pasar, primo? Que la adolescencia, afortunadamente, se va curando.

Entre los tres dispusieron todos los entrantes en el centro de la mesa, bajo una generosa pérgola que aislaba del sol directo.

Antón padre había dado unas instrucciones a su familia antes de que ellos llegaran. Básicamente se trataba de no preguntarles por su relación, porque a Elías no le gustaba, y mucho menos preguntar

por el marido de ella. Antón lo había visto en el edificio y comprobó que era cierto que vivían «todos revueltos», como le había explicado a Marta. Ella expresó su opinión sobre «aquel lío» y lo difícil que tenía que ser para las niñas vivir todos juntos, tras el divorcio, y que sus padres tuviesen amantes.

Situados los límites en las conversaciones, la reunión familiar fue de lo más agradable.

Las plantas de Marta estaban un poco menos frondosas que en invierno, pero a cambio había muchas flores por todas partes y la terraza lucía realmente bonita.

El éxito cinematográfico de Antón hijo fue una de las conversaciones más divertidas. Elías se enteró allí, por boca del chico, de todos los nervios que había sufrido y sus efectos sobre el control de esfínteres, que contó con mucha gracia. En el tiempo que compartieron en Madrid no se lo había confesado. Elías les adelantó que había visto el montaje final del capítulo y que, ciertamente, como su madre siempre destacaba, tenía una cara preciosa que daba muy bien en pantalla. Pero, a estas alturas, el chico tenía claro que había terminado su relación con el mundo de la interpretación y del arte.

—A mí se me hizo todo muy lento, muy pesado. Creo que me gusta más el trabajo de los que están detrás que el de los actores.

—Es un mundo inestable, Antón. Yo, de verdad, creo que es mejor un trabajo normal con un contrato indefinido, un lugar donde puedas aprender, pasar años y escalar puestos. Es más gratificante no andar con los horarios al revés de todo el mundo y poder conciliar con la vida personal —dijo con su Coca-Cola con hielo en la mano porque no había querido tomar un *gin-tonic* ni nada con alcohol.

—Me sorprende un poco oírte decir eso —comentó Marta—. ¡Qué coño, me sorprende mucho! Que tienes cincuenta años y sigues firmando contratos sin nada seguro, viajando, recibiendo llamadas a cualquier hora, agobiado, sin tiempo para nada… Pero, fíjate, pese a todo lo extraño que es tu trabajo, yo siempre te vi feliz y realizado.

—Y es cierto. Elegiría una y mil veces mi profesión, pero tal vez haría las cosas de otra manera. No os creáis que todos los directores de producción del mundo son como yo —se rio—. Hay gente que consigue tener vidas mucho más normales, hijos, e incluso divorciarse menos veces.

Y todos rieron.

—¿Y cuándo vuelves a Madrid? —preguntó entonces el chaval.

Irene lo miró con atención porque también le interesaba la respuesta.

—Hoy vendrán a instalar la puerta nueva y una empresa de limpieza va a darle un repaso a fondo a la casa. También voy a cambiar algunas cosas demasiado viejas, he encargado a unos decoradores un dormitorio nuevo completo, el salón y la entrada. Es un lavado de cara rápido. De momento no me quiero meter en obras, aunque tendríais que ver cómo ha quedado la rehabilitación del piso de Irene. Es maravilloso. Eso ya vendrá, pero ahora quiero tener un sitio donde quedarme a gusto sin que parezca que regreso al pasado en un DeLorean.

Todos se quedaron en silencio.

Nadie se lo esperaba.

Antón habló.

—Vaya, cuando me dijiste que no querías estar de hotel, me pareció normal, pero no sabía que pensabas utilizar el piso con regularidad. ¿Vas a venir por temporadas?

—Tal vez.

A Elías no le pasó desapercibida la cara seria y tensa de Irene, casi diría que la notó molesta con la noticia.

—Bueno, pues, si vas a pasar más tiempo en Ferrol, que sepas que en esta casa siempre serás bienvenido. Pero recuerda que, si un día vendes, tu familia está interesada en conservar el piso —dijo Marta mientras Antón le daba una palmada de aprobación en la espalda a su primo.

El comentario indignó a Irene, pero se aguantó y disimuló. Solo pudo liberar una micronésima parte de su enfado pinchando a Elías.

—Y recuerda también que tus vecinos, y tú mismo, subimos y bajamos cada día por las escaleras porque tu padre no quería el ascensor. Es necesario y muy fácil de instalar, claro que también tienes que devolver la parte del trastero que tu padre amplió siendo zona común. ¿Has podido ver el último presupuesto que te he enviado? —preguntó.

Elías la miró y le habló con cariño.

—Lo he mirado. Muy pronto pondremos ese ascensor, claro que sí. Y la próxima comida será en mi casa.

Simultáneamente, Marta, Antón e Irene vieron el piso perdido. Los familiares lo achacaron al enamoramiento de Elías y, aunque les fastidió quedarse sin él, se alegraron de tenerlo por Ferrol. Irene pensó lo contrario. Vislumbró el piso, que tanto deseaba, en manos de la familia de su primo. Ni tenerlo tan cerca ni perder el piso le agradó.

La película

Elías despertó en el hotel por última vez, o eso pretendía. Había apremiado a los decoradores para tenerlo todo en poquísimo tiempo, pintura incluida. En unas horas podría instalarse. Se desperezó ruidosamente y se centró en organizar las cosas pendientes, más allá de meter sus pertenencias en la maleta de nuevo. Sacó su libretita del bolsillo, acomodado en la mesa del escritorio bajo la tele. Siempre le había ido bien escribir sus ideas confusas hasta encontrar una escapatoria. Un director de producción debía ser resolutivo. Los marrones que podían surgir en un rodaje eran infinitos. Él los había atravesado todos en tantos años de profesión. Le habían robado el camión de cámaras y de luces, los habían atacado jabalíes en plena secuencia con un famoso y carísimo actor, que en la huida se cayó por unas escaleras y se rompió la crisma, los habían dejado plantados los camiones del ejército a dos días de rodar, habían pillado el covid en masa… Cualquier problema de la producción era su problema y, por encima de todo, había que rodar. Si el actor protagonista estaba fuera de combate por una enfermedad, se cambiaba todo el plan o de no quedar más remedio se sustituía por otro; si fallaba una localización, se buscaba una alternativa, aunque no se durmiese para conseguirlo; si ardía un decorado, se construía otro contrarreloj. Lo que fuese, era experto en marrones. En marrones de ficción, porque el marrón que le había dejado su padre seguía donde él lo había dejado. Solucionarlo ya era inaplazable.

Garabateó su libreta.

Dibujó un redondel con una mechita como símbolo de la bomba. Y comenzó a hacer un *brainstorming* unipersonal, como los que

hacía con su equipo de producción. Comenzaron a aflorar las posibilidades y las cuestiones pendientes. Dibujó el libro de la rondalla y lo rodeó con un círculo. Su opción más firme era contarle a Antón que había encontrado la bomba mientras buscaba el libro. Desde el libro sacó una flechita a un dibujo de una casa porque también habría que investigar si la rondalla estaba detrás del supuesto robo, que cada vez era más dudoso. Ese era un camino en paralelo.

Volvió al libro y bajó otra flecha al garabato de una mujer con la M de Merceditas. Porque Antón enseguida deduciría que una bomba no se hace sola, por lo menos en el caso de un anciano de ochenta y dos años sin relaciones conocidas con delincuentes y que jamás había sido agresivo. Necesariamente había cómplices. En los papeles, encontrarían, sin dificultad, los nombres de todos ellos, que su padre había dejado apuntados.

—Qué desastre, papá —comentó en alto—, como terrorista urbano eres un chapuzas.

A Elías le dolía meter a Merceditas en líos. Era mayor, estaba enferma, y probablemente su hijo no la iba a apoyar en nada, todo lo contrario. La policía la iba a incordiar con tomas de declaraciones y quién sabe si podían detenerla o encarcelarla tras el juicio.

Del garabato de Merceditas, Elías dirigió otra flechita hasta un nuevo dibujo con forma de mujer. Era otra línea lateral. A su lado pintó una A. Ana. Antón sabía de su presencia, y tendrían que investigar si era conocedora del plan de los viejos.

Por último, Elías pintó muchos garabatos de personas pequeñitas, micros y cámaras y unió el círculo con la bomba inicial. La prensa, las redes, las hostias que iba a llevarse por todas partes, la mofa. Estaba seguro de que una historia tan rocambolesca como un grupo de ancianos, hartos de la vida, intentando volar con una bomba la Plaza Central de Ferrol iba a ser pasto de programas, reporteros, noticias, redes y memes. Por supuesto, él saldría en las imágenes, y su ya deteriorada reputación caería al fondo de un cañón más profundo que el del Colorado.

Se tiró hacia atrás en la butaca.

—Hay que joderse. ¡Qué desastre, qué desastre!

Se levantó y cogió un Sprite de la neverita de la habitación. Guardaba allí algunos refrescos del supermercado. En el hotel no le habían dicho nada por vaciar el contenido y meter sus cosas. Estaba seguro de que era uno de sus mejores clientes. Pero, la verdad, ya estaba harto de vivir siempre entre aquellas cuatro paredes. Volvió a la butaca con el vaso y la lata de refresco, echó de menos el hielo.

Tan pronto se sentó, sonó el móvil. Decidió no cogerlo. Sería cualquiera. Lo habían llamado docenas de compañeros para darle el pésame profesional. Era de agradecer. También hubo notables ausencias. Las ratas siempre abandonaban el barco las primeras, y él estaba claramente a la deriva. Por eso algunos, simplemente, no querían acercarse al leproso. «Y esperad a que sepáis que tengo una bomba en el trastero». Se rio.

Cuando dejó de sonar el móvil, empezó a hacerlo el teléfono de la habitación.

Se levantó extrañado y descolgó rogando a Dios, aun siendo ateo, que no fuesen los miembros de la rondalla Acordes de Ferrol.

—Señor Riande, disculpe que lo moleste —dijo a modo de saludo el tipo de recepción—. Hay aquí una señora.

—¡Merceditas! —se oyó de fondo a través del aparato.

—Dice que se llama Merceditas y quiere subir a verlo. ¿Le parece bien?

—Sí, claro, dígale que bajo yo para que no se pierda.

El recepcionista se lo dijo y Elías pudo percibir el cabreo de la anciana por tratarla como si fuese tonta. Se rio.

—Dice… —comenzó a relatar el recepcionista.

—Ya la he oído, no se preocupe. Que suba. Gracias.

Cuando abrió la puerta se le cayó el alma al suelo. Le pareció haber viajado en el tiempo como en *Interestellar,* la película de Christopher Nolan, uno de sus directores favoritos. Habían pasado seis meses

desde su último encuentro y era como si él hubiese permanecido en el planeta de Miller, a los pies de Gargantúa, y ella en la Tierra. La encontró bruscamente envejecida. La vejez también dependía de la alegría y de las razones para vivir; a Merceditas se le estaban agotando ambas cosas. Estaba más flaca, arrugada y vieja. Llevaba en la cara un apósito que le protegía la importante cicatriz del arreglo plástico sobre el agujero que le había provocado la cirugía de Mohs. El pelo estaba desaliñado e incluso juraría que su ropa no estaba limpia. El aspecto general era de dejadez.

La invitó a pasar y le cedió una de las dos sillas de la habitación, acercó la otra para él.

—No sé qué haces de hotel, Elías, teniendo la casa de tu padre —le soltó.

—Eso está en arreglo. Le voy a hacer unos cambios y me instalaré allí.

Ella sonrió. No recordaba haberla visto sonreír antes.

—A tu padre le habría gustado. Qué pena que ya esté muerto.

Elías pensó que a Merceditas le resultaba imposible hacer un halago sin seguirlo de un reproche. Pero mejor eso que nada.

—¿Cómo estás? —se interesó él.

Tardó un instante en contestar, como si tuviera que evaluar su respuesta, que no defraudó a Elías.

—¿Cómo voy a estar, Elías? Harta y vieja. Ya te llegará.

—Pues fíjate que ya empiezo a estar un poco servido de las dos cosas.

—Claro, pasa siempre.

—¿Has estado hospitalizada? No tienes muy buena cara, si soy sincero. Tienes que cuidarte.

—Mi salud está perfecta, de verdad, no ha sido nada grave. Lo que me consume son otras cosas. Mi hijo ha vuelto.

—¿Y eso te quita salud? —argumentó Elías muy en serio.

—Sí, me la quita. Intento evitarlo, peleo contra eso, pero sus visitas son siempre dolorosas. No sé qué he hecho mal, Elías, pero algo he hecho muy mal. Tal vez tú me lo sepas decir.

—Que lo hayas criado no te hace responsable de su comportamiento.

—Tengo dudas sobre eso. —Bajó la cabeza, pensativa, y volvió a erguirla, cambiando de tema—. No puedo quedarme mucho tiempo, vengo a hablar contigo porque tienes que encontrar a Ana.

—Merceditas, Ana estará por ahí o habrá vuelto a su país, o yo qué sé… No te preocupes por ella.

En un solo gesto, la anciana convirtió toda su cara en un gigantesco reproche.

—¡Cállate! —Fue tajante—. Te repito que no tengo tiempo porque, si tardo, tendré que darle explicaciones a mi hijo sobre dónde he estado y mejor que no lo sepa, así que escucha con atención. Eres un ignorante y un arrogante, en eso no te diferencias mucho de él. Has llegado con tus cosas de Madrid a meter la pata en nuestra vida, que ya tenía su orden. Lo de morirse Manuel fue una mala idea que no tiene remedio, pero tu llegada ha sido un problema peor. Ana era nuestra protegida, de Hipólito, Abel, de tu padre y mía. Esa mujer era víctima de las mafias que tratan con la inmigración, como las que salen en los periódicos, pero aquí nosotros, tu padre y los otros dos, pagamos por liberarla, pero has llegado para mandar todo al cuerno y ahora ella está desaparecida.

Elías se preguntó si el universo era infinito y si le deparaba también infinitas sorpresas por parte de aquellos cuatro ancianos.

—A ver si me entero. ¿Vosotros cuatro habéis pagado para sacar a Ana de una red de prostitución?

—No, hombre, no. ¿Qué dices?

Elías se sintió transitoriamente aliviado. Un alivio que solo duró hasta que la anciana se explicó.

—Ana entró a trabajar como interna en casa de Abel. Sus hijos la trajeron cuando enfermó. Era extranjera, estaba recién llegada y cobraba en «B», como casi todas. Hasta ahí, nada raro. Pero Abel empezó a tomar más confianza con ella, a hacer preguntas y a observar. La pobreza lleva a las personas a cometer estupideces para salir de ella. A Ana le habían contado en Barquisimeto, su ciudad en

Venezuela, que era fácil trabajar en España cuidando ancianos. La informaron de que entraría en el país como turista con un billete de ida, otro de vuelta, unas noches de hotel pagadas y seguro de viaje, pero el billete de regreso nunca lo utilizaría. Una vez aquí, ellos le proporcionarían trabajo de interna cuidando mayores. Al principio sería un poco duro, pero en un par de años podría legalizar su situación y, mientras tanto, trabajar y enviar dinero a casa para los estudios de la niña. Todo fue cierto, pero de una parte nunca le hablaron. No le contaron que, para asegurarse el pago a plazos de los miles de euros de la deuda contraída, le iban a retirar su pasaporte. Tampoco le contaron que el 50 % de su sueldo era para ellos ni que la deuda tenía intereses y seguía creciendo.

—¿Pero Abel participó en eso?

—Abel no sabía nada, hombre. Te lo estoy contando, Elías. ¡Presta atención! —le regañó de nuevo.

—O sea que era una red de trata laboral. ¡Dios mío! ¿No os habréis metido en problemas con esa gente? Es peligrosa. ¿Cómo no habéis ido a la policía?

—Pues porque Ana nos lo pidió. Ella no quería, por seguridad, pero también porque ya te dije que no era consciente de que estaba metida en una mafia.

—¡Ay, por Dios, Merceditas! ¡Qué desastre todo!

—¿Qué dices? Nosotros lo solucionamos. Esas personas solo quieren dinero. No te creas las películas de gánsteres. Les preguntamos cuánto debía, lo pagamos y le devolvieron su pasaporte, no volvieron a molestarla. Sin más. Poca heroicidad, solo dinero.

—¿Cuánto os costó?

—Quince mil euros.

—¿Quince mil por el viaje y el hotel?

—Y por el pasaporte. Pagamos y no volvimos a saber de ellos, Abel murió pronto y Ana se fue a casa de Manuel. Tu padre acordó darle cama y comida a cambio de un poco de limpieza, comprar y cocinar. No necesitaba mucho y ella podía tener otros trabajos. Su

única condición era que no se notara que estaba allí, no quería sus cosas esparcidas por la casa ni mucha conversación. Estaba acostumbrado a vivir solo. Y ese era el equilibrio hasta que tú llegaste y la pusiste en la calle.

—No la dejé tirada. Le pagué, Merceditas. Le pagué bien. Yo no tenía ni idea de todo esto.

—¿Pero no ves que es una inmigrante irregular? ¿Quién crees que le va a alquilar? Se refugió en mi casa, y yo también la eché. —Merceditas empezó a llorar y a Elías se le partió el alma—. Porque no quería que mi hijo la encontrase allí. —Levantó los ojos y estiró los brazos hasta agarrar con sus manos la cara de Elías, casi implorando ser creída—. Falta desde hace más de un mes. Te digo que le ha pasado algo, Elías. Algo muy malo. Está sola, sin permiso de trabajo ni de residencia, solo puede ir a peor. Ella nunca pasaría tanto tiempo sin saber de mí, estaba pendiente. Me cuidaba. Es buena chica.

Elías se soltó de las manos de Merceditas. Se puso en pie y retrocedió unos pasos, cogiendo distancia con la situación.

—¿Y qué podemos hacer, Merceditas?

—¡Ir a la policía, Elías! ¡Ir a la policía! Tienes que ir tú. Habla con Antón, cuéntale todo esto. Que la busquen.

La vieja se levantó apresurada, mirando el reloj.

Sin más, se fue hacia la puerta y, antes de salir, dijo:

—Y no le digas nada de mí, que no quiero problemas con mi hijo. Ha venido y no sé cuánto tiempo se va a quedar. Quería que le firmara un poder notarial para gobernar mis cosas, y me he negado. Está muy enfadado, sale a beber cada día. No puede saber nada, Elías. Está deseando tener un motivo para encerrarme en una residencia y vender el estudio.

—¡Joder, Merceditas! Pero es que toda esta mierda no tiene fin. Aún está la bomba en el trastero, y los de la rondalla dando por saco; además, alguien ha entrado por la fuerza en el piso, tal vez ellos tengan algo que ver.

—A esos ya les he cascado yo. No creo que se acerquen en un tiempo —comentó satisfecha—. Habla con Antón, tu primo. Yo no pude hacerlo; aunque vino a verme, mi hijo lo impidió. Y cuéntale lo de la bomba también. Ya he asumido que sola no podré completar la misión, pueden llevársela.

—¿Qué misión? ¿Poner una bomba, montarla, almacenarla, comprar explosivos ilegales, estar en contacto con traficantes…? ¡No sé ni cuántos delitos pueden caeros!

Merceditas se quedó pensativa.

—Diles lo que sea, pero a mí no me involucres en nada. Si me meten en una residencia, me muero, y a la cárcel ya no tengo edad para ir. Invéntate algo. ¿No haces películas? Pues invéntate una.

Y se fue.

Pintura y muebles

«Pintura plástica de alta calidad, ecológica, de acabado mate y sin ningún tipo de olor», decía el bote que el pintor le había mostrado. Añadió otra cualidad de viva voz: «Y es de secado rápido». Era la pintura ideal para entrar en la casa inmediatamente y sin sufrir demasiado. Esa eligió Elías, y esa, supuestamente, había utilizado el pintor, pero, tras abrir el portal de la calle y empezar a subir las escaleras, antes de alcanzar el primer piso, ya pudo olfatear la pintura del tercero. Así que se podía imaginar lo insoportable que sería en el interior del piso. Dedujo, inmediatamente, que le había dado gato por liebre, así que avanzó escaleras arriba, dispuesto a comprobarlo y a pedir explicaciones por el olor a pintura.

—¡Estos tipos…! Es que hay que estar encima de todo, ¡joder! Si ya se quejan siempre los equipos de arte en los rodajes, que te la dan con los materiales —habló en alto, como era su costumbre y la puerta del segundo, frente a la que estaba, se abrió.

Irene se había ido a Madrid, así que Elías esperaba que tras ella surgiera una de sus hijas o, en el peor de los casos, su ex, y así fue.

—¡Hola, Elías! He oído voces y he salido. Estos días hay mucho trajín en las escaleras. Esto parece un hotel en vez de una propiedad privada. Gente subiendo y bajando. Ya sabes.

—Estoy haciendo unos cambios menores. Son cuatro cosas. Hoy quedará resuelto y se acabarán las molestias. Siento el malestar que haya podido ocasionaros.

—Ya. Los que trajeron el sofá juraban en arameo por cada tramo de escaleras. Un ascensor también solucionaría unas obras, una mudanza o un penoso cambio de sofá —aprovechó para decirlo y

mostrar su desagrado con el asunto enquistado del ascensor—. ¿Quieres pasar y tomar un vino? —cambió de tercio repentinamente. La invitación sorprendió a Elías.

—No suelo beber, gracias.

—Te hago un café, ¿un té? ¿Descafeinado? Pretendo ser buen vecino, ya lo ves.

Elías no simpatizaba con Curro. Era algo visceral, hormonal o tal vez algún olor que no apreciaba, pero existía, como en los animales. Le resultaba antipático. Puede que por eso, precisamente, aceptara la invitación. Como un reto, o una investigación sobre qué podía haber visto Irene en aquel tipo.

—Las niñas no están. Siéntate en el sofá, tardo dos minutos —dijo camino a la cocina. Elías no había contestado a su pregunta sobre la bebida, así que dudó qué ofrecerle.

Mientras, curioseó la sala. Su decoración y, en general, los cambios que habían hecho en la casa, como la distribución o dejar a la vista la piedra de algunas paredes, proporcionaban un resultado maravilloso. Seguro que también había sido una rehabilitación costosa, de eso estaba seguro. Le fascinó ver la galería tan bonita, conservando la madera, sin cambiarla por aluminio.

Curro volvió enseguida con una bandeja, en la que portaba dos tazas finas de té y una tetera humeante, y al lado vasos con hielo y limón.

—Gracias. Té con hielo, ¡qué refrescante! Me he fijado en que habéis renovado en madera las galerías, como las originales, es poco usual.

—Sí, lo sé. Pero es bellísima, no se puede comparar al aluminio. Nos ha costado un dineral, pero ha valido la pena.

Elías descubrió que el uso que hizo del plural con Irene le molestaba. Y se sorprendió de sí mismo al detectarlo. No le gustaba que Irene viviese con ese tipo. Era una rareza. Algunas noches de Ferrol, después de hacer el amor, ella volvía al piso y Elías pensaba que allí había otro hombre con quien convivía, que se paseaba en

calzoncillos, desayunaban juntos y se contaban la vida. No le agradaba.

—¿Y no has pensado en trasladarte al primero? Irene me ha dicho que es tuyo.

—Somos una familia, este es nuestro sitio. Pero sí, tenemos un piso cada uno, los dos restaurados, queda el de tu padre por restaurar. La verdad, Elías, ha sido una sorpresa toda esta fiesta de pintores, carpinteros y muebles subiendo y bajando. Te seré sincero: me inquieta que alquiles. Este edificio es muy exclusivo, las zonas comunes se han arreglado, como has visto, respetando las maderas, los suelos originales… Sabes que los inquilinos no cuidan las cosas. Aquí somos pocos vecinos y mimamos la casa.

—Y tan pocos, solo vosotros. Casi es como un edificio particular.

—¡Efectivamente! —se entusiasmó—. Esa es la idea. La has captado. A eso aspiramos algún día. La verdad, no nos gustaría ver gente extraña por las escaleras. Ya has visto el susto que hemos tenido con el robo. Ha sido un robo feo, Elías, con mucha destrucción, ¿no crees? Se han ensañado con tu casa. Por cierto, ¿cómo va la investigación? Si es que hay investigación.

—No saben nada, supongo que tienen cosas más importantes en las que invertir tiempo y esfuerzos.

—Claro. Lo esperaba, la verdad. No es seguro tener un piso vacío, Elías, ya lo ves. Es malo para ti y para los demás vecinos, pero los inquilinos también dan problemas. El índice de impagados no hace más que crecer.

—No lo voy a alquilar, Curro. Me voy a instalar yo.

No hubo respuesta.

Elías se extrañó de que Irene no se lo hubiera contado y, por la cara de Curro, a él también le incomodó no estar informado. Ella conocía sus planes de hacer arreglos en la casa, incluso reformarla por completo y usarla por temporadas. Supuso que Irene tenía alguna razón para no contárselo y quiso imaginarse que Curro estaba celoso de él. Le agradaba. Por eso metió el dedo en la llaga.

—¿No te lo ha contado Irene?

El vecino captó perfectamente el retintín y la mala leche con la que Elías había pronunciado la frase.

—No la he visto mucho estos días y, como sabes, está en Madrid. Va a menudo, son sus rutinas, supongo que antes te vería en sus visitas.

Elías intuyó que le estaba devolviendo la pelota porque Irene jamás le había contado a qué iba cada mes a Madrid. *Touché*.

Se sirvieron la infusión y el hielo crujió al recibir el té caliente. Elías también se sentía crujir por dentro, toda la conversación se había convertido en una pugna de machos alfa. No quiso azúcar. Como buen maniático que era, contó mentalmente treinta segundos de enfriamiento antes de bebérselo. Uno Mississippi, dos Mississippi, tres Mississippi…, hasta treinta. Tiempo suficiente para enfriar, pero sin que los hielos se derritieran como para rebajar demasiado el té. Le gustaba con sabor y bien infusionado.

Cuando salió de su ritual a la realidad, Curro llevaba treinta segundos hablando de Irene. Se había perdido una parte, en la que había estado *out* por completo.

—… las niñas lo llevan bien, y nosotros también. Hemos encontrado un equilibrio conciliador y tenemos un proyecto común, que son ellas —dijo, señalando un cuadro de sus hijas—. Por supuesto, cada uno es libre y hace lo que le parece, pero, por encima de todo, somos una familia. Una unidad familiar indivisible. De vez en cuando, aparece alguien una temporada, ya sabes. Tanto por su parte como por la mía. Pero eso no entorpece nuestra convivencia ni nuestro fin.

Elías comenzó a estar un poco harto de aquella conversación y decidió ir de frente.

—¿Me lo cuentas para que sepa que ha habido otros hombres antes que yo y que el único que permanece eres tú?

—Por Dios, Elías, eso ya lo sabrás. Eres hombre de mundo. Irene es una mujer directa, lo habrá sido contigo. Es evidente que ha habido otros hombres, muchos —hizo una breve pero provocadora pausa dramática—, y por supuesto habrá más. Irene satisface sus

deseos, ella es la que maneja el cotarro; si desea sexo, lo tiene; si desea un noviete una temporada, lo tiene. Es lo que decide. Irene es libre. Aquí y en Madrid. Y no va a renunciar a ninguna de sus dos vidas, ni a esta ni a la que tiene allá.

Elías se incomodó aún más. Nunca había hablado con Irene de ser pareja. Jamás. Pero estaban en otro lugar, o eso sentía él. Todo se había acelerado con su encierro. La visita de Irene en ese instante fue para él reveladora, oportuna, y los llevó a un nuevo momento juntos. Creía que ella también lo vivía así. De hecho, habían cruzado el país y medio Ferrol enlazados de la mano a la vista de todos. No se ocultaban, no se comportaban como dos amantes ocasionales, sino como una pareja incipiente.

Se creyó con derecho a insinuarlo, aunque evitó ser muy directo, sin hablar antes las cosas con Irene. Elías se vino arriba y pensó que tan pronto regresara de Madrid pondría las cosas claras con ella. Todas. Quería poder decir a cualquiera que tenían una relación. Eso quería. Sin más, sin ponerse metas o sin establecer adónde querían llegar. Simplemente, ser pareja el tiempo que lo sintieran así.

Sus pensamientos lo envalentonaron; al fin y al cabo, por extraño que fuese que vivieran juntos, Curro era el pasado y él era el presente.

—¿Y tú cómo llevas que hubiera otros hombres? O que conmigo haya iniciado una relación.

Curro soltó una carcajada sonora y ofensiva.

—¿Que cómo llevo que Irene vea a otros? —continuó riendo exageradamente—. Por Dios, Elías, ¿es que hay otra manera de estar con Irene? Creo que debes mantener una conversación urgente con ella. Porque ¡te has enamorado de Amonet, querido! ¡De Amonet! —Y se puso en pie, sin parar de reír, metiendo de nuevo en la bandeja las tazas, los vasos aún medio llenos y la tetera, luego se dirigió a la cocina en una clara escenificación de que el encuentro se había terminado.

Elías también se levantó. Y se dispuso a salir, preguntándose para qué había entrado en el piso de aquel imbécil.

Al pasar frente a una cómoda veneciana, Curro posó la bandeja y cogió algo que estaba sobre ella. El mueble era una de las antigüedades que salpicaban la casa, perfectamente integradas con el mobiliario moderno.

—¡Ah! Toma —le dijo tendiéndole la mano—. A tu Nintendo se le cae siempre la tapita.

Elías recibió sorprendido su mini-Nintendo naranja. Curro volvió a coger la bandeja y desapareció camino de la cocina, pidiéndole en alto que cerrara al salir y riéndose de nuevo.

Volvió al olor de pintura de las escaleras y allí intentó ordenar lo que había pasado. Necesitó sentarse en el tramo entre el segundo y el tercero, donde trabajaba el pintor. Miró la mini-Nintendo en su mano. Recordó haberla encontrado meses atrás entre las cosas que su madre había guardado de su adolescencia, recordó la caja y haber buscado en ella la tapita suelta, también habérsela metido en un bolsillo del pantalón para llevársela a Madrid y enseñársela a su amigo Hugo, tan fan de lo retro. Recordó que más tarde dio con una pequeña bolsita de farmacia y metió en ella varias figuritas de *Star Wars,* las que lucían ya en su salón, pero en la operación se dejó fuera la Nintendo, que quedó olvidada sobre el aparador. Y ahí terminaban sus recuerdos. Irene había estado en el piso, podría ser que se la hubiera llevado sin avisar, pero se le hacía extraño.

Y, de pronto, una sombra de duda lo sacudió. ¿Podía haber sido Curro quien entró en su casa y fingió el robo? ¿Podían haber sido los dos juntos para presionarlo a vender? Estaba claro que tenían un interés desmedido por adquirirlo. Tal vez Irene o Curro eran capaces de llegar tan lejos, o tal vez se estaba volviendo loco porque tenía una puta bomba en el desván, había una chica desamparada perdida y se había quedado sin trabajo y sin horizonte. Tenía derecho a volverse loco por una vez en su vida.

Curro había ganado la partida. Estaba claro que había cosas que desconocía porque Irene no se las había contado o, aún peor, se las había ocultado. Pero era la segunda vez que escuchaba el nombre

de Amonet como un arma arrojadiza contra él y no tenía ni idea de lo que significaba.

Cogió el móvil y envió un wasap a Julen. Escueto y sin más explicación. «Julen, respeto tu enfado y juro que no volveré a molestarte. Solo quiero que me digas quién es Amonet». Esperó ansioso mirando la pantalla. El teléfono le sonó en la mano mientras esperaba respuesta; era Julen, que se lo explicó todo de viva voz. Todo. Fue su última conversación, en la que Elías descubrió que Amonet no solo era un nombre. Era una manera de vivir el sexo diferente, oscura, y para Irene, como Curro le había dicho, una forma de libertad y una segunda vida, a la que no iba a renunciar.

Sintió el peso de una nueva detonación en su vida. Había fantaseado con Irene sin hablarlo con ella y se había equivocado. En ese momento entendía su relación con Curro. Elías estaba seguro de que no sería capaz de compartir la libertad que Irene necesitaba para seguir siendo Amonet. No podría soportarlo. De hecho, le dolía no haberlo sabido en aquellos meses compartidos. Irene no era para él, ni él para Irene, solo que ella era la única que manejaba toda la información y que ya lo sabía. Tal vez al principio podía callárselo, pero a estas altura lo vivía como una traición innecesaria. Eso pensaba. No sentía enfado, sino decepción. Un sentimiento más difícil de superar.

Se vio allí, sentado en las escaleras, hundido una vez más.

El pintor debía devolverle las llaves y el piso quedaría listo ese mismo día. Media hora antes, cuando traspasó el portal y comenzó a subir las escaleras, todo era ilusión por la mudanza. En ese momento lo invadía la desgana. Vivir bajo el mismo techo que Curro lo irritaba, y sobre Irene ni siquiera sabía qué pensar.

La conversación con el vecino lo había devuelto al día que la conoció y, por encima del duelo de su padre, se arrancó con la venta del piso y la instalación del ascensor. Interesada y poco oportuna, como Curro. Ambos se desvivían por la propiedad de su piso y conseguir el edificio completo; sintió el regusto de tener en su mano su deseo. Tomaba consistencia la posibilidad de que el propio Curro

simulara el robo y en un arrebato de celos sintiera la necesidad de proporcionar la pista de la Nintendo porque su fechoría anónima era menos fechoría. Así quedan al descubierto los criminales, por necesidad de adjudicarse su triunfo y regodearse en él. Elías se reafirmó en su sospecha, que tristemente involucraba a Irene, porque con seguridad lo sabía y de alguna manera había participado.

Desde su posición en las escaleras, veía parte de una de las ventanas del edificio que daba al patio lucernario para proporcionar claridad. Era de madera pintada de blanco y los cristales encajaban como un puzle de cuadraditos grandes y pequeños enmarcados en madera. Una preciosidad. Una simple ventana de escaleras que encarnaba la belleza de otros tiempos. Lo calmó. Pensó en su padre. Más allá de Irene y Curro, esa era la casa de su padre y de su madre, su casa, durante muchos años de niñez y adolescencia. La casa familiar, eso era. Así debía verla y tenía claro que no iba a venderla. «Ese es el enfoque correcto», pensó. Debía seguir con sus planes. Era un buen lugar, simbólico, para restablecer el orden tras el caos, tras la infalible teoría del caos que de nuevo había destrozado lo conocido. Pero él volvería a construirlo, desde el principio, sin dejar flecos atrás.

Permaneció en la escalera un tiempo indeterminado, y luego se levantó y subió a pedir explicaciones al pintor por el olor a pintura.

Confesión en el paraíso

Una tarde, con solo trece años, Elías y Antón se escaparon a la playa. Lo habían planeado meticulosamente. De todos los nietos que se apelotonaban en verano en casa de la abuela, solo ellos tenían mote, eran Zipi y Zape. Sin especificar cuál era cada uno. Un mote intercambiable porque eran igual de traviesos. En general compartían una apariencia tranquila; podían pasar horas sentados, charlando, riendo o tramando algo, pero la abuela sabía que eran los peores. Otros se llevaban, a menudo, los guantazos que les correspondían a ellos porque estaban detrás de casi todas las fechorías del grupo. Eran los armadanzas con alma de padrinos. Todos los veranos el abuelo los llevaba al cine. Con los mayores había ido a ver «una de gánsteres». Se lo contó con complicidad: «Os voy a llevar a ver una de gánsteres, solo a los que sois más mayores, pero de esto chitón a la abuela». Elías y Antón habían salido fascinados. De hecho, de todas las películas de su infancia y adolescencia, nunca olvidaron *El padrino*. Se quedaron pegados a la butaca, semienterrados en ella, con los ojos, y a veces la boca, muy abiertos. El mal siempre se lleva su merecido, había moraleja con un montón de muertos acribillados en la pantalla, pero manejar el cotarro de la mafia los había seducido. Al menos, llevado a su nivel, sin tiros, pero con trastadas, a veces castigadas con uno de los famosos guantazos de la abuela.

—Desde hoy nos vais a llamar «padrino» —les anunciaron a los demás.

—¿Por qué? —preguntó Manuel Antonio.

—Porque somos los jefes. En Italia, de donde es la mafia, al jefe se le dice «el padrino».

—Yo ya tengo un padrino —se quejó Miguel Ángel, un par de años menor que el anterior.

—Esos son los de los curas, estos son los de la mafia, tonto.

Costó un poco captar miembros, pero los convencieron. Se proclamaron padrinos y actuaron con sigilo, organizando varios golpes. El robo de unos plátanos en la tienda del barrio, la liberación de las gallinas del vecino y la escapada a la playa que sería ejecutada solo por los padrinos, pero para la que todos tuvieron que colaborar. Ayudaron en la intendencia, desde preparar la merienda que llevaban hasta buscar el horario de autobuses o distraer a los abuelos toda la tarde para que no notaran su ausencia. Salió mal, los abuelos se enfadaron cuando los echaron en falta y los pequeños cantaron nada más preguntarles. Fueron a buscarlos en coche a la playa de Doniños y tardaron un mundo en encontrarlos entre la gente. Para cuando se produjo el reencuentro, la abuela estaba tan enfadada que le arreó un sonoro guantazo a cada uno, que treinta y pico años después aún les dolía al recordarlo en aquella misma playa.

Tantos años después, Elías se había llevado a su primo a la playa de Doniños.

Se sentaron a la sombra del toldo en la terraza de un chiringuito. Allí se pusieron a recordar aquellas anécdotas.

—Menudos guantazos largaba la abuela.

—Sí, hoy no estaría bien visto —se rio—, pero la pobre mujer estaba desesperada. Recuerdo perfectamente ese día. Estuvieron horas buscándonos. Me dio una pena tremenda cuando la vi llegar arrastrando su pierna mala por la arena con la cara desencajada de llorar —reconoció Antón.

—Le dimos un disgusto morrocotudo. Fue el último golpe de la *famiglia Riande* —dijo Elías con acento italiano—, ahí dejamos de ser los padrinos.

—Cómo ha pasado el tiempo. Ha sido buena idea venir.

Pidieron a la camarera una nueva ronda de claras de gaseosa.

—Te he traído a esta playa por una razón. —Elías dejó un breve silencio dramático—. Tengo algo muy importante que contarte, primo, y muy grave. —Miró a su alrededor—. Quiero contártelo aquí, donde cometimos la travesura que más enfadó a la abuela.

—¿Tengo que preocuparme? ¿Has hecho algo malo? —comentó jocosamente, pero de la seriedad de la cara de Elías dedujo que sí, tenía que preocuparse. Al instante le prestó toda la atención.

—Solo te pido que escuches todo lo que quiero contarte. Luego, haz lo que tengas que hacer —dijo y bebió un buen sorbo antes de comenzar.

Elías no mintió en nada, ni se guardó nada. Le contó toda la verdad, empezó desde las raíces, antes de encontrarse la bomba, con la huelga de los váteres químicos, los memes, la mofa y el desprestigio. Antón se sorprendió desde la primera palabra, siempre lo había situado en un olimpo laboral, codeándose con los mejores y siendo el mejor. Escuchó con atención y él le habló de su infame caída profesional, le confesó que era el peor momento de su carrera. Un frenazo en seco y un horizonte desconocido para él. Le habló de Nuria Valdepiedra. Su entrega absoluta al trabajo durante décadas no había sido suficiente para hacer frente a cuatro niñatos burlándose en las redes, ni después para plantarle cara a una inepta, elegida a dedo, como CEO de la plataforma. Se lo contó con humildad y a pecho descubierto. Luego narró su regreso a Ferrol, tarde para el entierro. La sensación de haber dejado sus responsabilidades como hijo en manos de Julia y del propio Antón. Y lo peor, darse de bruces con que su padre era un desconocido para él. Le contó también cómo conoció a Merceditas y, a través de ella, a la pandilla junto a Abel e Hipólito. Le explicó el hartazgo que sentían. Los hijos ausentes, antipáticos y desganados, la gente tratándolos como menores, su trabajo ignorado y destrozado. La vejez era una renuncia continua a todo lo que habían sido. Seguramente por carácter y rigidez, su padre era, precisamente, el que más harto estaba de todos. No se calló nada, ni siquiera la

primera vez con Irene, en el hotel en la habitación mágica, y las que vinieron después en Madrid, hasta que fue la única que se presentó en su casa cuando se encerró porque el mundo que conocía se le deshacía entre las manos. Lo único que le ocultó fue su identidad como Amonet. Hay tabús más ilícitos que las bombas, por eso se lo calló.

Y por fin llegó al asunto.

Le confesó que al poco de llegar a Ferrol, un día, sin saber muy bien por qué, subió al desván y allí se la encontró.

—¿Una bomba? ¿Cómo una bomba? ¿Una bomba de quién? ¿Hablas de un proyectil de la guerra? —Hasta entonces, Antón había escuchado, encajando breves frases al monólogo de su primo, pero el giro de la bomba no se lo podía imaginar.

Cuando Elías se lo explicó con detalle, el *shock* fue todavía peor.

Le habló de la evidencia de la construcción del artefacto por parte de su padre, los cartuchos, cables, detonadores, temporizador, los apuntes, docenas de hojas impresas y fotocopias sobre voladuras en obras, de las libretas escritas a mano, de los nombres de todos sus compinches, que no eran otros que los demás abueletes de la pandilla.

Antón fue cambiando la incredulidad por el espanto.

—Iremos juntos a verlo y tú mismo revisarás todo. Es lo mejor. También hay dos cajas de cartuchos sobrantes. Ha debido de calcular cuánto necesitaba para precisar el daño. No me hagas más preguntas, antes escúchame, porque tengo aún mucho más que contarte.

La camarera, pecosa y pelirroja, lanzó a la mesa un cuenco verde de plástico rebosante de patatas fritas. Lo dejó caer de mala gana y lo repitió en las demás mesas de la terraza. Era una chica joven, seguramente trabajadora estival, con pocas ganas de estar allí y menos aún de servir mesas.

Elías guardó silencio durante los segundos que estuvo cerca y luego continuó. Fue un instante de normalidad en medio de la pesadilla. La camarera los sacó del drama y los devolvió a la playa.

Unos segundos en los que Elías pensó que sabía perfectamente lo que le pasaba por la cabeza a Antón: estaba tan impactado como él el primer día, intentando asimilar que todo aquello era real y terriblemente cercano, y seguramente pensando también que, en cuanto informara sobre el asunto, o los asuntos, se iba a montar la marimorena y todo podía adquirir una dimensión inimaginable.

Le explicó que había estado a punto de contarle que su padre tenía una bomba en el desván el mismo día que se la encontró, pero entonces se topó con una pobre chica viviendo en la casa, sin papeles, y no supo qué hacer para no perjudicarla. Se puso tan nervioso que, en vez de confesar su hallazgo, le dijo aquella tontería de lo desagradables que habían sido los de la rondalla, que acusaban a su padre de haber robado el libro de recuerdos. Y sí, el libro también lo habían robado Merceditas y Manuel, seguramente estaba escondido, o quizá a la vista, en alguna estantería del trastero.

También le contó los pormenores de la angustia actual de Merceditas con su hijo, al que el adjetivo «cabrón» ya siempre lo acompañaba cada vez que Elías hablaba de él. Pero tal vez lo más importante y urgente era encontrar a Ana. Puso al tanto a Antón sobre la implicación de los viejos, su rescate de una red de trata laboral, el acuerdo con Manuel, los pagos de dinero y cómo Elías había llegado a su vida para destrozar el orden que los viejos habían conseguido, dejándola sola en la calle. Temía haberla puesto en peligro.

Antón estaba atónito. Nunca lo había visto tan serio.

Elías resumió todo lo mejor que pudo y supo, consciente de que eran demasiadas cosas y de que a esa confesión, como a la muerte de su padre, también llegaba tarde.

—Toda mi vida es un delirio desde que empezó la huelga de los váteres químicos y murió mi padre. No tengo el timón desde hace meses, solo capeo el temporal. He evitado este día por las consecuencias que podía tener para mí en el trabajo. Los retrasos que pudiera sufrir debidos a la investigación, la prensa… Imagínate

los titulares: «Anciano terrorista en Ferrol», y súmale lo de Ana, y lo de la rondalla. No quería verme otra vez metido en un absurdo como el de la huelga. Va a haber muchos titulares, Antón, créeme. Por eso no te lo conté antes. Solo lo he retrasado por mí. Pero ahora ya no tengo nada que perder y hay una chica desaparecida. Pongamos las cosas en su sitio. Llama a los artificieros o a quien tengas que llamar. Solo te ruego que dejes a Merceditas fuera de todo esto, temo por su salud. Esa mujer no podría soportar todo lo que se le viene encima, Antón.

—¡Madre mía, Elías! ¡Madre mía! Mi tío manejando explosivos. Tenemos que ir allí inmediatamente, esos materiales son peligrosos. ¿Están conectados al detonador? Puede reventar la casa entera.

—Los explosivos llevan meses allí, Antón, están estables. Mi padre sería un cascarrabias, pero una de sus virtudes era ser meticuloso y muy inteligente, no era un temerario. Lo ha preparado a conciencia y con seguridad, como sus obras públicas. No supondrían peligro hasta llegar a su destino final, cuando estuvieran listos para explotar. Lo ha maquinado para que sean transportados y conectados en la plaza. Sé que, aun así, son un peligro. Lo sé. Lo importante es encontrar a la chica y retirar los explosivos. Pero piensa también en cómo ayudar a Merceditas, está muy desmejorada, hay que dejarla al margen.

—Si eso salta por los aires, terminarás en la cárcel. El explosivo no puede estar allí ni un segundo más.

—Nadie me puede relacionar. Yo nunca los he visto. Si pasa algo, no habrá manera de inculparme.

Antón se calló, intentó poner orden a sus pensamientos. Lo único que asaltaba su mente era la imagen de furgones de policía, TEDAX, la evacuación de los edificios colindantes, el área perimetral de seguridad, informes y más informes y, por supuesto, toda la locura mediática que Elías temía y que se haría realidad. El infierno.

—No te haces a la idea de la gravedad —comentó en tono bajo, casi exculpando a su primo, como quien habla a un menor de edad.

Al fin y al cabo, Elías siempre había llevado esa vida tan dispersa y bohemia, tan fuera de la realidad.

—Te aseguro que comprendo lo que viene. Por eso, Antón, te pido un último favor. A mí esto me ha caído como una losa. Podía haberte engañado y contarte que lo acabo de encontrar, pero somos Zipi y Zape, o lo éramos, no quiero mentirte. Hemos crecido como hermanos. He cometido el error de retrasarlo tanto, pero nadie más lo sabe. No he sabido gestionar todo esto, te acabo de contar toda la locura que me ha sucedido, no era un problema, eran veinte. Por eso ahora quiero pedirte un último favor. Necesito que me des hasta mañana.

—¡Imposible! —contestó como un resorte.

—He recibido un *mail* de trabajo, debo hacer unas llamadas mañana a primera hora. No puedo perder esa oportunidad, primo; cuando des parte, será imposible, no podré ni llamarlos para aceptar el trabajo. Esa oferta, en este momento, es mi salvación. Solo hasta mañana a las doce. A esa hora te espero en el portal —hizo una breve pausa—, por favor.

Antón miró la playa y tardó un rato en contestar. Contra todo pronóstico, aceptó. Acordó empezar el día hablando con Merceditas y poniendo en marcha la búsqueda de la chica, y a las doce irían los dos al trastero del tío e informarían del hallazgo.

—Te ruego que no la expongas. Está delicada de salud.

—Haré lo que pueda, pero hay que dar con esa chica. Habiendo pasado por una red de explotación, hay que investigarlo. Eso también debe seguir los cauces legales.

El día seguía siendo soleado, las rachas de brisa marina lo hacían agradable. El paisaje, como cuando eran niños, era uno de los más hermosos de Galicia. Y allí estaban los dos, con una bomba en el paraíso. Compartirla era un alivio.

Los insomnios

El insomnio abrazaba esa noche Ferrol. Un abrazo molesto, incómodo e inevitable. Hay muchos tipos de insomnio, tantos como causas. Hay insomnios que cabrean porque las horas pasan y el sueño no llega sin motivo; hay insomnios que sabes que te mereces y son previsibles porque tu mente y tu cuerpo están a las puertas de una hecatombe en el nuevo día; pero aún hay otros insomnios que desesperan porque los despierta la intranquilidad de lo mal hecho o de lo que vas a hacer mal. Las ideas nocturnas no suelen ser buenas, pero siempre lo parecen.

Curro tenía un insomnio rabioso porque la ira del día se había extendido a la noche sin poder evitarlo. Hacerse con el piso le parecía ya imposible y no tendrían otra oportunidad. Por mucho que Elías hubiese crecido en él, en ese momento era solo un advenedizo, un paracaidista, un hijo ausente que había llegado tarde incluso al entierro de su padre.

No le gustaba. Ni él ni su éxito ni su atractivo, que residía en su profesión y su seguridad más que en el físico. En cierto modo, compartía algunas características con Irene, esa fuerza al pisar y al estar.

Se levantó e hizo una ronda nocturna entreabriendo las puertas de los dormitorios de las niñas. Verlas dormir plácidamente era un momento realmente reconfortante.

Miró el reloj, las doce y media; Irene estaba al caer y decidió esperarla en la sala con una copa de vino. Dejó junto a la suya otra vacía para ella. Media hora después estaba atravesando la puerta con sus tacones de aguja y una pequeña maleta con ruedas, inútiles

en las escaleras. Para entonces, sin haberlo previsto, el contenido de la botella había descendido en algo más de dos tercios.

—Ahí afuera apesta a pintura —dijo al entrar, acercándose a darle un beso en la mejilla mientras él permanecía sentado en el sofá.

—Cosas de tu amante. Te has perdido un buen circo. Estos días han subido un sofá de tres plazas. Tres pisos. Podría haber grabado un vídeo viral para redes. Tendrías que haber oído lo extenso que es el vocabulario de juramentos. Los transportistas se los sabían todos.

Irene se rio.

—¿Las niñas duermen?

—Ve a verlas, yo acabo de ir. Son dos marmotas.

Irene se fijó en la botella abierta y medio vacía. Se quitó la chaqueta, que en las noches de verano en Ferrol siempre era necesaria, y se sentó frente a él después de servirse una copa.

—¿Qué pasa? Tú aquí, bebiendo solo a estas horas…

Curro calló un instante.

—He invitado a un té en casa a ese idiota.

Irene se sorprendió.

—No me cae bien. Representa todo lo que odio, a los que se van y se desprenden de sus raíces, los que prefieren el éxito a la familia, los que van de chulos cuando vuelven a provincias.

—No lo conoces…

—No me interesa, he visto suficiente. No nos va a vender, nunca. Por eso nos putea con el ascensor. Creo que se ha enamorado de ti. Deberías contarle alguna cosita que no sabe, ¿no crees? —dijo con sarcasmo—. Tal vez has dejado que todo vaya muy lejos para que aún no sepa quién es Amonet.

Irene sabía que era cierto, pero también sabía que contárselo los iba a alejar. Quizá por completo.

Permaneció callada. Curro advirtió ese silencio.

—Callas. Te lo voy a preguntar directamente: ¿es algo más que una diversión, Irene?

Le habría gustado contestarle, pero la respuesta no era la misma que unos días atrás. Él le recordó los hechos.

—Tú sabías, y estabas de acuerdo en darle un susto con el robo. Sabes que el ascensor no es un capricho, es una necesidad, y queremos el piso. Lo hemos esperado mucho y nunca volveremos a tenerlo al alcance de la mano. Estamos juntos en todo esto, ¿no?

—Sí, claro —dijo por fin.

Curro puso en su boca lo demás:

—Te interesa, lo percibo. Empezaste por deporte, como siempre, como una cacería, un trofeo más, y ahora te gusta. —Ella no contestó—. No va a aceptar a Amonet. Pero la pregunta es: ¿tú estás dispuesta a dejar de ser Amonet por él? —El silencio seguía siendo la mejor respuesta. Curro continuó poniéndole palabras—. No. Está claro que no. Pues aléjate porque ese idiota no tiene ni idea de todo tu mundo y no podrá con él. Por cierto, también debes saber que se ha trasladado esta tarde con sus maletas, ya tenemos vecino. Y, además, le he devuelto la mini-Nintendo y le he avanzado que se ha enamorado de Amonet, pero no le he explicado su significado, eso te lo dejo a ti.

Irene dejó la copa y salió de la sala, llevando su maleta en alto para no despertar a las niñas. Si algo sabía hacer era asimilar quién era y afrontar sus actos.

Antón tampoco podía pegar ojo. Se esforzaba por no dar vueltas en la cama porque Marta ya se había quejado dos veces. Cada vez que cerraba los ojos se anticipaba a todo lo que estaba por pasar.

Recordaba al tío Manuel. Tan recto. Tan serio. Tan arquitecto municipal. Cuando él estaba presente, toda la familia se tensaba, no era como los demás. Nunca abandonaba su rictus grave, ni siquiera en las comidas familiares o en las visitas a casa de su suegra. Tampoco abandonaba nunca su americana, solo en los días de calor extremo del verano, entonces se la quitaba y se quedaba en camisa de manga larga. Desde muy pequeño, Antón se fijaba en esos detalles y los hablaba con Elías.

—¿Tu padre no se asa con la chaqueta? —preguntaba, sentado en el banco de la huerta de la abuela mientras lamía un helado y observaba la mesa de los mayores instalada en el patio trasero.

—Es una chaqueta de verano.

—Ya. ¿Y no tiene camisas de manga corta?

Elías pensó un segundo la respuesta y contestó con naturalidad.

—No.

Sin duda era diferente a toda su familia política. Tampoco tenía largas vacaciones porque siempre había proyectos u obras que revisar en sus días de asueto. Antón creía que él era feliz así, pero en verdad su presencia llevaba a todos a ser poco naturales. Por eso, cuando Elías llegaba solo con su madre, que era la mayor parte de las veces, los demás lo agradecían.

De todos los primos, él recibía un trato especial por parte del tío Manuel. Era consciente de ello. Con Antón era un poco más próximo, un poco más hablador, un poco más simpático y hasta risueño. «Eres un chico listo, Antón. No te desvíes con malas compañías y tendrás un buen futuro». El tío Manuel lo respetaba. Siempre lo hizo, de niño, de adolescente y de adulto; tal vez por eso, cuando la tía murió, se ocupó más que nadie de él. Lo visitaba, lo animaba a unirse a alguna celebración de la familia, ocupó un pequeño hueco en el inmenso vacío que la muerte de su mujer y la ausencia de su hijo habían dejado. Antón nunca criticó a Elías, ni en público ni en privado, tampoco le dio consejos sobre su comportamiento como hijo. El tío Manuel no era fácil de llevar, pero la estampida de su hijo le parecía desnaturalizada.

Años después, la jubilación fue el vacío absoluto para un hombre como él. Con toda esa soledad, su habitual humor de cascarrabias se torció aún más. Rumiaba quejas todo el día, quejas sobre las nuevas decisiones urbanísticas del Ayuntamiento, quejas sobre los políticos, sobre los tenderos, sobre los vecinos, sobre la humanidad, quejas sobre las quejas. Un estado que solo se explicaba desde la ira de quien se siente apartado del mundo. Eso es la vejez y, más aún, la vejez en soledad.

Estaba seguro de que construir el artefacto explosivo se había convertido en su aliciente diario. También creía a Elías cuando le aseguraba que había trabajado con toda cautela, pero era evidente que no era suficiente. Un desván no era una pirotecnia para manejar dinamita. Había que desactivarlo inmediatamente.

El tío Manuel. ¡Pero cómo se había metido en esa insensatez!

—¡Es imposible dormir a tu lado! ¿Pero qué te pasa? Si te vas a pasar así la noche, mejor te vas al sofá —bramó Marta y Antón se giró hacia la esquina de la cama en silencio.

Debía intentar dormir un poco porque el día sería muy largo. Empezaría por Merceditas y seguiría por Elías. A ellos sí que se les venía un mundo encima. ¡Un mundo! Al fin y al cabo, el tío ya no se iba a enterar de nada, quizá debía preocuparse más por su primo y por la pobre anciana, tan cascarrabias como él e igual de luchadora. «¡Qué mierda la vejez!», pensaba Antón ante la enésima amenaza de Marta por sus desvelos contagiosos.

Elías miró el reloj. La una y media, y no podía dormir. Había dejado de percibir el olor a pintura. Seguro que se le había atrofiado la pituitaria o se había intoxicado con los gases y era un síntoma de envenenamiento; siempre había sido un poco hipocondríaco. El pintor había jurado y perjurado que era de secado rápido e inodora, «todo lo inodora que una pintura puede ser». A Elías le fascinaba la gente capaz de negar las evidencias con una firmeza que hace dudar de la realidad a los demás. Eso lo había cabreado sobremanera y descargó en él buena parte de la furia acumulada durante el día, pero el pintor no se inmutó. Era un profesional.

Su traslado unas horas antes había sido ruidoso, pero Curro no se asomó a las escaleras. Le habría gustado tener unos brazos musculosos, pero tenía dos birrias, que se cansaban de transportar en el aire la maleta, por lo que tuvo que alternar tramos portándola en alto y otros arrastrándola sonoramente por las escaleras.

Junto a la ropa que se había traído de Madrid, había metido en la maleta una nueva muda para la cama. Fue el primer paso para acomodarse. Antes de meter su ropa en los armarios, hizo la cama y eso le recordó a su madre. «Hay que hacer la cama todas las mañanas. Empezar bien el día se hace desde el orden, porque el orden da paz». Su madre se lo decía desde niño, mucho antes de que las librerías estuvieran atiborradas de libros de autoayuda con el mismo consejo. Tal vez su manía con el orden venía de ahí. En cincuenta años, Elías había confirmado esa y otras teorías de su madre. El orden en la casa aporta serenidad, el orden en el trabajo aporta eficacia, el orden en las cosas pendientes aporta paz.

Pero todavía no estaba tranquilo. Se preguntó qué habría pensado su madre sobre la bomba y todo el desaguisado que se iba a armar en unas horas.

Se dio por vencido por el insomnio. Decidió salir de la cama e ir a beber un vaso de agua a la cocina. El colchón era de su agrado. En realidad, todo lo era, la pintura también. El lavado de cara había funcionado, pero, en los metros que recorrió, observó cómo el piso se había partido en dos, entre la zona redecorada y la vieja. De su cuarto a la cocina, el baño único en un piso tan grande o su vieja habitación había un pársec de distancia. Pese a todo, esa noche fue capaz de sentirse bien entre lo nuevo y lo viejo, entre quien era y quien había sido. Fue capaz de reconocer la casa y dejar de odiarla, de reconocerse a sí mismo y aceptar su huida y su regreso.

También había decidido, pensando en la bomba, dar la cara y defender la honra de su padre. No era un anciano demente, era una persona expulsada de su lugar en el mundo, como Merceditas y como los demás. Se merecían esa protección. Al fin y al cabo, él mismo comenzaba a sentirse así.

Bebió en un viejo vaso amarillo de Duralex que llevaba allí desde los años setenta junto a otros seis y varios de Nocilla de distintos tamaños, seguro de que se la había comido toda él. Pensarlo lo hizo sonreír. En más de una ocasión, el equipo de arte había utilizado en las series esos vasos y vajillas de cristal amarillo como un elemento

moderno. A la decoradora del piso le habrían entusiasmado, como el viejo teléfono *beige* tipo góndola de la entrada. Se había enamorado de él. Le aseguró que los toques *vintage* en una casa *cool* eran lo más *fashion*. Y Elías la creyó. Por eso allí seguía el viejo teléfono, que en ese momento, en vez de viejo, era *vintage* y se había salvado de terminar en un contenedor.

—Al final, papá hizo bien en no tirar nada.

Había dejado sobre la mesa de la cocina el móvil, que no abandonaba ni para ir a buscar agua de noche, y le extrañó ver que la pantalla se iluminaba al recibir un mensaje. «¿Estás despierto?», preguntaba Irene. «Sí». «Subo».

La esperó con la puerta abierta. Irene apareció, subiendo las escaleras con unas zapatillas descalzas y un pijama de verano, como él. Cualquier otro día Elías habría hecho un comentario ingenioso y divertido, pero esa noche no. Estaba tenso. Tampoco hubo beso de bienvenida.

—¡Hola!

Elías se apartó de la puerta dejando sitio para que entrara. Olió su perfume al pasar. No pudo evitar observarla como a una extraña. Había una parte en ella que sentía desconocida, esa parte que regresaba de tener sexo en Madrid con personas anónimas, sexo con dolor y humillación dirigido por ella, muy lejos de la relación que ambos mantenían en la cama. No sabía cómo encajar esa parte extraña en la Irene que él conocía.

Ella giró sobre sí, apreciando en detalle la nueva entrada, que en ese momento lucía luminosa gracias a la pintura y a la consola blanca con tapa y tiradores en madera clara.

—¡Es precioso! Qué bien ha quedado.

—Gracias.

Era evidente la seriedad de Elías, su actitud seca y parca. Irene hizo un breve silencio pensando en cómo afrontarlo.

—Vengo a hablar contigo. Creo que debo contarte algunas cosas. ¿Nos sentamos? —dijo con intención de pasar a la sala.

—Es muy tarde. Podemos hablar aquí —le contestó, escenificando su malestar.

—Aquí no es lugar para hablar.

Irene avanzó hacia la sala sin permiso, encendió la luz y se sentó en el nuevo sofá sin hacer comentarios sobre los cambios de la habitación.

—Siéntate, por favor —le pidió a Elías, que lo hizo contrariado—. Quiero hablar las cosas con calma.

—¿Qué cosas? ¿Que me has ocultado que tienes con frecuencia sexo con desconocidos? —Irene encajó el primer el golpe sin hablar—. Me lo han contado. Primero el gilipollas de tu exmarido, o lo que sea. Él me lo ha dejado caer, como cuando se presentó como tu marido la primera vez que lo vi. Vives con un tipo que es tu ex, pero se presenta como tu marido. Vale, lo acepto, me lo has explicado, es una broma suya. ¿Y esto? ¿Amonet es otra broma? ¿Os reís mucho los dos porque yo no lo sé? —Elías se puso en pie—. Tenemos una relación, Irene, no lo he soñado ni lo he malinterpretado. Estamos juntos, a la vista de todos, de mi familia incluso. No somos follamigos, es una relación. ¿Cómo puedes ocultarme que te dedicas al *bondage?*

—No me «dedico» —aclaró ella muy directa—. No me gusta esa palabra, que puede parecer otra cosa. Es sexo libre y elegido. Lo practico porque me gusta y porque quiero.

—Sí. Me lo ha contado uno de tus… No sé qué palabra debo utilizar, no son usuarios, ¿amantes? Uno de tus múltiples amantes.

—Sumiso o esclavo sería la palabra que buscas, pero también vale —contestó, y a Elías le molestó su tono desafiante.

—No se calla algo así, Irene. Tú eliges hacerlo y yo elijo si quiero compartir tu forma de vivir. Sin más. Tan sencillo como eso.

Elías tenía toda la razón, lo sabía.

—Es cierto. No lo he manejado bien.

—No, no lo has manejado bien, y el gilipollas de Curro se ha divertido de lo lindo. Incluso Julen se ha divertido.

Irene entendió al instante que Julen era uno de sus esclavos. Una maldita coincidencia que, seguro, había herido a Elías.

—No sé la identidad de los hombres. Es parte del juego y de la excitación. Ellos no se muestran, pero se subyugan ante mí. Para mí no era Julen, era uno más.

—Me lo ha contado. Con bastante detalle. También la clase de hombres que son. Eres muy exclusiva y muy conocida.

Irene se tomó un instante.

—No lo he hecho bien. Lo siento, Elías. Entiendo que Curro se ha comportado como un estúpido y que Julen, con vuestro enfado, ha podido utilizarlo contra ti. Lo siento de verdad. Imagino que te ha dolido.

—No tengo muy claro quién eres, Irene, pero va mucho más allá del sado o de hacértelo con extraños ricos. Es todo lo demás que ahora me parece que encaja. No sé si has participado en esa pantomima del robo. —Esa vez a Irene se le notó la sorpresa, que confirmó la sospecha de Elías, que iba de farol—. ¿Hasta dónde podéis llegar por el piso?

—Yo estoy bien contigo, Elías. Me gusta lo que tenemos. Entiendo perfectamente que no es fácil seguirme. No puedo prometerte que dejaré de ser Amonet, es una parte de mí muy extrema y muy adictiva. No quiero renunciar a eso.

—Ni siquiera te lo he pedido. Ni lo he valorado. Lo que más me pesa es que de repente tengo delante a la vecina interesada del segundo, como el primer día. Me parece tan miserable vuestro juego por el piso… ¿Cómo puedo confiar en ti? No me interesa Amonet en mi vida, pero mucho menos me interesa Irene.

Pasaban de las dos de la mañana. Ella regresó a su piso sin hacer ruido, pisando con sus zapatillas por las escaleras, descabalgada de los tacones de aguja, pero sin alterar su paso firme.

Elías no volvió a la cama. El resto de la noche lo dedicó a pensar en la bomba del trastero.

La desaparecida

Si hubiese tenido cobertura, a Ana le habría gustado buscar en internet con qué peso se sacrifica a los cerdos. El verano castigaba a aquellos dos que tenía delante. No veía otra explicación a su forma de resollar. El calor hacía estragos en su respiración lastimosa, tirados en el suelo, buscando las zonas más frescas e intentando con dificultad introducir el aire en sus pulmones. Por la tarde, Ana les había cambiado dos veces el agua. Uno de ellos le pareció especialmente cansado. Ni siquiera se levantó para beber. Ella le acercó un cuenco a la boca. Por la mañana, ya había muerto.

Lo encontró Holanda muy temprano, al amanecer, cuando se levantaba, más por costumbre que por necesidad.

La mujer reaccionó mal, de una forma incontrolada, acusando a Ana de haberlo dejado morir deshidratado. Cuando comenzaron los gritos, estaba en la casa. Eran peores y más cargados de ira que otras veces. Salió a la era para ver el motivo de las voces y, nada más cruzar la puerta, un balde azul le impactó en la cabeza y le abrió una brecha. La joven se quedó un poco aturdida, más por lo inesperado del impacto que por el golpe en sí. Holanda surgió del fondo.

—*Matáchesme o porco!* Habría que matarte a ti también. Lo has matado por inútil —gritó cargada de ira.

Ana sentía el dolor del corte y la rabia de la inmerecida acusación, de la que ni se defendió.

La anciana continuó bramando hasta que pronto, sin más, se dejó caer de rodillas en la piedra del suelo. Permaneció allí un instante, inmóvil, mirando a la nada. La chica dudó si acercarse, estaba

segura de que se había herido, pero tal vez al hacerlo solo iba a conseguir que le diera otro golpe.

La duda se disipó inmediatamente porque Holanda comenzó a llorar como una niña desolada.

Con un hilo de sangre cayéndole por la cara, caminó hacia ella. Holanda la detuvo:

—¡Déjame! No vengas. Soy una bruja, una mala persona. El cerdo se ha muerto, pero no por tu culpa. Claro que eres una inútil, pero no has visto un cerdo en tu vida, ni una granja. Esto está abandonado, pero es culpa mía, no tuya, mía, que estoy vieja y cansada. Lo he dejado arruinar todo. Esos animales han engordado demasiado, debía haberlos sacrificado, pero ¿cómo voy a ser capaz de llevar yo sola todo el trabajo que da la matanza? Porque tú eres una inútil, no sabrías ni hacer un chorizo. Por eso ha muerto. Por mi culpa, porque no puedo con la granja, igual que ya no podía con la casa, ni con Germán. ¡Mi Germán! —Sollozó—. Y han tenido que traerte a ti porque ya no sirvo para nada.

Ana comprendió que su presencia en la casa significaba para Holanda renuncia y culpa. Significaba vejez y no valerse por sí misma. Aquella mujer ruda se había bastado sola toda la vida. Ana era la evidencia de que, por mucho que lo negase, ya no era autónoma.

La vejez es muy difícil de asimilar; la renuncia a ser plena, más.

Por eso Ana comprendió a Holanda, que siempre había sido fuerte, y vivía con ira la dependencia. La entendió, aunque no disculpaba sus maneras.

—Voy a acercarme, la voy a levantar y vamos a ir las dos al baño a curar nuestras heridas —le adelantó.

No dijo nada, solo calló y, por tanto, aceptó su ayuda.

De sus labios no salió una disculpa. Tal vez sincerarse ya lo era.

Una hora después, a las ocho, Alejandro llegó puntual. Para entonces, cada una estaba en una habitación, con sus fantasmas, y

ambas le dieron pocas explicaciones sobre las heridas. Se limitaron a informarlo de la muerte del cerdo, que, aunque fuese natural y no hubiese aparente enfermedad, sin conocer las causas, era mejor enterrarlo en vez de comérselo.

Tendría arduo trabajo el fin de semana. No iba a ser fácil la tarea de deshacerse de él. Seguramente habría que despiezarlo para moverlo hasta un agujero excavado en la huerta. Por un momento, Ana temió que le pidiese que se quedara a ayudarlo, pero no lo hizo.

Cargaron en el maletero del coche una bolsa pequeña con su equipaje y Alejandro cumplió la promesa de llevarla a Ferrol dos días, desde la mañana del sábado a la noche del domingo.

Tardaron cuarenta y cinco minutos en llegar a la calle de Merceditas, poco tiempo en coche y un abismo en la manera de vivir.

Allí se bajó, en el paso de cebra. Aún era temprano, Alejandro se despidió hasta el domingo a las nueve y Ana se encaminó al estudio fotográfico, que estaba a pocos metros.

De pronto vio salir a Merceditas por el portal del edificio, no por la reja del estudio como siempre; seguramente se dirigía al mercado, llevaba una bolsa en la mano. Ana aceleró el paso para darle alcance.

La llamó varias veces, sin éxito. Estar, por fin, tan cerca de la anciana le despertó una felicidad inmensa. Tantas veces se había imaginado su angustia que solo quería abrazarla y decirle: «Estoy bien».

Merceditas se giró.

—¡Ana!

—¡Oh, qué bendición volver a verla! —Lloró la chica mientras la rodeaba con sus brazos—. ¡Ay, qué disgusto le habré dado! Pensaba cada día en cómo se encontraría. Rogué mucho a Dios que me la tuviera sanita. Y mire qué linda está. ¿Pero qué le ha pasado en la cara?

La anciana balbuceó. Con el paso de los años las emociones fuertes le provocaban una especie de neblina mental, que retrasaba

unos segundos sus reacciones, como si estuviese procesando la información.

—¿Dónde has estado? ¿Qué te ha pasado? ¡Tienes un golpe en la cabeza! —Se alarmó.

—¡Ay, Merceditas! —La abrazó fuerte—. Estoy bien, estoy bien. ¿Cómo está usted?

Estaban tan ensimismadas en su reencuentro que no advirtieron la llegada de un coche que paraba en doble fila y del que bajó un hombre, que se les acercaba.

—Buenos días. ¿Ana González Vázquez? —preguntó Antón.

La chica se inquietó, miró a Mercedes, la vio también nerviosa.

—¿Quién lo quiere saber? —contestó.

—Me llamo Antón Taboada, soy policía nacional, quisiera hablar con usted.

A Ana se le entrecortó la respiración por un espacio de tiempo, la cara se le tiñó de rojo y sintió flaquear las piernas.

—¿Qué quiere de mí?

Merceditas intervino.

—Fui yo, Ana. Estaba tan preocupada por ti que he pedido a la policía que te busque. Yo creí que te había pasado algo, mi niña —se disculpó—, o que te habían obligado a quedarte en algún lugar. Pensé que estabas en peligro porque tú siempre te preocupas por mí. Estaba convencida de que alguien tenía que retenerte o algo malo te había ocurrido para desaparecer así. Le pedí a Elías que fuera a la policía. Antón es su primo, tranquila.

La chica estaba al borde del llanto.

—Estoy bien. Estoy bien. Se me ha estropeado el móvil. Eso ha pasado. Estoy trabajando en una casa de interna, lejos, cerca de Ortigueira. No había dónde repararlo. Yo estoy bien. Dios nuestro Señor me ha protegido. La señora Merceditas se ha asustado, pero estoy bien —dijo, dirigiéndose a él.

—Tienes una herida muy reciente en la cabeza —apreció también Antón.

—Me la he hecho cuidando a los cerdos. No es nada.

—Me gustaría, de todos modos, hablar contigo tranquilamente —insistió el policía.

—*Non a irás devolver a Venezuela?* —preguntó enfadada Merceditas.

—He estado haciendo algunas averiguaciones y consultas a mis compañeros de la Brigada de Extranjería y Fronteras. No se trata de que regreses a tu país, pero quisiera hablar contigo sobre varios asuntos.

—¿Estoy detenida?

—Claro que no, es una conversación informal.

—Me han dado el fin de semana libre y he venido a ver a Merceditas. Es lo primero que hice, no podía comunicarme con ella y estaba muy preocupada por su salud —se explicó de nuevo—. No quería que se angustiara por mi falta. Por eso estoy aquí, para quedarme el fin de semana, arreglar el móvil y volver al trabajo. Déjeme hacer eso, por favor —imploró al policía.

—No voy a impedir que te quedes. Tranquila, solo quiero hablar.

La chica bajó la cabeza. Desconfiaba y no las tenía todas consigo. Pensó un instante y, luego, accedió.

—De acuerdo, señor.

Pero entonces fue Merceditas quien habló.

—Ana, yo lo siento mucho, pero aquí no te puedes quedar a dormir. Está mi hijo. Él no puede saber… —titubeaba buscando las palabras apropiadas—. Él es muy impulsivo. —La anciana se mostraba visiblemente afectada—. Antón, te lo ruego, pídele a Elías que la deje quedarse esta noche en el piso de Manuel. Pídeselo, por favor, de mi parte. Dile que ha aparecido. Yo no puedo acogerla en mi casa, y no puede quedarse otra vez en la calle.

Antón ya había visto varias veces a Merceditas absolutamente temerosa de su hijo. Era algo que a él le provocaba una rabia profunda. En sus años en la profesión se había encontrado en más de una ocasión con hijos que no merecían ese nombre, hijos agresores, hijos delincuentes, hijos asesinos. De los casos más graves a otros no delictivos, pero no por ello menos despreciables.

Aquella mujer amedrentada, que no podía hacer lo que quería en su propia casa, ni con su propia vida, ni siquiera dar cobijo a una amiga, le producía mucha ternura y pena.

—Mire, usted vaya con toda normalidad a la compra —le recomendó, observando la bolsa que llevaba bajo el brazo— y quédese tranquila. Ana no va a dormir en la calle. Ya me ocupo, hablaré con Elías. Además, más tarde podrán verse las dos. Solo le robaré una hora como mucho.

La anciana sonrió y besó de nuevo a Ana.

—Fíate de él, nena. Mi hijo sale con frecuencia. A las cinco ven a buscarme y me cuentas todo. Te invito a un refresco y nos ponemos al día.

Las dos mujeres se apretaron las manos. Después, Ana se dirigió al coche con Antón. Para ella, Merceditas representaba otro mundo posible, el de la gente que no pasa de largo ante el dolor ajeno, los que se paran y echan una mano. Ese tipo de personas cada vez menos frecuente.

Una vez dentro, cuando la anciana ya no escuchaba, le preguntó preocupada:

—¿Me va a llevar a la comisaría?

—No, te voy a llevar a tomar un café para hablar contigo. Pero lo haré como policía, Ana. Hay unas cuantas cosas que tengo que preguntarte y tú debes colaborar. Es lo mejor, créeme. Sobre todo, debes decirme la verdad. No tengas miedo y tampoco encubras a otros. Las personas que han abusado de tu situación en España no deben existir, no podemos permitir que se aprovechen de las personas migrantes. Nosotros te protegeremos, pero debemos investigar, todo lo que puedas contarnos es importante. Nadie debe vivir lo que te ha pasado a ti, te han engañado y te han explotado. Después, llamaré a Elías y le pediré que te deje quedarte en el piso esta noche, y si no es posible —dijo, sabiendo a ciencia cierta que tras el aviso de la bomba no podría quedarse— te alojaremos bien, por eso no te preocupes.

Ana se resignó al destino una vez más. A diferencia de la manera de pensar de Elías, su caos y su orden no dependían de las leyes que un día postuló el meteorólogo Edward Lorenz; en su caso, todo lo bueno y lo malo que le sucedía estaba determinado por los planes de Dios. Y a ese Dios fue rezando en silencio en el coche, camino de la cafetería, aunque volver a Venezuela ya no le parecía una derrota, tal vez sería la victoria de quien reconoce que, aun sin dinero, poseía más de lo que muchos otros tendrán nunca.

La puerta de la rondalla

Eran las once y cuarto de la mañana.

Manuela, la limpiadora del local social de la rondalla Acordes de Ferrol, tenía que haber pasado a las nueve de la mañana a limpiar, ese era su horario, pero se había retrasado en casa preparando una ensaladilla para la hora de comer porque venían sus suegros de invitados. A las doce comenzarían a llegar los socios, era la hora de apertura los sábados, así que tenía que espabilarse para pasarle una fregona a todo y que no se enteraran del retraso ni le pisaran lo fregado.

Llegó apresurada, planeando recoger a la una y media la empanada que había encargado en la panadería y luego, cerca de allí, la tortilla del bar Amarre. No sabía cómo se las iba a ingeniar para llegar con todo intacto a casa, tal vez tendría que llamar a su hija adolescente para que le echara una mano, y eso era como mover un hipopótamo fuera del río.

Antes de ser local social, el bajo que ocupaba la rondalla había sido una oficina bancaria. Una de esas muchas que se había llevado por delante la reestructuración de los grandes bancos. Conservaba en la puerta un entrante porticado, donde, en otros tiempos, se ubicaba el cajero para mayor intimidad de los usuarios. A Manuela le extrañó ver allí un bulto grande en el suelo cubierto con una sábana. Se imaginó cualquier cosa que un socio hubiera amontonado allí para meter en el local cuando estuviese abierto. No dudó en retirarla y ver qué era.

Manuela nunca había visto una bomba, jamás, por eso se acercó extrañada y, a sus cincuenta y siete años, aquejada de una

importante presbicia. Pero no dudó. Era una bomba. Había destapado una bomba. Tenía una bomba frente a ella. Una bomba.

—¡Una bombaaa! —gritó, huyendo por la calle tan rápido como podía con las alpargatas de cuña alta que había llevado al trabajo para estar presentable al salir, en la visita de los suegros.

Corrió y corrió, y no se detuvo hasta situarse a una distancia que le pareció suficiente para librarse de la explosión con su onda expansiva. Siguió gritando y los vecinos acudieron. Alguno fue, como santo Tomás, a comprobarlo a pie de bomba y también huyó, corroborando la presencia del artefacto.

La calle entera propagó la noticia y la histeria.

En cuestión de minutos, la comisaría de la Policía Nacional comenzó a recibir llamadas de alarma. Una tras otra. Medio vecindario dio parte a la policía.

¡Había una bomba a las puertas de la rondalla Acordes de Ferrol!

Cuando llegaron los tres primeros coches patrulla a la calle, ya circulaban por las redes vídeos con imágenes de la bomba. La Policía Nacional acordonó la zona con cierta resistencia de los curiosos, que opinaban que el cordón policial estaba demasiado retirado del edificio y no les permitía ver. También se dispusieron a evacuar a los vecinos, no solo del inmueble afectado, sino también de los colindantes. Habían avisado a los TEDAX y estaban en camino desde su sede en A Coruña.

En media hora, el zafarrancho policial estaba montado y la noticia avanzaba a voces por todo Ferrol. Nunca tantos miembros de la asociación acudieron un sábado, todos estaban allí, tras el cordón policial, sin ser capaces de hallar una explicación lógica sobre quién podía haberles dejado una bomba a las puertas de su centro social. El mundo estaba loco, esa era la mejor conclusión.

Antón acababa de dejar a Ana en comisaría con sus compañeros de la Brigada de Extranjería y Fronteras de Ferrol. Se ocuparían de la investigación, seguramente junto a la UCRIF de A Coruña, la unidad

que investigaba las redes de inmigración. Tras el café, en el que consiguió que le relatara detalladamente su historia, la labor del policía fue contextualizar su problema. No era solo ella, estaban también todos los que no habían tenido tanta suerte y seguían siendo explotados por esas personas. Ana ya había atravesado ese proceso con Abel y los demás, ellos le abrieron los ojos porque estaba ciega ante su propia situación. Antón le insistió en que ella no era el problema, era la víctima: «Aun en tu situación irregular, hay límites, la policía está para protegerte de esas redes delictivas».

Aceptó colaborar desde el anonimato aportando información sobre el grupo que la explotaba laboralmente. Estaba nerviosa, pero comprendía que sin su testimonio no podrían frenarlos. Antón elogió su valentía y se ofreció para solucionar esa noche el tema de pernoctar. No fue difícil, su compañero Román tenía la casa de su suegra disponible.

Una vez encaminado el asunto de Ana, respiró un poco más tranquilo. El insomnio de la noche, anticipándose a todo, le estaba pasando factura. Se encontraba desplomado y todavía no había empezado la tormenta. Sacó fuerzas de un sonoro suspiro para afrontar el siguiente punto en su orden del día: examinar y alertar sobre el artefacto del tío Manuel.

Faltaban casi tres cuartos de hora para las doce.

Decidió dirigirse ya al edificio. Avisó a Elías en una breve llamada de que estaba en camino y que Ana había aparecido sana y salva, trabajando de interna en una aldea. No notó nada extraño en él. Absolutamente nada.

A escasos cinco metros del portal, después de aparcar, Román lo llamó.

—Antón, date la vuelta donde estés, y rápido. Han colocado un artefacto explosivo a las puertas de la rondalla Acordes de Ferrol, necesitamos a todos los efectivos. Ven a comisaría.

Román entendió, por el balbuceo que obtuvo por respuesta, que había captado el mensaje y colgó.

Antón sintió una detonación en su cabeza, al tiempo que vio a Elías salir a la calle a esperarlo. Le hervía la sangre.

—Me cago en la puta, Elías, ¿qué coño has hecho? Me cago en la puta —le dijo agarrándolo violentamente por un brazo.

—Nada, primo, no he hecho absolutamente nada. A saber quién ha sido… Cualquier bromista. —Elías se soltó intentando devolverle la calma.

Antón disimuló. Estaban en plena calle y era lo mejor.

—Creo que no comprendes lo que has hecho. Esto no es una de tus películas. Elías, estamos hablando de que te has enmierdado con el traslado de los explosivos. La policía no es de mentira, son muy serios, van a hacer una investigación exhaustiva, Elías. Buscarán huellas, revisarán cada cámara de todas las calles periféricas, interrogarán a testigos, siempre hay testigos. Los TEDAX conocen cada tipo de cartucho, sabrán que son portugueses. ¡Me cago en la puta, Elías! —se repitió en bucle.

—Las huellas que puede haber son de mi padre y ya no se pueden cotejar. He tenido cuidado con las cámaras. Los veinte kilos de explosivo estaban montados por partes para terminar de conectarlos allí. Mi padre lo había diseñado así. Él ya había pensado en el transporte.

Antón intentaba controlar los nervios.

—Estabas a punto de salir del paso. No sé cómo se te ha ocurrido algo así. Me has mentido. ¿Para qué me lo has contado?

Elías relató la estúpida verdad.

—No lo había planeado antes, Antón. Esta noche no podía dormir, tuve un insomnio brutal y no podía dejar de pensar en lo que iba a pasar. Esto es lo mejor. Déjalo fluir. ¿A quién le iban a cargar esto, a Merceditas? Esos viejos no han hecho mal a nadie. Tú los conoces, coño, que no son terroristas. Son viejos indignados, y, total, ya ves que nadie se ha enterado de sus planes. —Elías cambió el tono y habló casi como un niño—. Tenía que protegerla, Antón, espero que lo entiendas.

—¿Y quién te protege a ti? —respondió con voz seca.

—Mi primo.

Hubo un silencio.

—Déjalo fluir, Antón. Es una chiquillada de cuatro ancianos, pero esto se podía llevar por delante a Merceditas. Y eso sí que sería grave.

—Uno no se puede tomar la justicia por su mano, Elías. Hay que hacer las cosas bien, ahora me has comprometido a mí también. ¡Que soy policía, *cona!* Esto no es una chiquillada, es un delito. ¡Uno no, varios delitos! Manejar explosivos es un asunto grave.

—¿Y quién lo sabe? Nadie los ha visto. En el peor de los casos, de saberse todo, yo sería el afectado, no tú. La verdad es peor para ella, Antón. El nombre de Merceditas está en los apuntes de mi padre, directamente implicada. Iba a pagar ella por todos. No se lo merece. Ayer te pedí que Merceditas quedara al margen, pero la realidad es que tú no podrías destruir las pruebas. No podrías hacerlo. Así es mucho mejor. Desactiváis los explosivos y nunca se sabrá qué ha pasado. Lo de la rondalla fue una maldad mía, eso lo reconozco —se rio.

—¿Qué vas a hacer ahora? Aunque ya no sé si quiero saberlo.

—Voy a hacer esas llamadas de trabajo que te conté. Me incorporo a un rodaje, vuelvo al cine. Una buena película, un buen director y una buena productora. Nuria Valdepiedra se ha ganado tantos amigos como enemigos, que ahora son mis amigos, y yo sigo siendo el mejor. No será en las productoras de siempre, pero no me faltará donde trabajar. Es un buen proyecto. Me voy a pasar meses viajando.

—¿Y lo del desván?

—Todo lo peligroso está en vuestras manos para que se pueda desactivar, o lo que sea que tengan que hacer. Me ocuparé de los papeles. No va a quedar nada. Y voy a autorizar las obras del ascensor, que va a ocupar una parte del trastero.

—La mesa tendrá restos de explosivo que se pueden detectar, el suelo también.

—Lo he pensado, lo alicataré todo con la obra.

—También estaría bien que devuelvas el puñetero libro de la rondalla.

—Te lo daré antes de irme. —Hizo una pausa—. Me voy mañana, Antón.

—No volveré a hablar contigo nunca sobre esto. Jamás. Para mí, no ha sucedido. Nunca he sabido nada. ¿Lo entiendes? Pase lo que pase. Nunca.

—Lo sé. Jamás saldrá de mi boca, por supuesto, eres mi hermano.

—Y si crees que vas a tener por mí información sobre la investigación, estás muy equivocado.

—*No news, good news.*

—Me cago en todo, Elías. Eres digno hijo de tu padre.

Elías le agradeció su silencio con una sonrisa, y Antón se dio por derrotado. Se giró sin despedirse y volvió a comisaría para cumplir con sus obligaciones.

Reestablecer el orden

A lo lejos podía parecer un concierto de las fiestas, pero eran cientos de curiosos tras el cordón policial. Ni en el pregón anual había tanta gente. Con razón la Policía Nacional había retirado tanto la posición del insaciable público. Elías se acercó a husmear hasta donde pudo y, finalmente, alcanzó la primera línea. No se veía demasiado. En el perímetro, junto al cordón, había efectivos de policía, y más adelante, furgonetas, pero era imposible siquiera intuir el trabajo de desactivación de los TEDAX. Tal vez Antón andaba por allí.

No vio llegar a Merceditas, con su edad era menos diplomática y avanzaba a codazos. Tal vez no eran los años, sino el carácter. Se aproximó y lo cogió de ganchete. Elías se alegró de verla. Luego, comenzaron a caminar, saliendo de nuevo del gentío.

—Tu padre hizo muy mal en morirse. Le habría gustado la salida que le has dado a la bomba —le dijo, tirando de él hacia abajo para hablarle de cerca.

—Supongo que habría preferido que acabara lo previsto.

—¡Bah! Esos del Ayuntamiento habrían reconstruido la plaza en dos días. Además, la bomba estaba terminada hace tiempo, pero tu padre no tenía claro el transporte hasta la plaza. Ya sabes lo del ascensor; además, al faltar Abel para conducir, ya no teníamos su Mercedes, y no íbamos a ir en taxi. Pensamos en alquilar un coche, pero a tu padre le habían retirado el carnet por una cosa que hizo un día. Una imprudencia.

Elías, por enésima vez, no daba crédito a las iniciativas de los ancianos.

—A ver, Merceditas, si ya ibais a poner una bomba, que habéis construido consiguiendo los explosivos ilegalmente, ¡qué más os daba ir sin carnet a la plaza, mujer!

—Ya sabes cómo era tu padre de recto.

A Elías la incongruencia le arrancó una lágrima de ternura, que rodó por la mejilla, pero no se permitió llorar allí.

—Por mí no te preocupes, sabes que yo soy una tumba, nadie ha sabido nada nunca, ni lo sabrán. Lo has hecho por mí, ¿verdad?

—Lo he hecho por todos.

—No soy tonta. Esto te expone. Podías haber dicho que te la habías encontrado sin más, qué importaba con todos muertos o medio muertos. Solo quedo yo. Sé que lo has hecho por mí.

Elías no contestó a esto.

—Antón me ha contado que ha aparecido Ana.

—Sí. —Los ojos de Merceditas brillaron humedecidos—. Me he alegrado mucho de verla. No estaba mal, ¿sabes? Tenía el móvil estropeado. Ahora trabaja lejos, en una aldea.

—Estaba mejor aquí, ¿verdad?

—¡Sin duda!

—¿La vas a ver?

—Hoy mismo.

—Pues quiero que le digas que vuelva al piso de mi padre. No he sido justo con ella, quiero solucionarlo. Puede volver al piso, le haré un contrato de alquiler por un euro y podrá empadronarse. Eso le ayudará, con el tiempo, a conseguir su permiso de trabajo y residencia. —La vieja sonrió complacida.

—¿Te vas?

—Sí. Mañana mismo.

—Lo entiendo —dijo mirándose los pies.

—Tengo trabajo de nuevo. Debo volver y aprovechar la oferta, que, además, es un cambio de aires. Llevo mucho sin hacer cine. —Elías dejó de andar y la anciana levantó los ojos del suelo hacia él—. Merceditas, habrá una investigación seria y meticulosa. Es un delito grave. Si logran llegar hasta quienes os han vendido los -

explosivos, darán con la pista de los cuatro viejos, en el caso de que consigan relacionarlo con los cuatro expulsados de la rondalla, o con el cristo que montaste con ellos en comisaría… Quiero decir que esto será lento, pero no van a desistir. Se pasarán meses sobre el asunto. Si sucede algo, quiero que culpes solo a mi padre.

—Pero yo estaba de acuerdo, Elías, y fui a la gasolinera *da raia* con ellos.

—Pues dices que te llevaron sin que lo supieras. Y si dan conmigo, igual. Solo mi padre. Tienes que prometérmelo.

Merceditas no lo hizo. Cambió la promesa por una última pregunta.

—¿Vas a llegar a tiempo a mi entierro?

—Morirse es una mala idea. ¿No me lo acabas de decir por mi padre? —Ella sonrió y Elías le devolvió la sonrisa—. Quién sabe, querida. Quién sabe si llegaré a tiempo. No es fácil cambiar, ¿verdad?

—A veces no quieres cambiar, pero es el mundo el que cambia y nos desplaza.

—Me voy ya. Dile a Ana que me llame. En adelante, durante un tiempo, la llamaré a ella, pero le preguntaré por ti, ¿vale?

Merceditas no quiso dejarse llevar por emociones tontorronas, pero lo hizo porque más tonto es no sentir, y una lágrima rodó por su mejilla bajando sobre la cicatriz de la cirugía.

—*Dáme un bico.*

Elías se lo dio y, después, se quedó mirando cómo se alejaba.

Dos furgonetas antidisturbios entraron en la plaza y se dirigieron hacia la calle cortada. La multitud les abrió paso y dos policías locales separaron las vallas para que pudieran cruzar. Al retomar sus posiciones, el público protagonizó un pequeño altercado porque unos cuantos se habían colado.

Elías puso rumbo a casa. Esa vez se iría de Ferrol con su paz recién estrenada y sin pensar demasiado en qué depararía el futuro, o si todo aquello había sido buena idea. Solo sentía que había alcanzado un nuevo orden. De las Matemáticas, que abandonó en

primero de carrera, aprendió que el universo no es aleatorio, por eso la teoría del caos siempre empieza por el orden. Vivir va de eso, de aceptar o rebelarse ante los cambios, de intentar ordenar el desorden, por eso estaba seguro de que este momento, como todos, era solo transitorio. De eso va vivir.

FIN

As malas ideas ha sido originalmente publicada en gallego por Xerais y traducida por la autora.

Edición en formato digital: marzo de 2026

© María Solar, 2026.
Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-40-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.